

MATEO

CONTANDO LA HISTORIA DE JESÚS REY

Mario Veloso

ASOCIACIÓN CASA EDITORA SUDAMERICANA

Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste

Buenos Aires, Rep. Argentina

Dirección editorial: Pablo M. Claverie
Diagramación: Lisandro Batistutti
Tapa: CPB

IMPRESO EN LA ARGENTINA
Printed in Argentina

Primera edición
MMVI - 31M

Es propiedad. © Asociación Ministerial de la División Sudamericana de la Iglesia Adventista del Séptimo Día (2005). © ACES (2006).
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN-10: 987-567-205-X
ISBN-13: 978-987-567-205-5

Veloso, Mario

Mateo : Contando la historia de Jesús Rey / dirigido por Pablo M. Claverie
- 1ª ed. - Florida : Asoc. Casa Editora Sudamericana, 2006.
288 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 987-567-205-X

1. Evangelio de San Mateo. I. Claverie, Pablo M., dir. II. Título.
CDD 225

Se terminó de imprimir el 11 de julio de 2006 en talleres propios (Av. San Martín 4555, B1604CDG, Florida Oeste, Buenos Aires).

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

PRÓLOGO

El poder de la Palabra de Dios es inmensurable. Fue por el poder de su palabra que fueron creados los cielos y la tierra. “Porque él dijo, y fue hecho. Él mandó, y existió”.

Un día, la Palabra de Dios se hizo carne, y habitó entre nosotros. Jesús, la Palabra encarnada de Dios, cierta vez encontró a un paralítico, y le dijo: “Levántate, toma tu lecho y anda”. Y el paralítico anduvo. En otra ocasión, Jesús, frente a la tumba de Lázaro, ordenó: “Lázaro, ven fuera”. Y el muerto resucitó.

Es incuestionable el poder de la palabra de Dios. Ella fue capaz de hacer caminar a paralíticos y limpiar leprosos. Fue capaz de crear la vida, cuando no había nada. ¿Por qué no podría hacer las mismas cosas en nuestros días?

Es verdad que hoy Jesús no está más con nosotros en forma visible, pero tenemos su Palabra escrita, que fue inspirada por Dios y es útil para enseñar, para corregir, para redargüir, para instruir en justicia (2 Tim. 3:16). El poder de la Palabra divina continúa siendo el mismo. A lo largo de mi ministerio, he visto millares de personas ser transformadas por el poder de la Palabra. Vidas deshechas fueron reconstruidas, gente perdida fue hallada. Seres deteriorados fueron restaurados.

La gran necesidad del pueblo de Dios, en nuestros días, es ser alimentado por la Palabra. En el libro de Joel, capítulo 2, versículo 28, encontramos una de las más preciosas promesas de Dios. Allí se habla de la lluvia tardía del Espíritu Santo, cuando veremos maravillas entre nosotros. La promesa comienza así: “Y después de esto derramaré mi Espíritu...” ¿Después de qué? El versículo 26 nos presenta la respuesta: “Comeréis hasta saciaros...” ¿Cuál es el alimento del pueblo de Dios?

Por lo tanto, es urgente que la iglesia de Dios sea alimentada por la Palabra. Los sermones que son predicados desde los púlpitos deben estar fundamentados en la Palabra de Dios. Esto es seguro para la iglesia. De otro modo, corremos el peligro de tener una iglesia anémica, frágil y pasible de ser llevada por vientos de doctrinas erradas.

Fue pensando en esto que la División Sudamericana solicitó al pastor Mario Veloso que preparara este *Comentario homilético de la Biblia*. A partir de las ideas bíblicas presentadas aquí, será más fácil para los predicadores adventistas elaborar sermones más sólidos, nutritivos y fundamentados en la Palabra de Dios.

Es nuestra oración que los predicadores se pongan en las manos de Dios y saquen provecho de este material extraordinario y, como resultado, tengamos iglesias más fuertes y comprometidas con la misión.

Pr. Alejandro Bullón
Secretario Ministerial
División Sudamericana

ÍNDICE

ÍNDICE	3
PRÓLOGO	13
INTRODUCCIÓN	14
LA HISTORIA COMIENZA ASÍ	16
La genealogía de Jesucristo (Mateo 1:1-17)	16
¿Por qué comenzar con una genealogía?	16
Rey de Israel.....	16
Descendiente de la humanidad entera.....	17
La genealogía de la vida eterna.....	18
Abraham: La Promesa (Génesis 12:1-5).....	18
David: el Reino (1 Reyes 9:4, 5).....	19
Jesús: La Realidad (Mateo 1:16).....	21
Cinco mujeres y un solo descendiente	23
Tamar, la despreciada (Génesis 38:6-30).....	24
Rahab, la ramera (Josué 2:1-24)	25
Rut, la moabita (Rut).....	26
Betsabé, la adúltera (2 Samuel 11, 12).....	27
María, la soltera	28
Conclusión.....	29
El nacimiento del Salvador (Mateo 1:18-25).....	30
María, novia de José (Mateo 1:18, 19).....	30
La visita del ángel (Mateo 1:20-23)	30
José obedece la orden del ángel (Mateo 1:24, 25).....	31
La visita de los Magos (Mateo 2:1-12)	32
Propósito.....	32
La misión (Mateo 2:1-8)	32
El objetivo (Mateo 2:9-12).....	33
El viaje a Egipto (Mateo 2:13-23).....	34
Fidelidad de José (Mateo 2:13-15)	34
La crueldad de Herodes (Mateo 2:16-18).....	35
Prudencia de José (Mateo 2:19-23)	35
PREPARACIÓN PARA EL MINISTERIO PÚBLICO	37
La predicación de Juan el Bautista (Mateo 3:1-12)	37
El mensaje (Mateo 3:1-3).....	37
Un estilo de vida (Mateo 3:4).....	39
Éxito verdadero (Mateo 3:5, 6)	39
Los frutos dignos de arrepentimiento (Mateo 3:7-12).....	41
El bautismo de Jesús (Mateo 3:13-17).....	43
Las tentaciones de Jesús (Mateo 4:1-11).....	45

Primera tentación: Autonomía (Mateo 4:3, 4).....	45
Segunda tentación: Incredulidad (Mateo 4:5-7).....	47
Tercera tentación: Desvío (Mateo 4:8-11).....	49
EL REINO DE LOS CIELOS HA COMENZADO	52
Residencia en Capernaum (Mateo 4:12-17)	52
De Nazaret a Capernaum (Mateo 4:12).....	52
Profecía sobre Galilea (Mateo 4:15, 16)	53
El Reino ha llegado (Mateo 4:17).....	53
Llamamiento de los primeros discípulos (Mateo 4:18-22)	54
Llamamiento de Pedro y Andrés (Mateo 4:18-20)	54
Llamamiento de Jacobo y Juan (Mateo 4:21, 22).....	55
Primer viaje por Galilea (Mateo 4:23-25)	55
La estrategia del Reino (Mateo 4:23).....	56
La fama de Jesús (Mateo 4:24, 25)	56
PRIMER GRAN DISCURSO: EL SERMÓN DEL MONTE	57
Subió al monte (Mateo 5:1, 2)	57
Las bienaventuranzas del Reino (Mateo 5:3-16)	58
Lo que los ciudadanos del Reino son internamente (Mateo 5:3-12).....	58
Lo que los ciudadanos del Reino son externamente (Mateo 5:13-16)	60
La Ley espiritual del Reino (Mateo 5:17-48).....	61
La Ley seguirá existiendo (Mateo 5:17, 18).....	61
La entrada en el Reino de los cielos (Mateo 5:19-20).....	62
El cumplimiento verdadero de la Ley (Mateo 5:21-47)	63
La perfección de los ciudadanos del Reino (Mateo 5:48)	65
Las motivaciones en la vida de los ciudadanos del Reino (Mateo 6:1-34).....	66
En las obras de caridad (Mateo 6:1-4).....	66
En la oración y el ayuno (Mateo 6:5-18)	67
En las actividades de la vida (Mateo 6:19-34)	68
Buenas relaciones con Dios y con el prójimo (Mateo 7:1-23).....	69
Relaciones con el prójimo (Mateo 7:1-6)	69
La oración que cree (Mateo 7:7-11)	70
La Regla de Oro (Mateo 7:12)	70
El camino que lleva a la vida (Mateo 7:13, 14)	71
Por sus frutos los conoceréis (Mateo 7:15-20).....	71
La entrada en el Reino de los cielos (Mateo 7:21-23).....	71
Conclusión: El prudente y el insensato (Mateo 7:24-27)	72
El prudente (Mateo 7:24, 25)	72
El insensato (Mateo 7:26, 27).....	73
Reacción de la gente (Mateo 7:28, 29).....	73

LOS MILAGROS DEL REINO	74
El leproso: Limpieza del pecado (Mateo 8:1-4).....	74
La lepra y el pecado (Mateo 8:1, 2)	74
El poder del Reino (Mateo 8:3)	74
El testimonio del creyente (Mateo 8:4)	75
El centurión: La fe que conduce al Reino (Mateo 8:5-13)	76
Un pedido de ayuda (Mateo 8:5, 6)	76
La ayuda suficiente (Mateo 8:7-9)	76
La medida suficiente de fe (Mateo 8:10-12)	77
Como creíste (Mateo 8:13).....	78
La suegra de Pedro: El servicio constante (Mateo 8:14, 15)	78
Mucha fiebre (Mateo 8:14).....	78
Los servía constantemente (Mateo 8:15)	78
El cargó nuestras enfermedades (Mateo 8:16, 17)	79
El poder de la palabra hablada: se ejecuta (Mateo 8:16).....	79
El poder de la palabra escrita: se cumple (Mateo 8:17).....	80
Una gran tempestad: El poder de Jesús (Mateo 8:18-27).....	80
No consistía en recursos materiales (Mateo 8:18-20)	80
No consistía en aprobación social (Mateo 8:21, 22)	81
Consistía en la fe (Mateo 8:23-27).....	82
Endemoniados de Gadara: Derrota de Satanás (Mateo 8:28-34).....	83
El dominio del demonio (Mateo 8:28, 29)	83
La derrota del demonio (Mateo 8:30-32).....	83
La confusión de los paganos:	
el poder de la persuasión (Mateo 8:33, 34)	84
El paralítico de Capernaum:	
Autoridad para perdonar pecados (Mateo 9:1-8).....	84
Vino a su ciudad (Mateo 9:1)	85
La ocasión del perdón (Mateo 9:2).....	85
El reconocimiento de los escribas (Mateo 9:3).....	86
La ocasión del milagro (Mateo 9:4-7)	86
El reconocimiento de la gente (Mateo 9:8).....	87
Llamamiento a los pecadores (Mateo 9:9-13).....	87
En el trabajo de los pecadores (Mateo 9:9).....	87
En casa de los pecadores (Mateo 9:10)	88
Objetivo de la relación con los pecadores (Mateo 9:11-13).....	88
Discípulos de Juan: ¿Por qué ayunamos? (Mateo 9:14-17).....	89
¿Por qué nosotros sí y ellos no? (Mateo 9:14).....	89
Cuando haya necesidad (Mateo 9:15-17)	90
La hija de Jairo y la mujer enferma:	
Realidad que la fe ve (Mateo 9:18-26)	92
Jairo ve resurrección (Mateo 9:18, 19).....	92
La mujer enferma ve salvación (Mateo 9:20-22).....	92

Jesús tiene poder sobre la muerte (Mateo 9:23-26)	93
Dos ciegos y un mudo: La duda de los fariseos (Mateo 9:27-34)	93
Una fe a gritos (Mateo 9:27-31)	94
Por la fe de otros (Mateo 9:32, 33)	94
Los fariseos expresan una duda insensata (Mateo 9:34)	94
Conclusión: Más obreros para la cosecha (Mateo 9:35-38)	95
Tercer viaje:	
Territorio y gente, un ministerio eficiente (Mateo 9:35, 36)	95
La cosecha (Mateo 9:37, 38)	96

SEGUNDO GRAN DISCURSO:

INSTRUCCIONES PARA LA MISIÓN	97
El plan misionero para los doce (Mateo 10:1-4)	97
Autoridad sobre las fuerzas del mal (Mateo 10:1)	97
Los doce apóstoles (Mateo 10:2-4)	98
Instrucciones específicas (Mateo 10:5-15)	99
Territorio y objetivo poblacional (Mateo 10:5, 6)	99
El mensaje (Mateo 10:7)	99
Obras de misericordia (Mateo 10:8)	100
Vivan como vive el pueblo (Mateo 10:9, 10)	100
Hospédense en casa de una familia digna (Mateo 10:11-15)	101
Consejos acerca de los peligros futuros de la misión (Mateo 10:16-31)	101
Sean prudentes (Mateo 10:16)	101
No confíen en los incrédulos (Mateo 10:17, 18)	102
No se preocupen (Mateo 10:19, 20)	103
Perseveren hasta el fin (Mateo 10:21, 22)	103
Huyan de ciudad en ciudad (Mateo 10:23)	103
Sean como su Maestro (Mateo 10:24, 25)	104
Actúen sin temor (Mateo 10:26-31)	104
Confesión de fe ante los seres humanos (Mateo 10:32-42)	105
Mutua relación entre Jesús y el creyente (Mateo 10:32, 33)	105
El creyente digno de Jesús (Mateo 10:34-39)	106
El que los recibe a ustedes, a mí recibe (Mateo 10:40-42)	107
El tercer viaje por Galilea (Mateo 11:1)	107

JESÚS, EL REY QUE TENÍA QUE VENIR	108
¿Eres tú el que había de venir? (Mateo 11:2-19)	108
La pregunta por la confirmación (Mateo 11:2, 3)	108
Jesús lo confirma (Mateo 11:4-19)	109
Jesús tiene poder de juicio (Mateo 11:20-24)	110
Corazín y Betsaida: Piedad por su ruina (Mateo 11:21, 22)	111
Capernaum: Poder de juicio (Mateo 11:23, 24)	111

Jesús posee la revelación y la paz (Mateo 11:25-30)	112
Posee la revelación (Mateo 11:25, 26)	112
Posee todas las cosas (Mateo 11:27)	113
Posee el descanso mesiánico (Mateo 11:28-30)	113
Jesús es el Señor del sábado (Mateo 12:1-14)	114
En el sembrado (Mateo 12:1-8)	114
En la sinagoga (Mateo 12:9-14)	115
Jesús es el siervo mesiánico de Dios (Mateo 12:15-21)	116
Jesús puede vencer sus enemigos (Mateo 12:22-37)	116
Endemoniado ciego y mudo:	
¿Hijo de David o de Beelzebú? (Mateo 12:22-24)	117
El reino dividido (Mateo 12:25-29)	117
La blasfemia contra el Espíritu Santo (Mateo 12:30-35)	118
El día del Juicio (Mateo 12:36, 37)	120
La señal de Jonás: Poder de resurrección (Mateo 12:38-45)	120
La demanda del milagro (Mateo 12:38)	120
Una generación malvada (Mateo 12:39)	121
La señal de Jonás (Mateo 12:40-42)	121
Jesús decide el destino de la generación	
malvada (Mateo 12:43-45)	122
Los miembros de la familia de Jesús (Mateo 12:46-50)	123
La visita de su madre y sus hermanos (Mateo 12:46, 47)	123
Los que hacen la voluntad de mi Padre (Mateo 12:48-50)	123

TERCER GRAN DISCURSO:

LAS PARÁBOLAS DEL REINO	125
El ambiente de su enseñanza (Mateo 13:1, 2)	125
La parábola del sembrador (Mateo 13:3-23)	126
La parábola (Mateo 13:3-9)	126
La pregunta de los discípulos (Mateo 13:10)	126
La respuesta (Mateo 13:11-17)	127
La explicación (Mateo 13:18-23)	128
Parábola del trigo y la cizaña (Mateo 13:24-30)	130
La parábola (Mateo 13:24-29)	130
Reacción de los discípulos (Mateo 13:30)	131
El grano de mostaza y la levadura (Mateo 13:31-33)	131
El grano de mostaza: De lo pequeño	
a lo grande (Mateo 13:31, 32)	131
La levadura: crecimiento invisible (Mateo 13:33)	132
Revelación de los misterios por parábolas (Mateo 13:34, 35)	133
Jesús enseña a sus discípulos (Mateo 13:36-52)	134
Explica la parábola del trigo y la cizaña (Mateo 13:36-43)	134
Tres parábolas acerca del valor del Reino	
de los cielos (Mateo 13:44-50)	136

Conclusión (Mateo 13:51, 52).....	139
COMIENZA EL FIN DE LA MISIÓN EN GALILEA	141
Jesús visita su tierra: Lugar de la	
incredulidad (Mateo 13:53-58).....	141
Primero es la duda (Mateo 13:53, 54)	141
La duda irónica (Mateo 13:55, 56)	142
La duda violenta (Mateo 13:57).....	143
La incredulidad infiel (Mateo 13:58).....	143
Muerte del Bautista: Juramentos equivocados (Mateo 14:1-12)	143
Herodes reconoce el verdadero poder (Mateo 14:1, 2)	143
Las pasiones de un hombre débil (Mateo 14:3-5)	144
El juramento de las pasiones (Mateo 14:6-11)	144
Acciones sin pasiones (Mateo 14:12)	145
Alimenta cinco mil: Compasión (Mateo 14:13-21)	146
Compasión de Jesús (Mateo 14:13, 14)	146
Responsabilidad de los discípulos (Mateo 14:15-18).....	147
Acción compartida (Mateo 14:19, 20)	148
Los beneficiados: hombres, mujeres, niños (Mateo 14:21)	149
Jesús camina sobre el lago: Poder para	
la acción (Mateo 14:22-36)	149
Poder por la oración (Mateo 14:22-24).....	149
El poder de la fe (Mateo 14:25-33).....	150
Las obras de la oración y la fe (Mateo 14:34-36)	151
Tradición y Mandamientos de Dios (Mateo 15:1-20)	151
Discusión con los líderes de Jerusalén (Mateo 15:1-9)	152
Respuesta a la multitud (Mateo 15:10, 11).....	153
Respuesta a los discípulos (Mateo 15:12-20)	153
Viaje a Tiro y Sidón: Fe de los gentiles (Mateo 15:21-28)	154
Necesidad de los gentiles (Mateo 15:21, 22)	155
Primer paso: armonía con los discípulos (Mateo 15:23, 24)	155
Diálogo con la cananea: No está bien (Mateo 15:25-27).....	156
Segundo paso: Cúmplase (Mateo 15:28)	156
Milagro en Decápolis: Acción en favor	
de los gentiles (Mateo 15:29-39)	157
Enseña como un maestro (Mateo 15:29).....	157
Sana a los enfermos (Mateo 15:30, 31)	157
Tiene compasión por la gente (Mateo 15:32-34).....	157
Ejerce su poder (Mateo 15:35-39)	158
Segundo pedido de señal: La señal	
de los tiempos (Mateo 16:1-4).....	159
Propósito del pedido: Ponerlo a prueba (Mateo 16:1).....	159
Las señales del tiempo (Mateo 16:2, 3a)	159
La señal de los tiempos (Mateo 16:3b, 4).....	160

La enseñanza de los fariseos (Mateo 16:5-12)	160
Eviten la levadura de los fariseos (Mateo 16:5-7)	160
Poca fe de los discípulos (Mateo 16:8-11)	161
La enseñanza de los fariseos (Mateo 16:12)	161
La iglesia, comunidad del Reino (Mateo 16:13-17:27)	162
¿Quién es el Hijo del Hombre?:	
Edificación de la iglesia (Mateo 16:13-20)	162
Pedro tienta a Jesús: Los verdaderos	
discípulos (Mateo 16:21-28)	164
La transfiguración: Realidad del Reino (Mateo 17:1-13)	166
Sanidad de un endemoniado: Poder	
del Reino (Mateo 17:14-21)	168
Jesús anuncia su muerte (Mateo 17:22, 23)	169
Impuesto del Templo: Los suyos y	
los otros (Mateo 17:24-27)	169

CUARTO GRAN DISCURSO:

PRIORIDADES EN LA IGLESIA	171
El más importante: ¿Jerarquías en la iglesia? (Mateo 18:1-20)	171
La pregunta (Mateo 18:1)	171
La jerarquía de la humildad (Mateo 18:2-4)	172
El principio de la aceptación (Mateo 18:5)	172
El principio de la mente espiritual (Mateo 18:6-9)	173
El principio de la justa valoración	
de las personas (Mateo 18:10, 11)	174
La oveja perdida: El principio	
de no perder a nadie (Mateo 18:12-14)	174
La disciplina justa para los pecadores (Mateo 18:15-20)	175
El perdón en el Reino de los cielos y	
la iglesia (Mateo 18:21-35)	176
Perdón ilimitado (Mateo 18:21, 22)	177
Parábola de los dos deudores (Mateo 18:23-35)	177

VIAJE DE GALILEA A JERUSALÉN	180
Viaje por el este del Jordán (Mateo 19:1, 2)	180
Preguntas sobre el divorcio (Mateo 19:3-12)	180
Primera pregunta: El divorcio	
en general (Mateo 19:3-6)	180
Segunda pregunta: La autorización	
de Moisés (Mateo 19:7-9)	181
Observación de los discípulos:	
Mejor no casarse (Mateo 19:10-12)	182
Presentación de niños a Jesús (Mateo 19:13-15)	182
La presentación (Mateo 19:13)	182

La aceptación (Mateo 19:14, 15).....	183
El joven rico: ¿Qué más me falta? (Mateo 19:16-30).....	183
¿Qué bien haré?: Entrada en la vida eterna (Mateo 19:16-19)	184
¿Qué más me falta?: La perfección (Mateo 19:20-22)	185
¿Quién podrá salvarse?: Los ricos en el Reino (Mateo 19:23-26)	186
¿Qué tendremos?: Los que dejaron todo (Mateo 19:27-30)	187
Obreros para la viña: Los escogidos (Mateo 20:1-16).....	187
Quien busca obreros es el Padre (Mateo 20:1-8)	188
Quien paga a los obreros es el Padre (Mateo 20:9-15).....	189
Los escogidos del Padre (Mateo 20:16).....	189
Cerca de Jericó: El Hijo del Hombre será entregado (Mateo 20:17-19)	190
La acción de sus connacionales (Mateo 20:17, 18)	190
La acción de los gentiles (Mateo 20:19a)	191
Resultado real: Resucitará (Mateo 20:19b).....	192
Santiago y Juan: Poder de la izquierda y la derecha (Mateo 20:20-28)	192
¿Qué quieres? (Mateo 20:20, 21).....	192
Ustedes no saben (Mateo 20:22, 23)	193
Los otros se enojaron (Mateo 20:24).....	194
Ustedes saben (Mateo 20:25).....	194
La grandeza del servicio (Mateo 20:26-28)	195
Salida de Jericó: Dos ciegos con fe (Mateo 20:29-34).....	196
La declaración de fe (Mateo 20:29, 30).....	196
Oposición a la fe (Mateo 20:31)	197
El pedido de la fe (Mateo 20:32, 33)	197
Resultado de la fe (Mateo 20:34)	197
EL REY EN JERUSALÉN	199
Domingo: Entrada triunfal del Rey que viene (Mateo 21:1-11)	199
Betfagé, la casa de los higos verdes (Mateo 21:1)	199
Un burrito de aldea (Mateo 21:2-5).....	200
El Rey ya viene (Mateo 21:6-11)	200
Lunes: Reino espiritual y fe (Mateo 21:12-22).....	201
Purificación del Templo: Casa de oración (Mateo 21:12-17)	201
La higuera seca: Una lección de fe (Mateo 21:18-22).....	202
Martes: Enseñanzas en el Templo (Mateo 21:23-23:39).....	204
La autoridad de Jesús (Mateo 21:23-46)	204
El banquete de bodas: invitados y escogidos (Mateo 22:1-14)	208
Impuesto del César: Lo que es de Dios (Mateo 22:15-22).....	211

Preguntas de los líderes religiosos (Mateo 22:23-46)	213
Jesús acusa a fariseos y escribas (Mateo 23:1-39).....	217
QUINTO GRAN DISCURSO:	
PROFECÍAS Y PARÁBOLAS DEL REINO	229
¡Qué edificio! (Mateo 24:1, 2)	229
La pregunta del desastre (Mateo 24:3)	229
Señales desde su muerte hasta el sitio de Jerusalén (Mateo 24:4-20).....	230
Nadie os engañe (Mateo 24:4)	230
Engaños, guerras y desastres (Mateo 24:5-8)	230
Mucha maldad y persecución (Mateo 24:9-14)	231
La señal para huir de Jerusalén (Mateo 24:15-18).....	232
Consejo para los cristianos (Mateo 24:19, 20).....	233
Señales desde la destrucción de Jerusalén hasta la Segunda Venida (Mateo 24:21, 22)	234
Una gran tribulación (Mateo 24:21)	234
Esos días serán acortados (Mateo 24:22).....	234
Señales del fin (Mateo 24:23-35)	234
Intento de engañar a los escogidos (Mateo 24:23-28).....	235
Señales con fechas (Mateo 24:29-31)	236
Parábola de la higuera: cercanía del fin (Mateo 24:32-35)	237
Día y hora nadie sabe: Velen, oren y trabajen (Mateo 24:36-51).....	237
Nadie sabe (Mateo 24:36, 37)	237
Como los días de Noé (Mateo 24:38-41).....	238
Velen, como el padre de familia (Mateo 24:42-44).....	238
Los dos siervos: trabajen (Mateo 24:45-51)	239
Las parábolas del Reino (Mateo 25:1-46)	239
Las diez vírgenes: El Espíritu Santo (Mateo 25:1-13).....	239
Los talentos: Fidelidad (Mateo 25:14-30)	243
Las ovejas y los cabritos: Servicio (Mateo 25:31-46)	245
La preparación, según las tres parábolas.....	248
FIN DE LA ENSEÑANZA PÚBLICA DEL REY EN JUDEA	249
Traición: El precio del Rey (Mateo 26:1-16)	249
Complot de los dirigentes (Mateo 26:1-5).....	249
Betania: Precio de su ungimiento (Mateo 26:6-13)	251
Traición de Judas: Treinta monedas (Mateo 26:14-16)	251
Santa Cena: Significado de la muerte del Rey.	
Día jueves (Mateo 26:17-30).....	252
Pascua: Misión del Rey (Mateo 26:17-19).....	253
El entregador (Mateo 26:20-25)	253
El nuevo pacto en su sangre (Mateo 26:26-30)	254

Culminación del ministerio público (Mateo 26:31-46).....	255
El escándalo de los discípulos (Mateo 26:31-35).....	255
Decisión final: Hágase tu voluntad (Mateo 26:36-46)	255
EL JUICIO DEL REY	260
Arresto del Rey (Mateo 26:47-56).....	260
La señal de la traición (Mateo 26:47-50)	260
El poder verdadero: La voluntad de Dios (Mateo 26:51-56)	261
El Sanedrín juzga al Hijo de Dios (Mateo 26:57-68)	262
Testigos falsos: No responde (Mateo 26:57-62)	262
Hijo de Dios, Hijo del Hombre, Mesías (Mateo 26:63-68)	262
Negación-traición y arrepentimiento (Mateo 26:69-27:10).....	263
Las negaciones de la cobardía (Mateo 26:69-75).....	263
Arrepentimiento de una traición (Mateo 27:1-10)	265
Juicio ante Pilato. Día viernes (Mateo 27:11-31)	266
¿Eres tú el Rey? (Mateo 27:11-14).....	266
¿Jesús Barrabás o Jesús el Cristo? (Mateo 27:15-23)	268
Lo entregó para ser crucificado (Mateo 27:24-26).....	269
LA CRUCIFIXIÓN DEL REY	270
La crucifixión (Mateo 27:27-44)	270
La burla de los soldados (Mateo 27:27-31).....	270
Lo crucificaron (Mateo 27:32-38)	271
Injurias, burlas e insultos (Mateo 27:39-44)	272
La muerte del Rey (Mateo 27:45-66).....	273
Entregó su espíritu (Mateo 27:45-50).....	274
Este era el Hijo de Dios (Mateo 27:51-56).....	275
Sepultura del Rey (Mateo 26:57-66)	277
RESURRECCIÓN DEL REY Y GRAN COMISIÓN	279
Resurrección: Día domingo (Mateo 28:1-10)	279
Los que tuvieron miedo (Mateo 28:1-4)	279
El regocijo de la resurrección (Mateo 28:5-10).....	281
El informe de los guardias romanos (Mateo 28:11-15)	282
Todo lo ocurrido (Mateo 28:11)	282
El informe falso (Mateo 28:12-15).....	282
Visita a Galilea y la Gran Comisión (Mateo 28:16-20)	284
Hecho histórico: Adoración y dudas (Mateo 28:16, 17)	284
Hagan discípulos de todas las naciones (Mateo 28:18-20)	285

INTRODUCCIÓN

Mateo simplemente contó la historia. No hizo teología ni pretendió escribir una obra erudita. Contó. Contar es la forma más común de la comunicación humana y la más fácil de entender. Lo que contó no era un cuento. No era un libro sobre una persona con muchas historias inventadas, como las historias de *Las mil y una noches*. No era una novela. Era una historia. Mateo contó la historia de Jesús. También la contaron Marcos, Lucas y Juan. No escribieron una historia objetiva, como *Declinación y caída del Imperio Romano*, del famoso historiador inglés Edward Gibbon, en la que los hechos históricos aparecen por sí mismos, sin que el autor pretenda involucrarse en nada.

Mateo y los otros evangelistas contaron la historia de Jesús como un testimonio personal. Contaron lo que él hizo por ellos y por los demás. Siguieron el mismo modelo que Jesús ordenó al ex endemoniado de Gadara, cuando le encomendó la misión de su vida: “Vete a tu casa –le dijo–, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo” (Mar. 5:19). Solo tenía que contar. Él contó, “y todos se maravillaban” (Mar. 5:20). Éxito total.

Mateo cuenta la historia de Jesús. Jesús era un hombre sencillo, hijo de un carpintero de Nazaret. Vivía en su casa paterna, como todos lo hacían allí. Nada especial. Nada grandioso. Ninguna obra espectacular. El ojo común de la gente no veía en él nada extraordinario. Sí, verdad, veían al hijo del carpintero como un trabajador fiel, eficiente, responsable. Una persona recta, buena. Nada más. Después de todo, se esperaba que cada israelita fuera así. Ciertamente, no todos cumplían el modelo, pero la gente esperaba eso de todos. Jesús lo cumplía. Lo admiraban. Para sus conciudadanos era un admirable hombre común.

Mateo aclara las cosas. Jesús no es un hombre común. Es el Rey de Israel. Su Reino crece dentro de cada creyente, y Mateo cuenta cómo ocurre. También cuenta de qué manera crece en la entera comunidad de creyentes, la iglesia. Y cuenta de qué modo crece el Reino entre todos los seres humanos que, aunque pecadores, siempre son objeto de la obra salvadora de Jesús; porque, además de Rey de Israel, es también el Salvador del mundo.

Esto es lo que haremos en este comentario. Contaremos otra vez la historia de Jesús y sus grandes obras relacionadas con nuestra vida, nuestra salvación. Es mi deseo que todos los cristianos y cada predicador hagan lo mismo. Si cada uno contara la historia de Jesús en forma de testimonio personal, todos los oyentes sentirían, en sus propias vidas, el impacto de la persona de Cristo por medio de la vida de quien la cuenta.

Una palabra sobre la forma del texto y las versiones de la Biblia usadas en este comentario. Se ha optado deliberadamente por un texto sin el aparato erudito, para hacerlo más accesible y menos complicado para todo tipo de lectores. No se desconocen los temas de la erudición, pero se tratan sin referencia a ella. No hay la menor intención de apoderarse de las ideas de otros sin dar el propio crédito a sus exponentes. Se trata de simplificarlo todo. Las versiones bíblicas usadas son las siguientes: Reina-Valera de 1960, Biblia de Estudio NVI de 2002 y el texto griego BNT - Novum Testamentum Graece, Nestle-Aland 27th Edition. Copyright © 1993 Deutsch Bibelgesellschaft, Stuttgart, que ha sido cotejado constantemente utilizándose muchas veces como base del contenido que aparece en el presente comentario.

LA HISTORIA COMIENZA ASÍ

La historia de Jesucristo es fascinante. Un hombre simple, miembro del pueblo simple, un simple hijo de José. Un Rey, hijo de David, anunciado por una estrella. Un Salvador que limpia pecadores de sus pecados. Dios con nosotros. Cuatro historias extraordinarias introducen la historia de Jesús Rey. Su genealogía, su nacimiento, la visita de los magos y el viaje a Egipto.

La genealogía de Jesucristo (Mateo 1:1-17)

Mateo comienza así: “Libro de la genealogía de Jesucristo”. No todo lo que se cuenta en la Biblia comienza con una genealogía, pero siempre que se mencionaba a una persona había elementos de ella. Aunque solo fuera lo que ya estaba incorporado en el nombre de una persona. Por ejemplo: Pedro, hijo de Jonás. De todos modos, corresponde preguntarse ¿por qué?:

¿Por qué comenzar con una genealogía?

Muy importante: era indispensable que Mateo comenzara con la genealogía. Es verdad, no parece la mejor manera de comenzar un libro. Mucha gente piensa que las genealogías no son atractivas ni interesantes. Les parecen áridas y aburridas. ¿Fue un error? Errar no era posible. El testimonio de Mateo era inspirado por el Espíritu Santo. El Espíritu es infalible. Infalible es también el contenido que revela. Aunque las palabras fueran de Mateo, lo que dijo con ellas provenía del Espíritu Santo.

Mateo quería probar que Jesús era Rey y Salvador. El Mesías prometido por Dios a su pueblo, Israel.

No podía ser rey sin las relaciones familiares que lo hicieran descendiente de David. Nada lo probaría mejor que una genealogía. Mateo escribe para un público hebreo, y él conoce la mentalidad de su pueblo. Tiene que aclarar el origen de Jesús, y sabe que debe hacerlo al comienzo mismo de su historia. Con esta base, todo el resto de su libro se tornará aceptable. Además, la genealogía le permitirá extender la relación familiar judía de Jesús hacia una relación más universal. Jesús es descendiente de Abraham y de Noé, de Israel y de la humanidad entera. Prueba la descendencia de Abraham con los integrantes masculinos de su genealogía; y la descendencia de Noé, por vía no semita, con algunos integrantes femeninos.

Rey de Israel

Jesús es Rey porque es “hijo de David” (1:1). En Israel, era creencia común que el Mesías Rey sería un descendiente de David. La profecía le había dado, al Mesías, el título de “hijo de David”. Y David es el primer ascen-

diente de Jesús en la lista de Mateo. El segundo es Abraham. Lo vincula, así, con el padre de la nación israelita, es “hijo de Abraham”, dice. Es cierto que todos los israelitas eran descendientes de Abraham. Pero la atención no estaba dirigida hacia lo común de todos, sino a lo específico del Mesías Rey. Lo que nadie tenía, lo tenía Jesús. Es un referente histórico.

Jesús divide la historia y le da sentido. Mateo divide la historia de Israel en tres períodos. Desde Abraham hasta David, desde David hasta el cautiverio de Babilonia y desde el cautiverio hasta Cristo (Mat. 1:17). Afirma que hay catorce generaciones en cada período. Ocurre que, en hebreo, la suma de las consonantes que están en el nombre de David, da catorce. Una referencia indirecta a la importancia histórica de David, posiblemente aún mayor que la de Abraham. La repetición de las catorce generaciones, dos veces siete, apuntando hacia Jesús, podría tener por objetivo ensalzar lo especial en la persona de Jesús que no estaba en Abraham, ni en David. Y, por cierto, en ninguno de todos los que aparecen en su genealogía, cuya importancia no pasa de ser meros elementos de conexión generacional. Por eso, Mateo no se preocupa porque en el segundo período haya habido más de catorce generaciones; son, en realidad, tres más; y en el tercero, una menos. Todo lo que importa es decir que en Jesús hay algo muy especial que no existe en nadie más. No está en las personas sin importancia histórica, ni en las personas históricamente importantes. Solo en él.

Jesús es el Mesías Rey. Reconocerlo era fundamental para los israelitas. Si no lo aceptaban quedarían sin Rey, y su historia perdería el rumbo mesiánico que hasta ese momento había tenido. Esa importancia trascendía la nación. Abarcaba todo el mundo.

Descendiente de la humanidad entera

No era costumbre incluir mujeres en las genealogías de la época. Mateo, sin embargo, menciona cinco: Tamar, Rahab, Rut, la mujer de Urías y María. Él quiere demostrar que los vínculos de Jesús van mucho más allá de las fronteras étnicas y morales de Israel. Incluyen la humanidad entera.

Tamar era cananea, descendiente de Canaán, hijo de Cam, es decir, nieto de Noé. Rahab, cananea, prostituta de Jericó, una de las ciudades más antiguas del mundo. Rut, la moabita, pagana, descendiente de Moab, hijo incestuoso de la hija mayor de Lot, con él. Betsabé, la mujer de Urías heteo (hitita), que adulteró con David. Y María, la bienaventurada descendiente de David. Una israelita leal, una semita fiel. Una verdadera sierva del único y verdadero Dios.

La humanidad entera está aquí. Con sus vínculos genealógicos que, por vía no semita, van hasta el propio Noé, padre de la nueva humanidad, nacida de él, después del diluvio; con sus miserias pecaminosas que van del adulterio al incesto, pasando por el paganismo y la mentira. Con

sus mejores virtudes y sus más auténticos vínculos con el Todopoderoso, que lo escudriña todo y todo lo sabe, que a todos ama y busca a todos para salvarlos.

Mateo cuenta la historia de Jesús, el Rey de Israel, el Hijo del Hombre, el Salvador del mundo. Cercano a nosotros, unido a nosotros en todo lo que somos, para salvarnos. Y nos salva.

La genealogía de la vida eterna

La vida eterna también tiene su genealogía. Comienza con la promesa, sigue con el Reino y termina en la vida. En la genealogía de Mateo están presentes, en Abraham, David y Jesús. “Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham” (Mat. 1:1). La promesa de la vida eterna, la promesa del Reino eterno, y la realidad de ambas.

Abraham: La Promesa (Génesis 12:1-5)

Llamamiento de Abraham. El llamamiento de Abraham comenzó con su padre. Taré, acompañado por su hijo Abraham, por Lot su nieto y por su nuera Sara, esposa de Abraham, salió de la ciudad de Ur de los caldeos y se fue a la tierra de Canaán. Pero a Canaán no llegó. Solo llegó hasta la ciudad de Harán. No sabemos la razón por la cual se quedó allí. Posiblemente fue por enfermedad, porque Abraham salió de la ciudad cuando él murió (Gén. 11:31, 32). Harán era una ciudad importante en el norte de Mesopotamia, cruce de caminos hacia Egipto, Babilonia y otros lugares de la región; de gran importancia comercial, política y social. Taré no se quedó allí por ninguna de esas cosas. Por ellas, un creyente en Dios no detiene su marcha hacia el cumplimiento del llamado divino. El llamado es superior a todo. Expresa la voluntad de Dios, y el verdadero destino del viaje y el motivo supremo de la vida. Abraham no se detuvo. Siguió hacia Canaán.

La promesa de Dios a Abraham. Un día Dios se mostró a Abraham, en Harán, y confirmó su llamado. Deja tu tierra, le dijo (estaba todavía en tierra de los caldeos); deja también la familia de tu padre, y vete a la tierra que te mostraré. (Ver Gén 12:1.) Abraham no conocía esa tierra. No necesitaba conocerla. Creía en Dios, y era suficiente.

Te bendeciré, le dijo Dios. Toda mi abundancia es para ti. Esa abundancia incluía todo lo que un ser humano pudiera desear: descendientes en forma de una gran nación, prestigio y fama ilimitados, abundancia de bienes materiales, en tal cantidad que podría compartir con los demás, protección de todo peligro hasta el punto de que los que lo maldijeran serían malditos y los que lo bendijeran recibirían bendición. Además, lo más importante, por medio de él, todas las familias de la tierra recibirían la mayor bendición de Dios. Un descendiente suyo sería el Cristo, el Salvador de judíos y gentiles, de toda la humanidad (Gál. 3:14, 16, 28).

Con esa promesa salió de Harán, donde murió su padre. Taré había quedado en el camino, muerto. Pero la muerte no detuvo a Abraham. No

detiene a ningún creyente. Nada detiene a los creyentes. Impresiona la respuesta incondicional de Abraham. Hombre sabio, no discute con Dios, no cuestiona, no duda. Ni siquiera hace preguntas aclaratorias. Solo obedece. Había salido de Ur de los caldeos, rumbo a Canaán, y a tierra de Canaán llegó (Gén. 12:5). Allí Dios completó la promesa. Yo le daré esta tierra a tu descendencia, le dijo (Gén. 12:7).

Nuestra promesa. La promesa de Dios a Abraham incluía las bendiciones, una gran nación, el Salvador y la tierra de Canaán. Se convirtió en promesa de todos los creyentes. De nosotros también. La Tierra Prometida, para nosotros, ya no es la tierra de Canaán; es la Tierra Nueva, el Reino de los cielos. El Salvador, promesa para Abraham, es realidad para nosotros en la persona de Jesucristo. La gran nación es el pueblo de Dios, la iglesia. Y las bendiciones siguen siendo las mismas abundancias de Dios, abiertas para nosotros y para nuestros descendientes. Su riqueza espiritual y su riqueza material están a nuestra disposición. Disponibles para suplir lo que nos falte, en forma progresiva, hasta que sean posesión nuestra, ilimitada y para siempre, en su regreso.

Cristo es nuestra promesa, nuestra realidad y nuestra vida. Con él nada nos falta, aunque parezca que nos falte todo. Con él somos victoriosos, aunque la victoria parezca distante. Con él somos hijos de Dios, aunque el demonio nos reclame como suyos. Con él vivimos seguros, aunque la inseguridad nos asalte a cada paso. Si angustiados, en él confiamos. Si afligidos, caminamos con él. Si perseguidos, a él huímos. Si calumniados, confiamos en él. Por Cristo vivimos y para él morimos. Nada nos intimida. Nada nos espanta. Nada nos detiene. Somos libres en Cristo y de Cristo esclavos somos. Somos sus testigos, sus colaboradores, sus siervos, sus embajadores. Su propiedad somos. Su obediencia es nuestra obediencia. Su justicia, justicia nuestra. Sus obras, nuestras obras. Él es nuestra conciencia y la fortaleza de nuestras acciones. Él es nuestra alegría y el gozo de nuestra vida. Nuestra vida es él, y él es todo lo que somos. Nada queremos que no sea suyo, nada que nos aparte de él. En él vivimos, y nos movemos y somos. Él es todo, para nosotros, en todo. La mayor de todas las promesas que los seres humanos pudieran haber recibido jamás.

David: El Reino (1 Reyes 9:4, 5)

El reino de David y Salomón. Salomón, por orden de Dios y de su padre David, construyó un templo magnífico, una maravilla mundial de su tiempo. Cuando concluyó, se le apareció Dios, por segunda vez desde su coronación, y le aseguró dos cosas: 1) Estaba plenamente satisfecho, y santificaría el Templo con su presencia. 2) Estaba dispuesto a cumplir su promesa a David acerca del reino. Le dijo: "Afirmaré el trono de tu reino sobre Israel para siempre, como a David tu padre, diciendo: no faltará varón de tu descendencia en el trono de Israel" (1 Rey. 9:5; ver 2:4). La promesa hecha por Dios a David, darle un reino con descendientes suyos en el trono para siempre, hizo que el pueblo de Israel, de todos los tiempos, viese a

David como un rey ideal, permanente; y a su reino, como un reino sin fin. Eso era lo que Dios quería. Puso, sin embargo, una condición. Había dicho Dios a David: “Si tus hijos guardaren mi camino, andando delante de mí con verdad, de todo su corazón y de toda su alma, jamás [...] faltará a ti varón en el trono de Israel (1 Rey. 2:4)”.

El reino de Cristo. Los descendientes de David no cumplieron la condición. Pero Dios la cumplió. Discontinué los descendientes de David en el trono por causa de su infidelidad, y el reino dejó de existir. Quedó bajo el control de Babilonia, primero; y luego se sucedieron varios dominadores. Cuando vino Jesús, descendiente de David que cumplió las condiciones de la promesa, llegó para ser el Mesías prometido y verdadero rey de Israel. El ángel Gabriel, acerca de Jesús, dijo a María: “Éste será grande, y será llamado hijo del Altísimo; y el señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin” (Luc. 1:32, 33). Al comenzar su ministerio público, Jesús proclamó: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mat. 4:17). No era un reino territorial. Era un reino de poder, que sometía a los demonios. A los incrédulos fariseos, dijo: “[...] Si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios” (Mat. 12:28). Reino espiritual ahora; territorial, en su segunda venida.

Con este Reino, Dios cumple las dos promesas que hizo a David: (1) la duración eterna del Reino y (2) la eterna permanencia de un descendiente de David en el trono. También cumple su propósito original para Israel: que su reino se expandiera por todo el mundo.

El Reino es para los que hacen la voluntad de Dios. “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mat. 7:21). Para definir lo que significa hacer la voluntad de Dios, Jesús contó una parábola. Estaba en el Templo, enseñando a la multitud, y se habían aproximado unos sacerdotes y unos ancianos para hacerle una pregunta. Querían saber cuál era su autoridad y quién se la dio. Jesús les dijo que si ellos le respondían una pregunta, él también les contestaría la de ellos: ¿De dónde provenía el bautismo de Juan, del cielo o de los hombres? No sabemos, respondieron. Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas, les dijo. No quiso decirles directamente que su autoridad provenía de Dios y era expresión de su voluntad.

Pero, les dijo, un hombre tenía dos hijos. Se acercó al primero y le ordenó que fuera a trabajar a su viña. El joven no tenía buena voluntad. No quiero ir, respondió. Pero, después se arrepintió y fue. Acercándose al otro, le dijo lo mismo. Parecía de muy buena voluntad y rápidamente respondió: Sí, señor, voy. Pero no fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre?, preguntó Jesús. El primero, respondieron todos.

Para hacer la voluntad de su padre, este último hijo necesitó arrepentir-

se. Pero el arrepentimiento es solo el comienzo. Hay algo más. Es necesario creer. Comentando la respuesta de los sacerdotes y los ancianos, Jesús dijo: “De cierto os digo, que los publicamos y las rameran van delante de vosotros al reino de Dios. Porque vino a vosotros Juan en camino de justicia, y no le creísteis; pero los publicanos y las rameran le creyeron; y vosotros, viendo esto, no os arrepentisteis después para creerle” (ver Mat. 21:23-32). La voluntad de Dios era que se arrepintieran y creyeran, porque solo arrepintiéndonos y creyendo podemos hacer la voluntad de Dios. Cuando hacemos su voluntad, entramos en su Reino y el Reino de Dios es nuestro reino.

En Abraham tenemos la promesa del Mesías. En David, la promesa del Reino. En Jesús tenemos la realización de ambas cosas. Él era el Cristo.

Jesús: La Realidad (Mateo 1:16)

Concluyendo su genealogía, Mateo dice: “Y Jacob engendró a José, marido de María, de la cual nació Jesús, llamado el Cristo” (Mat. 1:16). Cristo, en griego, significa: “ungido”. Lo mismo que Mesías en hebreo.

Los fieles de todos los tiempos sabían acerca del Mesías. **Adán** lo conocía como la Simiente de la mujer (Gén. 3:15). **Abraham**, como Rey de Salem y Príncipe de Paz (Gén. 14:18). **Jacob**, como Siloh, ante quien se congregarían los pueblos (Gén. 49:10). **Isaías**, como Emanuel, Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre eterno, Príncipe de Paz (Isa. 7:14; 9:6). **Jeremías**, como Renuevo justo de David, y Justicia nuestra (Jer. 23:5, 6). **Daniel**, como el Mesías Príncipe (Dan. 9:25, 26). **Oseas**, como Dios de los ejércitos (Ose. 12:5). Todos ellos creían en él y lo esperaban.

Nosotros no necesitamos mirar la promesa, como ellos, con expectativa y esperanza, creyendo en el futuro. Para nosotros es una realidad histórica. El Mesías ya vino. Ya trajo el Reino. Ya dio su vida. Ya otorgó la vida. Ya se hizo realidad y con él trajo a la realidad todas las promesas. También nosotros creemos, pero no como esperando recibir, sino como habiendo recibido. Y la vida que nos dio, con nosotros estará como eterna posesión; porque, siendo vida eterna, comienza aquí, cuando creemos. Para ellos, todo estaba en el futuro; el pasado no tenía más que la historia de la promesa. Nosotros, en cambio, tenemos en el pasado la historia de la salvación ya realizada; y en el futuro, la continuación magnífica de un presente, en Cristo, con la vida de nuevas criaturas, en la que todo se hace realidad y vida eterna.

El avión, en pleno vuelo transatlántico, parecía no existir. Un joven, a mi lado, leía. Yo, concentrado en mi computadora, escribía. Después de un largo rato, se cansó de leer y yo presté atención a sus movimientos mientras guardaba el libro.

—¿Adónde viajas? —pregunté.

—A visitar una amiga que tengo en Alemania —dijo—. ¿Y usted?

—Voy a Moscú —respondí.

Se movió en el asiento como acomodando su interés que, de súbito,

había aumentado.

–¿Qué hace en Moscú? –dijo.

–Trabajo para la Iglesia Adventista.

–¿Pastor? –preguntó.

–Sí –respondí.

–¡Interesante! –comentó.

Su voz tenía una especie de curiosidad mezclada con sorpresa.

–¿Eres tú miembro de alguna iglesia? –pregunté.

–No –me dijo como pensando–. Mis abuelos eran bautistas, muy religiosos –agregó–. Mi familia no. Mi padre siempre decía que eso del evangelio no se entiende, que no se puede vivir el evangelio. Al menos, son tan pocos los que viven bien el evangelio, si es que hay algunos.

–Y tú ¿qué dices? –le pregunté.

–No sé –respondió y, como dando un nuevo impulso a sus palabras, agregó–. De paso, ¿cómo se vive el evangelio? ¿Es posible vivirlo?

–Sí, es posible y es fácil –respondí.

Me miró como estudiándome. Tenía en sus ojos la forma redonda de la sorpresa incrédula. Guardé silencio por un momento, y él tampoco dijo nada, pero aguardaba.

–Para vivir el evangelio –agregué–, hay que saber lo que el evangelio es. El evangelio no es una idea; por eso, no hay que vivirlo intelectualmente, como encadenando conceptos o explicando razones. Tampoco es una emoción, ni un conjunto de emociones espirituales. No es posible vivirlo en una euforia emocional que nos columpie del gozo a la tristeza, de la paz hacia la culpa, o del sueño a la ficción. El evangelio es un modo de ser. El modo de ser de Dios. La manera de ser de Cristo. Es la misma acción del Espíritu Santo. Es un poder. No cualquier poder, es el poder de Dios para salvación.

–Eso está muy complicado para mí –dijo, sin perder el interés–. Eso del poder... –agregó–. Yo he oído que el evangelio está relacionado con el amor, pero nunca me lo definieron como poder.

–Sí –le dije–, tú dices bien. Está relacionado con el amor, porque Dios es amor; pero el evangelio no es el amor. El amor está dirigido a muchas cosas. Dios ama a los seres del universo que nunca pecaron y ama a los seres humanos pecadores. Pero el poder de Dios, en el evangelio, está dirigido hacia los seres pecadores, solamente. No hay evangelio para los seres que nunca pecaron. Cuando Dios crea, dirige su poder en una función creadora para producir seres y cosas que nunca han existido. Concentra ese poder en su palabra. Él dice la cosa, y se hace; manda que algo exista, y existe. En el evangelio concentra su poder para salvación. Solamente que, en este caso, lo concentra en la acción. Y, en lugar de decir: “Sea salvo el pecador”, para que el pecador se convierta en una persona salvada, realiza acciones que lo salvan. Dios Hijo vino al mundo y murió para salvar. Esto es un proceso que implica muchos actos de Dios, y ese conjunto de

acciones es su modo de vida para salvar al pecador. Todo su ser está comprometido en ese modo de vida. El evangelio nos dice que la salvación la hace Dios, no el ser humano.

–Esto es diferente –dijo, como si estuviera mirando un lugar de su propia casa que nunca hubiera visto antes–. Hasta mi padre estaría sorprendido y mis abuelos también. No es una cuestión de palabras –agregó–. Yo pensaba que el evangelio era una buena noticia, palabras –dijo como meditando.

–Sí, le dije–, también es buena noticia, porque es una gran noticia saber que Dios está ejecutando nuestra salvación. Pero el evangelio no es sólo la palabra de la noticia, incluye la acción de Dios que produce la noticia. Y, lo más fantástico es que Dios no solo hace la acción salvadora fuera de nosotros; también la ejecuta dentro de nosotros. Nos hace nuevas personas. Y esa nueva persona vive el evangelio; solamente ella puede vivirlo. Entonces, ¿cómo se vive el evangelio? –agregué–. Sencillo, como una persona nueva, una persona recreada que actúa conducida por el poder de Dios. Dios es el que realiza nuestra salvación fuera de nosotros, en la Cruz, y dentro de nosotros cuando creemos. Quien cree es una nueva criatura. Creer es también una acción de Dios en nosotros, no es mera palabra nuestra. La salvación no se produce cuando una persona dice: “Yo creo”. Se produce cuando Dios actúa en ella y ella no rechaza la acción divina. Dios le da la capacidad de creer, aunque haya sido una persona incrédula, y la equipa para vivir como persona nueva, creyente.

Seguimos conversando muchas otras cosas, pero solo he relatado lo relevante para el tema que tratamos aquí.

La salvación es una realidad presente porque Cristo es plena realidad en el presente de nuestra vida, hoy, y lo será mañana también; todo el tiempo futuro de nuestra vida, porque el regalo de Dios para nosotros es vida eterna en Cristo Jesús.

La genealogía de la vida eterna incluye la promesa de la vida, la promesa del Reino y la realidad de las dos promesas en la persona de Cristo, el dador de la vida presente y eterna.

Cinco mujeres y un solo descendiente

Ninguna podía tener hijos; todas engendraron el mismo descendiente. Ninguna era socialmente aceptable; todas se convirtieron en ejemplo para su propia sociedad y para la sociedad humana de todas las generaciones. Ellas engendraron un descendiente que fue llamado “Hijo del Hombre” e “Hijo de Dios”. Totalmente hombre y totalmente Dios. ¿Por qué fueron incorporadas en la línea de ascendientes humanos de Jesús? ¿Tiene esto alguna relación con nosotros hoy?

Veamos. Sus nombres están en la genealogía de Jesús dada por Mateo, capítulo 1 versículos 1 al 17. Tamar, Rahab, Rut, Betsabé y María.

Tamar, la despreciada (Génesis 38:6-30)

La familia de Judá. Después de que los hijos de Jacob vendieron a José, su hermano, y los madianitas lo llevaron como esclavo a Egipto, Judá se apartó de sus hermanos y se fue a vivir en un lugar en el que vivía un amigo suyo llamado Hira. En esa tierra se casó con una cananea, hija de Suba. Tuvieron tres hijos, Er, Onán y Sela. No importa adónde los hijos de Jacob fueran, a ese lugar los acompañaba la historia de su familia. La gente se enteraba de las promesas hechas por Dios a Abraham, a Isaac y a Jacob. La promesa más fascinante estaba en relación con el descendiente de ellos que sería una bendición para toda la humanidad: el Mesías.

Tamar entra en la familia de Judá. Entre las personas que escucharon esta historia, estaba una jovencita llamada Tamar. Le fascinaba el futuro de esa familia. Tanta era la atracción de la historia, que la hizo soñarse a sí misma formando parte de ella. Había una sola manera. Casarse con el primogénito. Pero esto no lo podía decidir ella. Sin embargo, había algo que podía hacer. Se hizo amiga de la familia, especialmente del padre. Sabía muy bien cómo se hacían las cosas. Era el padre quien tomaba esposa para sus hijos. Judá tenía que ser cuidadoso en esto. Conocía su responsabilidad. Tenía que asegurarse un descendiente, a través del cual la promesa del Mesías pudiera cumplirse. Tamar lo impresionó bien. Ella adoptó sus principios y sus tradiciones, y él la tomó como esposa para su hijo primogénito.

Ahora ella era miembro de la familia que quería. Sus sueños podrían convertirse en realidad. ¡Qué importaba que ella no fuera descendiente de Abraham! Ahora era la esposa del primogénito de Judá. Pero todavía existían cosas, muchas cosas de Dios, que necesitaba conocer. Su marido era malo. Por eso, Dios no podía proteger su vida, y el primogénito de Judá murió; sin hijos. Una situación complicada para ella. ¿Cómo quedarían ahora sus sueños? Pero una antigua ley vino a socorrerla. Onán, su cuñado, tenía el deber de casarse con ella, y el primer hijo que engendrara pertenecería a su hermano muerto, sería el primogénito. Eso fue exactamente lo que Judá hizo. Ordenó a Onán que se casara con Tamar, su cuñada, y levantara descendencia para su hermano. Onán se casó con ella, pero no quiso engendrar hijos para él. Esto no agradó a Dios. Castigó a Onán, y le quitó la vida. Murió sin hijos. Nueva dificultad para la viuda. Todo su proyecto parecía naufragar. Es cierto, quedaba Sela con el mismo deber de su hermano. Pero era demasiado joven. No tenía edad para casarse. Tamar tuvo que irse a casa de su padre y permanecer allí como viuda.

Tamar en la línea familiar del Mesías. Por otro lado, Judá no quería casarla con su hijo; porque si su último hijo también muriera, él quedaría imposibilitado de tener un descendiente, y estaría fuera del linaje del Mesías. Impensable. Pero, cuando llegó la edad en que Sela podía casarse, nada hizo para que esto ocurriera. Y, por su inacción, se quedaba sin descendientes. Tamar no lo permitiría. Maquinó un extraño plan, pero en ar-

monía con la ley de su tiempo. Se disfrazó de prostituta, para tener una relación sexual con Judá. Cuando Judá se enteró de que su nuera estaba encinta (sin saber que el niño era de él), pensó que había fornicado y dio orden de castigarla conforme a la ley. Debía ser quemada. Tamar probó que su hijo, era hijo de Judá, y se libró del castigo. Además, aseguró su presencia en la genealogía del Mesías. En lugar de tener un hijo, tuvo mellizos. Y tuvo también la aprobación completa de su suegro.

Tamar más justa que Judá. “Más justa es ella que yo”, dijo él. ¿Por qué más justa? Porque ella hizo todo lo que pudo para que Judá tuviera un descendiente; en cambio, él no había hecho nada. Ella había dado más valor a la promesa de Dios y la había creído con mayor entrega. En su mente, lo que hizo con Judá, por estar en armonía con la ley de su época, no tenía delito alguno. Más tarde, cuando Jacob profetizó el futuro de sus hijos, acerca de Judá, dijo: “No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a él se congregarán los pueblos” (Gén. 49:10). Siloh es una referencia al Mesías. Sin Fares, el hijo de Tamar, esto hubiera sido imposible.

Tamar, aunque pagana, entró en la genealogía de Cristo; porque estuvo dispuesta a abandonar su paganismo e integrarse al pueblo de Dios. Creyó en sus promesas y vivió solo para ellas. La que al parecer no podría tener hijos, engendró al verdadero sustituto del primogénito de Judá, un nuevo primogénito que entró en la genealogía del primogénito verdadero de Israel, Jesús, el Rey.

Rahab, la ramera (Josué 2:1-24)

Ocurrió en los días cuando comenzaba la conquista de Canaán. Moisés había sido sepultado y Josué, su siervo, fue elegido por Dios como el líder de su pueblo. “Como estuve con Moisés, yo estaré contigo”, le dijo. Josué era valiente, obedecía a Dios, era esforzado, espiritual, inteligente. Después de cruzar el Jordán, se enfrentó con la primera ciudad que debía conquistar: Jericó. Antes de cruzar el río, preparó su plan de conquista y lo primero que hizo fue enviar dos espías a la ciudad. Entraron en la casa de una ramera, llamada Rahab. Hasta ese momento, había sido una mujer sin importancia, solo conocida por hombres pecadores que acudían a ella para practicar su pecado. No eran condiciones socialmente apropiadas para tener hijos, y no los tenía. Pero su vida estaba por cambiar radicalmente. No sabemos lo que los espías, al llegar, conversaron con ella. Pero ella se identificó con ellos, quedó preparada para defenderlos y los escondió en el terrado de su casa. No pasó mucho tiempo hasta la llegada de los emisarios del rey. Querían prender a los espías.

“Saca a los hombres que han venido a ti”, le dijeron. “Es verdad”, dijo ella. “Vinieron dos hombres, pero al anochecer se fueron y no sé adónde han ido”. Los hombres se fueron tras ellos, y la mujer hizo un pacto con sus protegidos: “Sé que Jehová os ha dado esta tierra”, dijo. “Porque hemos oído lo que ha hecho Jehová en el Mar Rojo y con los reyes que están al otro

lado del Jordán. Por lo tanto, os ruego que me juréis, por Jehová, que cuando él os entregue esta ciudad, porque lo hará, salvaréis la vida de mi padre, de mi madre, de mis hermanos y hermanas, y todo lo que poseen". Estaba segura de lo que Dios haría por Israel y también tenía plena convicción de lo que podría hacer por ella. Además, sabía que Dios actuaría únicamente a través de Israel, y depositó toda su confianza en ellos.

Los espías aceptaron el pedido. Pusieron, sin embargo, dos condiciones: (1) en el día de la destrucción, todos los familiares de Rahab debían estar en su casa y (2) ella debía atar, en la ventana, un cordón de grana que ellos le entregaron. La mujer no discutió, no dudó, no vaciló; simplemente lo hizo. Por su parte, Josué salvó la vida de Rahab y la casa de su padre, y todo lo que ella tenía (Jos. 6:25). Pero quemó todo lo demás, excepto los objetos de bronce, de oro, de plata y de hierro, que colocó en el tesoro del Santuario. De ahí en adelante, Rahab habitó entre los israelitas, y fue incorporada en el pueblo de Dios. Los objetos de valor fueron al Santuario y las personas creyentes, a la familia de Dios. Rahab se casó con un importante príncipe de Israel llamado Salmón, y Dios la colocó en el linaje de Cristo.

Los pecadores que se tornan miembros de la familia de Dios, dejan de ser pecadores. La fe los lleva por un camino que no habían transitado antes. Es el camino de la confianza en Dios, el camino de la integración con Cristo, el camino de la salvación. Rahab lo recorrió, y se convirtió en un ejemplo para los pecadores de todos los tiempos.

Rut, la moabita (Rut)

Nunca pensó en casarse con un israelita. Rut y todos los moabitas los despreciaban. Sí, eran sus parientes lejanos, porque ella y su pueblo descendían de Lot, sobrino de Abraham, de quien descendían los hijos de Israel; pero las relaciones entre ellos habían sido malas desde siempre. Además, para casarse con un israelita tendría que viajar a Israel: impensable por el momento. Pero, a veces la vida coloca a las personas en circunstancias muy inesperadas. Vino un hambre en Israel, y una familia de Belén decidió trasladarse a los campos de Moab; padre, madre y dos hijos. Permanecieron allí diez años. En ese tiempo, los dos hijos se casaron y después, en momentos sucesivos, los tres hombres murieron. Moab ya no ofrecía buenas perspectivas para las viudas. En realidad, todo era negativo. ¿Qué hacer? Solo hay una posibilidad, concluyó Noemí: volver a Israel. Por lo menos allí tenía parientes y las leyes de Israel, que protegían a las viudas, podrían favorecerla. Noemí decidió intentar esa posibilidad. Le pareció justo dejar a sus nueras en Moab. Allí podrían casarse de nuevo y tener sus propias familias. Pero Rut prefirió acompañar a su suegra.

"No me ruegues que te deje –le dijo–, y me aparte de ti; porque a dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios" (Rut 1:16).

Una decisión muy extraña para una moabita, pero habla muy bien

acerca de la influencia que su familia israelita había ejercido sobre ella, especialmente su suegra. Había conocido al Dios de Israel, y estaba decidida a echar su suerte con él y con su pueblo. Retornaron juntas.

Llegaron a Belén pobres y solas; viudas, sin ninguna posibilidad social de tener hijos. Sin saber lo que el futuro inmediato les deparaba, y menos sabían acerca de su futuro distante. Pero los dos serían grandiosos. La entrega a Dios abre nuevas posibilidades, prometedoras, abarcadoras, infinitas. Por el momento se conformaron con la cosecha de los pobres, una magnífica provisión de la ley israelita, y Rut se fue a recoger espigas sueltas en el campo de Booz donde, en ese tiempo, se cosechaba trigo. Hombre temeroso de Dios, lleno de bondad, generoso. Fue una alegría descubrir que era pariente. Las dos mujeres sintieron que Dios estaba con ellas, y se aferraron a su bendición. Dios no falla jamás. Habían confiado en él, y él estaba trabajando por ellas. ¡Cuánta felicidad puede surgir de una experiencia negativa, de pobreza y soledad, cuando se pasa por ella asido de la mano de Dios!

Booz se convirtió en *goel* para ellas, redentor. Redimió la heredad que había sido de Abimelec, esposo de Noemí, y se casó con la viuda de su hijo.

Los ancianos que estaban en la puerta bendijeron a Rut, deseando para ella la misma bendición que habían recibido Raquel y Lea, por medio de la cual edificaron la casa de Israel. Además, pidieron a Dios que la casa de Booz, su esposo, fuera como la casa de Fares, el que Tamar concibió de Judá. De Fares, en quinta generación, descendía Salmón, el que se casó con Rahab la ramera de Jericó, cuyo hijo era Booz. Este Booz y Rut tuvieron un hijo que llamaron Obed, que fue padre de Isaí, uno de cuyos hijos fue David, el más grande rey de Israel; figura real del Mesías, Jesucristo, Rey eterno del verdadero Israel de Dios.

Rut, la moabita, extranjera y angustiada, encontró, en Dios, ciudadanía con su pueblo, alegría con sus bendiciones y eternidad con su descendiente Jesucristo; en quien todos alcanzamos la misma experiencia y los mismos resultados eternos.

Betsabé, la adúltera (2 Samuel 11, 12)

Hermosa. Muy hermosa. En el calor de la tarde, Betsabé se bañaba con la mayor inocencia de la vida. Feliz. Nieta de Ahitofel, el hombre más sabio de Israel, un político inteligente y perspicaz que trabajaba al servicio del Rey. Esposa de un alto oficial del ejército, hitita extranjero, es cierto, pero uno de los hombres más valientes del reino, a quien el Rey valoraba mucho. No le faltaba nada. Nada pretendía de las cosas que otras personas comúnmente codiciaban. Ni siquiera reclamaba el hijo que no tenía, tan anhelado por cada mujer israelita. Esa tarde, aunque su marido estaba lejos y en la guerra, en el patio de su casa, se bañaba distraída y tranquilamente. ¡Extraño! Ese momento tranquilo y seguro se transformó en una puerta hacia la angustia mayor de su vida.

Después de dormir la siesta, el Rey paseaba por el terrado de su palacio

y la vio. Sufrió un choque emocional intenso; irresistible. Mandó a buscarla y se acostó con ella. Ya el mal estaba consumado. ¿Por qué? Él no pensó en nada y ella no se resistió. El castigo de la ley era terrible: muerte para él. Para ella, muerte. ¿Qué ocurre en la mente, en el sentimiento, en la voluntad; qué pasa en las entrañas para que el mal haga un estrago tan nefasto? De repente, David cae en la realidad. El hijo que ella no había podido tener estaba comenzando a formarse en ella. Hay que ocultarlo, pensó. ¿Cómo? Un crimen llama a otro crimen mayor. Maquinó un plan para que Urías pareciera ser el padre. No resultó. Tramó la muerte de su abnegado oficial, por mano de los enemigos, en la guerra, para que Betsabé quedara libre y él pudiera casarse con ella. Urías muere, y David la toma por esposa. Pero se sabe. Todo se sabe, siempre. Y el castigo siempre acecha.

Dios no podía desentenderse. Envía a su profeta y los enrostra. Es un pecado. Despreciaron la palabra de Dios. Despreciaron sus leyes. Despreciaron al pueblo de Dios. Despreciaron su propio prestigio. Despreciaron a Dios. Pecado. Y el pecado produce toda clase de consecuencias. “Lo que hiciste en secreto”, le dijo Dios, “yo te lo haré delante de todo Israel y a pleno sol. Tomaré tus mujeres delante de tus ojos y las daré a otro”. David despierta. Se arrepiente. “Pequé contra Jehová”, dijo. Y el profeta Natán le respondió: “También Jehová ha remitido tu pecado. No morirás”. ¡Cuán rápido es Dios para perdonar!

Si hay arrepentimiento genuino, Dios no demora. Grande es su misericordia; y su bondad, ilimitada. El perdón elimina la culpa, pero no evita las consecuencias del pecado.

Betsabé perdió al único hijo que había podido concebir. Murió. De nuevo sin hijos. Antes no sufría por eso. Ahora sí. Antes se sentía como si lo tuviera todo. Ahora, como si nada tuviera. Pero la nada del ser humano, si se arrepiente, no es limitación alguna para Dios. Betsabé acompañó a David en el arrepentimiento. Dios la perdonó y la bendijo. Le dio un nuevo hijo, y lo llamó Salomón, al cual “amó Jehová” (2 Sam. 12:24).

Betsabé entró en la genealogía de Cristo porque se arrepintió genuinamente. No renegó de las consecuencias de su pecado y se dispuso a servir a Dios mucho mejor que antes.

María, la soltera

Ella era pobre. Muy pobre, pero pertenecía al linaje de David. El rey más importante en toda la historia de su pueblo. A pesar de su linaje, la pobreza escondía, entre los pobres, una importancia que muchos habrían reconocido si hubiese sido rica. Nadie lo sabía. Tampoco andaba ella contándolo. Era humilde. Sencilla, trabajadora, sin pretensiones de nada, vivía como vive el pueblo común de todos los tiempos: luchando cada día por el sustento diario y disfrutando lo mejor posible de lo poco que podía lograr. Alimento, techo y amistades era todo lo que podía tener. Y lo tenía. Hija de una anónima familia de la cual nada se sabe –salvo las informaciones que hay sobre su prima Elisabet, más tarde madre de Juan el Bautista–,

vivía confiada y feliz. La pobreza no es una virtud en sí misma, pero el pobre puede ser virtuoso. No creó Dios la pobreza, ni la exige. Es una consecuencia del mal que agobia a los humanos, incrédulos y creyentes. El creyente pobre da testimonio de su fe, sirviendo a Dios, aun en medio de la pobreza. Tampoco la riqueza es una virtud, aunque puede ser una bendición de Dios, si es él quien la otorga; y el rico puede ser virtuoso, a pesar de su riqueza, porque, aunque sea difícil que un rico entre en el Reino de los cielos, para Dios nada es imposible.

Soltera. Ninguna mujer soltera de Israel podía tener hijos. Pero esa falta de hijos le ganaba el respeto de la comunidad y el derecho a todos los beneficios que las leyes de Israel pudieran otorgarle a una mujer sin marido. Uno de ellos era el derecho a la protección. Jamás quedaba desamparada. Era protegida por su padre, si vivía; o por el pariente más cercano, si su padre hubiera muerto. Siempre pertenecía a una familia. Tenía seguridad. Era respetada y hasta admirada, si era virtuosa. María tenía todo esto que, por su pobreza, valía mucho. Pero, por su condición de soltera, no podía tener hijos.

Un día, sin transgredir la Ley, quedó embarazada. La sociedad no lo entendería. Una soltera embarazada daba origen a un juicio y a un castigo: muerte. Lo que para las mujeres casadas era el comienzo de la felicidad, para María, la soltera, era el fin de todo prestigio, el comienzo de una enorme tragedia: muerte. Pero, no le importaron los riesgos. Solo le importó el cumplimiento del plan divino. Nada es superior al plan de Dios; ni la vida misma, porque Dios da vida a quien quiere y cuando quiere. Además, nada hace Dios para muerte. Con su fidelidad a Dios estaba ella tan segura como segura había estado siempre. Y mucho más. La seguridad de la Ley era fuerte; ella nunca la despreció. Pero ahora se agregaba una seguridad adicional, más firme que la Ley; hasta el punto de protegerla aun del aspecto punitivo de la Ley. Confió en Dios, y obedeció. Dios la honró sobre todas las mujeres, haciéndola madre del Rey prometido, el Salvador del mundo, que trajo vida eterna para todo aquel que en él cree, al judío primeramente y también al griego, como Pablo diría más tarde.

Conclusión

Tamar, aunque despreciada por Judá, creyó en el Dios de Israel con una fe superior a la de un israelita y se aferró a la familia de Dios con toda su convicción. La misma fe espera Dios de nosotros. Aunque pecadora y pagana, Dios la aceptó. La incorporó en su familia terrenal, la familia de Israel, y la aceptó en su familia celestial, por medio del Mesías, su Hijo.

Rahab recorrió un camino duro de final feliz. Adúltera, pagana, condenada a muerte con todos los habitantes de Jericó, confió en el poder de Dios y se salvó. Un ejemplo de conversión.

Rut, la moabita, echó su suerte con la fe de una hija de Dios y con el Dios de Israel enfrentó la vida nueva. Fe, determinación, sabiduría y obe-

diciencia. Distante de Dios, se volvió cercana. Y todos los alejados de Dios, con su experiencia, saben que Dios los acepta igual que a ella.

Betsabé, adúltera, condenada a muerte; vuelve a la vida porque se arrepiente. El arrepentido siempre consigue perdón de Dios. No hay otra manera: solo arrepentimiento. No hay otra forma: solo el perdón de Dios, por Jesucristo.

Con María, todos aprendemos que el plan divino es lo mejor. Resuelve toda situación compleja de la vida. No importa cómo sea. Peligrosa o trágica, imposible o irrealizable. Todo lo resuelve Dios con el regalo de la salvación y el don de la vida eterna.

El nacimiento del Salvador (Mateo 1:18-25)

Segunda historia. El nacimiento de Jesucristo. Mateo, después de probar que era descendiente de Abraham y David, prueba que es Hijo de Dios. La historia del nacimiento tiene ese objetivo.

María, novia de José (Mateo 1:18, 19)

Ya lo había dicho la profecía: “La joven concebirá y dará a luz un hijo, y lo llamará Emanuel” (Isa. 7:14, NVI). Esta joven es una mujer a punto de casarse, en nuestros términos, novia de alguien (Gén. 24:43, 44; Prov. 30:19). Por eso, Mateo, con toda sencillez, dice: El nacimiento de Jesús, el Cristo, fue así: su madre, María, estaba comprometida para casarse con José, un hombre justo. Pero antes del casamiento, resultó que estaba encinta. Esto dio a José la impresión de un embarazo contrario a la Ley. Por eso, inmoral.

Pero los justos nunca ofenden a nadie. ¡Cuánta falta hacen los justos en la vida humana! Cada vez que una persona entra en dificultades, o cada vez que alguien necesita comprensión, la presencia de una persona justa es valiosísima. José era justo, y no quería difamar a María. Estaba en un dilema. ¿Cómo actuar en estas circunstancias? También los justos, a veces, no saben cuál es la mejor decisión. También pueden decidir equivocadamente. Pensó separarse de ella, en secreto. Así no la expondría a la vergüenza pública, ni iniciaría los castigos requeridos por la ley. Era justo con ella. Pero con esa decisión dejaría al niño sin padre y se expondría él mismo a un juicio equivocado de la gente. Podrían pensar que el niño era hijo suyo, engendrado antes del casamiento, a quien él estaba abandonando juntamente con su madre. Y el justo parecería injusto. Un problema grave, porque el justo, además de ser justo, tiene que parecer justo.

La visita del ángel (Mateo 1:20-23)

Dios nunca deja a un justo librado a su propia suerte. El ángel del Señor se acercó a él para auxiliarlo. En sueños, le dijo: “José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es”. Era lo mismo que decirle: “Tú perteneces a la familia del rey a quien Dios prometió un descendiente que sería el verdadero

Rey de Israel, el Mesías. El niño que está en el vientre de tu prometida es el Mesías. Ha sido engendrado por obra del Espíritu Santo. Lo llamarás Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados. Él cumple la profecía del profeta Isaías. Es el Hijo del Hombre; Hombre verdadero; más que Hombre verdadero, verdadero Dios. Dios con nosotros. Y está con nosotros de un modo más intenso que la sola presencia de un morador integrado en un grupo ajeno. Es un ser divino incorporado al mismo ser de la persona humana; Dios encarnado”.

¿Cómo puede ocurrir esto? Un misterio. José no lo sabe, no lo sabe nadie. Pero lo entiende. No es necesario saber para entender; pero el que no cree, nada entiende, ni a las personas. José cree en la palabra del ángel y, por creer, sabe que no hay error en lo que Dios dice y hace.

Jesucristo, siendo Dios, se hizo carne, como nosotros somos carne. Tuvo hambre y sed. Sintió cansancio. Fue sostenido por el alimento, refrigerado por el sueño. Participó de la suerte del ser humano. Tomó nuestra naturaleza, sin ser gobernado por ella. Vivió una vida sin pecado. Venció todas las debilidades humanas para que nosotros, tomando su naturaleza, en forma espiritual, pudiéramos vencer. Jesús era la palabra de Dios hecha audible. El pensamiento divino hecho visible. Eterno, todopoderoso, Creador del cielo, de la tierra y de todo cuanto existe. Sustentador del universo. Se encarnó para ser uno con nosotros, para mostrar su comprensión, para revelar su amor, para mostrarse Salvador de todos los pecadores. Vino para revelar el carácter del Padre. Para entregarnos su gracia y su verdad. Para ser semejante a nosotros en todo y en todo mostrarse perfecto. Ejemplo de obediencia, ejemplo de humildad, ejemplo de la verdadera grandeza, aquella que sirve y salva. Ejemplo de abnegación y amor. Él es Dios. Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz. (Ver Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes* [Buenos Aires: ACES, 1986], p. 278.)

José obedece la orden del ángel (Mateo 1:24, 25)

José entendió la situación. Hombre de fe, por eso mismo, también obediente, apenas despertó del sueño en el que el ángel habló con él, “hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer” (Mat. 1:24).

Es difícil saber todo lo que José sintió en ese momento. ¿Seguridad, gozo, confianza, paz, certeza de estar actuando rectamente? Todo eso quizá. Al menos, sabemos que tuvo un profundo sentimiento de respeto por su mujer y por lo que Dios estaba haciendo. No tuvo relaciones sexuales con María hasta que nació Jesús (Mat. 1:25). Posiblemente esto no era necesario, pero demuestra la actitud de José. Un marido respetuoso de su mujer y un creyente profundamente obediente a Dios. No hay palabras de José registradas en el Evangelio, pero sus actitudes y sus acciones permiten conocerlo. Entendía la vida como un servicio a Dios y lo servía incondicionalmente. Esto lo hizo ecuánime y comprensivo con su

prójimo. Justo. Hombre de buen trato, agradable, bondadoso, pacífico, tierno. Además, un trabajador incansable que atendía a su familia con responsabilidad ejemplar.

La visita de los Magos (Mateo 2:1-12)

El tercer relato que introduce la historia de Jesús Rey es la visita de los Magos de oriente. Tiene un propósito, vincular a Cristo con la humanidad entera; una misión, anunciarlo al pueblo de Jerusalén y a Herodes con su corte; y un objetivo, adorar al Rey recién nacido.

Propósito

El relato de la visita de los Magos cumple un propósito semejante a la introducción de las mujeres en la genealogía: Dar a Cristo una dimensión universal y mostrar que todos los seres humanos, israelitas o no, son aceptables para Dios y Dios puede actuar por medio de ellos. Las mujeres no semitas representaban a los descartados sociales. Despreciados por la sociedad a causa de sus pecados reales o aparentes. Los Magos, sabios filósofos del oriente, representan al mundo pagano. Sabían y buscaban conocimiento; además, creían en las profecías que anunciaban al Rey de Israel.

La misión (Mateo 2:1-8)

Cuando, guiados por la estrella, llegaron a Jerusalén, preguntaron por el Rey a cuantas personas encontraron. Nadie sabía. Un gran chasco. Ellos creían que en Israel todas las personas estaban esperándolo. No era así. Herederos de la promesa, dueños de las profecías, pueblo propio del Rey; nada sabían. Sin pensar, los magos trajeron la noticia. Una misión inesperada. Pero es siempre así; los que tienen la verdad, no importa de qué origen sean, adquieren la misión de compartirla. Y los magos tenían la verdad sobre el Mesías; la compartieron con los habitantes de Jerusalén. Luego fueron al rey. La misma misión. No podían callar.

“¿Dónde está el Rey de los judíos, que ha nacido?”, preguntaron a Herodes. Tembló. Estaba en el trono de Israel por maquinaciones políticas con el Emperador romano. Herodes no era israelita. Idumeo. Enemigo de Israel, como su pueblo, desde siempre. Descendientes de Esaú (Gén. 36:9), hermano de Jacob, los edomitas o idumeos, trataron a los israelitas como enemigos cuando estos, en su éxodo de Egipto, estaban llegando a Canaán (Núm. 20:14-21). Cuando David estaba en su apogeo, volviendo victorioso de una guerra contra los sirios, los edomitas lo enfrentaron con 18 mil soldados, en el Valle de la Sal. David los derrotó y sometió a los edomitas bajo el dominio de Israel (2 Sam. 8:6, 13, 14). Ahora los magos, cumpliendo su tácita misión, anuncian, a los idumeos de la corte, el nacimiento del Rey de Israel, el descendiente de David.

“Su estrella hemos visto en el oriente”, agregaron, “y venimos a

adorarlo". El conocimiento que poseían y el que buscaban tenía un objetivo claro: adorar a Dios. ¿Cómo identificaron la estrella? Sin duda, conocían suficiente astronomía para saber que había una estrella de más. Ajena al universo conocido. Diferente. Pero esto no alcanzaba para saber que se trataba de la Estrella del Rey. También conocían las profecías. El profeta Balaam, contratado por Balaac, rey de Moab, para maldecir al pueblo de Israel, no pudo hacerlo. Dios no se lo permitió. Solo lo autorizó a bendecirlo y a profetizar bien acerca de su futuro. Hablando del Rey prometido por Dios a Israel, dijo: "Saldrá ESTRELLA de Jacob, y se levantará cetro de Israel" (Núm. 24:17). Los Magos, sabios y filósofos, sabían bien que la señal de la Estrella estaba vinculada con el Rey de Israel. Alarmaron a Herodes con su pregunta: ¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido?

Herodes era astuto. Con la misma astucia que tenía la serpiente en el Edén (Gén. 3:1). Y ocultó su angustia con una apariencia de interés por las profecías y la Revelación. Llamó a los especialistas, los principales dirigentes religiosos, para consultarlos.

¿Dónde?, preguntó. ¿Dónde había de nacer el Cristo? Confiaba en la autoridad de sus especialistas. Basados en una profecía del profeta Miqueas (5:2), respondieron que el Cristo habría de nacer en Belén. Sabían la respuesta. Pero el contenido del conocimiento no lo crearon ellos; provenía de Dios. Y, aunque ellos fueran falsos, su respuesta era verdadera.

A esa altura, Herodes cambia su pregunta. Primero preguntó ¿dónde? Ya sabe que el Rey de Israel deberá nacer en Belén y él sabe dónde Belén está. Ahora pregunta ¿cuándo? Esto le afecta más. Si es en su tiempo, su trono está en peligro. No pregunta a sus especialistas. Los Magos le resultan más confiables. Ellos ya conocen las profecías y han venido en el tiempo justo. La Estrella lo anuncia. "Vayan a Belén", les dice, "y cuando lo encuentren, háganmelo saber para que también yo vaya a adorarle". Falso. Él no quiere adorarle. Destruirlo es su intención. No quiere que llegue a la edad de postular al trono. Sabe, o al menos cree saber, que entonces todo el pueblo lo ayudará a recuperar el trono de Israel, y él estará perdido. No entiende. No sabe que el Rey de Israel, ya nacido, no viene a conquistar su trono, viene a conquistarlo a él, para salvarlo. Viene a conquistar el mundo para la vida eterna.

Las dos etapas de la misión, no planeadas por los Magos, ya están cumplidas: Primera, anunciaron el nacimiento del Rey a los habitantes de Jerusalén; y segunda, lo anunciaron a Herodes junto con su corte.

El objetivo (Mateo 2:9-12)

Salen del palacio. Y, al cruzar las puertas de Jerusalén, hacia su nuevo destino, vuelven a ver la Estrella. Su gozo fue inmenso. Estaban seguros de que el objetivo de su viaje sería cumplido. Bajo la conducción de la Estrella, los Magos llegan al lugar donde Jesús estaba. Al verlo,

reconocieron su divinidad y, postrándose delante de él, lo adoraron. Este era el objetivo de su viaje. Habían recorrido una enorme distancia y sorteado toda clase de peligros para adorar al Rey de los judíos. Como parte de su adoración, cada uno de ellos le entregó el regalo que había traído: oro, incienso y mirra. El contraste entre el simple pesebre en el que Jesús estaba y los costosos regalos de los Magos es enorme. Semejante a la diferencia que existe entre la fe de ellos y las intenciones de Herodes, que ellos no habían podido percibir. Pero, cuando se disponían a emprender el regreso, en sueños, Dios les revela el peligro y les ordena que no vuelvan a Herodes. La fe siempre es obediente. Y estos hombres de fe obedecieron a Dios sin vacilación alguna. Regresaron a su tierra por otro camino.

Todos los cristianos han sido conducidos a Cristo por Dios mismo. No les envió una estrella. Pero les envió su Espíritu Santo, que ha realizado todos los milagros necesarios para su conversión. Dios espera que crean en Jesús y, porque creen, espera que sean obedientes a cada revelación que les envía, quizá no en forma directa, como a los Magos, pero sí a través de su Palabra escrita. Podrá haber muchos Herodes, dando la apariencia de ser creyentes, pero sus palabras no son confiables. Solo la palabra de Dios es verdadera. Ella condujo a los Magos desde el oriente hasta Jerusalén, donde les esperaba una misión, que los Magos no rehuyeron. Cumplieron fielmente y en poco tiempo. Ella los condujo en su regreso, y no se equivocaron. Nada es más seguro en la vida que la palabra de Dios. Con ella sabemos discernir lo mejor y con ella jamás tomaremos el camino hacia el error. “Lámpara es a mis pies tu palabra”, dijo David, “y lumbrera a mi camino” (Sal. 119:105).

El viaje a Egipto (Mateo 2:13-23)

En el relato sobre el viaje a Egipto aparecen dos formas de conducta humana. Una es la conducta de José: siempre obediente, siempre prudente, siempre guiado por Dios; y la otra, de Herodes, iracundo y violento, haciendo siempre su propia voluntad y siempre defendiendo sus propios intereses, hasta la crueldad.

Fidelidad de José (Mateo 2:13-15)

Posiblemente José ya sabía el peligro. Los Magos tuvieron que haberle contado lo que habían visto en sueños y cómo Dios les había mandado evitar a Herodes. Pudo haber sido la misma noche de la partida de ellos, cuando un ángel del Señor habló con José, en sueños. “Huye a Egipto”, le dijo. “Herodes buscará al niño para matarlo. Quédate allá hasta que yo te diga”. De una forma o de otra, Dios siempre guía a los que se dejan guiar por él. Y José nunca ofreció ninguna resistencia a sus órdenes. Se levantó inmediatamente y, junto con María y el niño, emprendió el viaje a Egipto. ¡Qué eficiencia de la fe! La fe nunca es perezosa. No pierde

tiempo jamás. Jamás deja nada para después. Lo que debe ser hecho, lo hace inmediatamente. La distancia desde Belén hasta Egipto, a lomo de un asno, es mucha. Nada se dice sobre las dificultades del viaje. Pero el mismo Dios que le ordenó salir, lo protegió en el viaje. Y estuvo allá hasta la muerte de Herodes. Por su fidelidad, José produjo las condiciones para que se cumpliera la profecía de Oseas: “De Egipto llamé a mi hijo” (Ose. 11:1).

La crueldad de Herodes (Mateo 2:16-18)

El contraste entre el proceder de José, hombre creyente, guiado por Dios, su protegido, y el de Herodes, es enorme. Cuando Herodes descubrió que los Magos no siguieron su instrucción de volver a él con la información sobre el Rey de los judíos, que había nacido, se enfureció. Como todo su interés estaba centrado en sí mismo, sintió la inseguridad de su trono. Pensó que, mientras ese niño viviera, él correría mucho peligro. La solución le pareció simple. Ya lo había decidido desde el primer momento. El niño tendría que morir. Y, como la artimaña para identificarlo le había fallado, decidió que debían morir todos los niños de Belén. Una crueldad absurda. Más absurda porque el niño ya estaba fuera de Belén, en viaje a Egipto, inalcanzable. Pero él no lo sabía. La ira, la crueldad y la ignorancia pertenecen naturalmente a la persona concentrada en ella misma. Solo cuando el ser humano permite que lo guíe el propio Dios, puede descubrir los rasgos negativos de su personalidad y en él, por fe, consigue el poder espiritual necesario para superarlos. Herodes era autosuficiente. Independiente de Dios. Actuaba por sí mismo, ante sí mismo y para sí mismo. No permitía que Dios tuviera alguna cosa que ver con sus decisiones.

Mandó matar a todos los niños menores de 2 años. Belén estaba de duelo. “Grande lamentación, lloro y gemido; Raquel que llora a sus hijos y no quiso ser consolada, porque perecieron” (Jer. 31:15; Mat. 2:18). Cumplió la profecía. No por fidelidad. Por crueldad. Y la persona cruel solo produce destrucción y sufrimiento para los demás y para sí misma.

Prudencia de José (Mateo 2:19-23)

Cuando murió Herodes, un ángel del Señor vino a José y le dijo: “Vete a tierra de Israel, porque han muerto los que procuraban la muerte del niño”. De nuevo, sumiso a la voluntad de Dios, se puso en marcha. ¿Adónde volver? ¿A Judá? Hubiera sido lo obvio, porque el pueblo de Dios moraba allí. Galilea estaba bastante más mezclada de paganismo que Judá. José quería ir a Belén, donde Jesús había nacido. Pero Arquelao, hijo de Herodes, gobernaba en Judea. Muy peligroso. La prudencia de José se puso en acción, y tuvo temor de ir allá. De nuevo se hace presente Dios para guiarlo en la decisión. En sueños le dijo: “Galilea”. Específicamente la ciudad de Nazaret. Y allá se fue. Otra vez, la fidelidad de José permite que, en Jesús, se cumpla la profecía y pueda ser llamado nazareno.

Dos personas, José y Herodes. Una permite que Dios guíe sus decisiones; la otra se guía a sí misma. Dos personalidades: una cree, es obediente y cumple la profecía dondequiera que vaya. La otra, sin fe, egoísta, iracunda, violenta, cruel; niega todos los valores divinos y produce muerte por dondequiera que vaya. Una se mantiene en contacto permanente con la vida; la otra nada sabe de la vida. Sin vida presente y sin vida eterna. Solo sabe de la ruina humana y sabe solo de la muerte. José nunca dice nada, pero actúa. Todo el tiempo bajo la conducción de Dios. Prudente, sabio, seguro. Dios le da la mayor bendición de la existencia humana. Vivió junto a Jesús hasta su muerte.

PREPARACIÓN PARA EL MINISTERIO PÚBLICO

Se quedaron a vivir en Nazaret. Nada nuevo. Ya habían vivido allí antes de ir a Belén para empadronarse. ¿Cuánto tiempo? No sabemos. Ciudad montañosa, pequeña, donde todos se conocían y la vida no se alteraba con nada, excepto cuando las tropas romanas pasaban por allí, en viajes de control o rumbo a Jerusalén. Gobernaba allí Herodes Antipas, uno de los hijos de Herodes el Grande. Esto, sin embargo, no era un peligro tan grande como el que hubieran corrido en Jerusalén, porque la población de Nazaret era mixta, con muchos extranjeros. Cerca de treinta años, Jesús vivió allí una vida quieta y tranquila. José tenía un pequeño taller de carpintería, y él aprendió el oficio. Paciente, honesto, dedicado a su trabajo, sin pretensiones de ninguna clase y muy servicial; vivía sencillamente. No asistió a las escuelas de los rabinos; pero fue eficazmente educado por su madre, en casa. Sus libros de texto fueron la Sagrada Escritura y la naturaleza. Sus aulas de clase, el hogar y el taller de carpintería. Trabajaba con gozo y su trato era cordial, prudente, lleno de sabiduría.

Cuando llegó el tiempo de su ministerio público, se integró espontáneamente a la misión de su vida. Mateo habla de los primeros pasos hacia la misión contando tres relatos: La predicación de Juan el Bautista, el bautismo de Jesús y sus tentaciones. ¿Qué quiere decir con ellos? Veamos.

La predicación de Juan el Bautista (Mateo 3:1-12)

Era durante los días de la estada de Jesús en Nazaret cuando Juan el Bautista apareció predicando en el desierto de Judea. Desierto árido, profundo, triste. Pero no enteramente despoblado. Había en él seis ciudades con sus aldeas (Jos. 15:61, 62). Algunas de ellas famosas, como En-gadi, donde David encontró refugio, protegiéndose de las persecuciones de Saúl. Allí le perdonó la vida cuando entró solo en la cueva en que David, con sus hombres, se refugiaban. Allí recibió la mala noticia de la muerte de Samuel y, enseguida, huyó al desierto de Parán, más seguro, donde endechó la muerte de Samuel escribiendo el precioso Salmo 121: “¿De dónde vendrá mi socorro? Mi socorro viene de Jehová que hizo los cielos y la tierra”. Juan el Bautista nació y creció en las proximidades del desierto de Judea, un paso hacia el oeste, en Hebrón, entre los montes de Judea.

El mensaje (Mateo 3:1-3)

La proclamación. Los habitantes del desierto escucharon la voz del Bautista: sonora, segura, cierta. Sabiéndose heraldo del verdadero Rey, con tono alarmante y firme, decía: “Arrepentíos. El Reino de los cielos se

ha acercado". Una proclamación sin miedo. Sabía Juan que el pueblo y sus dirigentes eran poderosos. Con el poder político, los dirigentes podían colocarlo en la cárcel, o matarlo. El pueblo tenía poder para apedrearlo. Pero Juan sabía que eran pecadores. Sabía, además, que la única puerta de entrada al Reino de los cielos era el arrepentimiento. Y era urgente. El Reino estaba llegando. Tenían que arrepentirse.

El arrepentimiento. Aunque la conciencia siempre acusa de pecado, el arrepentimiento no es espontáneo. Es siempre la respuesta a una invitación divina. Tiene que ser una respuesta sin rebelión; porque la rebelión contra Dios es el pecado más común del ser humano. Prima de la autosuficiencia, la rebelión divide, separa, aísla. Los oyentes de Juan el Bautista conformaban un pueblo rebelde, duro de cerviz, alejado del Dios que pretendía servir. Los rebeldes no estaban separados de él por las palabras que decían. Sus acciones los separaban. También sus pensamientos y los deseos de sus corazones. Eso que conforma el verdadero ser interior de la persona humana, con las acciones visibles, mantenía al pueblo lejos de Dios. Tenían que arrepentirse. Tenían que volver a Dios.

El arrepentimiento es una forma genuina de vernos a nosotros mismos. No camuflada por el egoísmo o la autosuficiencia. No alterada por los intereses personales. Ni distorsionada por la hipocresía. Una manera genuina. Lo que está delante de nuestra mirada espiritual, cuando nos miramos a nosotros mismos con arrepentimiento, es nuestra realidad auténtica. Lo que realmente somos. Nos vemos como ve una persona corta de vista cuando se coloca los lentes. Pasamos de lo confuso a lo cierto, de lo borroso a lo nítido. Somos pecadores, y pecadores nos vemos. Tenemos un pecado específico, y lo percibimos. "Yo reconozco mis rebeliones –decía el arrepentido David–, y mi pecado está siempre delante de mí" (Sal. 51:3). En vez de responsabilizar a otros por nuestras faltas, vemos nuestra propia culpa en ellas. El arrepentimiento es una forma diferente de vernos a nosotros mismos. Este cambio lo produce el Espíritu Santo. Él trae la invitación al arrepentimiento y él mismo limpia los vidrios sucios de nuestra ventana, para que veamos claramente nuestro ser interior, sin distorsiones. Nos da también la fuerza de voluntad para buscar perdón y para desear el cambio de vida en Cristo.

El pueblo sentía la acción del poder divino. Comprendía la urgencia. La expectativa del Reino fue siempre una experiencia dramática para el pueblo de Israel. Pero el anuncio de Juan añadía, al dramatismo, una emoción de urgencia. El Reino, hasta ese momento una cuestión futura, ya estaba presente, delante de ellos, en su tiempo y en su espacio. "Se ha acercado", decía Juan.

La prueba. Y existe una prueba, cuenta Mateo. Juan el Bautista es aquel de quien profetizó Isaías, como la voz que, clamando en el desierto, prepara el camino del Señor y le endereza una vereda por donde pueda llegar

(Mat. 3:3). De acuerdo con la costumbre de aquellos tiempos, la preparación del camino o el enderezamiento de una vereda se realizaba cuando un rey estaba por llegar a uno de los lugares de su reino. Juan el Bautista anuncia la llegada del reino de los cielos y Mateo, la llegada del Rey.

Un estilo de vida (Mateo 3:4)

Juan el Bautista, sin darse cuenta, se convirtió en un mensajero de arrepentimiento, un anunciador del Reino de los cielos, un personaje de la profecía y un estilo de vida. Todo, muy notable. Impresionante. Cuando sus oyentes se arrepentían, quedaban conmovidos, y lo contaban. Cuando escuchaban que había llegado el Reino de los cielos, se asombraban, y lo repetían. Cuando se daban cuenta de que él era la voz del desierto que preparaba el camino del Rey prometido, se emocionaban, y lo decían. Cuando veían su estilo de vida, no podían olvidarlo, y lo comentaban. Simple. Muy simple. ¿Para qué más? Un manto tejido con pelo de camello, un cinto de cuero, unas sandalias en los pies; y, por comida, langostas, miel silvestre y agua pura de las colinas. Todo natural, de costo mínimo y saludable. Las langostas podrían ser los conocidos insectos que, en Israel y otros pueblos antiguos, se usaban como alimento, pero como la frugalidad de Juan era vegetariana, tuvieron que haber sido semillas de algarrobo que, en el idioma usado para escribir el relato, tenían un nombre similar.

Ser un estilo de vida es mucho más que tenerlo. La nieve es un estilo o forma de ser del agua. No tiene agua, es agua. Se puede hacer con la nieve todo lo que uno quiera para transformar su forma de ser, pero no se le puede sacar el agua. Si le sacaran el agua, dejaría de ser. Cuando Juan el Bautista aparecía en los lugares donde predicaba, la gente veía siempre el mismo personaje, predicando el mismo mensaje, vestido del mismo modo, comiendo las mismas cosas. Un hombre centrado en Cristo, simple, sin pretensiones, sin búsqueda de notoriedad. Pero, por eso mismo, notable. Con la notabilidad de la persona diferente. Era un profeta, con aspecto de profeta, con vida de profeta, con el mensaje de un profeta. No jugaba a las apariencias, ni a las impresiones. Era lo que era. Nada más. Nada menos. Y lo que él era estaba en armonía con la voluntad de Dios, previamente anunciada por los profetas. Con autenticidad, vivida por él sin claudicaciones. Una vida totalmente identificada con Cristo. Por eso, como predicador, tenía un éxito espectacular. Éxito que hubiera tenido en cualquier actividad a la que Dios lo hubiera enviado.

Éxito verdadero (Mateo 3:5, 6)

Juan el Bautista, el hombre solitario del desierto, desconocido y sin antecedentes, se encontró, de súbito, rodeado por una multitud que acudía de Jerusalén, de Judea y de toda la provincia alrededor del Jordán. El país estaba dividido en tres provincias: Galilea, Samaria y Judea. Judea abar-

caba el territorio ubicado al oeste del Jordán y al sur de Samaria. Después de la muerte de Herodes el Grande, quedó bajo el gobierno de su hijo Herodes Arquelao (Mat. 2:22), junto con Samaria e Idumea (el antiguo Edom). Si Arquelao no hubiera perdido su tetrarquía, habría estado gobernando en ella durante el tiempo de Juan el Bautista, pero la perdió en el año 6 d.C. Dos hombres: Juan el Bautista, un éxito extraordinario, y Arquelao, un fracaso total.

¿Qué es el éxito? Cuando Juan el Bautista crecía en las montañas de Judea, junto al desierto del mismo nombre, Arquelao recibía el título de rey (etnarca) de la mitad del territorio sobre el que reinó Herodes el Grande, su padre. Su familia estaba compuesta por gente de cierto talento, pero ambiciosos, crueles, criminales, tiranos, sin principios morales. Como era el hijo favorito de Herodes el Grande y el mayor de los que este tuvo con Maltase, una samaritana con mitad de sangre idumea, le dejó en herencia la mitad de su reino. Capital, Jerusalén. No llegó al trono sin dificultad. Su medio hermano Herodes Antipas, considerándose el heredero de esa parte del reino, le hizo un juicio ante Roma. Puso en duda el testamento de Herodes el Grande. Roma falló a favor de Arquelao. Triunfo para él.

¿Qué es el éxito? Consiguió el poder, el gobierno, el reconocimiento de Roma, todo lo que quería. Juan el Bautista no tenía nada. Sus padres, Zacarías y Elisabet, aunque de linaje sacerdotal, formaban una familia simple, no podían pretender ninguna herencia importante para su hijo. Honestos, piadosos, justos. No ambicionaban ningún reino para él. ¿Fracasado? Arquelao, sintiéndose seguro bajo la protección de Roma, gobernó con extrema dureza. Provocó una lucha constante de los judíos contra él. Lo mismo ocurrió con los samaritanos. Dos pueblos que se odiaban profundamente, se tornaron amigos en la lucha contra el enemigo común. En el año 6 d.C., nueva acusación ante la corte romana. Esta vez la queja fue llevada a Roma por una embajada de judíos y samaritanos. Se quejaron de su conducta. Resultado: Roma lo condenó por mala administración, le quitó el reino, confiscó sus bienes y lo exilió a Viena de las Galias. Fracaso total.

Juan el Bautista, mientras Arquelao estaba en el exilio con el reino perdido, ganaba el Reino de los cielos y lo anunciaba. Seguía no teniendo nada, aunque lo tuviese todo. Seguía simple, miembro de una familia simple, sin herencia. Seguía fiel a Dios y a la misión que él le encomendó. Y las multitudes acudían a él. Se arrepentían, se bautizaban, confesaban sus pecados. ¿Qué es el éxito? ¿Una ambición conseguida? ¿Un momento de triunfo? ¿Una riqueza lograda? ¿Un instante de poder? Solo el fin de la vida y ¿nada? ¿O algo tiene que ver con la simple virtud, con el Reino de los cielos, con la fidelidad a Dios, con la misión y con la vida eterna? Ciertamente mucho, todo quizá.

Los frutos dignos de arrepentimiento (Mateo 3:7-12)

Lo importante de verdad. Juan el Bautista también se impresionó. En su público había fariseos y saduceos, ¿quién diría? ¡Ellos, que se consideraban tan importantes (religiosamente los fariseos, políticamente los saduceos), venían de Jerusalén a escuchar la predicación y ver el bautismo de Juan, un hombre sin prestigio religioso y sin importancia política! Frente a este fenómeno, no se puede evitar la pregunta: ¿qué es importante, en realidad? Pareciera superfluo decirlo, pero la gente le da importancia a cosas, hechos, experiencias, personas; por razones, a veces, increíbles. Parece que esto, entre los humanos, ha sido siempre así. En los días del rey Pul (nieto de Salmanasar II), que gobernó Asiria entre los años 800 y 750 a.C., visitó su capital un extranjero muy extraño. Procedía de una desconocida e insignificante villa montañosa cercana al puerto de Jafa, llamada Gat-hefer. No era rey, ni embajador, ni viajero como Marco Polo. Pero tenía su importancia. Había anunciado la restauración de los dominios de Israel a sus fronteras originales y, bajo el gobierno de Jeroboam II, su anuncio se cumplió (2 Rey. 14:25; Núm. 13:21; 34:8; Jos. 13:5). Había predicado a los 120.000 habitantes de Nínive que se arrepintieran de sus pecados; y, junto con su rey, se arrepintieron. Sin embargo, Jonás dio más importancia a una calabacera que a todos los habitantes de Nínive. Intentó huir a España, para no predicarles, pues no quería que se salvaran. En cambio, cuando la calabacera, que lo protegía del sol, se secó, dijo: “Mejor sería para mí la muerte que la vida”. En realidad, no le importaban los habitantes de Nínive, por ser enemigos de su nación, ni la calabacera. Lo importante para él era él mismo. Sin duda repetía, en su mente, sus propios valores: mi nación, mi bienestar, mi reputación, mis ideas. Eso era importante para él. Y todo eso era él mismo. ¿No se parece Jonás a la mayoría, la gran mayoría, de los seres humanos de todos los tiempos?

Juan el Bautista vio la misma situación en los fariseos y los saduceos que vinieron a él. Ciertamente, algunos aceptaron su mensaje de arrepentimiento y se convirtieron, pero la mayoría, no. Con su visita no concedían importancia a Juan el Bautista. Se la otorgaban a sí mismos. Los fariseos daban extrema importancia a las formas y las costumbres, a la justicia propia y a la altivez mundana. Esto los hacía hipócritas y egoístas. Los saduceos eran escépticos, negaban la resurrección de los muertos, la existencia de los ángeles y concedían gran importancia a la ley, la política y la filosofía humanista de los griegos. Tanto los fariseos como los saduceos tenían un alto grado de importancia propia.

El ser humano es egoísta. El egoísmo está tan expandido por el mundo como expandidos por él están los hombres y las mujeres. Pero este mal tiene un remedio. Los fariseos y los saduceos, generación de víboras, que solo por apariencia huían de la ira venidera, podían huir de verdad. Podían salir de la importancia ficticia de ellos mismos a lo que de verdad es importante. “Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento”, les dijo Juan (Mat. 3:8).

¿Cuáles son los frutos dignos de arrepentimiento? Los que produce una persona que realmente se ha arrepentido, y son muchos. Entre ellos, están los siguientes.

Primero, no darse importancia a uno mismo. Ni por la posición económica o social, ni por los logros personales alcanzados, ni por el prestigio que otras personas nos concedan, ni por los antecedentes familiares que tengamos. “No penséis decir dentro de vosotros mismos: A Abraham tenemos por padre”, dijo el Bautista a los fariseos y a los saduceos. Tampoco debemos darnos importancia por lo contrario a todo esto. Porque todo lo que hayamos logrado en la vida o lo que no hayamos podido lograr es transitorio y fugaz. Hoy podemos ser algo; mañana, no ser nada. Hoy podemos no ser nada; mañana, ser alguien.

Hubo una vez, en un cierto lugar del mundo, un obrero pobre que se asoció a un líder religioso importante. De él recibió orientación social y política, hasta ayuda económica, junto con una nueva visión para sí mismo y para su grupo ideológico. Salió del anonimato. Se convirtió en dirigente sindical y, luego, candidato a la presidencia de su país. Imposible, decían muchos. Jamás será presidente. Pero, un buen día, las condiciones económicas y políticas de su país, lo ayudaron; y él, de presidente imposible, se convirtió en realidad en presidente. ¿Por cuánto tiempo? ¿Más de un período? ¿Varias veces en su vida? Nadie sabe. Sin embargo, un día dejará de serlo. Lo que una persona llegue a ser es una dádiva divina. Y Dios puede ayudarnos a ser hasta lo que parezca imposible. “Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras”, afirmó Juan. Y más que hijos para Abraham, él puede hacernos sus propios hijos, y lo hace.

Segundo, ser lo que uno quiere hablar de sí mismo. Aunque esto de la presidencia le haya ocurrido a un hombre simple del pueblo, no a todas las personas simples les ocurre lo mismo. En la mayoría de los casos, la vida transcurre de una rutina a la otra. Del trabajo de un día común a otro común día de trabajo. Sin mucha trascendencia. Sin gran significado. Pero las personas, aun en esas circunstancias, tienden a darse una importancia desmedida. Se piensan como el mejor marido, la mejor esposa, el mejor hijo, el trabajador más eficiente, el mejor estudiante, el profesional más inteligente, el más atractivo personaje de su medio social. No que esto sea malo. Lo malo está en solo pensar que uno sea todo eso, sin serlo. Hay que serlo todo, sin aspavientos. “Todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego”, dijo Juan el Bautista (Mat. 3:10). Hay que ser buen árbol y producir buen fruto. “Por sus frutos los conoceréis”, dijo Cristo. Nada se parece tanto a la fe como las obras buenas de una persona creyente. Porque no hay buenos frutos, sin fe; y con fe, no hay árbol sin frutos.

Tercero, una vida virtuosa, por asociación con el Espíritu Santo. Los fariseos y los saduceos, lo mismo que toda la multitud que acudía a Juan

en el desierto, podían recibir el bautismo del agua para arrepentimiento, y de hecho muchos fueron bautizados. Pero esto solamente era el comienzo. Indispensable: Sin arrepentimiento, nada posterior a él podría suceder; y la vida cristiana sería igual que la manera de vivir de cualquier persona buena no convertida. Por eso, quedarse únicamente en el comienzo era quedarse en la religión de Juan el Bautista, sin Cristo. “Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento”, dijo Juan, “pero el que viene tras mí [Cristo] [...] os bautizará en Espíritu Santo y fuego” (Mat. 3:11). Cuando Cristo otorga el Espíritu, con él entrega todas las virtudes; y la vida de una persona pecadora se vuelve cristiana de verdad. Cuando una persona está en Cristo, en su vida no hay separación entre fe y obras. Las obras, hechas por el Espíritu en ella, están tan unidas a su fe en Cristo, que ya no son simples obras buenas, son verdaderas virtudes, o frutos del arrepentimiento. Muy diferentes de las obras buenas que todo ser humano, formalmente, pueda hacer por sí mismo.

El contraste entre la virtud y la obra buena es tan grande, que abarca todo su proceso, desde la intención de hacerla hasta la acción que la ejecuta. La mala intención lo contamina todo. Como los fariseos venían a Juan con malas intenciones, aunque formalmente hacían lo mismo que el resto de la multitud, aun esa obra, junto con sus obras malas, tendría que enfrentar el juicio divino. En cambio, la virtud cristiana, o buena obra motivada por el Espíritu de Dios y ejecutada en asociación con él, pertenece al trigo que Dios recoge en su granero y, salvado de la condenación del juicio, permanece para siempre (Mat. 3:12).

Juan predicó un mensaje de arrepentimiento, en general, pero cuando habló a los fariseos y los saduceos, como buen predicador, personalizó su mensaje. Los llamó al arrepentimiento personal y a una experiencia de conversión completa; de otro modo, como la paja, irían al “fuego que nunca se apagará”. Lo cual no significa que, los que no se arrepintieron estén todavía y sigan eternamente quemándose en un lugar de horrible tormento eterno. Juan sigue al Antiguo Testamento, que enseña la destrucción final de los impenitentes. Una destrucción completa. Por ejemplo, Malaquías, hablando del juicio final, el “día de Jehová, grande y terrible,” dijo: los que hacen maldad “serán como estopa”, totalmente destruidos. “No les dejará ni raíz ni rama” (Mal. 4:5, 1). No hay tormento eterno, hay eterna destrucción. Pero el gran mensaje de Mateo no es la destrucción final, ni el eterno castigo que sufrirán los pecadores no arrepentidos; su mensaje es el reino, Jesús el Rey y Salvador ha llegado. Por eso, pasa inmediatamente a contar cómo fue el bautismo de Jesús.

El bautismo de Jesús (Mateo 3:13-17)

La noticia de lo que Juan hacía se extendió por el país entero. Era la señal que Jesús esperaba para comenzar su ministerio público y su propia predicación. Seguía viviendo en Nazaret, provincia de Galilea. Ahora te-

nía que ir adonde Juan estaba. Comenzó su viaje, hacia el sur, bajo la mayor expectativa que ser humano alguno, al comienzo de un viaje, hubiera experimentado jamás. Dos cosas tenía que hacer en ese viaje: bautizarse y enfrentar las tentaciones del diablo. Luego estaría listo para comenzar la misión. Cada metro recorrido, en ese camino desde Nazaret al Jordán, 102 kilómetros, se convirtió en un lugar de encuentro con el Padre. La misión no era de Jesús solo, también era misión del Padre y del Espíritu Santo. Tenían que cumplirla juntos. Siempre juntos, antes, ahora, después. Nada sabemos nosotros acerca de los tiempos eternos, pero ellos han estado juntos siempre. Nada sabemos sobre la unidad sin discrepancias, pero ellos no han discrepado nunca. Nada sabemos de la comunión sin interrupciones, pero ellos jamás la interrumpen. Uno. Solo ellos son tres y uno al mismo tiempo.

“Un día Jesús fue de Galilea al Jordán para que Juan lo bautizara. Pero Juan trató de disuadirlo” (Mat. 3:13, NVI). “Yo necesito ser bautizado de ti, y ¿vienes tú a mí? Por favor, no alteremos las cosas. Además, este es un bautismo de arrepentimiento y tú nada tienes de qué arrepentirte”. Jesús, no discute, simplemente responde. “Dejémoslo así por ahora, pues nos conviene cumplir con lo que es justo” (Mat. 3:15, NVI). “¡Juan! No se trata de mi arrepentimiento, se trata de mi identidad con el Reino, se trata de mi misión. Esto es un acto de justicia o de relación correcta. Vengo a restaurar la relación con Dios que el pecado ha destruido. Vengo a tomar el lugar del ser humano que ha pecado contra Dios. Vengo a establecer el Reino de Dios. ¿No hará lo justo el que trae la justificación y la justicia? Y el que al injusto transforma en justo, ¿no hará lo justo él mismo? Deja ahora, porque así conviene; porque esto es, ahora, lo conveniente”. Hacer lo justo es siempre conveniente y es la obra eterna de Dios, pero ahora Jesús está comenzando un ministerio especial de restauración de la justicia en las relaciones del ser humano con la Deidad. Juan entendió. Consintió, dice el texto. Su consentimiento no es como un superior que concede algo a un inferior. Es cortés sumisión a un superior. Juan manifestó un respeto profundo por el deseo de Jesús. Expresó una afectuosa obediencia a su voluntad. Esta actitud es siempre agradable a Dios. Desde los tiempos antiguos, cuando prefería la obediencia antes que los sacrificios, hasta los tiempos modernos, cuando sigue prefiriendo los hechos de obediencia a las palabras de buenas intenciones.

Emoción en el corazón de Juan el Bautista, porque entiende todo lo que ocurre. Jesús sube del agua. La multitud observa. Los seres celestiales también participan. Se abre el cielo. El Espíritu Santo y el Padre manifiestan su aprobación. Desciende el Espíritu, en forma de paloma, y se posa sobre él. Feliz, el Padre no calla: “Este es mi Hijo amado”, dice, “y estoy muy complacido con él”. Voz clara, distinta, sin confusiones. Pánico no produce, ni hay temblores en el suelo. Solo un ambiente de seguridad y de alegría. Sin extravagancia. Sin bulla. Sin ruido. La alegría divina es serena

y plena. Profunda y amplia. Nada en ella está cerrado. Abierta como la luz cuando difunde su claridad sin sombras escondidas. Su placer es como el placer de los montes cuando sale el sol sobre sus cumbres. La gente lo sintió, pero no dijo nada. ¿Qué cabe al ser humano cuando Dios se regocija? Solo un corazón latiendo a ritmo nuevo. Solo la emoción creciendo con su Reino. Solo un nuevo ser que sienta el regocijo eterno. Pero no todo sería alegría en la misión de Cristo. Tendría que enfrentar el pecado y su consecuencia de muerte.

Las tentaciones de Jesús (Mateo 4:1-11)

Jesús no volvió inmediatamente a Nazaret. Tenía que pensar en su misión y en su obra. Se fue al desierto para estar solo. Allí podría meditar y planear sus actividades futuras. Además, necesitaba realizar la preparación espiritual que toda obra, grande o pequeña, requiere. Si la requirió de él, cuánto más de cada uno de los seres humanos en su accionar de cada instante. Ayunó por cuarenta días y cuarenta noches, y el Espíritu Santo estaba con él. Además, tenía un asunto que aclarar desde el mismo comienzo de su ministerio. El diablo tenía que saberlo. No habría acuerdos. No habría componendas. No habría concesiones. Tampoco era posible mezclar su reino de tinieblas con el Reino de Dios. El Espíritu concordó con Jesús. Podía ir a enfrentar al diablo, y él lo acompañaría. “Luego”, dice Mateo, “el Espíritu llevó a Jesús al desierto” (Mat. 4:1, NVI). Jesús estaba preparado para lo que viniera, pero tenía hambre. El diablo pensó que el hambre sería un punto débil de Jesús, y se aproximó a él. ¿Para dialogar? No. El diablo no sabe conversar. Solo sabe tentar. Y, aunque Jesús no buscó la tentación, no podía evitarla. El diablo aprovechó la oportunidad para tentar a Jesús. Tres veces. Tres intentos hacia el desvío. Quería encontrar una alternativa que apartara a Cristo de su misión. O, al menos, que lo llevara a consentir en cumplirla de un modo inapropiado. Antes de analizar las tentaciones de Cristo, debemos recordar que nadie está libre de ser tentado y que, sin la debida preparación espiritual, las posibilidades de vencer al tentador son nulas.

Primera tentación: Autonomía (Mateo 4:3, 4)

El desierto era árido. El hambre intensa. Débil, demacrado, macilento, exhausto, solo. La inmensa soledad del desierto se desplegaba delante de Jesús como una prisión ilimitada. Nada parecía protegerlo. Y el diablo se presentó a él como si fuera un ángel del cielo que traía un mensaje directamente de Dios, para informarle que su ayuno había terminado y que él estaba ahí, de parte de Dios, para ayudarlo. Ahora debía comer. Pero no le trajo el panecillo cocido sobre las brasas que el ángel dio a Elías en el desierto, para alimentarlo por cuarenta días y cuarenta noches (1 Rey. 19:6-8); ni el maná que, por cuarenta años, dio Dios a Israel, sin que nunca le faltara. Solo trajo sus dudas. “Si eres el Hijo de Dios”, le dijo, “ordena a

estas piedras que se conviertan en pan" (Mat. 4:3, NVI).

La táctica de la duda tuvo éxito con Eva y la tiene con casi todos los seres humanos. No con Jesús. Él conoce a Dios y confía en él. Se conoce a sí mismo, y no duda. Parece que la duda es mayor cuando el ser humano no conoce a Dios, ni se conoce a sí mismo. La ignorancia genera inestabilidad y desconfianza. Como Cristo conocía al Padre, sabía que nunca lo dejaría solo. Sabía que nunca necesitaría actuar independiente del Padre y por su propia cuenta. Sabía que la autonomía no tiene lugar en las relaciones con Dios. Además, sabía bien cuáles eran sus prioridades: (1) Lo espiritual estaba por encima de lo material. Abraham lo demostró cuando eligió la obediencia a Dios; y el animal para el sacrificio, que no estaba, apareció. (2) La necesidad inmediata es menos importante que la vida entera. Esaú, por satisfacer su hambre inmediata, perdió la primogenitura y, con ella, también perdió su lugar en la familia de la bendición. Jesús no haría eso. Nadie que conozca a Dios atenderá lo del minuto presente olvidando el resto de la vida.

"Escrito está", dijo Jesús. No necesitaba inventar una explicación. La Escritura lo tiene todo, y a ella recurrió para definir el curso de su conducta. Los seres humanos pasamos la vida inventando explicaciones para lo que hacemos: "No puedo pagar el diezmo porque gano muy poco y el dinero no me alcanza". "No es que haya sido rudo contigo, lo que ocurre es que yo soy muy franco, y es así como soy yo". O, como alguien que sacaba materiales de su trabajo para uso personal decía: "Esto no es robo; robar sería retirarlos del país. En cambio, si yo los llevo a casa, continúan formando parte del patrimonio nacional".

El poder de la Palabra. Jesús estaba en el desierto. Con hambre. Mucha hambre. Pero no hay necesidad física tan prioritaria que tenga el poder de controlar la vida entera de una persona. Ese poder solo está en Dios. "No solo de pan vive el hombre –continuó Jesús– sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (Mat. 4:4, NVI). El alimento material es importante. No se puede vivir sin él. Pero la vida fue creada por la palabra de Dios y de ella depende para su existencia: "Él habló y todo fue creado, dio una orden, y todo quedó firme" (Sal. 33:9, NVI). Además la Palabra revelada de Dios, la Sagrada Escritura, es autoridad infalible en materia de creencia y práctica. Dios es superior a todo y su poder no tiene límite. Puede resolver las necesidades espirituales y las materiales igualmente.

Alimento de Dios. No fue en el mismo desierto. Jesús estaba en el desierto de Judea. Bastante al sur, en la península de Sinaí, no menos árido, ni más, estaba el desierto de Sin. Israel peregrinó allí cuando anduvo vagando cuarenta años a causa de su incredulidad. Su pecado mayor era la murmuración, que lo mantenía en la incredulidad y la desobediencia.

Solo había pasado un mes y quince días desde su salida de Egipto, cuando comenzaron a murmurar: "¡Cuánto quisiéramos que el Señor

nos hubiera dejado en Egipto! Aunque hubiéramos tenido que morir allí. ¡Qué importaba! Teníamos carne en abundancia. Comíamos pan hasta saciarnos. Y ustedes –decían a Moisés y Aarón– nos han traído a este desierto para matarnos de hambre a todos” (Éxo. 16). Es cierto, el hambre y la sed en el desierto son siempre más intensos y más angustiantes que en cualquier otro lugar. Pero Dios estaba con ellos. ¿Por qué afligirse? El ser humano incrédulo; sin embargo, reacciona siempre de la misma manera. Los israelitas se olvidaron de su poder. Su presencia misma olvidaron. Solo tomaron en cuenta lo que ellos podían hacer por sí mismos. Y no tenían carne ni pan. Tampoco podían conseguirlos en ese desierto. Depender de uno mismo, en cualquier cosa, es una limitación muy grande. Insuperable. Dios, sin embargo, lo puede todo. Y les dio la carne y el pan que no tenían. Al alba cada día, la extensión vacía del desierto se llenó de maná, verdadero pan del cielo que atendía con plenitud sus necesidades. No tenían que amasarlo, ni cocerlo, ni comprarlo. Solo recogerlo. Regalo diario de su Dios, que los amaba. También llegaron las codornices. ¡Qué abundancia! Se oscureció la tarde cuando ellas, sobrevolando el campamento, llegaron para que cada uno pudiera cazar su gran montón ilimitado. *Solo tenían que obedecer la palabra del Señor*, recoger el maná, lo que era necesario para cada día, recoger el doble el día viernes para no salir al campo el sábado, porque era día de reposo para Dios. No obedecieron todos. Unos salieron el sábado a fin de buscar su porción para ese día. Nada. Vacío el campo, como lo estuvo antes del regalo. Sin pan, frustrados, culpables. Sintiendo una aflicción intensa, más intensa que la aflicción de la escasez, volvieron al campamento para recibir la reprimenda: “¿Hasta cuando seguirán desobedeciendo mis leyes y mandamientos?” (Éxo. 16:28, NVI).

Jesús era obediente. No cedía a tentaciones. No murmuraba contra Dios. No pretendía ser autónomo, sin Dios, sin su consejo, sin su compañía. Él estaba dispuesto a vivir siempre por la palabra que sale de la boca de Dios. Y la tentación del desierto, *la tentación de la autonomía*, no tuvo poder sobre él.

Segunda tentación: Incredulidad (Mateo 4:5-7)

Tentación ciudadana. Al diablo le pareció que el desierto no era el ambiente propicio para seguir tentando a Jesús. Él estaba muy fuerte allí. Prefirió un lugar menos apropiado para la concentración. Con más distracciones. Un lugar donde todo ocurriera vertiginosamente y no hubiera tiempo para pensar debidamente las cosas. La ciudad. Lo llevó a la Ciudad Santa. Ciudad importante, atractiva, llena de actividad. El centro de la nación israelita y, para cada judío, el centro de todo el mundo habitado (Eze. 38:12). No era una ciudad industrial, pero tenía un comercio muy intenso y muy rico. Había mucho dinero venido de afuera, impuestos del Templo provenientes de todo el mundo, peregrinos ricos que la visitaban

por razones religiosas, ricos comerciantes de la diáspora que elegían vivir en ella. También se producían en ella artículos de lujo, como perfumes muy caros y ungüentos especiales (Mar. 14:3). Jerusalén siempre bullía de una intensa actividad religiosa, con visitantes de todo el país y del mundo entero. Además, daba la impresión de que todo lo que se hacía en Jerusalén era religioso, aprobado por Dios, porque lo más importante era el Templo.

Presunción religiosa. Por eso, pensó el diablo, el mejor lugar para tentar a Jesús era el Templo, el pináculo, su parte más elevada, 350 pies sobre el Valle del Cedrón y el lugar más alto de la ciudad. Se podía ver todo lo que ocurría en ella. Lugar ideal para que una persona se distrajera de lo que le decían. Allí lo llevó el diablo. No había modificado su simulación de ángel ayudador. Pero otra vez repite la insidiosa duda: “Si eres Hijo de Dios.” Jesús pudo haber discutido este punto y aclararle que efectivamente era Hijo de Dios. Pero nunca olvidó que Satanás no conversa. No razona ni razones entiende. Solo tienta, y entrar en diálogo para aclarar sus dudas es comenzar a dudar con él. No se distrajo para prestar atención a lo periférico. La mente de Jesús estaba siempre atenta y concentrada en el foco de la discusión.

Ahora quiere, el diablo, conducirlo a la presunción. Y la presunción es incredulidad. “Tírate abajo”, le dijo, “porque escrito está”. Quiere darle la impresión de que él también respeta las Escrituras, y nada de lo que le pide hacer está fuera de sus provisiones, que lo favorecen. Pero, ¿cuál es el objetivo de esta acción? Tirarse abajo, ¿para qué? ¿Solo para obligar a Dios a probar, con una acción, que Jesús es su Hijo? Pero el diablo quiere ocultar esta falta de sentido y afirma, como dando seguridad a Jesús, Dios “ordenará que sus ángeles te sostengan en sus manos, para que no tropieces con piedra alguna” (Mat. 4:6, NVI). La cita no está completa. Lo engaña. La Revelación no dice que lo protegerán en todas las acciones temerarias que ejecute solo para probar su origen divino. Esto es presunción, y no se debe confundir la fe con la presunción. La Escritura dice que el Altísimo ordenará sus ángeles que lo “cuiden en todos sus caminos” (Sal. 91:11, 12), los caminos que el Padre y el Hijo hayan elegido juntos, los caminos de la misión. No vino Jesús a arriesgar su vida probando que él era el Hijo de Dios. No necesitaba probarlo. Vino para ofrecer su vida en sacrificio por la salvación de los pecadores. Ese era el único riesgo de vida que estaba en armonía con su misión y solo ese era aceptable para Dios.

También está escrito: “No pongas a prueba al Señor tu Dios”, le contestó Jesús (ver Mat. 4:7). Jesús nunca pediría nada a Dios para que él *probara* si cumple su palabra o no. Ningún cristiano debiera pedirlo jamás. Esa clase de pedido demuestra incredulidad. La fe sabe que él cumple, y no duda. La fe, cuando pide, pide a Dios *porque* confía en sus promesas y *porque* él cumple. El que pide dudando –puede ser una duda muy leve, aunque

también se aferre a las promesas divinas-, cae en la presunción. La presunción es una *fe falsa*, inventada por Satanás para que el pecador piense que cree, cuando en realidad no cree. La usa para disculpar su transgresión. Por ejemplo, puede pensar: “Voy a pecar, nomás; total, después pido perdón a Dios, y él me va a perdonar”. O “No importa que peque, Dios me va a perdonar porque me ama”. La fe nunca razona disculpándose. Obedece. Saúl cometió el pecado de presunción cuando perdonó la vida del ganado de Amalec, que Dios le había mandado destruir, y lo explicó diciendo: “El pueblo perdonó lo mejor de las ovejas y de las vacas, para sacrificarlas a Jehová tu Dios, pero lo demás lo destruimos”. Samuel le respondió: “¿Por qué no obedeciste al Señor? ¿Por qué echaste mano del botín e hiciste lo que ofende al Señor?” (Ver 1 Sam. 15:15, 19). Jesús no dio lugar a la incredulidad; creyó y obedeció.

Tercera tentación: Desvío (Mateo 4:8-11)

Táctica de la generosidad falsa. Entonces el diablo cambió de táctica. Ya no simuló ser un ángel enviado por Dios para ayudar a Jesús. Conservó su propia identidad de ángel poderoso, aunque caído. Se presentó a Jesús como el rey del mundo y lo llevó a un alto monte. Algunos creen que fue el monte Pisga, desde donde Moisés vio toda la tierra de Canaán, antes de morir, para mostrarle todos los reinos de este mundo, sus reinos. Falso. No eran suyos. Satanás conquistó el poder que Adán tenía sobre el mundo, y él solo era vicerregente. El dueño verdadero era el Creador mismo. Ese poder Satanás nunca lo conquistó. Pero él está pintando un cuadro falso. Una ilusión. Quiere lograr que Jesús se confunda y piense que el gobierno del mundo está realmente en sus manos. Por eso, lo llevó a un alto monte donde, panorámicamente, en forma virtual, le mostró lo mejor de la tierra y lo más atractivo de los gobiernos terrenales. Aparecieron ciudades llenas de templos, palacios magníficos, campos en plena producción, huertos con sus árboles cargados de frutos, escenas de belleza insuperable (Elena G. de White), la gloria y la magnífica apariencia de príncipes, sus ropas, sus coronas, sus asistentes y guardaespaldas, la pompa de los tronos, las cortes de los palacios, los edificios suntuosos de las ciudades (Matthew Henry), todo sin rastros del mal que, oculto, parecía no existir. La ilusión engañosa era perfecta.

Usurpador y engañador. “Todo esto te daré”, le dijo el diablo, “si te postras ante mí y me adoras”. ¿Cómo Satanás podría dar lo que no era suyo? Un fraude. ¿Cómo podría Jesús recibir en donación lo que ya era suyo? Una falacia. El intento de Satanás de dar a Jesús los reinos que no eran suyos lo revela como es: usurpador y mentiroso. Usurpador porque se apodera del poder ajeno. Mentiroso porque no puede cumplir lo prometido. La ilusión que el diablo montó para engañar a Jesús, lo engañó a él mismo. ¿Cómo pudo imaginarse que Jesús lo adoraría! Algunos seres humanos caen en ese engaño; porque constantemente se aventuran a

decidir con su propia sabiduría tan limitada; sin consulta alguna con Dios. Pero Jesús estaba siempre en comunión con él. Así, engañarlo era imposible. La adoración que Satanás pedía era el peor desvío que pudiera haber pedido a Jesús. Concedérselo significaba desviarse de Dios para adorar a otro dios; desviarse de la misión, y en lugar de buscar a los pecadores para salvarlos, buscaría los reinos del mundo para gobernar en ellos, de acuerdo con el estilo del diablo. Significaba desviarse del servicio a Dios para servirse a sí mismo.

¡Vete, Satanás! Viendo la ilimitada arrogancia del demonio, Jesús le respondió con una orden: “¡Vete, Satanás!”, le dijo. “Porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y a él solo servirás” (Mat. 4:10). El diablo sintió el impacto. Estaba derrotado. No le quedaba otra alternativa; el que lo mandaba así tenía un poder que él no podía discutir, ni desconocer. Además, Jesús dejó todo muy claro. No habrá desvío. Se queda con Dios y con su Reino. Seguirá sirviendo a Dios, no a sí mismo, y mucho menos al demonio. Su ruta de servicio y redención está marcada. No acepta desvíos en la manera de salvar la humanidad. No será por el camino fácil, que Satanás le ofrece. Primero, porque su ofrecimiento es falso; no hay camino fácil para salvar al ser humano. Su ofrecimiento es pura ilusión, engaño y puro fraude. Segundo, porque hay solo una manera de lograr la salvación de los pecadores: cargar con el pecado de ellos y con las consecuencias de sus pecados. Esto implica sufrimiento, mucha angustia y muerte de cruz. Es eso lo que Jesús vino a realizar, y lo hará, sin desvíos.

La tentación es inevitable. Inevitable fue para Cristo y es inevitable para cada ser humano. No hay que buscarla, por cierto. Pero, cuando se presente, hay que saber cómo actuar ante ella. Jesús lo demostró. Venció por el poder de la palabra de Dios: “Escrito está”. “En mi corazón he guardado tus dichos”, dijo el salmista, “para no pecar contra ti” (Sal. 119:11). Enfrentó la tentación guiado por el Espíritu Santo, y con su poder nosotros podremos vencer toda tentación. Además de otorgarnos el poder que necesitamos para la victoria, el Espíritu reduce la dimensión de la tentación al tamaño que podamos soportar: “[...]Fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar” (1 Cor. 10:13).

Cómo vencer la tentación. Cuando la tentación nos asalte, lo mejor es *huir* de ella, para escondernos con Cristo en Dios. Y, cuando huimos de la tentación y de la corrupción que está en el mundo por concupiscencia, participamos de las promesas de Dios y somos hechos participantes de la naturaleza divina (2 Ped. 1:4). Quedamos preparados para vencer las siguientes tentaciones que nos vengán.

En la tentación, hay que *asociarse con el Espíritu Santo*. La manera es simple. Contémosle a Cristo, en una conversación mental, lo que nos está ocurriendo. Cada paso de la tentación, cada sentimiento que la tentación despierta, cada emoción, positiva o negativa, que en nosotros surge, cada

presión que nos empuja al mal, interna o externa, cada deseo que nos invade, todo lo que bajo la fuerza de la tentación vivimos. Contémosle todo. En la medida que vamos contándolo todo a Cristo, abrimos la puerta de nuestra voluntad al Espíritu Santo, y él controlará la mente para hacerla pensar lo que conviene y controlará todas nuestras fuerzas para aumentarlas en el grado de fortaleza que necesitemos para vencer. Y venceremos. La sensación de la victoria en una tentación nos dejará una tendencia positiva para la siguiente. Cada vez será más natural abrirnos plenamente a una conversación de entrega total a Cristo y al Espíritu Santo, por la fe. Y, al que cree, nada es imposible, la victoria es segura.

Entonces el diablo dejó a Cristo, y dejará a cada cristiano que, por la fe, viva y actúe como Cristo. Y los ángeles vendrán a socorrerlo, como ayudaron a Cristo en la montaña. La preparación de Cristo para el comienzo de su tarea redentora estaba magníficamente concluida. Su identidad con el Reino de Dios estaba demostrada. Ahora podía iniciar la gran misión de su vida.

EL REINO DE LOS CIELOS HA COMENZADO

Jesús permaneció en Judea hasta el encarcelamiento de Juan el Bautista. ¿Qué ocurrió en ese tiempo, desde las tentaciones hasta el retorno de Jesús a Galilea? Mateo no dice nada. Posiblemente porque quiere unir la tercera tentación, en la que Jesús rechazó el reino de este mundo, con el comienzo de su predicación sobre la llegada del Reino de los cielos. No debemos olvidar que Mateo testifica acerca de Jesús como Rey de Israel y del Reino de Dios.

El primer ministerio de Jesús en Judea. El Evangelio de Juan sí cuenta lo que ocurrió en este primer ministerio de Jesús en Judea. Después de la tentación, apareció por primera vez delante de Juan el Bautista cuando este lo identificó diciendo: “He aquí el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). Va a Jerusalén para asistir a la fiesta de la Pascua (Juan 2), una noche ocurre la conversación con Nicodemo (Juan 3) y, ya en camino hacia Galilea, junto al pozo de Jacob, se encuentra con la mujer samaritana (Juan 4).

Residencia en Capernaum (Mateo 4:12-17)

La noticia del encarcelamiento de Juan llegó a Jesús, posiblemente, cuando él estaba todavía en Jerusalén. Juan predicaba en Perea, al este del Jordán, que junto con Galilea era territorio de Herodes Antipas. Esta mala noticia decidió su regreso. Al retornar, Jesús no fue a su casa, en Nazaret. Sus habitantes no creían en él. Según Juan, fue primero a Caná (Juan 2:1-12), luego a Nazaret. Las noticias de lo que él hizo en Jerusalén y lo que hizo en Caná, lo precedieron. Cuando decidió mudarse a Capernaum, el ambiente estaba preparado para recibirlo.

De Nazaret a Capernaum (Mateo 4:12)

Mateo no cuenta lo que ocurrió en Nazaret. Pero un día de sábado, Jesús fue a la sinagoga, donde asistían los que lo conocían desde pequeño, y se levantó a leer la Escritura. Aplicó el texto de Isaías a sí mismo, y el pueblo se llenó de ira contra él. Lo expulsaron de la ciudad. Querían despedirlo. Y él se fue a Capernaum (Luc. 4:16-31).

Capernaum está en la tierra de Zabulón y de Neftalí, en la ribera noroeste del Mar de Galilea, donde el Jordán desagua su caudal en ese lago. Parece que no era una ciudad muy antigua, pues no aparece en el Antiguo Testamento. Pero, por su posición estratégica en la ruta comercial que iba de Damasco a Tiro, era muy próspera. También sería estratégicamente muy valiosa para el ministerio que Jesús cumpliría desde

ella, en Galilea. Se convirtió en la ciudad de Jesús. Pero Jesús no tenía una casa propia, como era la casa de sus padres en Nazaret; vivió en la casa de Pedro.

Profecía sobre Galilea (Mat. 4:15, 16)

Estas informaciones preliminares sobre la residencia de Jesús en Capernaum son importantes, para Mateo, porque él quiere vincularlas con una profecía mesiánica de Isaías. Las profecías son elementos poderosos para probar, a los judíos, que Jesús es el prometido rey de Israel, el Mesías que los israelitas esperan desde los comienzos de la nación. Para ellos escribe Mateo su Evangelio. Pero son también muy valiosas para los que, no siendo judíos, lo reciben. Cualquier revelación del futuro, normalmente cerrado, es atractiva para todo ser humano.

Mateo cita una profecía pertinente a su argumentación profética, con la cual quiere probar que Jesús es el Rey. Ocurrió en los tiempos antiguos, más o menos en el año 734 a.C., cuando Acáz, un rey relativamente bueno, gobernaba el reino de Judá (735-715 a.C.). El rey de Israel, junto con el rey de Siria, complotó contra Judá. Querían repartirse el reino y destituir al rey Acáz, y colocar otro rey. Acáz se “estremeció”. Todo el pueblo se estremeció con él. En esas circunstancias, el profeta Isaías lo detuvo en el camino para darle un mensaje de buenas nuevas de parte de Dios. “No temas”, le dijo. “El complot fracasará. Más aún, dentro de 65 años, el reino de Israel dejará de ser y el reino de Siria perderá su dominio. Perecerán bajo el dominio de Asiria y aun Judá será azotado por él. Pero estas tinieblas no durarán para siempre. Vendrá un niño Rey que iluminará las tierras de Zabulón y Neftalí, pues al fin llenará de gloria el camino del mar, de aquel lado del Jordán, en Galilea de los gentiles” (ver Isa. 7:1-9:2).

Desde los tiempos cuando Salomón le dio veinte ciudades de esta región a Hiram, rey de Tiro, en pago por la madera de los montes del Líbano, enviadas por él para la construcción del Templo, la población de Galilea se fue convirtiendo en una mezcla de judíos y gentiles (1 Rey. 9:11). Creció la mezcla, hasta el punto de que la mayoría de sus habitantes era pagana. Esto ocurrió cuando los reyes asirios realizaron, en Galilea, su tradicional trabajo de llevar cautivos a los nacionales y repoblar los lugares conquistados, con gente extranjera. Tiglat-pileser conquistó Galilea, con otros lugares, y llevó israelitas cautivos a Asiria. Esar-hadón los repobló con extranjeros (2 Rey. 15:29; 17:24; Esd. 4:2, 10). Por eso el nombre de “Galilea de los gentiles” (Mat. 4:13, 15, 16).

Mateo afirma que Jesús es el que trae la luz a la tierra de Zabulón y de Neftalí, en la Galilea de los gentiles. Jesús es el Rey prometido.

El Reino ha llegado (Mateo 4:17)

Desde entonces, continúa Mateo, comenzó Jesús a predicar: “Arrepiéntanse, porque el Reino de los cielos ya está aquí”. Si el Rey está

aquí, aquí está también el Reino.

Juan el Bautista también dijo: “Arrepiéntanse”. Vuélvanse de sus propios caminos a los caminos de Dios. Identifíquense con el Señor. Si quieren vivir en el Reino de los cielos, tienen que vivir en armonía con la voluntad del Rey. Ahora Jesús trae el mismo mensaje: “Arrepiéntanse”, dice. Solo podrán entrar en el Reino de los cielos por medio de una experiencia de transformación, que comenzará cuando ustedes se arrepientan. No existe otra manera. Y no puede existir, porque la única forma de volver a la voluntad de Dios es por medio del arrepentimiento. ¿Por qué hay que arrepentirse? Porque el reino de los cielos ha llegado, dice Jesús. Para él, la llegada del Reino de los cielos marca el comienzo de todo lo que él vino a realizar y marca también el comienzo de la nueva vida, que deben adoptar los que creen en él. La frase “está cerca”, en la forma verbal que aparece en el texto original, significa “está aquí”.

Si el Reino ya está aquí, ¿qué esperan para arrepentirse? ¿Que esperen para adoptar el estilo de vida del Reino? ¿Qué esperan para entrar en él? No hay tiempo que perder. No se puede desperdiciar la oportunidad. No se puede esperar más. Arrepiéntanse. Es una exhortación con fuerza imperativa. Los llama y les manda que inicien el arrepentimiento, sin interrumpir el proceso, hasta que entren en el Reino de los cielos.

Llamamiento de los primeros discípulos (Mateo 4:18-22)

La casa de Pedro, donde Jesús vivía, estaba cerca del Mar de Galilea. Todas las casas quedaban cerca, porque Capernaum era una ciudad relativamente pequeña.

Llamamiento de Pedro y Andrés (Mateo 4:18-20)

Un día, Jesús, caminando junto al Mar de Galilea, vio a dos hermanos: Simón y Andrés. Pescadores que, en ese instante, echaban la red. Debíó haber sido bien de madrugada, posiblemente al fin de una noche de duro trabajo, porque los pescadores profesionales no pescaban de día. Jesús era diligente, y esos hombres esmerados lo impresionaron. “Vengan, síganme”, les dijo. “Los haré pescadores de hombres”. Además de esforzados en el trabajo, eran obedientes. Al instante dejaron las redes y lo siguieron. ¿Lo conocían? ¡Por supuesto! En los pueblos pequeños de entonces, y de ahora, todos conocen a todos. Además, Jesús ya estaba predicando y su predicación era igual que la de Juan el Bautista, cuya fama e influencia había superado la de los sacerdotes y los dirigentes de la nación. Además, Andrés había sido uno de los discípulos de Juan; probablemente, Pedro también. Parece que los dos estuvieron presentes cuando Juan bautizó a Jesús y, según el relato del Evangelio de Juan, unos dos días después de su bautismo, los dos conversaron con él (Juan 1:35-40).

Ahora eran tres. Siguieron caminando juntos. ¿Qué conversaron? Mateo no registró nada. Pero no es difícil imaginar lo que los nuevos dis-

cí pulos preguntaron sobre sus labores futuras. Sabían, por las palabras que Jesús usó al llamarlos, que serían pescadores de hombres. Sobre pescar ellos sabían todo lo que se podía saber. Pero, pescar hombres era otra cosa. ¿Qué significaba? ¿Sería como la obra que hacía Juan? ¿Dónde la harían? ¿Cómo? ¿Por cuánto tiempo? ¿Tendrían que volver a pescar peces? Nada preguntaron sobre salarios, qué comerían, dónde vivirían, qué clase de vida llevarían. Todo esto estaba sobrentendido. Ser discípulo de un maestro significaba vivir todo el tiempo con él, donde él viviera, comer lo que él comiera. En una palabra, ser como él. Ellos no tenían ninguna dificultad para aceptar todo eso. No sería fácil, lo entendían, especialmente ser como él. Pero, por todo lo que habían oído, no conocían mejor persona, no sabían que hubiera otro israelita mejor que él. Además, estando con él, tenían asegurado un lugar en su Reino. ¿Qué más podían pedir? Eso valía cualquier esfuerzo, y lo harían.

Llamamiento de Jacobo y Juan (Mateo 4:21, 22)

No fue mucho lo que caminaron; suficiente tiempo para que los otros pescadores terminaran su jornada de la noche. Más adelante, dice Mateo, vio dos hombres que, con su padre, todavía en la barca, estaban ya remendando las redes que se habían roto en el trabajo de la noche anterior. Hombres que no dejaban para después el trabajo que debían hacer. Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo y Salomé. Salomé probablemente era hermana de María, la madre de Jesús. Si esto fuera así, serían primos de Jesús y parientes de Juan el Bautista. Cuando estuvieron cerca de ellos, Jesús los llamó. Mateo no describe el llamamiento. Simplemente dice que los llamó. ¿Para qué más información? Ya dijo que llamó a Pedro y Andrés para que fueran pescadores de hombres. Este nuevo llamamiento tuvo que haber sido para lo mismo. No preguntaron nada. Ni un minuto demoraron. Enseguida dejaron la barca y a su padre, y lo siguieron. Tenía ya cuatro discípulos. Cuatro que estaban dispuestos a seguirlo por dondequiera que fuera. Cuatro decididos a una dedicación de tiempo integral, en la que aprenderían de él todo lo que les enseñara y harían todo lo que les mandase.

Primer viaje por Galilea (Mateo 4:23-25)

En ese momento, Jesús ya estaba listo para extender su obra un poco más allá de la ciudad de Capernaum. Toda Galilea estaba delante de él. Ya hemos visto que no era un campo fácil. Una población mixta. Mucho paganismo. Marcada presencia romana. Fuerte influencia de la filosofía griega. Poco interés por los asuntos religiosos. Pero Jesús desarrolló una estrategia apropiada para este ambiente. La ejecuta en tres viajes públicos por Galilea: Primer viaje (Mat. 4:23); segundo viaje (Mat. 9:35); tercer viaje (Mat. 9:36-11:1); dos viajes cortos: uno a Fenicia (Mat. 15:21-28), otro a Cesarea de Filipo (Mat. 16:13-28); y un viaje secreto por Galilea (Mat. 17:22, 23).

La estrategia del Reino (Mateo 4:23)

Visitar las ciudades: Enseñar, predicar, sanar. Jesús fue personalmente a las ciudades de Galilea, una por una, recorriendo todo el territorio. Dividió su trabajo en tres actividades: enseñanza, predicación y sanidad. Mateo no dice cómo ni cuándo hacía cada actividad, pero Marcos dice que los días sábados enseñaba en las sinagogas (Mar. 1:21). La sinagoga era un centro judío que nació en el exilio, en el cautiverio babilónico y después de él, durante el período intertestamentario, unos cuatrocientos años que van desde el último escritor del Antiguo Testamento hasta el primero del Nuevo, donde los judíos podían estudiar las Escrituras y adorar a Dios. Se podía establecer en cualquier pueblo donde hubiera, al menos, diez hombres judíos casados. Como los maestros visitantes tenían plena libertad para enseñar en ellas, Jesús utilizó este recurso y, más tarde, Pablo siguió su ejemplo (Hech. 13:15; 14:1; 17:2; 18:4). Durante los demás días de la semana, Jesús predicaba a las grandes multitudes, que se reunían para escucharlo, al aire libre; y combinaba su predicación con la atención a los enfermos y sanándolos de sus dolencias.

El tema de su predicación era las buenas nuevas del Reino. En realidad, el foco mismo de su actividad era el Reino de los cielos. Naturalmente, hablaba de muchos otros asuntos, pero todos ellos los hacía girar en torno al Reino. Así lo veremos un poco más adelante, cuando pronuncie el Sermón del Monte, en las inmediaciones de Capernaum.

La estrategia es clara. Un tema principal. Visitación de cada ciudad. Enseñanza en las sinagogas. Predicación en todas partes. Atención de los enfermos. Era una atención al ser humano integral: cuerpo, mente, espíritu. Jesús atendía las necesidades físicas, materiales y espirituales de todas las personas. Tenía un éxito notable.

La fama de Jesús (Mateo 4:24, 25)

Y su fama se extendió por toda Siria, dice Mateo. Aunque él escribe su Evangelio para los judíos, utiliza aquí el nombre romano para la región; porque no pretende alcanzar, con su Evangelio, solo a los judíos de Palestina. También incluye a todos los judíos que se encuentran en la diáspora, fuera de Palestina. La provincia de Siria incluía el territorio de Judea, desde la muerte de Arquelao (6 d.C.), Galilea y la región al norte de Galilea, incorporadas al Imperio Romano en torno a los años 64 a 63 a.C. En cada lugar al que llegaba, le llevaban toda clase de enfermos y él los sanaba.

La fama de Jesús abarcaba Galilea, Decápolis, Jerusalén, Judea y la región al otro lado del Jordán, de donde grandes multitudes acudían a él.

PRIMER GRAN DISCURSO: EL SERMÓN DEL MONTE

Una tarde salió Jesús, de Capernaum, hacia un monte cercano, sin nombre. Sus discípulos con él. Era uno de esos momentos en la vida cuando ocurren hechos marcadores de época. Los discípulos no sabían, pero Jesús sabía muy bien lo que haría en la madrugada del día siguiente. Se instalaron en un determinado lugar, posiblemente cerca de la cumbre, para pasar la noche. Jesús se apartó a un sitio solitario, y pasó la noche solo, orando a Dios. Parte de la conversación eterna que ellos nunca interrumpen, pero que en determinadas ocasiones se concentra intensamente en algo muy específico. Esa vez era la ordenación de sus discípulos. Ocurrirá en la madrugada, y durante la noche intercedió por ellos. Para ellos, es el momento clave de su vida presente y futura. Después de la ordenación, ya no habrá marcha atrás. Tendrán un futuro exclusivamente dedicado a la misión que Jesús está a punto de encomendarles.

Bien de madrugada, Jesús los llama junto a sí, para ejecutar lo acordado con el Padre, durante la noche. Mientras oraba, colocó las manos sobre sus cabezas. De esa manera, los bendijo y los apartó para la obra del evangelio. Mateo no cuenta la reacción de estos hombres salidos de los deberes comunes de la vida. Pero debió de haberlos invadido un sentimiento de sorpresa y enorme expectativa. ¿Cómo harían la tarea que ahora estaba delante de ellos? Es verdad que conocían bien los oficios que habían realizado hasta ese momento y hasta habían asistido a la escuela elemental del sistema judío de educación. Por eso sabían leer, escribir, algo de matemáticas, la Torah, y las ordenanzas y los rituales de la religión judía; pero, en cuanto al nuevo oficio religioso que Jesús les había encomendado, eran totalmente ignorantes. Con todo, no tuvieron mucho tiempo para pensar en esto. La realidad y la necesidad del pueblo presionaría sobre ellos, desde ese mismo momento hasta el final de su vida.

Subió al monte (Mateo 5:1, 2)

Una multitud había comenzado a reunirse junto al lago. Cada vez más gente. Querían oír a Jesús. Necesitaban sus enseñanzas y sus milagros. Jesús, sabiendo lo que ocurría, se dirigió hacia el lago, y los discípulos lo siguieron. Comenzó a enseñar allí, pero la multitud crecía más y más. El lugar se hizo estrecho, y Jesús inició una marcha hacia la montaña, donde habían pasado la noche. Allí había espacio para todos los que ya estaban presentes y para los que llegarían después. Se detuvo en un lugar alto y, como normalmente hacían los escribas cuando enseñaban,

se sentó. Los discípulos, junto a él, hicieron lo mismo, y toda la multitud los acompañó.

Comenzó así uno de los cinco grandes discursos que Mateo registra en su Evangelio. Este se conoce con el nombre de El Sermón del Monte; y el monte, que nombre no tenía, llegó a ser conocido como el Monte de las Bienaventuranzas. Los cinco discursos contienen las instrucciones de Jesús relacionadas con el Reino y la misión de los discípulos. El primero explica el carácter de los ciudadanos del Reino (Mat. 5-7). El segundo contiene las instrucciones de Jesús relacionadas con la misión de los discípulos (Mat. 10). El tercero es una colección de parábolas con varias enseñanzas (Mat. 13). El cuarto responde a la pregunta de los discípulos sobre quién es el más importante en el Reino de los cielos (Mat. 18). Y el último contiene las señales del fin del mundo y el comienzo del Reino de los cielos (Mat. 24, 25). Mateo ordena su testimonio acerca de Jesús Rey en una secuencia de relatos y discursos. Cada nueva serie de relatos culmina con un discurso, y el Sermón del Monte es la culminación de los relatos que van desde la genealogía del Rey hasta la ordenación de sus discípulos.

Las bienaventuranzas del Reino (Mateo 5:3-16)

La multitud presentía que algo muy importante estaba por ocurrir. Alguna declaración de Jesús que cambiaría el curso de sus vidas. Quizá, pensaban ellos, hoy anunciará el comienzo de su Reino y su plan de conquista del Imperio Romano. Hasta los dirigentes de la nación hubieran dado la bienvenida a un anuncio de esa naturaleza y, sin duda, hubiesen dado su apoyo total a un proyecto tal. Ellos esperaban al Mesías. Lo imaginaban un rey terrenal, un conquistador que los dejaría libres del dominio romano, un gobernante que transformaría a Israel en un reino mundial. Pero, el anuncio de Jesús fue muy diferente. No habló de los territorios del Reino. Habló del carácter de sus ciudadanos, los que creyeran verdaderamente en sus enseñanzas.

Lo que los ciudadanos del Reino son internamente (Mateo 5:3-12)

Jesús dice que son pobres en espíritu, lloran, son mansos, tienen hambre y sed de justicia, son misericordiosos, tienen corazón limpio, son pacificadores, saben sufrir la persecución, soportan el insulto y la calumnia con persecución. Los oyentes de Jesús seguramente habrán pensado que seres humanos así no conquistan un imperio como el Imperio Romano: tirano, cruel, sanguinario, despótico, perseguidor, duro, intolerante. No era esto lo que ellos esperaban. No era esto lo que ellos querían. Pero la voz de Jesús llegaba a sus corazones con un tono tan convincente... Las palabras parecían despertar emociones dormidas o casi inexistentes. La ternura de Jesús era tan penetrante, que parecía aceptarlos de un modo ajeno a su experiencia diaria. Nadie los comprendía, nadie los ayudaba, nadie los

quería. Sus dirigentes no trabajaban para el beneficio de ellos, solo usaban el trabajo de ellos para favorecerse a sí mismos. Había algo nuevo, sí, y aunque no fuera lo que esperaban encontrar, les resultaba muy grato. Por eso, arrobados, disfrutaban las palabras de Jesús.

Pobres en espíritu. Comprendieron enseguida. Tal vez por contraste con la actitud que conocían. Esa actitud estaba en los fariseos, en los escribas, en los dirigentes, en ellos mismos. Todos ellos eran soberbios. Orgullosos. Seguros de sí mismos porque se sabían cumplidores de todas las formalidades religiosas que constituían el supremo valor de su religión. No sentían necesidad espiritual alguna. Pero estaban vacíos. Lo sabían. Por eso, comprendieron inmediatamente lo que Jesús les dijo. Los que estaban entrando en el Reino de los cielos reconocían su vacío espiritual. Se sabían pecadores, necesitados de Dios; porque nada bueno había en ellos. Sabían también que Dios perdona a los arrepentidos, y se arrepentían. Esta experiencia, para ellos, era nueva; pero se dieron cuenta de que, a medida que escuchaban las palabras de Jesús, comenzaban a sentirla.

Los que lloran. Oyeron que Jesús decía: Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación. Nadie llora sin tristeza. Muchas razones tenían ellos para estar tristes, y lo estaban. Inseguridad política, opresión. Soledad social, discriminación. Angustia económica, escasez. Ya habían llorado por todo esto, pero el llanto del que Jesús hablaba, se daban cuenta, era diferente. Era causado por la tristeza que el pecado deja en el alma, cuando uno lo comete; y, arrepentido, busca el perdón de Dios. Un llanto espiritual. Un llanto que abre un nuevo camino, desde la esclavitud espiritual hacia la plena libertad del espíritu, en Cristo. Los hijos del dolor avanzando hacia la victoria, por la fe. Estos ciudadanos del Reino, hombres y mujeres de fe, una vez que superan la tristeza, causada por sus propios pecados, comienzan a sentir tristeza por los pecados de la humanidad entera y buscan el consuelo, para todos ellos, en Cristo. Así nace su abnegada participación en la misión de Cristo y en la búsqueda de los pecadores para el reino de los cielos.

Mansos, con hambre y sed de justicia, misericordiosos, limpios de corazón y pacificadores. Luego Jesús les presentó una visión del progreso en la experiencia espiritual que viven los ciudadanos del Reino. La multitud vivía cada paso de ese progreso a medida que Cristo lo exponía. Sintieron la convicción de su pecado, pasaron por la tristeza que conduce al arrepentimiento y vieron el fruto del progreso espiritual. No puede ser, pensaron ellos. Los mansos y los misericordiosos, por débiles, nada consiguen; los que buscan la justicia, por la maldad de los que la administran, solo injusticia reciben; los limpios de corazón son ridiculizados y los pacificadores son pisoteados. Pero, al mismo tiempo, cuán verdadero es lo que él dice, pensaban.

Los mansos son los que se vencen a sí mismos. Nunca actúan motiva-

dos por su propio yo. Viven centrados en el bien de los demás. Lo mismo que los misericordiosos, con su amabilidad espontánea y su espontáneo deseo de servir. Nunca discriminan a nadie. Siempre ven a los demás como seres humanos que los necesitan, y con gozo los ayudan siempre. Son simpáticos, bondadosos, de buen trato, compasivos. Los que tienen hambre y sed de justicia buscan la santidad, la semejanza a Dios, y por eso viven en conformidad con la voluntad de Dios, en todo. No es extraño que sean limpios de corazón, o fieles a Dios, sea en los pensamientos como en las motivaciones del alma. También son pacificadores. Los pacificadores buscan siempre la paz y siempre están buscando la conversión de los demás. Que estén en paz consigo mismos por el abandono del pecado, que estén en paz con Dios por la obediencia, que estén en paz con los demás por el amor abnegado.

La multitud entendía que el progreso espiritual de los ciudadanos del Reino producía resultados excelentes; y, en esa comprensión, se regocijaban todos los que oían. No era para menos; los mansos recibirán la tierra por heredad, decía Jesús, los que tienen hambre y sed de justicia serán saciados, los misericordiosos alcanzarán misericordia, los de limpio corazón verán a Dios y los pacificadores serán llamados hijos de Dios. ¿Qué más podrían desear? Esto lo abarca todo.

Los que padecen persecución y los insultados. Cuando pensaban que Jesús lo había dicho todo, escucharon a Jesús hablar del gozo y la recompensa. ¿Para quién? Para los que padecen persecución por la justicia y para los que son insultados o calumniados, y perseguidos por causa de Cristo. La justicia verdadera y la persona de Cristo son dos causas por las cuales los ciudadanos del Reino de los cielos están siempre dispuestos a sufrir. La persecución no los asusta, porque los perseguidores pueden quitarles la vida presente, pero la vida eterna jamás. Ellos están seguros en Cristo Jesús. La calumnia no los espanta; porque los calumniadores pueden ennegrecer su nombre, pero el carácter, jamás. Seres malvados pueden falsear y desfigurar el prestigio de un ciudadano del Reino, pero su persona misma está bajo la protección de Dios; y con esa protección le está asegurada la alegría aquí en la tierra y una grande recompensa en el Reino de los cielos. Los ciudadanos del Reino tienen, en su interior, todo lo que conforma un carácter recto delante de Dios. Todo lo que Dios espera de un verdadero hijo y una verdadera hija del Reino de los cielos. Por eso también pueden, externamente, ser útiles a Dios y a su Reino.

Lo que los ciudadanos del Reino son externamente (Mateo 5:13-16)

Jesús, de nuevo, sorprendió a la multitud. Cuando pronunció las Bienaventuranzas parecía referirse a otras personas, no a los que conformaban el auditorio. “Bienaventurados los...”, dijo. Ahora dice: “Vosotros sois”. Como diciendo: “Ya que oyeron cómo deben ser, los trato como si realmente fueran así”. De ahí en adelante, Jesús dirige el contenido de todo el resto

del discurso directamente a ellos. Les habla como si de verdad fueran sus discípulos y como si ya pertenecieran al Reino de los cielos.

Sal de la tierra. “Vosotros sois la sal de la tierra”, les dice (Mat. 5:13). Recordaron inmediatamente la utilidad de la sal. Sazonaban la comida con ella. Con ella preservaban el alimento. Para que ejerciera su efecto, la unían con los elementos que componían su comida. Tendrían que vivir junto a las personas que debían servir. Distantes no serían efectivos. La gente necesita la fuerza vital de los cristianos fieles. Necesita el amor de Jesús ejemplificado en las vidas de ellos. El amor desinteresado y la simpatía cordial que ellos viven. Todo eso sazona la vida del mundo desabrido y solo. Por otro lado, ese contacto no tenía que absorberlos de tal manera que perdieran su identidad, a causa de que la sal se volviera insípida. ¿Cómo recuperaría su sabor? ¿Para qué serviría? No para demostrar la alegría del Reino de los cielos. Solo para ser desechada. Y se imaginaron la sal inútil arrojada por las calles de sus pueblos, abandonada y pisoteada por la gente. Se vieron a sí mismos, vacíos de valor, en la religión formal de escribas y fariseos, sin espiritualidad y sin afecto.

Luz del mundo. Ustedes son la luz del mundo, les dijo (Mat. 5:14). Los comparó con ciudades establecidas en los cerros, visibles de día por la luz del sol que las alumbraba, visibles de noche por las luces que en ellas se encienden. No se pueden esconder. La vida que reciben por la justicia de Cristo los enciende con un brillo inocultable. Una vida de fe es tan maravillosa como un cielo iluminado, como un sol que desparrama su luz por las montañas, dando brillo y color a sus nevados picos; que ilumina los extendidos valles con una multitud de flores y plantíos repetidos; que engrandece la belleza iridiscente de lagos y ríos alumbrados; que llena de alegría los patios de las casas, donde juegan niños y animales domésticos confiados. La luz otorga vitalidad a la simiente, engrandece la floresta, agranda el horizonte, hace más bella la tierra y los metales. Y hasta las casas más humildes, por la luz, se hacen más claras. La gente recordó sus casas simples. Un cuarto y una lámpara. Era todo. Pero todos se alumbraban. Hagan brillar su luz, delante de todos, les dijo Jesús. Todos verán sus obras buenas; y, por las buenas obras de ustedes, alabarán a su Padre, que está en los cielos.

La Ley espiritual del Reino (Mateo 5:17-48)

Todos escuchaban atentos, y una profunda convicción nacía dentro de ellos. Un maestro verdadero estaba allí. Como en los tiempos antiguos, como los profetas, como Moisés. ¿Puede haber alguien más grande que Moisés? Nos dio la Ley, pensaban. Nadie puede cambiarla.

La Ley seguirá existiendo (Mateo 5:17, 18)

No fue abolida. “No penséis que he venido a abolir la ley o los profetas”, les dice (Mat. 5:17). Se asombran. ¿Cómo sabe lo que pensamos?

Pero no les da tiempo a conjeturas. “No he venido a anularlos”, agrega. “Yo he venido a cumplir la Ley y los profetas. Mientras existan el cielo y la tierra, la Ley seguirá existiendo”, les asegura. Nada abolirá la Ley.

La Cruz prueba la continuidad de la Ley. La multitud no esperaba oír nada diferente. Pero muchos que hoy pretenden formar parte del Reino de los cielos, creen que Jesús abolió la Ley en la Cruz. Paradójico. Si fuera así, la habría abolido antes de la Cruz. Había dos maneras de suprimir la existencia del pecado. Una era eliminando la Ley. Donde no hay Ley, no hay pecado; porque por la Ley es el conocimiento del pecado. Además del conocimiento, la Ley condena al pecado y al pecador. Sin Ley no hay condenación, simplemente porque si el pecado no existe, el pecador no es pecador. Pero Dios no eliminó la Ley. No podía aceptar una ficción. El pecado existe, y quien cometa pecado es pecador. Optó por la segunda forma de eliminar el pecado: la muerte de Cristo en la Cruz. En ella él sustituyó al pecador, para darle vida; porque, por haber transgredido la Ley, el pecador estaba condenado a la muerte. La Cruz, lejos de terminar con la Ley, es la mayor prueba de que la Ley sigue existiendo y seguirá vigente, para siempre.

La entrada en el Reino de los cielos (Mateo 5:19, 20)

“El que infringe uno de los Mandamientos de la Ley”, continuó diciendo Jesús, “el más pequeño de todos, no entra en el Reino de los cielos”. Tampoco el que por su enseñanza induce a la transgresión. Y la persona que haga las dos cosas –transgredir la Ley y enseñar a transgredirla– está fuera del Reino. ¿Cómo se entiende esto? ¿No es que la entrada en el Reino de los cielos es por la misericordia y el amor de Dios? ¡Claro que sí! No hay otra forma. Ocurre que la Ley, que es justicia, y el amor, que es misericordia, no son enemigos, ni incompatibles, ni mutuamente excluyentes. Dios es al mismo tiempo justicia y misericordia. De él proceden la Ley y el amor. No hay antagonismo entre ellos. Al contrario, uno es la descripción del otro. La Ley es una ley de amor, y el amor es la base de la Ley. En esto se resume la Ley y los profetas; amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma; y a tu prójimo como a ti mismo. Quien transgrediere la Ley, actúa contra el amor de Dios; y, con esa actitud enemiga, no puede entrar en el Reino de los cielos.

“Pero, el que practique los mandamientos”, dijo Jesús, “y el que enseñe a practicarlos, entrará en el Reino de los cielos”. No solo entrará; será grande allí. ¿Cómo es la grandeza en el Reino de los cielos? No como la grandeza del poder, de la riqueza, de la influencia, de la fama, que existe en el reino del mundo. Es la grandeza de la justicia. Justicia que, en la vida del ciudadano del Reino de los cielos, primero es justificación por la fe; y luego, obediencia, por la fe en Cristo Jesús. Las dos juntas –fe y obediencia–, en una integración semejante a la integración de la Ley y el amor en Dios. Porque la justicia del creyente es un milagro de Dios, en su vida, por

medio de la obra del Espíritu Santo. Jesús completa su enseñanza sobre el cumplimiento presente de la Ley diciendo: “Porque, les digo a ustedes que no pueden entrar en el Reino de los cielos a menos que su justicia supere la de los fariseos y la de los maestros de la Ley.

El cumplimiento verdadero de la Ley (Mateo 5:21-47)

El enojo. “Ustedes han oído”, siguió diciendo Jesús, “que se dijo a nuestros antepasados antiguos: ‘No matarás. Y cualquiera que mate será culpable ante el tribunal que lo juzgue’. Pero la Ley dice algo más, y esto quisiera yo que ustedes, los ciudadanos del Reino, recordaran siempre: si se enojan con su prójimo, o lo insultan, o lo maldicen, son culpables de transgredir este mandamiento” (ver Mat. 5: 21, 22). El cumplimiento de la Ley tiene que ser completo, en el sentido de abarcar toda la Ley, cada uno de los Diez Mandamientos; además, tiene que incluir la letra y el espíritu. No que uno sea más importante que el otro. Los dos forman parte del Mandamiento, y ninguno de los dos puede ser descuidado.

Esto es tan serio, que afecta la adoración que ustedes rinden a Dios. Puede anular el significado y el valor de su adoración a él. Cuando se acuerden de que han pecado contra su prójimo, no cometan el error de continuar adorando a Dios. Él no los aceptará a ustedes. No olviden que Dios rechaza al pecador consciente, que no pide perdón, como rechaza a un rebelde. El pecado es rebelión contra Dios. Y Dios no tolera esa separación. En cambio, acepta el arrepentimiento y recibe al pecador arrepentido como un hijo pródigo que vuelve a casa. Con amor y fiesta. Ve primero y reconcíliate con tu hermano; luego vuelve y continúa con tu adoración a Dios.

No tengas ningún adversario. Y si alguno se convirtiera en adversario tuyo, llega a un acuerdo con él, sin demora. No pierdas tiempo, ni lo dejes para después. Es peligroso. Él te puede someter a un juez o al juicio de toda la comunidad, y todos ellos pueden condenarte. El juez puede mandarte a la cárcel y la condenación de la comunidad, al desprestigio y al rechazo. ¿Qué harías tú si todos te rechazaran? Y tú ¿qué harías si te rechazara Dios?

La codicia sexual. También han oído ustedes que antiguamente se dijo: “No cometerás adulterio” (Mat. 5:27). Pero ahora no se entiende bien. Se han olvidado de que esto incluye la mera codicia sexual oculta en la mente de ustedes. El pecado no solo está en el mal que aparezca visible en sus acciones; también está en el mal que lleven oculto en sus pensamientos. Cualquiera que codicia a una mujer, ya adulteró con ella en su corazón. Eliminen la acción mala. Eliminen también los deseos malos que abriguen escondidos en el alma. Entreguen su voluntad a Dios, aunque signifique hacer un sacrificio tan grande, como dejarse cortar un miembro del cuerpo, un ojo o una mano, si estuviere enfermo y esa enfermedad colocara en peligro la vida misma. Es mejor vivir con un miembro menos que morir

con el cuerpo entero.

La infidelidad conyugal. Jesús continúa con el problema del adulterio. Además de estar oculto en el interior del pensamiento, puede estar socialmente oculto en el divorcio. “También fue dicho”, agregó: “Cualquiera que repudie a su mujer dele carta de divorcio” (Mat. 5:31). Pero el divorcio tiene un problema. Lo que Dios juntó no puede separarlo el hombre. Solo Dios puede hacerlo. Y él determina una sola forma de divorcio que autoriza un nuevo casamiento: el adulterio. Si alguien se divorcia por otras razones, no puede casarse de nuevo. Si lo hace, comete adulterio. Y los judíos se divorciaban por cualquier motivo, creando las condiciones sociales que ocultaban el adulterio en el divorcio. Pero yo os digo, declaró Jesús, que en el divorcio hay un error. Pueden divorciarse, pero no por cualquier causa. El que repudia a su mujer, siguió, a no ser por causa de fornicación, hace que ella adultere, y el que se casa con la repudiada, comete adulterio. Esto también se aplica al que da la carta de divorcio (ver Mat. 19:9). Fornicación (*pornéia*) incluye cualquier inmoralidad sexual, practicada fuera del matrimonio, que configure infidelidad al cónyuge. Incluye adulterio, fornicación, prostitución y homosexualidad. Jesús aclarará esto más extensamente un poco más tarde y Mateo lo registra en el capítulo 19.

Juramentos y ojo por ojo. Jesús incluyó, en su descripción de la obediencia espiritual a la Ley, la forma de reaccionar frente a la resistencia que el ciudadano de su Reino normalmente encuentra. Una forma de resistencia de los demás, hacia uno, es la falta de credibilidad; y otra es la agresión o la violencia física. En el primer caso, cuando alguien no confía o rechaza la palabra de uno, la tendencia podría ser ofrecer un juramento. Esto no se refiere a una declaración jurada con valor legal, que no se practica como defensa de un rechazo, sino como cumplimiento de un requisito legal. Los ciudadanos del Reino de Cristo no necesitan ofenderse porque alguien los rechace, ni necesitan emitir un juramento para que le crean. No deben jurar por Dios, ni por el cielo, ni por la tierra, ni por lo que la sociedad considere más sagrado, como era el caso de Jerusalén, para los judíos. Cuando hablen deben ser absolutamente veraces. Si dicen sí, debe ser sí; o no, si dicen no.

Ante la agresión física, no reaccionen de la manera antigua. Los antiguos decían: “Ojo por ojo y diente por diente”. Esta ley no impera para los ciudadanos del Reino de los cielos. No hagan mal a los que mal les hacen. Ustedes tienen que estar tan dispuestos a hacer el bien, que cuando un agresor les exija una acción para su beneficio, ustedes se la hagan de buena voluntad, como quien da un regalo. Y, cuando el agresor les haga una violencia física, ustedes respondan con paciencia y tolérenlo. No sean violentos con los violentos; sean, con ellos, amables y controlados. Al que te pide, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no lo despaches vacío.

Amad a vuestros enemigos. Peor que los agresores son los enemigos.

Ustedes han oído de sus maestros que deben amar a sus prójimos y odiar a sus enemigos. Y lo han oído porque es lo más natural para el sentimiento humano. Todo el mundo ama a sus amigos y odia a sus enemigos. Porque es natural en la persona pecadora; es también lo más fácil para ella. No necesita esfuerzo, ni autocontrol. Pero ustedes son hijos de su Padre que está en los cielos. Él hace el bien, toda clase de bienes, a malos y buenos. Por eso, ustedes deben amar a sus enemigos y orar por los que les hacen daño. Si ustedes amaran únicamente a los que los aman, solo estarían haciendo lo que también hacen los peores miembros de la sociedad a la que pertenecen. No pueden ser como ellos. Es muy poco. No habría diferencia entre uno de ellos y ustedes. Y esa diferencia tiene que ser tan grande como es grande la diferencia que existe entre ellos y Dios. Ustedes tienen que ser perfectos.

La perfección de los ciudadanos del Reino (Mateo 5:48)

“Sed, pues, vosotros perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”, dijo Jesús (Mat. 5:48). Mateo no registró la reacción de los oyentes, pero es fácil imaginar a alguno pensando: Es imposible. ¿Cómo tener la misma perfección de Dios? Solo el hecho de pensarlo es espantoso, hasta temible. Pero no es así. Si Jesús, imperativamente, les dijo que debían tener la perfección del Padre, fue porque era posible. Si era posible entonces, también lo es ahora. ¿Cómo?

La perfección en la experiencia de Pablo. Pablo cuenta su propia experiencia con la perfección, y su experiencia puede repetirse en cada cristiano. Estaba prisionero en Roma, en su primera prisión, cuando estuvo detenido por dos años en una casa alquilada por él (Hech. 28:30). Epafrodito, uno de sus colaboradores, después de una enfermedad muy seria, estaba en buen estado de salud para ir a Filipos, en Macedonia, donde había una iglesia que Pablo fundó, en su primer viaje misionero. Pablo deseaba escribirles, y les mandó una carta con él. La iglesia de Filipos parece que era una iglesia sin problemas, salvo una pequeña disputa entre dos hermanas (Fil. 4:1, 2). En estas condiciones, era apropiado tratar el tema de la perfección, y lo hizo. La Epístola a los Filipenses es el texto del Nuevo Testamento que más ampliamente explica la perfección.

No se preocupen por mis prisiones, les dice. Lo que para mí era ganancia, ahora lo estimo como pérdida, por el conocimiento de Cristo. Lo que realmente me importa es estar unido a él. No quiero mi propia justicia, sino la que procede de Dios, basada en la fe. Quiero conocer a Cristo y recibir el poder que produjo su resurrección. Quiero participar en el sufrimiento que él tuvo en la cruz y llegar a ser semejante a él en su muerte, para alcanzar, yo también, la resurrección de entre los muertos.

No es que yo ya sea perfecto. Sin embargo, olvidando lo que queda atrás, me esfuerzo por alcanzar lo que está adelante, y prosigo en este camino para ganar el premio. Escuchen ustedes, y todos los que somos per-

fectos: vivan de acuerdo con lo que ya han alcanzado. Sigan mi ejemplo y el ejemplo de los que se comportan conforme al modelo que recibieron. No sigan el ejemplo de los enemigos de la cruz de Cristo. Ellos siguen sus propios deseos, se enorgullecen de sí mismos y solo piensan en lo terrenal. Serán destruidos. Mas nosotros somos ciudadanos del Reino de los cielos, donde el Señor transformará hasta nuestro cuerpo, que ahora nos humilla, en un cuerpo semejante al cuerpo de su gloria.

La perfección es un camino: Cristo. Pablo dice que no es perfecto, y al mismo tiempo que es perfecto. ¿Hay contradicción en esto? No. La perfección es un camino. En él vamos alcanzando objetivos de perfección y dejándolos atrás, para seguir en busca de nuevos objetivos, hasta que lleguemos a la meta final que incluye también la perfección del cuerpo físico. Perfectos son los que no se desvían del camino. Prosiguen. Solo prosiguen y prosiguen por la fe. Nunca se salen del camino. ¿Qué camino? “Yo soy el camino”, dijo Cristo, “y la verdad hacia la vida” (Juan 14:6). Entonces, la perfección del cristiano es la perfección de Cristo que él vive por la fe. Como Cristo es el único igual al Padre, el creyente que, por la fe, vive la perfección de Cristo, puede ser perfecto *como* nuestro Padre que está en los cielos.

Las motivaciones en la vida de los ciudadanos del Reino (Mateo 6:1-34)

Jesús no podría olvidar las motivaciones, y no las olvidó. ¿Por qué? Porque la motivación es como la savia que alimenta el árbol de la acción. Determina la calidad del árbol. Las buenas obras siempre parecen buenas. Y lo son. Si alguien da una ropa a un pobre, la motivación egoísta o altruista que tenga, no modifica la ropa, ni cambia el beneficio que recibe el pobre. Pero, cuando la motivación es buena, la buena obra es mejor; porque modifica al que la ejecuta y modifica la relación de esa persona con Dios, en la obra ejecutada y en la valoración que Dios hace de ella.

En las obras de caridad (Mateo 6:1-4)

Cúdense, les dijo Jesús, de no hacer sus obras de justicia delante de la gente, para llamar la atención. Si actúan así, su Padre que está en los cielos no les dará ninguna recompensa (Mat. 6:1). Es hipocresía. La única recompensa que reciben es la alabanza o la simpatía de la gente que se entera. Efímera. No hay estabilidad en las reacciones de la gente. Hoy alaban a alguien; mañana, esa misma persona es despreciada. Tal aprobación ¿para qué sirve? Las acciones que, en su motivación y en su ejecución, están reducidas a la esfera humana, son humanistas y carecen de permanencia. No acumulan satisfacción. El gozo que el dador experimenta en el momento de dar, mañana es una frustración, por el olvido de la gente. Hasta el beneficiado olvida. No hay gratitud.

Pero, cuando la acción bondadosa, que atiende a un necesitado, se hace secretamente, con la motivación correcta, en asociación con Dios, él guar-

da la memoria de ella. Eso es estable. La satisfacción del bien realizado perdura. No hay frustración. El bien hacer se vuelve muy atractivo, genera el deseo de su repetición; y la persona que lo ejecuta, mejora, por su asociación con Dios al realizarlo.

En la oración y el ayuno (Mateo 6:5-18)

La motivación hipócrita en la oración es peor. Los fariseos tenían horarios fijos, durante el día, para orar. Y, cuando llegaba la hora, oraban en el lugar en el que estuvieran. Esto no era necesariamente malo. Dios no condena la oración en público, sea hecha en un lugar de culto o en cualquier lugar. La motivación era el problema. Como a los fariseos les gustaba que la gente los viera orando, para que pensaran que eran piadosos, se programaban para que la hora de orar los encontrara en la calle o en las plazas. Y hasta en las sinagogas oraban en forma llamativa, ostentosa, para que todos los vieran. Cuando oran, no sean como los hipócritas, dijo Jesús. Oren en secreto. Y su Padre que ve en secreto, los recompensará. ¿A qué recompensa se refiere? A la respuesta que corresponde a la oración. Dios no responde la oración hipócrita. Es un silencio para Dios y hasta puede ser una ofensa. En cambio, la oración verdadera, sin hipocresía, es una conversación con él, y él responde.

Otra cosa, les dijo Jesús. Al orar, *no hablen solo por hablar*, ni multipliquen las palabras innecesariamente. Los gentiles hacen eso. Ellos imaginan que la efectividad de la oración está en las muchas palabras. No es así. Dios sabe todo lo que ustedes necesitan. No hace falta informarlo de cada detalle. Lo importante es la comunión con él. Por eso, cuando oren, díganle: Padre nuestro, que estás en los cielos. Tú eres mi Padre y, por eso, lo que más deseo es santificar tu nombre, hacer tu voluntad y que tu Reino venga. Tengo algunas necesidades; por favor, atiéndelas. Necesito alimento diario. Necesito que perdones las deudas que tengo contigo; entiendo que lo harás en la medida que yo perdone a los que a mí me deben. Y, lo que más necesito es que me ayudes a no caer en tentación y me libres del maligno.

Perdonar a otros es fundamental. Si ustedes no perdonan, Dios no puede perdonarlos. El perdón está vinculado con la reconciliación y, por eso, con la justificación por la fe. Justificación por la fe es reconciliación (Rom. 5:1, 10). Si ustedes no perdonan, no hay espíritu de reconciliación en ustedes. Tienen una mente enemiga. La mente enemiga que pide perdón a Dios, sin perdonar a su prójimo, realiza un acto hipócrita. La hipocresía en la oración es lo más absurdo que pueda existir. ¿Cómo los va a perdonar Dios? Él sabe todo. Sabe que el pedido de ustedes no es genuino; y, si no es genuino, cuando ustedes piden, realmente no piden; mienten. Vivan la verdad y díganle la verdad a Dios. Si lo hacen así, la motivación de su oración es verdadera, y si es perdón lo que realmente buscan, podrán perdonar a su prójimo y Dios los perdonará.

Lo mismo en el ayuno. No pongan cara triste cuando ayunan. Queda mal. Los hipócritas demudan su rostro. Y la gente no se impresiona bien. Saben que hay un intento de engaño en eso; que la piedad, así manifestada, es falsa. Una moneda falsificada no tiene valor. Es ilegal, ofensiva y traicionera. Merece el rechazo, y rechazada es por todos. Además, el ayuno de cara triste describe muy mal la religión de Dios. Su religión es alegre, feliz, y ofrece un gozo espiritual presente solo en ella. Por eso, cuando ayunen, perfúmense la cabeza y lávense la cara. Muestren la alegría de su servicio a Dios, sin proclamar a todo el mundo que están ayunando. Y Dios, honrado así, les dará una recompensa de gozo espiritual multiplicado y permanente.

En las actividades de la vida (Mateo 6:19-34)

Las motivaciones mayores que la gente tiene en la vida son las riquezas y las preocupaciones. Acumular y angustiarse. No acumulen para sí tesoros en la tierra, dijo Jesús. Mejor acumúlenlos en el cielo (Mat. 6:19, 20). *En la tierra*, la inflación, los malos negocios, las decisiones arbitrarias de los gobiernos, las manipulaciones internacionales de los valores y los ladrones las hacen desaparecer. Y ustedes se quedan sin nada. *En el cielo*, en cambio, nada de eso ocurre. Lo que depositen allí, permanecerá para siempre. Pero, ¿cómo hacen el depósito allí? ¿En especies? ¿En cheque? ¿En metales preciosos? ¿En acciones? ¿En bonos del tesoro divino? ¿En bienes raíces del paraíso restaurado? ¿Cómo? No hay que complicarse tanto. La inversión celestial se hace aquí, en la tierra; en lo que a ustedes interesa, y en lo que interesa a Dios. Cuando a ustedes les interese lo que a Dios le interesa, su tesoro estará en el cielo; y donde esté el tesoro de ustedes estará también allí su corazón. No se confundan pensando que deben darlo todo y nada dejar para ustedes. O que para hacer tesoro en el cielo tienen que vivir como pobres, escondiendo su tesoro de la vista de los demás, como si no lo tuvieran; o gastando todo para ayudar al prójimo y a la iglesia. A Dios le interesan los pobres; la iglesia le interesa; le interesa la predicación del evangelio; y también ustedes le interesan. A nadie quiere ver sufrir por la escasez y la miseria. Quiere que haya suficiente para todos.

Sin embargo, *el enemigo introdujo tanta miseria en el mundo*, que ahora es necesario actuar con la sabiduría del Espíritu Santo, para saber atender lo que es prioritario y más urgente. Necesitan una visión clara; porque si estuviera nublada todo su ser estaría en tinieblas. Y no pretendan servir a Dios y al dios de la riqueza. Porque nadie puede servir a dos señores, pues menospreciará a uno y amará al otro, o querrá mucho a uno y al otro despreciará. Sirvan a Dios, y él se encargará de orientarlos en todo lo demás.

Por eso les digo: *No se preocupen* por su vida, qué comerán o qué beberán; ni por su cuerpo, qué vestirán. Dios alimenta las aves, y ustedes valen mucho más que ellas. Dios viste a los lirios con una magnificencia mayor

que Salomón, y ustedes duran, en el tiempo, mucho más que ellos. No necesitan preocuparse por todo esto. Dios ya conoce sus necesidades. Lo que necesitan es fe. Por eso, busquen primeramente el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas les serán añadidas (Mat. 6:33)

¡El Reino! Lo que vale es el Reino de los cielos. En él tiene que estar la motivación completa de ustedes. Para todo lo que hagan. Para la calidad de vida que vivan, para la vida espiritual que busquen, para el tiempo de la vida que deseen. Y no se angustien por el mañana; tendrá sus propios afanes cuando llegue. Hagan bien cada día, en compañía de Dios y con su poder, las obligaciones de ese día; y todo les saldrá bien, siempre.

Buenas relaciones con Dios y con el prójimo (Mateo 7:1-23)

Jesús se aproxima al final de su discurso. Todavía no entra en la conclusión, pero comienza a enfatizar algunas cosas que ya ha dicho. No las dice igual. Da un giro al diamante, para que brille desde otro ángulo. Pero vuelve a las buenas relaciones con el prójimo (Mat. 7:1-6), a la oración (Mat. 7:7-12), al camino que lleva a la vida terrenal o al Reino (Mat. 7:13, 14), a los buenos frutos (Mat. 7:15-20) y a la entrada en el Reino de los cielos (Mat. 7:21-23). Cada nueva frase de Jesús aumenta la impresión favorable de la gente. Sienten que atiende una necesidad espiritual que ellos tienen. Lo reconocen internamente, allí donde el sentimiento auténtico no puede ser controlado por presiones externas.

Relaciones con el prójimo (Mateo 7:1-6)

¿Cómo no reconocer la veracidad de Jesús cuando les dice: “No juzguéis para que no seáis juzgados” (Mat. 7:1). La relación crítica, entre fariseos y escribas, era un hábito. Un modo de vida. Protegían su estilo de vida condenando a los que no lo siguieran. El pueblo sufría las consecuencias. Vivía una vida de autoprotección espiritual. Tensa. Insegura. Rígida. Triste. Y, lo peor, imitaban a sus maestros, tratando a los demás de modo parecido. Es extraño, pero el ser humano a menudo hace lo que en otros encuentra mal, y los condena. Tal como condenan a los demás, dijo Jesús, serán condenados ustedes, y ustedes serán medidos con la misma medida con que miden a los otros. ¿Falta de ecuanimidad en la conducta de ellos? ¡Por supuesto! Desequilibrio. Insensatez. Extremada falta de sabiduría, porque ellos, así, establecían una medida rígida para sus propias acciones. Lo peor era que actuaban con hipocresía. ¡Condenaban la paja en el ojo ajeno, cuando ellos tenían una viga en su propio ojo!

El juicio pertenece a Dios, no a nosotros. Y Dios juzgará a todas las personas basándose en la suma total de los actos vividos por ellas; porque la tendencia de la vida de una persona determina lo que ella es, no una acción aislada. En cambio, nosotros juzgamos la acción aislada como si fuera la suma total de las acciones vividas por una persona. Y la juzgamos mal, muy mal, si no nos agrada. Pero, si nos agrada, todo es bueno en ella. Muy

a menudo, nuestros juicios son autodefensivos. Cuando condenamos a alguien por injusticia, queremos decir que nosotros somos justos; y, al decir que tal persona es antipática, decimos que nosotros somos simpáticos.

Por otro lado, no den lo sagrado a los perros, dijo Jesús, no vaya a ocurrir que ellos se vuelvan contra ustedes y los despedacen. Ni entreguen las perlas a los cerdos; ellos solo saben pisotearlas (Mat. 7:6). Sean sabios en sus relaciones con los demás. Cada uno debe recibir la confianza que merece. No confíen en aquellos que pueden destruirlos; ni en los que no saben respetar la confianza que en ellos ponen. Hay gente que ya no tiene deseo alguno contra el pecado. No quieren salir de su esclavitud. Se aferran a él con todas las fuerzas de su voluntad. No son confiables. Se han convertido en agentes del enemigo, enemigos de Dios. No serán amigos de ustedes. Pero ustedes no pueden ser enemigos de ellos. Hay otros que consideran el evangelio solo como un campo de contención y de conflicto. No se dejen estorbar por ellos. No pierdan la fe por causa de sus argumentos críticos, o irónicos. Sigan viviendo el evangelio. Sigan predicando el evangelio. Sigan respetando lo sagrado. Sigan valorando las perlas, para enriquecer con ellas a los que estén dispuestos a creer. No importa que estos sean pecadores, como María Magdalena o Saulo de Tarso. Pueden convertirse y, convertidos, entrarán también en el Reino de los cielos.

La oración que cree (Mateo 7:7-11)

La oración que cree es persistente. No duda. Pide, busca, llama. Tiene confianza completa en Dios. “[...] Aquel que pide, recibe –dijo Jesús–; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá” (Mat. 7:8). No hay condiciones para esta oración. Nada debe impedirla. ¿Quieren perfeccionar su carácter para que sea semejante al de Cristo? Pidan. ¿Se sienten pecadores? Pidan. ¿Desean que Dios los limpie? Pidan. ¿Se sienten en estado de impotencia extrema? Pidan. Busquen, con insistencia, la bendición de Cristo; pero, sobre todo, búsquenlo a él. Y, cuando llamamos, recordemos que estamos respondiendo a una invitación del Padre; y él recibe siempre a los que invita.

La Regla de Oro (Mateo 7:12)

“Todas las cosas –dijo Jesús– que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos, porque esto es la ley y los profetas” (Mat. 7:12). El mejor interés de ustedes no debe estar en lo que reciben; debe estar en lo que dan. Nunca, en lo que ustedes merecen; en lo que merecen los otros, siempre. Ustedes no deben ser el centro de todo lo que hacen; el centro tiene que estar en sus prójimos. Sean corteses con ellos. Con esa cortesía de semblante alegre, de espíritu amable, de corazón puro, de actitud tierna, de acciones amables, de palabras suaves y de espontánea dulzura; como el carácter de Cristo. Compartan con ellos. Compartan el evangelio que recibieron de gracia; compartan el amor de

Dios, que les dio como regalo; compartan las bendiciones espirituales que, sin medida, les otorgó; compartan los bienes materiales que ha depositado Dios en ustedes, sus administradores, para que hagan obras de misericordia, la mayor fuerza de la verdad, cuando se cumplen. Sean como Cristo fue. Y el Padre los recibirá a ustedes, y a los que ustedes hayan ganado con su testimonio, de la misma manera en que recibió a Cristo, cuando regresó al cielo, después de haber cumplido su misión.

El camino que lleva a la vida (Mateo 7:13, 14)

Delante de todos ustedes están la destrucción y la vida, el reino del mundo y el Reino de los cielos. Ancha es la puerta, dijo Jesús, y espacioso el camino que conduce a la destrucción. Es fácil. Tan fácil, que muchos entran por él. Les recomiendo que, por él, no entren. Entren por la puerta angosta. Ella y el camino angosto los conducirán a la vida. Es lo que todos quieren, pero pocos son los que la hallan. ¿Por qué? Porque no hacen el esfuerzo, sin desvío, que demanda. Mientras la gente escuchaba, venía a sus mentes las muchas veces cuando, al final del día, tuvieron que apresurarse, por el angosto camino que ascendía la montaña, para llegar a la ciudad, antes de que se cerraran las puertas. El camino al Reino es difícil, porque excluye todo egoísmo, porque obliga a andar con los pocos. Ser parte de la mayoría es siempre una atracción mayor. Vivir con la minoría da una sensación de poca importancia, hasta de fracaso. Es un sacrificio. Pero el *glamour* de la mayoría es un engaño, y el precio que se paga por eso puede ser la destrucción. Demasiado. Es mejor entrar por la puerta estrecha. Los que creen, la encuentran y entran en el Reino de los cielos.

Por sus frutos los conoceréis (Mateo 7:15-20)

“Guardaos de los falsos profetas,” continuó Jesús (Mat. 7:15). Hay un grave problema con ellos. Pretenden ser una cosa, y son otra. Pero eso no ocurre solo con los falsos profetas; también ocurre con los cristianos falsos. El terrible juego de la simulación. Siempre presente en la vida humana, y cuando los maestros del pueblo la practican, el daño es mayor; porque cuesta identificarlos. Pero existe una prueba infalible. Por sus frutos podrán conocerlos. Cada árbol da su propio fruto. Los abrojos no producen higos, ni hay uvas en los espinos. Si un maestro produce conflicto y discordia, desconfianza y odio, acusación y querrela, o reyerta y contienda, pero pretende enseñar el evangelio y la verdad, el engaño está ahí. No son los frutos de un maestro verdadero. Falso profeta. No lo sigan. Su destino es el fuego (Mat. 7:19). ¿Por qué tendrían que seguirlo a la destrucción?

La entrada en el Reino de los cielos (Mateo 7:21-23)

¡Recuerden! No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos. Solo el que hace la voluntad de mi Padre que está en los

cielos. (Mat. 7:21.) Una declaración de fe en el Señor no abre la entrada al Reino. La buena relación con Dios no es solo cuestión de palabras. Es una *acción* de fe. Los que entran en el reino de los cielos son los que tienen una fe que hace la voluntad del Padre. De nada vale simplemente profesar que uno es discípulo de Cristo; hay que serlo. El discípulo cree y obedece. La obediencia es la prueba visible del discipulado. No se gana el Reino de los cielos con la obediencia, porque el Reino es un regalo de Cristo; pero con la desobediencia se pierde. Aunque los desobedientes hayan profetizado, o expulsado demonios, o hecho milagros, Jesús no les abre la entrada al Reino. Jamás los conocí, les dirá. ¡Aléjense de mí, hacedores de maldad! (Mat. 7:23).

Conclusión: El prudente y el insensato (Mateo 7:24-27)

“Por tanto”, dijo Jesús (Mat. 7:24). Está concluyendo. Ha sido un sermón lleno de sabiduría. No se dedicó a dar informaciones sobre el Reino. No es que no sean importantes; las informaciones sobre el Reino de los cielos aparecen en las profecías y en todo el Nuevo Testamento. Solo que Jesús, en este sermón, por causa de las circunstancias que lo rodean, se concentra en el estilo de vida que deben adoptar los ciudadanos del Reino. Las circunstancias están hechas por la ordenación de los apóstoles y el interés de la multitud que se congregó. Jesús siempre adaptó sus sermones a las necesidades del auditorio que tenía delante de él. Dividió a sus oyentes en dos grupos: Prudentes e insensatos.

El prudente (Mateo 7:24, 25)

El prudente es una persona especial. No porque edifica. El insensato hizo lo mismo. Los dos edificaron una casa. En la acción son parecidos. También son semejantes en cuanto a las dificultades que encuentran en la vida. Las dos personas sufren por ellas. Los dos grupos mueren igualmente. Pero el prudente es una persona especial en cuanto al modo de edificar y al fundamento sobre el que construye. Edificó sobre la roca. Un símbolo que el pueblo conocía desde los tiempos antiguos. Su uso comenzó cuando Moisés ya había completado su obra. Dios le había anunciado que no entraría en Canaán. Ya había elegido a Josué como el nuevo líder de Israel. Ya había anunciado a Moisés que estaba próximo a morir. Ya le había dicho que el pueblo entraría en apostasía. Y, para ayudarlo en ese tiempo, ordenó a Moisés que escribiera un himno. Al comienzo dice: Anunciaré el nombre del Señor, él es la roca. ¿Por qué es la roca? Porque sus obras son perfectas y permanecen, porque sus caminos son justos, porque es fiel y no practica injusticia, porque es recto y justo (ver Deut. 32:3, 4). Estos son los principios de la permanencia, los principios de la seguridad.

Cristo es la roca. Él es justo, y nos justifica. Es perfecto, y nos perfecciona. Es fiel, y nos hace fieles. Practica la justicia y nos ayuda a practicarla. El es recto, y nos convierte en personas rectas; fundados en la Roca viva sobre

la cual nos tornamos piedras vivas para él. La Roca es Cristo, y su palabra es roca. La religión de Cristo no es letra muerta; es pura vida. Consiste en practicar cada palabra suya y cumplir cada mandato. Es una relación viva con él. Una relación de fe, no el mero decir de la fe; la acción de la fe, que se traduce en obras de justicia, bajo la conducción del Espíritu Santo. La religión de Cristo es viva relación con su palabra, tan firme como él, tan verdadera como es él; porque él es el Camino, y la Verdad y la Vida.

La multitud estaba impresionada. Muchos de ellos habían pasado su vida en torno al Mar de Galilea, y lo sabían muy bien. Vivieron muchas veces la experiencia. Y los otros, los que no vivían en la región, sentados en la ladera del monte, mientras escuchaban a Jesús, podían ver los muchos valles y los barrancos por donde, en tiempo de lluvia, corrían los arroyos hacia el lago. En el verano eran caminos secos, polvorientos y vacíos. La gente descuidada edificaba en esos lugares, más fáciles y con menos trabajo. Cuando llegaba el invierno, torrentes furiosos destruían todo lo que en su paso hallaban. Pero las casas de los cerros, construidas sobre la roca, permanecían a través de los años; algunas de ellas habían resistido un milenio de tempestades. Todo era muy claro.

Los prudentes, o sabios, oyen y practican. Aceptan la autoridad de Cristo. No argumentan en contra, ni dudan. Para ellos, Cristo tenía y tiene la autoridad que dijo tener. Para ellos, Jesús era el profeta anunciado por Ezequiel, que traería la palabra de Dios, a quien todos debían oír y obedecer (Eze. 33:32, 33). Para ellos Jesús era más que un simple maestro, era, en sí mismo, el estándar del Juicio y el instrumento de la salvación.

El insensato (Mateo 7:26, 27)

El insensato, en cambio, oye pero no practica. Tan cercano y tan distante. Cercano para oír. La palabra de Jesús llega a él tan nítida y tan clara como al prudente. Llega a él tan autoritativa y firme como llega al prudente. Llega a él tan plena y verdadera como al prudente llega. Pero él, por no practicarla, se distancia de Jesús. No se integra con él por la vivencia. No acepta su autoridad y no cree. Es necio. Coloca su esperanza en sí mismo. Casa sin fundamento. Arena sin permanencia. No resiste las tormentas de la vida, y se destroza.

Reacción de la gente (Mateo 7:28, 29)

Terminó su sermón. Silencio. Él no agrega nada. La multitud medita. Admiración de la gente. Un asombro profundo, con afecto y simpatía. No es el asombro de los filósofos, del que surge la filosofía. Es un asombro de sorpresa, de alegría, de satisfacción. Han encontrado la sana doctrina, han descubierto la enseñanza sabia, han sentido la verdadera autoridad. Superior a los escribas y los maestros de la Ley. Superior a Moisés, que transmitió la Ley al pueblo. La autoridad de aquel que, en el día final, juzgará a vivos y muertos, por su propia autoridad.

LOS MILAGROS DEL REINO

Un simple viaje de regreso a casa se transforma en la oportunidad para seguir sirviendo a la gente. Apenas bajó de la montaña, grandes multitudes se agolparon en torno a Jesús. No podía evitarlas, ni quería; estaba permanentemente abierto a sus necesidades, sin importarle el lugar, ni el tiempo ni las circunstancias. Mateo declara que Jesús cumplía su ministerio predicando, enseñando y sanando (Mat. 4:23). Ya lo mostró predicando el evangelio del Reino (Mat. 4:17, 23), enseñando el estilo de vida del Reino (Mat. 5-7), y ahora relata algunos ejemplos de los milagros sanadores del Reino. Así lo registra al contar el milagro que sanó a un siervo del centurión. Les digo, declaró Jesús acerca del centurión, que vendrán muchos del oriente y del occidente, para participar en el banquete con Abraham, Isaac y Jacob, en el Reino de los cielos (Mat. 8:11).

El leproso: Limpieza del pecado (Mateo 8:1-4)

Cuando descendió del monte, dice Mateo, frase que algunos entienden como si el siguiente relato hubiera ocurrido ese mismo día. No es así. Mateo no cuenta su historia testimonial en forma cronológica. Ese hecho ocurrió en otro momento, pero está en esta parte del relato porque Mateo ordenó los incidentes de acuerdo con el tema que trata.

La lepra y el pecado (Mateo 8:1, 2)

Siempre era emocionante lo que Jesús hacía; por eso, la multitud no lo dejaba nunca. Cuando Jesús descendió de la ladera de la montaña, no es claro de qué montaña, ni cuándo, un leproso se acercó a Jesús. Se arrodilló delante de él y, ante la multitud sorprendida, le dijo: “Señor, si quieres puedes limpiarme”. Mateo coloca la historia del leproso en primer lugar, en la serie de milagros que relata, porque la lepra es símbolo de pecado, y lo primero que Jesús quiere resolver en la vida de una persona, para que entre en su Reino, es el pecado que tiene.

El poder del Reino (Mateo 8:3)

Nada podría haber sido más dramático en ese instante. Jesús había enseñado lo más importante para entrar en el Reino: los principios que lo rigen y el estilo de vida que Dios espera ver en sus ciudadanos. Para que esto ocurra, se necesita poder; un poder superior a las fuerzas humanas. Un poder que forme parte del Reino y, junto con todo lo demás del Reino, sea transmitido también a los que desean entrar en él. Ese poder tiene que venir de Jesús mismo. De otro modo, la entrada en el Reino sería imposible. Ahora está la oportunidad de mostrarlo en acción. La multitud guar-

da silencio y espera. Quiere ver lo que ocurrirá. ¿Cómo responderá Jesús a este pedido?

Pero Jesús no tiene problemas. Es un pedido genuino. Es un pedido de fe. Es un pedido respetuoso de su voluntad. Si quieres, le dijo el leproso. Jesús extendió la mano y lo tocó. Tocar a un leproso era arriesgarse a una infección y a la acusación de todos, porque implicaba una impureza ceremonial. La lepra era un símbolo del pecado, y los judíos la consideraban una marca visible del desagrado de Dios por esa persona que, indudablemente, era pecadora. No podían olvidar a María, hermana de Moisés (Núm. 12:9, 10), ni a Giezi, el siervo de Eliseo (2 Rey. 5:27), ni al rey Uzías, a quienes Dios castigó con lepra, por pecados específicos cometidos por ellos (2 Crón. 26:19, 20). Los judíos creían que ningún médico debía siquiera intentar la curación de un leproso, porque, siendo una enfermedad que Dios daba como castigo, solo él podía curarla. Por eso, cuando Naamán, jefe del ejército de Siria, visitó al rey de Israel pidiéndole que lo curara de su lepra, este le respondió: “¿Soy yo, acaso, Dios?” (ver 2 Rey. 5:7).

Con una sencillez solo comprensible para los creyentes, tomando el lugar de Dios, Jesús respondió al leproso: “Sí, quiero. Sé limpio”. Y Mateo, con no menos espontaneidad, informa: Al instante quedó sano de la lepra. Aquí se juntan la fe del leproso, con el poder de Jesús y el testimonio de Mateo, que narra la historia, a fin de que también nosotros creamos y Jesús nos limpie de nuestro leproso pecado, para que podamos entrar en su Reino.

Pero, la hermosura literaria del relato no debe hacernos perder la grandeza de su contenido. Siempre, en la Escritura, el contenido es más importante que la forma literaria en que se entrega. Por eso, el estudiante de la Escritura debiera ocuparse más de *lo que* la Escritura dice, que de *cómo* lo dice. Lo que Dios inspiró es el contenido; las palabras y la forma literaria son del escritor inspirado. El contenido de esta preciosa frase, simple, bella y perfecta, es la manera en que actúa el poder de Jesús. No exige grandes requisitos; solo la auténtica necesidad del ser humano y la expresión de una fe genuina. Jesús estaba listo para actuar en su favor. Siempre está listo. No hay trámites burocráticos. No hay rituales extraordinarios, no hay mandas que pagar, no hay méritos que justificar. Solo necesitar y creer. Y Jesús expresa su voluntad en una orden simple: “Sé limpio”. La verdadera autoridad no necesita argumentos para demostrarse. Jesús no tuvo que decir: “El que manda aquí soy yo, y tienes que obedecerme”. Hasta la enfermedad reconoció su poder de comando. Y la lepra se fue al instante.

El testimonio del creyente (Mateo 8:4)

Mira, lo instruyó Jesús, no lo digas a nadie; preséntate al sacerdote y ofrece la ofrenda que ordenó Moisés, para que esto te sirva como testimonio. No lo digas con palabras, dilo con hechos. Comienza por donde

debes comenzar. La lepra está bajo la observación de los sacerdotes; solo ellos tienen poder para decir que está curada. No salgas hablando por ahí que no tienes lepra, porque nadie te creerá. La gente huirá de ti. Tu palabra, en este caso, no sirve como testimonio. No es así en todos los casos. Pero en relación con la lepra es así. Una vez que hayas ofrecido la ofrenda requerida en gratitud a Dios por la sanidad, y el sacerdote te haya declarado libre de la lepra, estarás en condiciones de hablar con la gente, no antes. Para que el testimonio sea válido, tiene que ser aceptable para la gente. Si no es aceptable, hay que cumplir los requisitos que lo hagan aceptable. No es que Dios ponga requisitos al testimonio; es la aceptabilidad de la gente la que los pone. Y, como el testimonio tiene que tener valor para los que escuchan, hay que decirlo y, sobre todo, vivirlo de la manera que puedan aceptarlo.

El centurión: La fe que conduce al Reino (Mateo 8:5-13)

No habrá sido fácil avanzar arrastrando una multitud detrás de sí. Constantemente, el pueblo seguía a Jesús. Por afecto y por curiosidad. Querían estar con él y sabían que, estando cerca de él, siempre podrían ser testigos de algo extraordinario. No estaban engañados. Al llegar a Capernaum, ocurrió de nuevo.

Un pedido de ayuda (Mateo 8:5, 6)

Un centurión romano lo esperaba. No era judío. Un gentil. Un representante del Imperio Romano. Quizás el jefe de la pequeña guarnición que Roma mantenía en Capernaum; ya que, por los acuerdos políticos con Herodes Antipas, el tetrarca de Galilea y Perea, no podía tener allí un ejército completo. Un símbolo de la dominación. Un enemigo. Se le acercó pidiendo una ayuda.

Señor, le dijo, mi siervo está postrado en casa. Tiene parálisis. Además, sufre terriblemente. Está a punto de morir. Todos atentos. ¿Qué hará con este enemigo? Jesús ya había enseñado cómo hay que tratarlos. Amad a vuestros enemigos, les había dicho. ¿Cumplirá su propia orden? ¡Por supuesto! No existía otra alternativa. Ellos solo se preguntaban de esta manera porque estaban acostumbrados a que sus maestros enseñaran una cosa e hicieran otra. Para Jesús, sin embargo, no había doble estándar, ni doble estándar puede haber para los cristianos de todos los tiempos. Las órdenes del Reino eran y son iguales para todos. El estilo de vida, el mismo. Los Mandamientos no se modificaban, no se modifican nunca. En el Reino no existen unos que deban obedecer siempre y otros que solo obedezcan cuando les resulte conveniente, o cuando así lo decidan.

La ayuda suficiente (Mateo 8:7-9)

Lo trató con amor y simpatía. Iré a sanarlo, le respondió Jesús (Mat. 8:7). En realidad, el centurión solo era enemigo formal, por lo que repre-

sentaba; no por lo que en su propia persona él era. Y Jesús lo sabía. El soldado tenía una actitud piadosa hacia Jesús, un afecto sincero por su siervo, una forma de actuar humilde, una fe inmensa.

Señor, le dijo, no merezco que entres bajo mi techo. Tú eres demasiado grande, demasiado importante, tú eres todo lo que la gente dice de ti. Yo no te he oído nunca, nunca te vi actuar, pero ¿cuál es la diferencia? Tú eres todo eso que he oído de ti. No hagas para mí nada más que lo necesario para atender mi necesidad. Solo pido la sanidad de mi siervo.

La palabra sola. No hace falta que vengas. Basta con que digas una sola palabra, y mi siervo sanará (Mat. 8:8). Tu palabra es todo lo que necesito.

Unos demandaban señales para creer, otros se conformaban con la palabra sola. No es necesario ver milagros para creer; hay que creer para ver milagros. Pero la fe viene por oír la palabra de Dios. Todo lo que necesitamos hoy, para creer, es la palabra de Dios. Está siempre a nuestra disposición. Al alcance de todos nosotros. No pidamos más. Pedir más es pedir de más. Por otro lado, al que pide de menos, Dios da siempre más.

Obediencia a la autoridad. Además, Señor, sé muy bien lo que es la autoridad. Tú la tienes. No necesitas probármelo. Yo lo sé. Y sé también cómo funciona. Yo mismo soy un hombre sujeto a órdenes superiores; además, tengo soldados bajo mi autoridad. Le digo a uno: Ve, y va. A otro: Ven, y viene. Le digo a mi siervo: Haz esto, y lo hace (Mat. 8:9). Todo lo que necesito es que des la orden de sanidad, y mi siervo sanará. Frente a la autoridad corresponde una sola cosa: obediencia. Yo sé obedecer; sé también que mis órdenes son obedecidas; no podría dudar en cuanto a la obediencia que corresponde a tu autoridad: Hay que obedecerla.

La medida suficiente de fe (Mateo 8:10-12)

Ahora el que se asombra es Jesús. Tan asombrado estaba, que cambió de interlocutor. En lugar de seguir conversando con el centurión, se dirigió a la multitud, expectante y curiosa. Todos querían saber lo que ocurriría.

La fe que obedece. Les aseguro, dijo, que no he encontrado en Israel a nadie que tenga tanta fe. Ni ustedes. ¿Cómo era esto posible? Entre ellos había quienes lo habían dejado todo para seguirlo; ¿no era suficiente? La fe que deja todo no es la fe que Jesús alaba. Entre ellos había quienes estaban dispuestos a aceptar todas sus enseñanzas; ¿no era suficiente? La fe que lo acepta todo no es la fe que Jesús alaba. Jesús alabó la fe que obedece todo. ¿Por qué? Porque los obedientes lo siguen, y no todos los que lo siguieron, obedecieron. Porque los obedientes aceptan todo, y no todos los que todo aceptaron, obedecieron. Los obedientes son los que entran en el Reino de los cielos.

Entrada de los no súbditos en el Reino. Les digo, continuó Jesús, que, como el centurión, muchos vendrán del oriente y del occidente, y participarán con Isaac y Jacob en el Reino de los cielos, porque creen con una

fe obediente. Pero los súbditos del Reino, por no tener una fe que obedezca, serán echados fuera, a la oscuridad, donde llorarán con rechinar de dientes (Mat. 8:11, 12).

Como creíste (Mateo 8:13)

Volviéndose de nuevo al centurión, le dijo: Puedes volver. Todo se hará como creíste. Las obras milagrosas de Dios no solo ocurren para beneficiar a los que creen con fe obediente; también, según la fe de ellos, benefician a aquellos que están con ellos y por los cuales los creyentes piden. En la misma hora, el siervo del centurión quedó sano. Además de los que están con los que creen, también los que no creen se benefician con lo que Dios otorga a los creyentes. Por los ruegos y las acciones de los que creen, los que no creen reciben el evangelio y tienen la posibilidad de entrar, como ellos, en el Reino de los cielos. Cuando Abraham intercedió ante Dios para que no destruyera a los creyentes con los impíos, en Sodoma y Gomorra, Dios aclaró muy bien que si solo hubiera diez justos en las ciudades, no las destruiría, por amor de los diez (Gén. 18:32).

La suegra de Pedro: El servicio constante (Mateo 8:14, 15)

Fue Jesús a la casa de Pedro, sigue diciendo el relato de Mateo, la casa donde se hospedaba cuando estaba en Capernaum. Aunque para ese tiempo ya vivía en esa ciudad, no tenía casa propia. De todas maneras, no necesitaba una morada permanente, porque era poco el tiempo que tenía para pasar en su casa. La casa de Pedro era su casa.

Mucha fiebre (Mateo 8:14)

Apenas entró, dice el relato, Jesús vio a la suegra de Pedro en cama. No puede haber menor actividad, para una persona viva, que estar en cama, especialmente si está con fiebre. Con mucha fiebre, dice el médico Lucas (4:38). Literalmente, una enfermedad la estaba quemando. Posiblemente malaria. Una persona que se está quemando, está en el proceso de su destrucción. La suegra de Pedro tenía una enfermedad que estaba destruyéndola; ya la tenía paralizada, en cama. Jesús no podía quedar indiferente. Ella era bien amada por Pedro y su esposa; de otro modo, no la tendrían en casa. Además, era muy servicial, y con esto se beneficiaban todos. Jesús también manifestó su afecto por ella.

Los servía constantemente (Mateo 8:15)

Tocó su mano. Los judíos, por causa de sus leyes, no podían tocar enfermos que padecían de ciertas fiebres. Hacerlo significaba quedar ceremonialmente impuros. Jesús, de todas maneras, la tocó. No necesitaba hacer nada más. El toque entregó a la anciana el afecto de Jesús y su intención de sanarla. Se le quitó la fiebre, en el acto y completamente. No

necesitó de un período de recuperación, después de la fiebre, para entrar en su actividad normal. Se levantó, dice Mateo, y comenzó a servirlos, inmediatamente y sin detenerse. La expresión del texto es de una acción no interrumpida. Se trata de un servicio constante. Así era ella: siempre servicial. Como todo súbdito del Reino de los cielos debe ser. Cuando hay afecto, hay espíritu de servicio; y, si el servicio es por amor, no se interrumpe nunca. Así era la familia de Pedro. Un lugar lleno de afecto, repleto de amor, donde todos eran serviciales, todo el tiempo. Modelo sencillo para todas las sencillas familias del Reino de Cristo. Un modo muy práctico y muy real de ser cristiano. No era un hogar en el que cada uno atendía sus propias necesidades y todos respetaban la individualidad de cada uno hasta el punto de ignorarse unos a otros casi completamente. Esa sofisticación no existía. Solo existía afecto, amor y el servicio que, constantemente, actúa para atender a los demás, y hacer que cada uno se sienta admirado y protegido. Solo se trataba de un hogar feliz.

Este milagro parece que ocurrió un día sábado. Marcos dice que después de haber sanado, en la sinagoga de Capernaum, a un hombre con espíritu inundo, vinieron a la casa de Pedro.

Él cargó nuestras enfermedades (Mateo 8:16, 17)

Después de que pasó el sábado, la multitud se agolpó a la puerta de la casa de Pedro. No hubieran venido, con sus enfermos, antes de la puesta del sol del sábado. Era así como observaban el sábado, desde la puesta del sol del viernes hasta la puesta del sol del sábado. ¿Razón? Porque, según la Biblia, así contó Dios los días, desde el comienzo: “A la luz llamó ‘día’, y a las tinieblas, ‘noche’. Y vino la noche, y llegó la mañana: ese fue el primer día” (Gén. 1:5, NVI). Además, porque así lo ordenó Dios a Israel (Lev. 23:32).

El poder de la palabra hablada: se ejecuta (Mateo 8:16)

Con una sola palabra, dice Mateo, expulsó a los espíritus y sanó a todos los enfermos. Era el mismo poder que, al comienzo, con la misma palabra, creó los cielos y la tierra. Jesús no necesitó remedios para curar una enfermedad. Su palabra era suficiente. Lo que él dice, se ejecuta.

El caso de los endemoniados es especial. En el endemoniado se produce la mayor aproximación del demonio, al ser humano. Su presencia personal está en la personalidad misma del ser humano. Así Satanás ejerce, en él, un dominio directo; y todo su poder actúa sin restricción alguna. El endemoniado es el mejor símbolo y la más cruda realidad de su reino tenebroso. El trabajo del demonio tiene por objeto el control esclavizador y la destrucción paulatina de la personalidad del ser humano. No quiere su libertad. Odia su sanidad. Especialmente su sanidad mental, que le permite decidir por sí mismo. Por eso, los endemoniados eran el campo de batalla más dramático y más decisivo para la lucha entre el Reino de

los cielos y el reino de las tinieblas. En el endemoniado, Jesús y Satanás se enfrentaban directamente. La palabra de Jesús lo vencía siempre. Siempre, la victoria de Jesús daba, al ex endemoniado, lo mejor: salud, libertad, renovación psicológica, restauración social y la oportunidad de entrar en el Reino de los cielos.

El poder de la palabra escrita: se cumple (Mateo 8:17)

Esto sucedió, dice Mateo, para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isaías. El profeta era un instrumento de Dios para comunicarse con el pueblo. Lo que él escribió, provino de Dios y, aunque el profeta usó sus propias palabras para comunicarlo, su escrito constituye la palabra de Dios. La Palabra de Dios, en Isaías 53:4, dice: “Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores”. Esta palabra de Dios se cumple en la persona de Jesús, cuando él enfrenta al enemigo, en los endemoniados, y lo vence, expulsándolo de allí; cuando él cura a un enfermo, de una enfermedad cualquiera, restaurándolo a la salud; y cuando ofrece su cuerpo, en la cruz, para dar la vida eterna al ser humano que, por causa del pecado, no la tiene.

Una gran tempestad: El poder de Jesús (Mateo 8:18-27)

Parece que ocurrió después del discurso junto al lago (Mar. 4:1, 35), probablemente al comienzo del otoño del año 29 d.C. Mucha gente todavía estaba junto a él. Dispersarla era difícil. Desprenderse de ella, volviendo a Capernaum, imposible. Dio la orden de pasar al otro lado del lago (Mat. 8:18). Decápolis. Menos poblada que Galilea, tenía aquí y allí algunas aldeas y villas. Más pagana que judía, se relacionaba muy poco con Galilea, y los escribas y los rabinos no la frecuentaban. Había allí una misión especial que lo esperaba, y Jesús quería cumplirla. Mateo cuenta dos hechos que ocurrieron entre el momento en que Jesús da la orden de viaje y la partida de la barca, quizá porque, junto con la tormenta que ocurre al atravesar el lago, señalan en qué no consistía y en qué consistía el poder de Jesús.

No consistía en recursos materiales (Mateo 8:18-20)

Un escriba quiso seguirlo, como su discípulo. No era el momento más apropiado para un maestro de la Ley, como él, porque Jesús iba hacia Decápolis, donde ellos no iban; pero, al mismo tiempo, era apropiado para que Jesús captara la profundidad de su deseo.

Maestro, le dijo, te seguiré adondequiera que vayas (ver Mat. 8:19). Un discípulo voluntario. Su intención era evidente. Estaba dispuesto a desechar la manera de actuar de los escribas y los fariseos, para proceder como Jesús. Sin prejuicios raciales, sin consideraciones rituales, sin desprecio por los paganos. ¿Cuál era su motivación? ¿Solo consideraciones espirituales o había motivaciones materiales escondidas detrás de esa

opción? Las motivaciones son siempre importantes, pero lo que motiva una decisión de seguir a Cristo es más importante que todas las demás. No puede ser de orden material. Seguir a Cristo para ser más rico, o más importante, o más aceptado, o más querido, o más respetado, no agrada a Dios. ¿Qué sentido tiene seguir a Cristo sin agradar a Dios? ¿Es siquiera esto posible? No es posible. Por eso, es mejor que todo sea muy claro al respecto, muy cristalino. Sin confusiones.

Las zorras tienen madrigueras, respondió Jesús al escriba, y las aves tienen nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza (Mat. 8:20). Ni hogar tiene. En todo caso, ¿para qué? Él está en marcha. Sus discípulos están en marcha. Su misión está en marcha. Él bien puede ser un sin tierra. Solo necesita recursos para la misión, y ella es de una naturaleza tal que se sustenta a sí misma. Un convertido sustenta la conversión del siguiente, y así sucesivamente, hasta la segunda venida de Cristo. Y, el que da, solo da porque cree. La base de los recursos financieros de la misión está en la fe de los que creen. Por eso, hasta la misión es por la fe. Una fe comprometida con la acción es verdadera fe. El mejor capital del mundo. Nada registra Mateo sobre la respuesta del escriba. Probablemente fue un discípulo permanente de Jesús, aunque no de los doce, que los siguió doquiera él haya ido. Hubo muchos de esta clase de discípulos.

No consistía en aprobación social (Mateo 8:21, 22)

Otro discípulo, a quien Jesús había llamado, diferente del anterior, que era un voluntario, se excusó diciendo: Señor, primero déjame ir a enterrar a mi padre. Quería estar en conformidad con la ley judía que demandaba la presencia de los hijos en el funeral de los padres. Quería estar en armonía con lo que la comunidad consideraba aceptable y correcto. Quería mantener el prestigio que tenía ante su familia y sus relaciones. No está claro si el padre estaba enfermo, ya muriendo, quizá muerto; o si solo estaba viejo, y él quería posponer su entrega total a la misión de Cristo hasta que su padre muriera. Lo que sí está claro es su falta de entrega. Su excesivo respeto a la aprobación social. Como si fuera un valor indispensable, para el cumplimiento de la misión de Cristo, y por eso tenía que posponer su entrega a ella hasta cuando pudiera contar con la aprobación de la sociedad y los suyos.

Sígueme, le replicó Jesús. No dependemos de eso. La misión que cumplimos no desprecia a esa gente, pero abarca mucho más; tiene que ver con el mundo entero. Deja que los muertos entierren a sus muertos, completó Jesús. Los muertos espirituales pueden dedicarse a los muertos. Los muertos espirituales pueden pensar que, para vivir, necesitan la aprobación social. Los muertos espirituales pueden trabajar para la sociedad de los muertos y ocuparse de los muertos físicos, que necesitan ser enterrados. Los muertos espirituales pueden dedicarse al

negocio de los muertos. Nosotros no. El negocio de la vida es superior. Buscamos que todos se salven de la muerte, y esto es muy superior al entierro de un muerto. No dependemos de la aprobación de la sociedad. Dependemos de la aprobación de Dios. No estamos bajo la ley del qué dirán. Nuestra ley es la fe. Trabajamos solo para Dios y por la salvación de la gente.

Consistía en la fe (Mateo 8:23-27)

Luego subió a la barca y sus discípulos lo siguieron, informa Mateo. Comienza, así, la travesía del lago. Tienen que navegar unos doce kilómetros. Es ya tarde, y pronto se hará de noche. No tendrán la oportunidad de ver el hermoso zafiro azul de sus aguas quietas en los días soleados. Solo el misterio de la noche oscura y el viento. La furia del viento, descendiendo por los desfiladeros de las montañas, al este del lago, creció aceleradamente. Llegó la tormenta. Una tormenta fuerte. Levantaba grandes olas, que inundaban la barca. Los discípulos, experimentados pescadores, habían enfrentado muchas tormentas, igualmente sorprendentes, en ese lago no siempre inquieto. Al principio pensaron que esta vez harían lo mismo que habían hecho siempre. Llevarían la barca con seguridad al puerto. Pero, esta tormenta parecía diferente. Consumió sus energías hasta el punto del agotamiento. Entonces, se acordaron de Jesús.

Con ansiedad, lo buscaron. La muerte estaba delante de ellos, y ellos nada podían hacer para evitarla. Pero, Jesús dormía. “¡Señor –gritaron–, sálvanos que perecemos!” (Mat. 8:25). Sin prisa, y con la seguridad de quien sabe lo que hace, les dijo: Hombres de poca fe. ¿Por qué tienen tanto miedo? La respuesta a su pregunta estaba en su propia reprensión: Porque no creían. Habían confiado en su acucioso entrenamiento, en su larga experiencia, en su experimentada habilidad, en todo lo que sabían sobre el mar y las tormentas. Nada de eso valía nada. Lo que valía era la fe. ¿Por qué los seres humanos confiamos más en lo que nosotros podemos hacer que en lo que puede hacer Dios? ¿Por qué no creer al comienzo de nuestras dificultades, en lugar de únicamente creer cuando nada de lo que podemos hacer resulta?

Jesús creía antes, en medio y después de las dificultades. La fe era su modo de vivir, y su vida, un modo constante de creer. Él conocía el poder de Dios, y el poder de Dios era también su poder propio. Todo era tan fácil. Tan sublimemente fácil, que en la tormenta dormía, y cuando despertó, a su orden, la tormenta se fue. Todo quedó completamente tranquilo, dice Mateo. No tenía dónde recostar su cabeza, no contaba con la plena aprobación social de Israel, pero tenía a su disposición todo el poder de Dios, hasta el punto de que los vientos y las olas, toda la naturaleza, le obedecían. Disponía de ese poder por la fe; y, por la fe, todo el poder que necesitamos para la misión estará a nuestro alcance. Jesús estaba haciendo

este viaje para cumplir una misión especial y ya estaba por llegar al lugar en el que debía ejecutarla.

Endemoniados de Gadara: Derrota de Satanás (Mateo 8:28-34)

El cuadro no podía ser más trágico. Dos endemoniados viviendo en el cementerio. Poseídos por el demonio, la mayor destrucción de la persona humana mientras el ser humano todavía vive junto a la mayor destrucción de la vida como tal, la muerte, un cementerio. Además de este desastre, estaba la confusión de los seguidores de Satanás, que no reconocen la luz ni viéndola. Los tres sinópticos cuentan la historia. La historia de Mateo es la más simple, quizá porque él solo quiere destacar el poder de Jesús sobre los demonios. La historia ocurrió así.

El dominio del demonio (Mateo 8:28, 29)

Los dos endemoniados salieron al encuentro de Jesús. Venían de los sepulcros. Eran violentos. Tan violentos, que nadie se atrevía a pasar por aquel camino. La violencia nunca conversa, ni razona; grita. Los demonios le gritaron: ¿Por qué te entrometes, Hijo de Dios? Este no es tu dominio. Nada tienes tú que hacer en los asuntos de mi reino tenebroso. Verdad, tú eres Hijo de Dios, pero yo soy el que controla aquí. Esta es una tierra gentil, pagana, mía. ¡Terrible! Espantoso para los endemoniados y para los habitantes de esa región. Horrendo para el mundo entero, porque el diablo no solo reclama como suyo el grupo humano de Gadara. Él reclama la humanidad entera. Cada uno de nosotros. Y si él pudiera invadir nuestra personalidad como invadió a los dos gadarenos, ciertamente lo haría. El mundo entero poblado de seres endemoniados; sería el caos total y la mayor tragedia humana jamás imaginada por nadie. Pero el diablo la imagina, la quiere y trabaja ansiosamente por lograrla. No lo conseguirá, y él lo sabe.

Has venido a atormentarnos antes del tiempo señalado, dicen los endemoniados, los demonios. Saben que les llegará su tiempo. Esta invasión de Jesús en el reino de Satanás ocurre como una demostración de su poder de Hijo de Dios y como un anticipo de la destitución final, completa, de Satanás y todos los demonios, que ocurrirá al final del milenio, según la profecía del apóstol Juan (Apoc. 20).

La derrota del demonio (Mateo 8:30-32)

Lo cósmico y grandioso se torna ridículo en las manos del demonio. Se trata de una batalla entre el bien y el mal, entre Jesús, el Hijo de Dios, y Satanás, el maligno usurpador del mundo y de la raza humana. Y él se siente derrotado. Quiere huir. ¿Adónde? Hay, cerca de allí, un hato de puercos. No es un lugar muy atractivo, pero para los demonios cualquier lugar está bien. Habitar dentro de seres humanos o habitar dentro de los puercos les parece una alternativa aceptable. La solicitan.

Si nos expulsas, dicen, mándanos a la manada de cerdos. ¿Es una oración demoníaca? Tales oraciones no existen. El demonio nunca pide ayuda a Dios. No es un ruego. Es el reconocimiento de su derrota. El que tiene todos los poderes ha llegado, y hasta el demonio lo reconoce. Vayan, les dijo Jesús. Y los demonios se metieron en los cerdos, que, ahora enloquecidos, buscan su propia destrucción. Están desesperados. Se lanzan por el despeñadero hacia el lago, como sabiendo que ni ellos pueden vivir si los demonios está dentro de ellos. La derrota de los demonios es total.

La confusión de los paganos: el poder de la persuasión (Mateo 8:33, 34)

Pero la obra del reino necesita tiempo. El Reino de los cielos puede invadir al reino de las tinieblas, pero no puede, como hace el diablo, invadir la mente de los seres humanos. Llega a ella por la persuasión y la misericordia. Esto requiere tiempo. Los paganos no estaban preparados para recibir a Jesús; estaban llenos de confusión. El valor de los puercos, para ellos, es más grande que el valor de dos hombres endemoniados. Perder los puercos les era un valor mayor que la ganancia de dos seres humanos. Lo material valía para ellos más que lo espiritual. ¡Qué confusión! Lo que vale menos se quiere más que lo que más vale. Los que cuidaban los puercos llevaron el informe de la tragedia, no el informe de la salvación de los endemoniados. No eran portadores del evangelio. Anunciadores fatalistas de la destrucción. Y todos los habitantes del pueblo, cuando vieron a Jesús, le rogaron que se alejara de esa región. Marcos, al contar este relato, dice que Jesús comisionó a los ex endemoniados que hicieran la obra de persuasión necesaria para salvarlos. ¿Cómo? Contando la historia testimonial de lo que Jesús les había hecho y cómo había tenido misericordia de ellos. Ellos contaron su propia historia por toda Decápolis, y todos se maravillaban (Mar. 5:18-20). Así, los ex endemoniados preparaban a sus coterráneos para la siguiente visita de Jesús a Decápolis, cuando grandes eventos ocurrieron, y la aceptación de Jesús fue general (Mat. 15:29-39). Pero eso lo veremos a su debido tiempo. Ahora tenemos que prestar atención a lo que ocurre en el retorno de Jesús a Capernaum.

El paralítico de Capernaum: Autoridad para perdonar pecados (Mateo 9:1-8)

El poder para hacer milagros y la autoridad para perdonar pecados pertenecen igualmente al Rey. En realidad, hace milagros para que su poder y su autoridad sean visibles. En el perdón de los pecados no se ve. Las dos actividades divinas no están en conflicto y ambas ayudan a los seres humanos en su estado de permanente necesidad física y espiritual.

Vino a su ciudad (Mateo 9:1)

Entonces, Jesús entró en la barca y cruzó nuevamente el lago, hacia Capernaum, su ciudad (Mat. 9:1). Muchos estudiosos de la Biblia tienen problemas con esta secuencia cronológica y la que sigue en relación con todos los eventos que Mateo relata en el capítulo 9. No debemos olvidar, sin embargo, que Mateo no escribe una biografía siguiendo el orden cronológico de los hechos, sino una historia testimonial, y arregla los acontecimientos de acuerdo con el tema que trata. En este caso, coloca todo lo que sucedió en Capernaum, aunque haya ocurrido en diferentes ocasiones. Además, no siempre informa todos los detalles de la historia, solo aquello que considera relevante para probar su argumento. No que altere los hechos, nunca lo hace; ni que los modifique para probar su idea; lo que hace es registrar los hechos de la historia real, focalizando sus relatos en los hechos específicos que demuestran los poderes de Jesús, el Rey. De todas maneras, Jesús tenía que volver de Gadara al lado occidental del lago. Primero, porque él vivía de ese lado del lago, en Capernaum, y segundo porque los gadarenos le pidieron que se fuera de su territorio. Jesús nunca se impuso a nadie por la fuerza.

La ocasión del perdón (Mateo 9:2)

Sucedió que, estando en su ciudad, le llevaron un paralítico, tendido en una camilla. ¿Quiénes lo llevaron? Mateo no lo dice, ni dice si pidieron el milagro. De todas maneras, dos cosas son evidentes. El enfermo y sus amigos vinieron a Jesús porque creían en él y porque deseaban que hiciera un milagro para devolver la salud que el paralítico necesitaba. A esta altura de los acontecimientos en el ministerio de Jesús, esperar un milagro era la cosa más natural del mundo. Ya nadie dudaba de su poder sanador. La gente guardó silencio y concentró su atención en el milagro que seguramente vería. Hasta los escribas hicieron lo mismo. Claro que ellos todavía dudaban, y su atención era más para ver si el milagro realmente sucedería o si, ocurriendo, solo se trataba de un fraude y nada más. Jesús no hace el milagro. Tomó la fe del paralítico y de sus amigos como base para algo más grandioso que un milagro. Sí, él podría haber comenzado con el milagro, pero el impacto hubiera sido menor.

“Ten ánimo, hijo”, declaró al paralítico, “tus pecados te son perdonados”. No hay milagro mayor que el perdón de los pecados. ¿Cómo es posible que un ser humano pecador, contaminado hasta el fondo de su ser, esclavizado enteramente por las fuerzas del mal, pueda ser transformado en una nueva persona y se convierta en un hijo Dios, obediente y fiel? ¡Ni una mancha donde antes todo, en él, no era más que un trapo de inmunidia! El perdón es un milagro. El mayor de los milagros, hasta el punto de demandar la acción del poder mayor que existe en todo el universo. Solo Dios tiene autoridad para perdonar pecados.

El reconocimiento de los escribas (Mateo 9:3)

Y los escribas estaban allí para hacerlo recordar. Nadie mejor que ellos. Lo sabían todo. Sabían que ser humano alguno era capaz de perdonar pecados. Ni los fariseos, ni los escribas, ni los doctores de la Ley, ni siquiera los sacerdotes podían hacerlo. Ni como intermediarios del perdón divino podían actuar. Los sacerdotes presentaban, a Dios, los sacrificios que los pecadores usaban para confesar sus pecados, en el Templo; pero el perdón venía de Dios directamente al pecador. El sacrificio era instrumento de la fe del pecador y símbolo de la muerte de Cristo, que perdona los pecados de todos los pecadores. El cordero sacrificado en el altar no perdonaba el pecado. El sacerdote que llevaba, ante Dios, la ofrenda por el pecado, no perdonaba los pecados. Solo podían hacerlo Dios y aquel a quien los corderos representaban: el Mesías, el Cristo.

¡Este hombre blasfema!, dijeron, entre ellos, los escribas. Se coloca en lugar de Dios. Se atribuye a sí mismo una autoridad que únicamente corresponde a Dios. Lo que también significa: si este realmente posee la autoridad para perdonar pecados, solo puede ser Dios. Y Dios era. Pero ellos no lo reconocían. Para reconocerlo, hay que creer. Los incrédulos, viendo la evidencia, no creen. ¿Por qué? Muy simple, porque no la ven. Los escribas oyeron las palabras de Jesús. Con sus oídos oyeron. No oyeron con su mente. No captaron lo que pasaba con el paralítico. No sabían que su enfermedad era producto de su pecado indefinidamente repetido, constantemente acariciado, racionalizado al infinito para justificarlo. Pero siempre volvía, a la conciencia, el mismo sentido de culpa que poco a poco se convirtió en un suplicio mayor que el suplicio de la parálisis sufrida. No sabían que la mayor necesidad de este hombre pecador no era la sanidad física que buscaba; era el perdón de los pecados, que únicamente no lo pedía porque no sabía que Jesús podría concedérselo. No oyeron con su mente, porque en la mente de ellos no era posible que Jesús tuviera autoridad para otorgar perdón al pecador. No lo sabían y, por no saber, lo rechazaban.

La ocasión del milagro (Mateo 9:4-7)

Pero Jesús sí sabía lo que ellos tenían en su mente. No era fe. Duda. Su mente solo dudas tenía. Por eso, Jesús les dijo: ¿Por qué dan lugar a tan malos pensamientos? La duda y la incredulidad son pensamientos malos. Contribuyen al aumento del mal, en la persona incrédula, y aumentan la maldad en aquellos que reciben la palabra dudosa del que duda. El bien, por la fe, crece en el creyente; porque, al creer, se aproxima a Dios y lo comprende. Solamente el creyente sabe los íntimos secretos del bien y sus caminos. Solo el creyente experimenta la dulzura interna del hacer con fe, cuando la fe únicamente es fe viva, que se vuelve un bien hacer, con Dios, como un amigo.

“Les propongo un enigma: ¿Qué es más fácil –les dijo Jesús–, decir: tus

pecados te son perdonados o decir: Levántate y anda?” No les da tiempo para responder. ¿Para qué? Si les diera, no responderían. ¿Saben la respuesta? Posiblemente sí. Pero es muy arriesgado decirla. Perdonar requiere autoridad divina, y sin la aprobación divina no se puede hacer un milagro. Si lo que no se ve, como el perdón otorgado, se puede probar por lo que se ve, el milagro, ahora es el momento, la ocasión apropiada para hacerlo. “Pues, para que sepan”, les dijo, “que el Hijo del Hombre tiene autoridad, en la tierra, para perdonar pecados, dirigiéndose al paralítico, le dijo: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa”. Mateo, con la sublime sencillez que lo caracteriza, agrega: Y el hombre se levantó y se fue a su casa (ver Mat. 9:7). La autoridad para perdonar pecados está probada. Jesús la tiene. No hay más discusión de los escribas. No hay más argumentos de nadie. Solo el milagro que lo prueba y el pueblo que lo atestigua.

El reconocimiento de la gente (Mateo 9:8)

La gente, al ver lo ocurrido, incluyendo lo conversado, se llenó de asombro y glorificó a Dios. ¿Por qué glorifican a Dios? Porque la autoridad para perdonar pecados solo puede venir de Dios, y Dios la había dado a los humanos. Mateo lo cuenta así: Al ver esto, la gente se maravilló y glorificó a Dios por haber dado esta autoridad a los humanos.

La discusión ideológica sobre la religión, o la argumentación teológica para sustentar o negar una determinada posición, ya no tienen significado alguno. Los hechos de la vida, cuando Dios es el que actúa en ella, son superiores a las palabras. No que los hechos estén en lugar de las palabras, las incluyen. Lo superior ocurre cuando las palabras de la verdad, que Jesús pronunció, se transformaron en hechos de la vida, que Jesús hizo, y juntos se acumularon en el testimonio de la gente. Jesús tiene autoridad para perdonar pecados, y nos perdona.

Llamamiento a los pecadores (Mateo 9:9-13)

En una ocasión, cuando Jesús hizo un corto viaje por la región cercana a Capernaum, pasó por el lugar en el que Mateo realizaba su trabajo; era cobrador de impuestos, al servicio de Roma. Los publicanos eran especialmente despreciados por todos los judíos. Trabajaban para Roma y para sí mismos. Extorsionando a la gente, en beneficio propio, se enriquecían a expensas del pueblo. La gente los odiaba. Si el publicano era un judío, lo consideraban un traidor a la honra de la Nación y un apóstata de la religión nacional. Uno de los más viles miembros de la sociedad. Mateo pertenecía a este grupo. Nadie lo quería.

En el trabajo de los pecadores (Mateo 9:9)

Su garita de peaje estaba en las afueras de Capernaum, en la frontera que separaba los dominios de Herodes Antipas y Herodes Felipe II. Jesús se aproximó. Mateo lo vio enseguida, y una fuerte emoción se apoderó de

él. Ya había oído hablar acerca de Jesús y le habían contado, también, lo que enseñaba. Por influencia del Espíritu Santo, sentía una fuerte atracción por ese maestro, hasta el punto de haber pensado en pedirle ayuda. Pero tenía temor. Habitado al trato que le daban los dirigentes del pueblo y el pueblo mismo, sentía temor de sufrir el mismo rechazo.

Sígueme, le dijo Jesús, cuando estuvo junto a él. No dudó. No vaciló. No calculó la pérdida material que le produciría el abandono de su pingüe negocio. No le importó nada de lo que tenía, nada de lo que él era. “Se levantó y lo siguió”, dice el mismo Mateo, contando su historia. Sólo quería estar con Jesús, escuchar sus enseñanzas y trabajar con él en su obra. Esta es la forma en que todos los discípulos siguieron a Jesús. Y es la forma en que Jesús quiere que lo sigan, aún hoy, y siempre.

Mateo no habría seguido a Jesús si él no hubiera ido a buscarlo en su trabajo. Ese era el único lugar en el que se podía ver a un publicano. No tenían vida social. No recibían a nadie en casa. No querían exponerse a la crítica directa, ni a la violencia de la gente que los odiaba. Jesús buscó a Mateo donde él estaba. Únicamente el afecto puede hacerlo. La gente lo juzgaba por sus propios prejuicios y por lo que Mateo hacía. Jesús conocía lo que él pensaba y lo que, en su interior, quería. No lo juzgó; lo buscó para salvarlo. La noticia se difundió con prisa. Causó revuelo entre los publicanos, porque todos sintieron el buen trato de Jesús; y entre los fariseos no fue menos, porque pensaban que estaba mal que un maestro religioso incorporara a un publicano en su círculo íntimo.

En casa de los pecadores (Mateo 9:10)

Mateo hizo una fiesta. Su casa se llenó de publicanos y de pecadores. Ninguno de ellos, por nada del mundo, dejaría de asistir. No recibían invitaciones para asistir a fiestas, y esta era especial. También Jesús había sido invitado. Y asistió. Una gran mesa. Solo una mesa para todos. Jesús y sus discípulos con los publicanos y los pecadores. Ellos querían estar cerca de Jesús. De todas maneras, era un cuadro poco común, por decir lo menos. No ocurría. Un dirigente religioso, reunirse con pecadores, para atender sus intereses; imposible. Mucho menos si había publicanos. Pero Jesús no hacía diferencia. Él podía ir a la casa de los pecadores. No discriminaba a nadie y quería salvar a todos.

Objetivo de la relación con los pecadores (Mateo 9:11-13)

Los fariseos no entendieron. No podían aceptarlo. Además, respondieron a la psicología que tienen todos los que se creen rectos y buenos: fueron a corregir a los que, según ellos, estaban actuando mal. Hablaron con los discípulos. La crítica fue indirecta. “¿Por qué vuestro Maestro come con publicanos y pecadores?”, dijeron. Jesús estaba atento a todo, siempre. Es una buena característica de un líder religioso y una forma de ser que ayuda a evitar problemas antes de que estos se produzcan. Además,

cuando la situación es positiva, permite que el dirigente atienda a todos en el momento más apropiado para cada uno. Esta, sin embargo, era una situación negativa. Los fariseos no buscaban un favor personal. Querían producir una separación entre los discípulos y su Maestro. Jesús intervino antes de que sus discípulos reaccionaran.

“Los sanos”, dijo, “no tienen necesidad de médico, sino los enfermos” (Mat. 9:12). Los fariseos se consideraban espiritualmente sanos. Jesús no contradijo este concepto; por ahora, simplemente usó la manera de pensar de ellos para explicar por qué estaba con los enfermos. Había, sin embargo, un poco de ironía en sus palabras. ¿Cómo es posible que ustedes, siendo médicos, no hagan nada por los enfermos?

“Id, pues –agregó Jesús, en forma más directa–, y aprended lo que significa: Misericordia quiero y no sacrificio, porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento” (Mat. 9:13). Tenían que aprender el valor de la misericordia y darse cuenta de que la suficiencia propia y el fanatismo, que ellos tenían, eran enfermedades del alma, tan pecaminosas como los pecados que ellos condenaban en los publicanos. No es suficiente conocer la Escritura, como ellos la conocían, también es necesario comprender su espíritu y su objetivo. Jesús visitaba a los pecadores en sus hogares, no para divertirse en banquetes y borracheras, sino para llevarles el evangelio y abrirles la posibilidad de que entraran en el Reino de los cielos. Sus discípulos de entonces hicieron lo mismo; y los de ahora no deben hacer diferente. El interés mayor, en todo lo que un verdadero discípulo hace, debe ser siempre la salvación de la gente.

Discípulos de Juan: ¿Por qué ayunamos? (Mateo 9:14-17)

Tenía que ocurrir. Los fariseos no quedaron contentos, y buscaron la manera de desprestigiar a Jesús. Con sus propios discípulos, no pudieron. Buscaron a los discípulos de Juan el Bautista. Juan estaba en la cárcel. Ellos, muy tristes, solos y bastante desanimados. Las circunstancias, para ellos, no podían ser peores; así lo sentían. Entonces, los fariseos los visitaron con una actitud muy amigable. Cuando la sensación de fracaso toma el control de la vida, cualquier clase de simpatía es bienvenida. Y ellos, a pesar de saber que los fariseos habían rechazado la predicación de Juan, los escucharon y hasta aceptaron sus argumentos. ¿Cómo no tomarlos en cuenta, si en realidad parecía que Jesús actuaba en contradicción con la austeridad reconocida del Bautista? Asistía a fiestas de publicanos y pecadores. No hacía ningún esfuerzo por liberar, de la cárcel, a Juan. Ni siquiera ayunaba como ellos.

¿Por qué nosotros sí y ellos no? (Mateo 9:14)

“Entonces se le acercaron los discípulos de Juan y le preguntaron: ¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos muchas veces, y tus discípulos no ayunan?” No se animaron a decir: ¿Por qué tú no ayunas? No querían

parecer agresivos. Prefirieron tratar el asunto en forma indirecta: tus discípulos no lo hacen, dijeron. La situación de Jesús queda sobrentendida. La respuesta, cualquiera que fuera, lo incluiría; y ellos quedaban bien. Con todo, la comparación clásica entre los seres humanos está presente. Nosotros sí y ellos no, ¿por qué? Muchas veces se invierte, nosotros no y ellos sí, ¿por qué? Pero el sentido es el mismo. Siempre es una queja contra alguien, o algunos. Una experiencia religiosa basada en quejas contra otros es una amarga experiencia. El sol de la alegría no alumbra en ese valle. Solo sombras, tinieblas, noche oscura sin estrellas. Una especie de rostro deslustrado, solitario, triste.

Los fariseos ayunaban, también los discípulos de Juan, dos veces por semana; como lo hacían todos los judíos estrictos. Consideraban que el ayuno les agregaba méritos delante de Dios. Los hacía más santos. En un esquema de salvación por las obras, eso era excelente. Pero la salvación no es por las obras. Nunca lo fue. No era eso lo que Jesús enseñaba. La salvación es un regalo de Dios, por los méritos de Cristo, para los que creen en él. Esa fue la enseñanza del Santuario a través de toda la historia de Israel. Y fue la promesa de Dios para la humanidad entera, desde el primer sacrificio de un cordero, a las puertas del Edén (Gén. 3:21).

La verdadera piedad no crece por comparación. Nosotros lo hacemos, ellos no. ¿Qué pasa si lo que nosotros hacemos, aunque pensemos que está bien, estuviera mal delante de Dios? Ocurre que la comparación con los demás está casi siempre mal. Por eso, la comparación que hacemos reservando la ventaja para nosotros, es más una expresión de nuestro propio egoísmo que una descripción del mal según nuestra insinuación, presente en la otra persona. La verdadera piedad crece por íntima cercanía con Cristo, por intimidad con Dios. La integración de nuestra voluntad con la voluntad del Espíritu Santo nos llena de sus regalos; entre los cuales están todas las cualidades de la verdadera piedad y todos los rasgos de carácter que nos hacen aceptables ante Dios. A esto se suman los atributos del amor que nos tornan simpáticos y amables con todos los seres humanos, cercanos o distantes.

Cuando haya necesidad (Mateo 9:15-17)

Jesús, siempre comprensivo, simplemente ignoró la acusación. Él no estaba aquí para defenderse. Además, la autodefensa, casi siempre, es un signo de orgullo. ¿Por qué me condena, si yo no soy culpable? Y uno comienza a defenderse, sin darse cuenta de que el solo hecho de sentir la necesidad de la autodefensa indica que uno se siente culpable. Cristo no era culpable de nada, no necesitaba defenderse. Nunca se defendió. Defendió su enseñanza, como el caso de la defensa de su posición respecto al sábado, cuando sanó al paralítico, en el estanque de Betesda (Juan 5:17, 18), pero nunca se defendió a sí mismo cuando fue acusado de faltas personales.

“¿Acaso”, les dijo Jesús, “pueden los que están de boda tener luto entre tanto que el esposo está con ellos? Pero vendrán días cuando el esposo les será quitado, y entonces ayunarán” (Mat. 9:15). Recordaron lo que Juan había dicho: “El que tiene la esposa es el esposo; mas el amigo del esposo, que está a su lado y le oye, se goza grandemente de la voz del esposo; por eso mi gozo está completo. Es necesario que él crezca y yo disminuya” (Juan 3:29, 30). Ahora es tiempo de alegría y felicidad. No es tiempo de ayuno. No es necesario ayunar todo el tiempo. Solo cuando hay necesidad. ¿Qué necesidad? La necesidad espiritual de comprender más claramente algo que no se comprende. La necesidad de buscar a Dios con mayor intensidad por causa de circunstancias especiales que así lo demandan. La necesidad de ayudar al prójimo en sus necesidades espirituales y hasta materiales, pues dijo Dios: “¿No es más bien el ayuno que yo escogí desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión, dejar ir libres a los quebrantados, y que rompáis todo yugo? ¿No es que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes albergues en casa; que cuando veas al desnudo, lo cubras, y no te escondas de tu hermano?” (Isa. 58:6, 7).

La necesidad mayor de los discípulos vendría con la crucifixión de Jesús. La frustración, la duda, la sensación de fracaso, la posibilidad de haber sido engañados, vendrían sobre ellos como una sombra espiritual que solo podrían disipar con fe, con ayuno y oración. Pero, cuando Jesús saliera de la tumba, todo sería otra vez brillante como el día. Otra vez seguro como una roca. Otra vez eterno como Dios. Porque Jesús resucitado era el mismo Dios encarnado, el Rey eterno, y el eterno Dios. La abnegación y el servicio fueron siempre su atributo más visible, mientras estaba en la tierra. Ya fuese ayunando en el desierto o en pleno banquete con los publicanos, su objetivo era servir, salvar a los pecadores para la vida eterna y para el Reino de los cielos. Nada lo detuvo. Siempre fue abnegado. Siempre un siervo. Siempre un verdadero Dios. La misma abnegación corresponde a los cristianos. Listos al sacrificio. No un sacrificio ritual, mostrado en rostro demacrado, por el mal entendido ayuno meritorio. El sacrificio de la propia voluntad, sometida a la voluntad de Dios, para servirlo en todo, incluyendo el servicio misionero que ayuda en la salvación del pecador.

Esta enseñanza de Jesús era el vino nuevo. Aunque nuevo no era, sino la misma enseñanza dada por Dios desde el comienzo. Lo que era nuevo eran los odres nuevos, la nueva actitud que Cristo predicaba. Y esa nueva actitud, ausente en los maestros de Israel, debía aparecer en sus discípulos y en todos sus seguidores, hasta la llegada literal del Reino de los cielos. Humildad, obediencia, servicio, amor, entrega a la misión, fe entera, vida. Una vida entera, dispuesta al sacrificio, entregada totalmente a Cristo y a su trabajo para salvar los pecadores.

La hija de Jairo y la mujer enferma: Realidad que la fe ve (Mateo 9:18-26)

La fe tiene una forma de ver las cosas semejante a la manera en que Dios las ve. Las ve como son y como podrían llegar a ser. La persona que no cree, solo las ve como son: una persona enferma solo es eso; un enfermo. Una persona muerta es solo un muerto. Pero la fe ve un milagro en la tragedia y en la muerte ve resurrección.

Jairo ve resurrección (Mateo 9:18, 19)

Jairo, un dignatario, príncipe de la sinagoga, fue a Jesús cuando él todavía estaba en la casa de Mateo. Tenía un pedido urgente. Al encontrarlo, con mucha angustia, se arrojó a sus pies. “Mi hija acaba de morir”, le dijo; “mas ven y pon tu mano sobre ella, y vivirá” (Mat. 9:18). Jesús, inmediatamente, se puso en marcha. Sus discípulos con él. La multitud detrás. Todos con la mayor expectativa. No iban a la casa de un hombre común, ni a la casa de un enemigo centurión romano, ni a la casa de un publicano traidor y despreciado; iban a la casa de un noble israelita. Jairo era rabino. ¿Cómo? ¿Acaso atenderá, también, el pedido de un líder religioso de Israel? Sí, sin duda. Para Jesús no había diferencia; además, los rabinos podían ser sus enemigos, pero él no era enemigo de ninguno. Y este rabino era un creyente.

Si el creyente era del pueblo, del ejército o de la aristocracia, no importaba; era un creyente. La fe encontraba siempre una puerta abierta, en el corazón de Jesús. Además, Jairo tenía una fe tan grande, que en la muerte de su hija veía la resurrección; y en Jesús, despreciado por sus colegas, veía el poder para resucitarla.

La mujer enferma ve salvación (Mateo 9:20-22)

En el camino, una mujer enferma de flujo de sangre se sumó a la multitud. Hacía doce años que estaba enferma. La carga era pesada. Había gastado todo lo que tenía en médicos y medicinas. ¿Resultado? Incurable. Para entonces, buenas noticias llegaron a sus oídos. Había un maestro, precedente de Nazaret, que ahora vivía en Capernaum, con grandes poderes de sanidad. Ha sanado a muchos, le dijeron. Toda clase de enfermedades. Cada vez que hacía otro milagro, la noticia llegaba hasta su casa. Una nueva esperanza nació en su corazón. Si solo pudiera estar cerca de él, él la sanaría. ¿Por qué no? Sanaba a todos los demás, ¿por qué no a ella? La esperanza se fue transformando en convicción y la convicción en certeza. Tenía certeza absoluta de que lo haría. Con inmenso esfuerzo y sacrificio fue hasta la orilla del lago. Al regresar de Gadara, Jesús se quedó allí, un rato, enseñando a la gente. La enferma trató de aproximarse. No pudo. Jesús fue a la casa de Mateo. Lo esperó. Cuando salió de la casa, otro intento. No lo consiguió. La gente era mucha. Ella, muy débil. ¿Cómo superar la

multitud? No era posible. Cuando todos se pusieron en marcha con Jesús hacia la casa de Jairo, ella siguió a la multitud, pensando: “Con solo tocar su manto, seré salva”. ¡Qué fe! Ya no sentía el incómodo flujo de su sangre. No sentía la debilidad extrema que la atormentaba. Su fe únicamente le daba la visión de la salud. Solo el milagro.

Antes de que se diera cuenta, Jesús estaba casi en el lugar en el que ella estaba. Se acercó. Extendió su mano para tocarlo. Pero todo estaba en movimiento. Casi lo pierde. Tocó solamente el borde de su manto. Sólo un instante. No era necesario más. Jesús tenía poder para sanarla y ella fe tenía para que la sanara. Un milagro. Instantáneamente se fue el dolor. La debilidad se fue. De nuevo el vigor y la salud perfecta. Una emoción intensa la invadió. Alegría, felicidad, gratitud. Algo muy nuevo en su experiencia. Una nueva realidad. Un nuevo ser. En ese instante ocurrió lo inesperado. Esperaba el milagro, pero que Jesús se detuviera para hablar con ella, no lo esperaba. “Ten ánimo, hija”, le dijo; “tu fe te ha salvado”. Mateo, con su candor de siempre, agrega: “Y la mujer fue salva desde aquella hora”. ¿Qué hora? La hora de la fe, la hora del milagro, la hora cuando la mujer, tocando a Jesús, además de su enfermedad, vio también el milagro.

Jesús tiene poder sobre la muerte (Mateo 9:23-26)

Siguiendo el viaje, llegaron a la casa del rabí. Flautistas, plañideras, alboroto de muerte. El cuadro era muy triste. “Váyanse”, les dijo Jesús. No hace falta que hagan tanto grito. “La niña no está muerta”. Pero ellos no eran creyentes; solo veían la muerte. Y la muerte estaba ahí. Se burlaron de Jesús. ¿Cómo pensar que duerme, si está muerta? ¡Qué falta de conexión con la realidad! ¡Cuán irracional puede ser una persona cuando niega lo que los ojos ven! No era alienación. No era irracionalidad. Era poder. Ellos no lo sabían, pero Jesús tenía poder sobre la muerte, y estaba por usarlo. Cuando los que hacían el alboroto de la muerte salieron, Jesús tomó a la niña por la mano y la levantó. Viva. Con la resurrección se acaba la burla. Vendrá Jesús un día diciendo: “¿Dónde está, sepulcro, tu victoria y dónde, oh muerte, tu aguijón?” Todo el poder de Cristo se hará visible y “los muertos en Cristo resucitarán primero”. No más burla, ni llanto, ni clamor, ni dolor; porque todas las cosas se fueron y él todas las cosas hará de nuevo. Un mundo nuevo, bajo su poder activo y presente, eterno y bello, para disfrutar.

Dos ciegos y un mudo: La duda de los fariseos (Mateo 9:27-34)

Aquel día no hubo tiempo para nada. Tan pronto como salió Jesús, dos ciegos escucharon los comentarios de la multitud, y los siguieron. Estaban dispuestos a todo, menos a perder la preciosa oportunidad que aparecía delante de ellos.

Una fe a gritos (Mateo 9:27-31)

Sabían todo acerca de Jesús. Pero, como no podían ver, no se daban cuenta de si estaba lejos o si se estaba distanciando de ellos y ellos; así, perderían la oportunidad de recobrar la vista. Comenzaron a gritar. Y a gritos le decían: ¡Ten compasión de nosotros, Hijo de David! No podían ver, pero para ellos era claro. Muy claro. No era un hombre común. No era un simple milagrero. Era el Hijo de David. El Rey de Israel. Jesús siguió avanzando, como si no les prestara atención. Pero toda la gente se enteraba del tamaño de fe que estos pobres ciegos tenían. Y, cuando llegaron a la casa adonde iban, Jesús les preguntó: “¿Creen que puedo sanarlos?” “Sí, Señor”, le respondieron. Mientras les tocaba los ojos, dijo: “Se hará con ustedes, conforme a la fe que tienen”. Y en el acto fueron curados. Los ciegos veían. Ahora no pedían a gritos, a gritos alababan y agradecían. Jesús les ordenó callar y que a nadie dijeran nada sobre el milagro. Pero ellos no podían callar. Salieron por toda la región a divulgar lo que Jesús había hecho con ellos. Esto sí que era una fe a gritos, y la fe que comunica, sin inhibiciones, es una fe misionera, que lleva mucho fruto.

Por la fe de otros (Mateo 9:32, 33)

Algunas personas llevaron a Jesús un endemoniado, mudo. Mateo no dice quiénes eran. Pero no importa. Parientes, amigos o simples conocidos, daba lo mismo. En todo caso, ellos tenían fe en Jesús. El endemoniado no podía ir por su propia fe. Poseído, los demonios controlaban su voluntad. Era un control impuesto. Pero el demonio no podía controlar a los que lo llevaron a Jesús. Ellos creían. Por eso lo llevaron.

Jesús expulsó al demonio, y el mudo habló. No sabemos lo que dijo, pero cualquier cosa que haya dicho era un testimonio; hasta el solo hecho de hablar era un testimonio. La multitud fue la primera que escuchó al ex mudo, y estaban todos tan maravillados que decían: Jamás se ha visto nada igual en Israel.

Nuestra fe puede ayudar a otros, hasta a aquellos que no puedan expresarse. Una vez que los hayamos conducido a Cristo, endemoniados y esclavos del pecado, podrán hacer opciones libres y libremente servir a Cristo dando testimonio de lo que ha hecho por ellos.

Los fariseos expresan una duda insensata (Mateo 9:34)

En este contexto de fe, los fariseos manifestaron sus dudas. Más que dudar, rechazaron a Jesús. No admitieron que los milagros realizados en favor de los dos ciegos y del endemoniado mudo provinieran de Dios. Negaron la acción del poder de Dios en la obra de Jesús. Por el príncipe de los demonios hace estas cosas, alegaron. Creían que rechazaban a Jesús, y era cierto; pero había más en su rechazo: Había una extraña defensa del demonio, contradictoria y sutil. Las obras buenas de Jesús se

debían al poder del demonio, dijeron. Estaban equivocados. El demonio no libera a la gente, endemoniados o pecadores, de su esclavitud; los esclaviza. El demonio no da felicidad a la gente, la aterroriza. El demonio no transforma ciegos y mudos en testigos misioneros, los inutiliza. Solo Jesús puede realizar lo que, estos ciegos y el mudo, llegaron a ser y lo que hacer pudieron.

Conclusión: Más obreros para la cosecha (Mateo 9:35-38)

Del mismo modo en que terminó la primera sección (Mat. 4:23-25), Mateo, con un resumen, concluye la segunda sección de relatos que ha dedicado, casi enteramente, a los milagros del Reino. Cada milagro contiene también una enseñanza, pero Mateo los relató todos juntos para que, en conjunto, pudieran demostrar los poderes del Rey. Tiene poder sobre las gentes, tiene poder sobre las enfermedades, tiene poder sobre la naturaleza, tiene poder sobre la incredulidad, tiene poder sobre el pecado, tiene poder sobre la muerte. Es el Rey, el Mesías. Posee todos los poderes, y los usa para atender las necesidades de los seres humanos y para cumplir mejor la misión que lo trajo a este mundo: salvar a los pecadores. Todos los sectores de la sociedad humana se benefician con sus labores. Pobres, gente sin influencia social, dirigentes religiosos, dirigentes militares, parias de la sociedad, ricos, cautivos del demonio, judíos, gentiles. No discrimina a nadie. Es una muestra de la obra universal que realiza. Es verdad que está restringido al territorio de Israel, el pueblo de Dios, pero no trabaja exclusivamente para ellos. Su objetivo es el mundo entero

Tercer viaje: Territorio y gente, un ministerio eficiente (Mateo 9:35, 36)

Mateo informa que, en el tercer viaje por Galilea, Jesús recorrió todos los pueblos y aldeas. Puede significar una por una, con el objetivo de recorrerlas todas al final de su ministerio en Galilea. Eran unas sesenta aldeas y pueblos, no imposible de recorrer en el tiempo de eficiente ministerio que Jesús cumplió en Galilea. Mateo vuelve a repetir los tres aspectos de la estrategia de Jesús: predica, enseña y sana. Atención de la persona humana entera. Destaca que el tema central está constituido por el evangelio del Reino. Lo mismo que dijo en el resumen anterior. Hay, en este informe, una preocupación específica por mostrar el interés geográfico y demográfico de Jesús. Recorría todo el territorio y tenía compasión por toda la gente. Sentimiento que se tornaba más fuerte cuando veía a las multitudes, agobiadas y desamparadas, como ovejas sin pastor.

Nada es más triste que un pueblo sin orientación. Tenían líderes religiosos y políticos. Buenos líderes. Inteligentes. Los israelitas fueron siempre inteligentes. Dedicados a la Nación hasta el punto de ser extremadamente nacionalistas, cuidadosos de la religión hasta el extremo de caer en el fanatismo; pero también ellos estaban desorientados. Toda esa inteligencia, y ese celo todo, sirviendo a falsos objetivos. Querían vengarse de los ro-

manos, sustituir su imperio por un imperio mundial judío. Querían que el Mesías viniera para cumplir su sueño. Tanto lo querían, que comenzaron a leer la profecía imponiendo ese ideal a su contenido. Después dijeron que la profecía enseñaba el establecimiento del dominio judío sobre el mundo entero. Dios no había prometido eso. Su promesa era de orden espiritual, no político. El mundo entero serviría a Dios, como Dios pidió a los judíos que lo sirvieran. El Mesías vendría para establecer ese reino. Jesús lo llamó Reino de los cielos, para que los judíos no lo confundieran con su sueño de imperio judío universal. Comenzó, en su aspecto espiritual, cuando Jesús vino al mundo; y llegará a su establecimiento total, incluyendo la conducción política del planeta, cuando el Mesías regrese a este mundo por segunda vez. Si esos líderes hubieran tenido esta orientación, todo su liderazgo habría sido diferente. Habrían sido verdaderos pastores del rebaño, y el pueblo no habría estado agobiado y desamparado.

Si Jesús recorriera hoy, como entonces, todas las ciudades y los pueblos del mundo, posiblemente tendría la misma impresión que tuvo en Galilea. ¡Desamparados y agobiados! Muchos dirigentes del mundo solo tienen en cuenta al pueblo para conseguir votos, impuestos, soldados y trabajadores. Hay atención de salud, educación y predicación; sí, pero mirando la población total del mundo, cuán pocos se benefician con estos bienes. Aun aceptando que los líderes religiosos y políticos del mundo atiendan estas necesidades del pueblo, ¿cuánta orientación espiritual auténtica reciben igual a la que Jesús daba a la gente, cuando la visitaba en sus viajes por Galilea? Esto no afecta solo a los líderes religiosos; también incluye a los líderes políticos. Porque, aunque Iglesia y Estado tienen que estar separados, los líderes políticos nada deben hacer que dificulte la predicación del evangelio verdadero.

La cosecha (Mateo 9:37, 38)

La cosecha es abundante, dijo Jesús a sus discípulos, pero pocos son los obreros. La cosecha comenzó con la predicación de Jesús, cuando anunció la llegada del Reino de los cielos, y terminará cuando él venga, por segunda vez, para completar su establecimiento eterno. El reino es un reino eterno, que nunca será destruido, anunció Daniel (2:44) en sus exactísimas profecías para el tiempo del fin (Dan. 12:4).

“Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies” (Mat. 9:38). Así pueden ayudar ustedes, orando. “La oración del justo puede mucho”. El justo que ora, se identifica con la causa por la que ora. Si es la causa de Dios, se identifica con Dios. Su oración es importante para el objetivo de su oración y para él mismo. Al identificarse con la obra de Dios, por la oración, se entrega a ella para ejecutarla. Y eso es lo que ocurre con los discípulos. Ya están identificados con los trabajos de Jesús, y en el próximo capítulo, registra Mateo, hubo un envío misionero de los doce apóstoles y se encuentran las instrucciones que les dio Jesús para esa misión.

SEGUNDO GRAN DISCURSO: INSTRUCCIONES PARA LA MISIÓN

Jesús era un maestro que sabía su oficio. Además de enseñar a la gente, estaba preparando a los doce apóstoles para que se hicieran cargo de sus trabajos cuando él regresara al Padre. Los había puesto en contacto con la gente, habían ayudado a la concurrencia –acomodación, orden, respuesta a sus preguntas–, habían atendido a los interesados, habían explicado las Escrituras, habían hecho todo lo que los ayudantes hacen en un trabajo espiritual de la importancia que tenía el trabajo de Jesús. Pero nunca habían trabajado solos. Siempre con Jesús. Necesitaban practicar sin la presencia del Maestro.

Mateo cuenta, en el capítulo 10, cómo planeó Jesús y cómo los instruyó para su salida al campo misionero.

El plan misionero para los doce (Mateo 10:1-4)

El plan misionero incluía: (1) Autoridad sobre las fuerzas del mal, sobre las enfermedades y sobre todas las debilidades del ser humano. (2) Organización: los doce fueron organizados en tres grupos de cuatro, y cada grupo de dos en dos. Y (3) una obra concreta que debían hacer: predicar y sanar.

Autoridad sobre las fuerzas del mal (Mateo 10:1)

Primera cosa: dio autoridad a los doce. No era la autoridad de los dirigentes sobre los dirigidos. En el futuro habría dirigentes, pero no dirigidos; porque, entre sus seguidores, los líderes son siervos de la comunidad y los miembros de ella serían todos voluntarios, aun aquellos que recibieran salario. Todos entran en las labores de Cristo por opción personal. No son forzados, ni contratados, ni asalariados. Voluntarios. Los voluntarios no tienen derechos, solo están allí para servir.

La autoridad que recibieron los discípulos era autoridad sobre los enemigos de la causa de Jesús. “Les dio autoridad sobre los espíritus impuros”, dice Mateo. ¿Para expulsarlos cuando los encuentren en personas poseídas por los espíritus de demonios? Sí. Pero hay más. Es una autoridad que abarca todo lo relacionado con el reino de las tinieblas. Autoridad completa sobre las fuerzas del mal; o, significa lo mismo, las fuerzas del mal no tendrían autoridad sobre ellos. Esto sería verdad para todos los que entraran en las labores de Jesús, en el futuro. No tienen que respetar las fuerzas del mal; pueden entrar en sus dominios y liberar a sus cautivos. Pueden librarse del poder que intenten ejercer en el interior de ellos mismos. El mal no tendría fuerza para arrastrarlos a

sus dominios. Libres del mal, podrían cumplir la misión con determinación y seguridad.

En segundo lugar, les dio un ministerio de la sanidad. Tenían que sanar toda enfermedad física. La enfermedad que afecta al cuerpo. Es cierto que ninguna enfermedad afecta al cuerpo solo. Todas afectan a la persona entera. Pero, es por la dimensión física que la mayor parte de las enfermedades se identifican. Un ciego, por ejemplo, tiene enfermos los ojos; la enferma que curó Jesús en camino a la casa de Jairo tenía la sangre enferma. El leproso, los músculos y la piel. Tenían que sanar la parte visible de la enfermedad. Esta misión no terminaría nunca. Tenían que sanar a los enfermos, fuera por un milagro o con el uso de la profesión médica.

En tercer lugar, les dio un ministerio espiritual sobre todas las debilidades. Tenían que sanar toda debilidad, como la que una persona sufre cuando está enferma o convaleciente de una enfermedad. Es decir, la dimensión espiritual que se enferma cuando está enfermo el cuerpo o sin ninguna enfermedad del cuerpo. Incluye la superación de todas las deficiencias que pueda tener una persona: espirituales, mentales, psicológicas, intelectuales, emocionales.

Los instrumentos que debían usar, para cumplir esta misión, eran los mismos que utilizaba Jesús: sanaba, enseñaba y predicaba como quien tiene autoridad.

Los doce apóstoles (Mateo 10:2-4)

Es la primera vez que Mateo llama a los doce con el nombre de apóstoles. Enviados. Sin duda, porque esta es también la primera ocasión en que Jesús los envía en un viaje misionero. Es interesante observar de cerca los elementos humanos presentes en esta lista. Casi todos eran galileos. Todos pertenecen a la misma clase social, clase media, integrada solo por el diez por ciento de la población de la Palestina judía. De variados oficios: pescadores, un publicano (Mateo), un revolucionario (Simón Zelote), posiblemente un tintorero (Judas Iscariote). Los doce están divididos en tres grupos de cuatro, cada uno con su líder: Pedro, Felipe y Jacobo (Santiago). Información sobre Felipe aparece en Juan 6:5 al 7; 12:21 al 22; y 14:8 al 14. Pareciera que la unidad más pequeña, en esta organización apostólica, hubiera sido una *koinonía* de cuatro miembros. A su vez, en cada grupo los apóstoles se mencionan de a dos en dos. Esto sugiere la forma en que hacían los trabajos específicos que debían realizar. De dos en dos. Si la iglesia cristiana observara estos mismos principios de la organización apostólica, en cuanto a las unidades de base que ejecutan el trabajo, tendría un éxito semejante al que tuvieron los doce, en esta misión, y la iglesia cristiana, en el primer siglo. La obra que debían hacer incluía la predicación del evangelio del Reino y la sanidad de los enfermos.

Instrucciones específicas (Mateo 10:5-15)

Jesús no los enviaría nunca sin darles claras instrucciones. *Primero*, porque nunca hay que darle una tarea a alguien, sin decirle específicamente lo que debe hacer. Cuando una persona sabe lo que tiene que hacer, conoce su responsabilidad y sabe evaluar su trabajo. Sabe cuánto ha hecho y cuánto le falta. Sabe si ha terminado con éxito o si ha fracasado. Sabe si su trabajo produce satisfacción al que le dio la tarea y, muy importante, si le da satisfacción a ella misma. La persona se siente satisfecha, feliz, cuando cumple bien su tarea. Si no hay instrucciones precisas es imposible que pueda evaluar lo que hace y jamás encontrará su propio sentido de utilidad en lo que hace. *Segundo*, porque los discípulos, sin ser totalmente inadecuados para la tarea, estaban muy cerca de eso. Nunca la habían hecho. Habían visto cómo la hacía Jesús, pero no era lo mismo. No es lo mismo ver que hacer. Hacer es siempre más complicado; además, no sabemos si podemos hacer una cosa hasta que la hemos hecho. Instruir claramente sobre cómo cumplir una misión, ayuda mucho a que sea cumplida aceptablemente. Y eso es lo que Jesús hizo. Les dio instrucciones.

Territorio y objetivo poblacional (Mateo 10:5, 6)

No vayan a territorio gentil, les dijo Jesús, ni entren en ningún pueblo samaritano. Esto despertaría los prejuicios de los dirigentes judíos y colocaría al pueblo contra ustedes. Tendrían que explicar por qué lo hacen. Las discusiones serían sin fin. No estamos para eso. Nuestra tarea es la salvación de la gente, y tenemos que consagrar todas nuestras energías a eso. Todo lo que nos distraiga es contrario a la misión. No lo hagan.

Vayan más bien, agregó Jesús, a las ovejas de la casa de Israel que están a punto de perecer. Este es el objetivo poblacional que tienen: La nación Israelita. Su territorio de acción, la Palestina judía. Jesús quería dar las mejores oportunidades a su propio pueblo. El evangelio del Reino era primero para ellos. Si se convirtieran, ayudarían enormemente a la misión en el mundo, que vendría después.

El mensaje (Mateo 10:7)

A medida que vayan, les dijo, prediquen: El Reino de los cielos se ha acercado y está aquí. Era el mismo mensaje que predicó Juan el Bautista; también Jesús predicaba el mismo mensaje. Los discípulos tenían que imitar a Cristo. Hacer un trabajo imitando a alguien que lo ha hecho perfecto es siempre más fácil. Pero no era solo por esto que debían predicar el mismo mensaje predicado por Jesús. ¿Razón principal? Ese era el mensaje verdadero, el mensaje de Dios, para ese momento y para esa gente. ¿Cómo debían hacerlo? No con reprensión. La reprensión causa dolor, y enajena al oyente. El pueblo estaba cansado de una religión de condenación, que todos ellos practicaban. Ya habían tenido suficiente de látigo y tribunal.

Necesitaban una religión de amor. Como Jesús. Sus palabras eran suaves y penetrantes. Sus argumentos, claros y convincentes. Su mensaje, tierno y compasivo. Cuando tenía que reprender, había lágrimas en su voz y el tono de sus expresiones; siendo firme, era comprensivo y bondadoso. Había venido a salvar, y hacía todo para lograrlo.

Obras de misericordia (Mateo 10:8)

Sanen a los enfermos, les dijo, expulsen a los demonios; lo que de regalo recibieron, ofrézcanlo a los demás, también como regalo. Esa era la obra de Cristo y sus seguidores tenían y tienen que hacer lo mismo. Primero hay que hacer el bien a la gente. Una corriente vital se transmite al necesitado cuando se le hace una obra de misericordia. Después hay que hablarle sobre el evangelio. Este *después* no necesita colocar tiempo entremedio. Las dos obras pueden ir juntas, pero la obra de misericordia debe preceder al evangelio. No hay que pensar que vendrán por los panes y los peces, y que por lo tanto no hay que darles peces ni panes. Lo que necesitan, para ellos, está antes que nada. Siguiendo su prioridad se llega al corazón. Era lo que Jesús hacía. Ocupó mucho más tiempo en hacer obras de misericordia que en predicar el evangelio. Pero ocurre que los actos de bondad son parte del evangelio, por eso, el evangelio suena tan bien después de esos actos. Ya tienen parte del evangelio dentro de sí, y con la misma prontitud con que aceptaron la obra de bien aceptarán el resto del evangelio.

Vivan como vive el pueblo (Mateo 10:9, 10)

No lleven oro, ni plata, ni cobre en el cinturón, les dijo Jesús. Ni bolsa para el camino, ni dos mudas de ropa, ni sandalias, ni bastón; porque el trabajador merece que se le dé su sustento. El tiempo que usarían en esta misión era corto. No tenían que llevar lo que no necesitaban. El cinturón para el dinero tenía que ir vacío. Jesús no esperaba que gastaran en la misión lo poco que tuvieran antes de partir en ese viaje. La misión tenía que sostenerse a sí misma. La ropa y la comida que necesitaran durante su actividad misionera, tendrían que proveerlas aquellos a quienes sirvieran. Merecían que les *dieran* su sustento (1 Cor. 9:13, 14). Esto también implicaba que ellos debían trabajar de un modo que lo *merecieran*. La responsabilidad estaba en los dos lados: en la calidad del trabajo que hacía el misionero y en la generosidad de los que se beneficiaran con sus labores. Importante era que vistieran y comieran como el pueblo. Lo que no significaba libertad para comer o vestir cualquier cosa, aun lo que afectara a la salud. Muy lejos de eso. Recordemos que Jesús, en este viaje, envió a los discípulos a trabajar solo por el pueblo de Israel. Y ellos no comían alimentos contagiosos (inmundos), que pusieran en riesgo su salud; ni vestían indecorosamente. Fácilmente podían vestir y comer como ellos, sin quebrantar ningún principio de salud, y al mismo tiempo podían evitar las ba-

rreras sociales que los hubieran separado del pueblo, provocando su rechazo. Este era el principio: No se enajenen del pueblo.

Hospédense en casa de una familia digna (Mateo 10:11-15)

“En cualquier ciudad o aldea donde entréis, informaos quién en ella sea digno, y posad allí hasta que salgáis” (Mat. 10:11). No solo debían comer y vestir como el pueblo, también tenían que vivir como vivía el pueblo. Nada mejor, para esto, que vivir con el pueblo. Por siglos, milenios ahora, los misioneros cristianos siguieron este principio. Comían y vestían como el pueblo vestía y comía. Cuando estaban en viaje, se hospedaban con personas creyentes que los recibían en sus casas. No hace mucho tiempo que esto cambió. La sofisticación de la vida trajo una profunda transformación en las costumbres de todo el mundo. Afectó también a los cristianos. Uno de los elementos del cambio se llama privacidad. Se ha dado un valor exagerado a la privacidad de las personas, hasta el punto de considerarse un derecho de cada uno, que todos deben respetar. Para respetar la privacidad del misionero, al mismo tiempo que se respeta la privacidad de los creyentes a quienes el misionero sirve, se prefiere que el misionero no viva con los creyentes. Un hotel es mejor. En muchos lugares se sigue el mismo principio hasta con los parientes. Al pariente de visita, se lo hospeda en un hotel. Sin embargo, para comer se juntan todos, en un restaurante.

No era lo que Jesús quería. El quería que, cuando un misionero llegara a un lugar, buscara a la familia más digna. La más querida, la más respetada, la más seria, la de mayor prestigio. Hospedándose en ese lugar, podrían trabajar con los que, posiblemente, tuvieran más disposición para aceptar su mensaje; y agregaban, a sus labores, todo el prestigio de esa familia. Debían permanecer en la misma casa todo el tiempo que estuvieran en el lugar. De este modo darían, a todos, una buena impresión de estabilidad y de invariable aceptación por parte de sus hospedadores. Muy positivo para la misión que cumplían.

Consejos acerca de los peligros futuros de la misión (Mateo 10:16-31)

Jesús extiende su mirada hacia el futuro de la misión, en la vida de los apóstoles y más allá de ellos. Todos los siglos, hasta su retorno al mundo, en que la misión será la tarea principal de sus seguidores. Vendrán tiempos difíciles. Es necesario que lo sepan, para que puedan actuar correctamente. Sus consejos fueron de gran valor para los tiempos que ya han transcurrido y lo serán para el futuro. Lo peor para ustedes no será lo que los otros les hagan, sino cómo ustedes respondan.

Sean prudentes (Mateo 10:16)

En verdad, los envió como ovejas en medio de lobos. Estarán por todos lados, acechándolos. Nunca les harán bien alguno. Aunque se pre-

senten disfrazados de ovejas, no tienen buenas intenciones hacia ustedes. Dirán que son profetas verdaderos; cúidense, son falsos profetas. Querrán convencerlos de que los espinos producen uvas y que hay higos en los abrojos (Mat. 7:15). Sean prudentes; solo esperen un poco, y se darán cuenta de su engaño. Es imposible. No hay uvas en los espinos y en los abrojos no hay higos. No ocurrirá nunca. Siempre tratarán de comerse las ovejas del redil de ustedes. Sean prudentes, no tengan ayudantes asalariados; ellos no enfrentan el peligro. Huyen de él y dejan las ovejas a merced de los lobos, porque no les importan; solo tienen cuidado de sí mismos (Juan 10:12, 13).

Es terrible, pero deben saberlo. Aun entre ustedes mismos habrá lobos rapaces que no perdonarán el rebaño. Hablarán perversidades contra ustedes, contra la iglesia, contra mis enseñanzas y contra mi propia persona; hasta el punto de ponerse a ellos mismos como líderes, sin serlo. Porque aman tener gente que los siga. Sean prudentes, velen. No se dejen tomar por sorpresa, cuiden las ovejas enseñándoles la sana doctrina que de mí recibieron. Sean prudentes como serpientes, sencillos como palomas. Como las serpientes, cautelosos y rápidos para actuar; pero sin maldad y sin dolo, como las palomas. No usen las artimañas de los lobos, ni sus engaños, ni sus malas intenciones, ni su constante acechanza destructiva, ni su falsa modestia de ovejas consagradas. Prudencia. La callada prudencia del sabio, que todo discierne y nada lo irrita. La humilde prudencia del siervo que sabe a quién sirve, y lo sirve sin ego. La sensible prudencia espiritual del líder que percibe las trampas del enemigo, porque el Espíritu Santo lo ilumina.

No confíen en los incrédulos (Mateo 10:17, 18)

Guárdense de los incrédulos, porque ellos los entregarán a los concilios, a los gobernadores, a los reyes. Cuando simulen ser amigos de ustedes es cuando más deben cuidarse de ellos. Los que no conocen a Dios nunca saben bien lo que es bueno. No tienen buen juicio, y pueden pensar que les están haciendo un favor, cuando en realidad los están traicionando. Malos confidentes. No les confíen sus secretos a ellos. Sus consejos no tienen la sabiduría de Dios, y la sabiduría del mundo es enemiga. Si el consejo de amigos requiere cautela, solo cabe el rechazo cuando un enemigo aconseja.

Recuerden, además, cuando los lleven cautivos, que no se trata de ustedes. No es a ustedes a quienes ellos persiguen. Los llevan por causa de mí. Hay en todo esto, sin embargo, una cosa excelente que no deben olvidar nunca. Por causa de gente que los traicionará, tendrán la oportunidad de comparecer delante de dirigentes, y eso es una extraordinaria oportunidad para dar testimonio. No la pierdan. Ellos también necesitan conocer el evangelio. Comuníquenselo.

No se preocupen (Mateo 10:19, 20)

No se preocupen por las palabras que, en esas circunstancias, deberán hablar. Ni de antemano preparen los argumentos que usarán. No serán discursos aprendidos, no piezas literarias preparadas en sus gabinetes de estudio, lo que deberán usar. El Espíritu Santo se ocupará de esto. Él les dará las palabras apropiadas. Esas que tocan el lugar en el que se originan las decisiones de la voluntad. Les hará pensar las ideas que convenzan. Recuerden que la convicción no surge necesariamente de lo que ustedes digan. Nace por la obra del Espíritu en la mente de las personas que escuchen sus palabras.

Por otro lado, la iglesia no se hizo más débil por la persecución, ni la persecución destruyó jamás la fe de los creyentes. Hubo tiempos cuando los creyentes fueron torturados en mazmorras, humillados en tribunales, lanzados a las fieras, quemados por las llamas; pero no decayó su ánimo, su seguridad en Cristo no disminuyó nunca y nunca perdieron la esperanza. No se preocupen cuando los persigan. Todo será para el progreso de la misión.

Perseveren hasta el fin (Mateo 10:21, 22)

Todo lo que necesitan es perseverar. No se asombren si sus propios parientes los traicionan. Muchas veces surgen conflictos dentro de las familias cuando uno de sus miembros se convierte en creyente. Padre y madre, ofendidos porque creen que la fe basada en el cristianismo bíblico destruye las prácticas religiosas históricas de la familia, reaccionan con violencia. Hermanos y hermanas que les vuelven las espaldas porque sienten que, con la nueva fe, llega a casa un desprestigio ante sus pares, o una especie de atentado contra su propia libertad para vivir de cualquier manera, como quieran. Mil razones. Un conflicto. No se desanimen. Perseveren. No dejen que el conflicto se transforme en una cuestión personal en la que ustedes también se sientan ofendidos. No discutan. No se irriten. Usen la ocasión para testificar con paciencia, buena voluntad, comprensión, afecto. Sean tolerantes y bondadosos. El afecto genera afecto y el amor engendra amor. Una convicción paciente-mente vivida producirá admiración.

Huyan de ciudad en ciudad (Mateo 10:23)

Cuando los persigan en una ciudad, les dijo Jesús, huyan a otra. Pero no sean cobardes. Huyan a otra ciudad para continuar su trabajo en ella. No confundan perseverancia con testardez. No se queden temerariamente en la ciudad donde sean perseguidos, porque eso produciría más daño a la misión que irse a otra ciudad y continuarla allí. ¿Recuerdan? Cuando rechazaron al Hijo del Hombre en Nazaret se fue a Capernaum; cuando los fariseos quisieron matarlo en el lugar donde curó la mano paralizada

de un hombre, se fue a otro lugar (Mat. 12:13, 15). Así hicieron también los cristianos de Jerusalén: cuando los persiguieron en Jerusalén, se dispersaron por muchos lugares (Hech. 8:1-4). La persecución muchas veces esparció la luz a más y mejores lugares.

Sean como su Maestro (Mateo 10:24, 25)

Todos los odiarán por causa de mí, les había dicho antes (Mat. 10:22). Ahora les dice: Es cierto, el discípulo no es más que su maestro, ni es más el siervo que su señor. Pero en esto ustedes pueden ser como su Maestro. A mí me llamaron Beelzebú. Harán lo mismo con ustedes. Pero, no se preocupen; si los persiguen, heredarán el reino de los cielos (Mat. 5:10). Tómenlo como causa de alegría y felicidad, porque tendrán una gran recompensa en los cielos (Mat. 5:11, 12). Pablo sentía así cuando dijo: Lo he perdido todo, a fin de conocer a Cristo, experimentar el poder que se manifestó en su resurrección, participar en sus sufrimientos y llegar a ser como él en su muerte (Fil. 3:10). Ser cristiano es ser como el Maestro en todo, incluyendo sus persecuciones y sus sufrimientos. Nada superior. Nada mejor. Con él *ahora* en todo significa: en todo con él, *eternamente*.

Actúen sin temor (Mateo 10:26-31)

Así que, dijo Jesús a los discípulos, no les tengan miedo. ¿Por qué no? *Primero*, no hay nada encubierto ni escondido que no llegue a revelarse y conocerse. Si en sus ocultas emociones ustedes tuvieran temor de ellos, ellos lo conocerían; y la persecución sería peor. Pero, si no los temieran, también ellos lo sabrían y serían desalentados de perseguirlos. El valor siempre reduce la agresión. Es algo muy diferente atacar a un cobarde que atacar a un valiente. Aun los poderosos respetan más a los valientes que a los cobardes. No les tengan miedo. *Segundo*, lo que les digo en la oscuridad, les siguió diciendo Jesús, díganlo a plena luz; y lo que les susurro al oído, proclámenlo desde las azoteas. Les he dado una misión. Tienen que cumplirla. No pueden dejarse amordazar por nadie, ni por sus perseguidores. El cumplimiento de la misión les dará un valor inusitado. Es un valor semejante al que experimentan los héroes en el campo de batalla. Cuando la situación es más crítica, la identidad personal con su misión y la voluntad más determinada de ejecutarla les da un valor adicional, que los empuja al heroísmo. No teman a nadie ni a nada. *Tercero*, no teman a los que matan el cuerpo, continuó Jesús, pero no pueden matar el alma. ¡Recuérdenselo! Ellos tienen un poder limitado y su dominio es más limitado aún. Se reduce a este mundo, a este tiempo, a esta vida; no tienen poder alguno sobre la eternidad. La vida eterna ya comenzó para ustedes. Ustedes están fuera de su alcance. Pueden destruirlos temporariamente, nada más. Aunque los maten, ustedes no mueren eternamente. Cuando Cristo vuelva, ustedes resucitarán para

continuar viviendo la vida eterna que, por la fe, Dios ya les ha concedido. Además, su dominio es relativo. No es absoluto. Solo pueden realizar lo que yo les permita, en la medida que se los permita y por el tiempo que yo quiera. Tengan la seguridad de que nada les permitiré hacer que no favorezca la misión, y si ustedes mueren por ella, para su mayor progreso mueren; es exactamente lo que ustedes y yo estamos dispuestos a realizar. Lo importante, ahora, no es cuánto tiempo vivan ustedes sobre la tierra, sino cuán eficientes son para la salvación de los demás. Yo morí en la cruz por ellos. La muerte no es el fin de nada cuando ocurre para la salvación de otros. No les tengan miedo. Ellos no los pueden matar eternamente. Mas bien, tengan temor de Dios. Respétenlo, obedézcanlo en todo, estén siempre asociados con él en la misión; porque, después de todo, la misión que yo les he encomendado pertenece a él. Es suya. Él, sí, tiene poderes ilimitados, que abarcan la vida de aquí y ahora, lo mismo que la vida posterior, en los tiempos eternos. Él los ayudará a enfrentar las dificultades de la persecución y toda otra dificultad que encuentren en las labores de la misión.

Nada les pasará a ustedes sin su protección. Ustedes a menudo ven los gorriones en las calles. Hay muchos. No cuestan nada. Nadie compraría un gorrión, ni siquiera para darlo de alimento a su gato. En la escala de valores de ustedes, los gorriones, nada valen. Sin embargo, ninguno de ellos muere sin que Dios lo permita. Y los cabellos de ustedes, ¿cuántos tienen? No lo saben, ni ello les importa. Sin embargo, Dios los tiene contados. Ya les dije, vuelvo a repetirlo para que nunca lo olviden: no tengan miedo de sus perseguidores. Ustedes son más valiosos, para Dios, que todos los gorriones juntos. Los cuidará cada instante de su vida, y con ustedes estará para siempre, en la vida eterna que él les da.

Confesión de fe ante los seres humanos (Mateo 10:32-42)

Jesús está llegando al final de su discurso. Ya les ha dado todas las instrucciones básicas para las labores de la misión. Ahora considera el valor de la confesión acerca de Jesús, o el testimonio acerca de él, que los discípulos dan a los demás. Hay en esto tres asuntos vitales: dos relacionados con los creyentes y uno con los oyentes de su testimonio. Primero, cómo es la relación del creyente con Jesús y cómo la relación de Jesús con el creyente. Segundo, quién es un creyente digno de Jesús. Y tercero, el significado de la recepción de los apóstoles y su mensaje, para el que lo recibe.

Mutua relación entre Jesús y el creyente (Mateo 10:32, 33)

La misión determina la relación mutua entre el creyente y Jesús. A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres –dijo Jesús–, yo también lo confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Ustedes serán llevados ante los tribunales para testificar por mí. Si ante los magistrados, o los gobernantes, confiesan mi nombre, es decir, si hablan a favor

de mí con toda claridad, declarándose mis seguidores y servidores, yo también hablaré bien de ustedes en el tribunal de mi Padre que está en los cielos. Pero, si me niegan, en el sentido de rechazarme, diciendo que no son mis seguidores y que no están cumpliendo las tareas que yo les mandé ejecutar, o se arrepienten de haberlas realizado, también yo los rechazaré en el tribunal de mi Padre.

¿Qué haremos nosotros sin su defensa en el día del Juicio? Ese es el momento en el que más lo necesitaremos. Su sangre nos limpia de pecado en el momento que creemos y, por la fe en su sangre, tenemos el regalo de la salvación. Pero, si lo negamos, rechazándolo, después de haber aceptado una salvación tan grande, nos exponemos a la condenación del Juicio. Esto no significa que debemos cumplir la misión por miedo a la condenación del juicio. Muy lejos de esto. Nuestra fidelidad a la misión nace de nuestra fidelidad a Jesús. Si lo amamos y con todas nuestras energías lo servimos, con las mismas energías consagradas, con el mismo amor multiplicado por el Espíritu Santo, cumpliremos la misión para el engrandecimiento de su nombre y para la gloria del Padre. Nosotros lo confesamos ante los hombres y él nos confiesa ante el Padre. No se trata de complot de ayuda mutua entre amigos. Se trata de un servicio, por causa de la mutua relación que existe, con Cristo, gracias a su obra de amor.

El creyente digno de Jesús (Mateo 10:34-39)

No he venido a traer paz en la tierra, dijo Jesús, sino espada. He venido a poner en conflicto al hombre contra los miembros de su propia casa. Tiene la apariencia de una contradicción. No lo es. ¿Cómo se entiende, entonces, que Jesús, autor de la reconciliación del ser humano con Dios, traiga espada y conflicto? Nada complicado. La humanidad se encuentra en medio de un milenario conflicto entre el bien y el mal. Comenzó en el cielo cuando se hacían los planes para la creación del mundo. La Deidad, en su concilio trinitario, planeó todos los detalles y determinó que el ejecutor del plan fuera Dios Hijo. El número uno de todos los seres creados, Luzbel, dirigente de las huestes angelicales y encargado de los coros celestiales que, sin cesar, adoran a Dios, quería para sí ese trabajo, con la honra que tal tarea significaba. Pero él no podía hacerla. Tenía que realizarla un ser que tuviera vida en sí mismo: Dios. Luzbel era creado. No tenía vida propia. La vida concedida que tenía no era suficiente poder para crear la vida. Se ofendió. Si Dios es todopoderoso, tiene que estar en condiciones de superar en mí lo que me falta; si no lo hace, es porque no quiere. Me desprecia. Este ángel se confundió con la realidad del problema. No era el desprecio de Dios. Era el sentimiento de envidia que, por su propia iniciativa, comenzaba a nacer en su mente. Lo cultivó. Y creció de tal manera, que nació la rebelión en el cielo. Un grupo de ángeles siguió a Luzbel. Cuando la tierra fue creada, trató de conquistar a Adán y a Eva para sus convicciones. Lo logró. Y el conflicto

entre el bien y el mal se trasladó a la tierra.

Cuando Jesús vino, su venida representó una invasión del bien al territorio que Luzbel, convertido en Satanás, reclamaba como propio. Su avance en el territorio enemigo agudizó el conflicto. Esta es la espada que trajo Jesús. No vino él a firmar una tregua en esa guerra. Vino a volverla más aguda y a acelerar su desenlace. La Cruz no es ya una promesa, con plena realidad en el futuro. Es un hecho histórico, una victoria definitiva del bien contra el mal ya acontecida. El mal fue atacado más directamente que antes. Ahora continúa creciendo su derrota, y seguirá en aumento hasta su completa destrucción, en la segunda venida de Cristo.

Por eso, el que ama a cualquiera que está en el lado del mal más que a mí, dijo Jesús, no es digno de mí. Digno de mí es el que participa conmigo en esa lucha. Puede ser que en el lado del mal se encuentre un padre, una madre, un hermano, una hermana, un hijo, una hija, un ser amado, muy amado. ¿Qué hacer? Solo una alternativa es buena. Permanecer con Jesús. Seguir con él en la misión, pues la misión es la forma visible de la guerra y la única manera de salvar a los que, sin saber o sabiendo, militan en el ejército del mal. Tratar de dejar a los seres amados, cuando ellos optan por el mal, puede tornarse una cruz muy pesada; pero hay que tomarla y seguir a Jesús. El que tome su cruz y me siga, dijo Jesús, es digno de mí; y el que pierda su vida por mi causa, la encontrará.

El que los recibe a ustedes, a mí recibe (Mateo 10:40-42)

El que los reciba a ustedes, dijo Jesús a los apóstoles, como un profeta, o como un justo, me recibe a mí; y el que a mí recibe, recibe al que me envió. Tendrán su recompensa. Igual que los profetas, igual que los justos, igual que los discípulos, igual que Jesús mismo; porque a quien recibieron, en realidad, fue al Rey de Israel, al Salvador mismo, al propio Dios.

El tercer viaje por Galilea (Mateo 11:1)

Mientras los doce apóstoles realizaban su viaje misionero, Jesús, acompañado por otros discípulos fue a enseñar y a predicar a otras ciudades que ellos no visitarían.

JESÚS, EL REY QUE TENÍA QUE VENIR

Mateo introduce una nueva sección narrativa. Esta vez concentra los relatos y las enseñanzas de Jesús para demostrar que el Rey prometido antiguamente, el que tenía que venir, ha venido y es Jesús. La pregunta de Juan el Bautista, a través de sus discípulos, es su mejor introducción al tema.

¿Eres tú el que había de venir? (Mateo 11:2-19)

Juan había predicado acerca de Jesús con una seguridad inalterable. Antes de que lo visitara a la orilla del Jordán, en el momento de la visita y después, fue claro: El que viene después de mí, dijo, os bautizará con Espíritu Santo y con fuego (Mat. 3:11). Además, según Juan, declaró: Este es el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo (Juan 1:29). Nunca vaciló. Sabía bien quién era Jesús. La soledad de su larga prisión, un año más o menos, y las constantes preguntas de sus discípulos acerca de la obra que Jesús hacía, produjeron su efecto. ¿Será él realmente?

La pregunta por la confirmación (Mateo 11:2, 3)

Juan estaba en la cárcel, informa Mateo. Se enteró de lo que Cristo estaba haciendo. Mateo aplica el título de Ungido, Mesías, Cristo, por primera vez, a Jesús. No es un descuido. Intencionalmente da testimonio de que Jesús es el Mesías. ¿Por medio de quién se enteró Juan? Sus discípulos, seguramente. ¿Quién más le llevaría noticias acerca de Jesús? No, Herodes Antipas, que lo había puesto en la cárcel de Maqueronte, al este del Mar Muerto; no le hablaría de esto. Todavía no prestaba atención a Jesús. Solo después de dar muerte al Bautista, se interesará por él, a causa de la angustia que le causaba la idea de que fuera Juan el Bautista, resucitado. Sus discípulos habían escuchado los argumentos de los fariseos y una vez, al menos, hicieron causa común con ellos, cuestionando a Jesús porque sus discípulos no ayunaban. Tuvieron la impresión de que Jesús se apartaba de la austeridad, en la predicación y en la vida, de Juan. Ellos, con toda seguridad, transmitieron estos pensamientos a Juan. Juan no llegó a dudar. Pero necesitaba confirmación. La necesitaba para él y especialmente para sus discípulos.

Los mandó a ellos mismos con una pregunta directa, la más directa posible: ¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro? “El que viene” es una expresión mesiánica, usada muy abundantemente en la literatura judía escrita en el período intertestamentario, entre el último escritor del Antiguo Testamento y el primero del Nuevo. Se basaban en dos pasajes del Antiguo Testamento para llamar al Mesías “el que viene”:

“Bendito el que viene en el nombre de Jehová” (Sal. 118:26). Y “Vendrá el Redentor a Sion, y a los que se vuelven de la iniquidad en Jacob, dice Jehová” (Isa. 59:20). Los que piensan que Juan el Bautista solo esperaba el cumplimiento de la promesa del retorno de Elías, cuando dijo: El que viene después de mí es más poderoso que yo, están muy equivocados. Aquí hay una clara referencia al Mesías. Juan esperaba al Mesías. Lo sabía por las profecías. Ahora quería una confirmación por medio de las propias palabras de Jesús.

Jesús lo confirma (Mateo 11:4-19)

Respondió Jesús, dice Mateo. Mateo estaba presente, y lo escuchó. Su relato es al mismo tiempo el informe de un hecho histórico y un testimonio personal de lo que Jesús dijo. Su respuesta otorga a Juan lo que pide y extiende la confirmación a la multitud.

Vayan y cuéntenle a Juan, dijo Jesús a sus discípulos. ¿Qué? Dos cosas: lo que están viendo y lo que están oyendo. ¿Qué ven? Milagros. Los milagros que solo el Mesías sería capaz de hacer, por su naturaleza y por su cantidad. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son sanados, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia el evangelio. ¿Qué oyen? Los comentarios maravillados de la gente y las palabras de Jesús, que dirige directamente a ellos: Bienaventurado el que no tropieza por mi causa. El que no induce a otro a abandonar su fe es lo que significa, en el original, el verbo tropezar. Sin duda, los discípulos de Juan vieron en esa frase un conocimiento, acerca de ellos, que una persona común no podía tener. Hacía los milagros del Mesías y, como el Mesías, conocía las intenciones no reveladas de sus interlocutores, sus propias dudas, que no eran de Juan. Era el Mesías. Ya no tratarían de influir en su maestro con argumentos negativos. Tenían la confirmación que ellos y él necesitaban.

Al retirarse los discípulos de Juan, Jesús se volvió a la multitud, para ampliar la respuesta. Ellos había escuchado la conversación con los discípulos de Juan y conocían al Bautista. Algunos habrán pensado mal de Juan. ¿Cómo podía él hacer esta pregunta? A lo mejor no es tan fuerte como creíamos. Y, si él pregunta esto, a lo mejor Jesús no es lo que pensamos que sea. Jesús los sorprendió una vez más. ¿Qué salieron a ver al desierto, les dijo, una caña sacudida por el viento? ¿Un hombre débil, de esos que visten ropas finas como los que se encuentran en las cortes de los reyes? Nada de eso. Lo que ustedes salieron a ver fue un profeta. Y un profeta muy especial. Aquel de quien escribió el profeta: “Yo envío mi mensajero delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de ti” (Mat. 11:10; Mal. 3:1). Al citar una profecía mesiánica, confirma la condición profética del Bautista y su propia condición de Mesías.

Les aseguro, continúa, que entre los humanos no se ha levantado na-

die más grande que Juan el Bautista. Pero no me entiendan mal, su grandeza no es de esa clase de grandeza que ustedes atribuyen a hombres importantes que la derivan por la comparación que ustedes hacen de ellos con otros seres humanos. Estamos hablando de la grandeza en el Reino de los cielos, donde el más pequeño es más grande que él. Donde todos son igualmente grandes y nadie se considera más que los demás. ¿Por qué? Porque no se comparan entre ellos. Todos se comparan con Dios y, por eso, todos ellos se consideran pequeños. Desde el comienzo de la predicación de Juan el Bautista, el Reino de los cielos ha venido creciendo, a pesar de las dificultades; y, por causa de ellas, solo los valientes entran en él. Pero las profecías de todos los profetas y los anuncios de la ley se han cumplido, incluso la profecía por medio de la cual Dios prometió el retorno de Elías. Y, si quieren saberlo, el Elías prometido es Juan el Bautista. Ahora bien, óiganlo y acéptenlo, porque si no, serán iguales que la generación de ustedes.

¿Con qué compararé a esta generación?, siguió diciendo Jesús. Con muchachos irresponsables que se juntan en la plaza para cantar y bailar. Y solo saben quejarse, porque invitan a los demás para que con ellos bailen o lloren, y nadie responde. Vino Juan, que no comía ni bebía, y ustedes se quejaban diciendo: tiene un demonio. Vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y se quejan ustedes diciendo: Este es un glotón y un borracho, amigo de cobradores de impuestos y pecadores. No se dan cuenta de que, como la sabiduría se demuestra por sus hechos, los hechos de Juan el Bautista y los hechos del Hijo del Hombre demuestran lo que son.

Jesús tiene poder de juicio (Mateo 11:20-24)

Entonces, dice Mateo, comenzó Jesús a denunciar a las ciudades en que había hecho la mayor parte de sus milagros (Mat. 11:20). Su denuncia es fuerte. Un reproche. Jesús las había favorecido más que a todas las otras. Hizo, en ellas, la mayor parte de sus milagros. Y los milagros, para el pueblo, constituyen un lenguaje mucho más convincente que palabras solas. Pero tampoco los había privado de su palabra. Ni los había dejado sin su afecto. Recibieron todo. Jesús nunca reprocha sin haber agotado todos los métodos suaves de comunicación y servicio. Merecían el reproche. ¿Por qué? Porque no se habían arrepentido. ¡Extraño! No habían rechazado los milagros. Cada vez que Jesús aparecía, la gente se amontonaba a su lado, llevándole toda clase de enfermos para que los sanara. Querían los milagros. Tampoco lo rechazaban a él. No hay registro de que hayan atentado contra su vida, como en Nazaret o Jerusalén. El problema de ellos no era recibir. Estaban dispuestos a seguir recibiendo a Jesús y a recibir sus milagros sin interrupción. Dar era el problema. No querían dar nada de sí, ni sus pecados. No se arrepintieron.

Corazín y Betsaida: Piedad por su ruina (Mateo 11:21, 22)

¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Advertencia cargada con un sentimiento de piedad. No es un clamor de venganza, ni un deseo de castigo. Esos sentimientos nacen del corazón humano, egoísta y pecador. En cambio, la piedad y la misericordia son propios del Rey y de los súbditos de su reino. Mateo quiere mostrar que Jesús es el Rey que había de venir y esta forma de presentarlo, demuestra que hasta en los reproches es superior a los mortales. Después de la advertencia viene la explicación. ¿Por qué la ruina de Corazín y Betsaida? Por la falta de arrepentimiento a pesar de los milagros que se hicieron en ellas. Y la comparación. Si los mismos milagros hubieran sido hechos en Tiro y en Sidón, hace mucho que esas ciudades se habrían arrepentido. Quizá la misma experiencia de Nínive después de la predicación de Jonás. ¿Qué ocurre? ¿Por qué, al parecer, los más alejados de Dios tienen más disposición al arrepentimiento que los más cercanos? ¿Será porque los más religiosos se sienten orgullosos de su religiosidad o de su religión? ¿Será que la persona religiosa se insensibiliza en la rutina de una piedad formal, exenta de raíces profundas, en el poder del Espíritu Santo, que la revitalice cada día?

Comoquiera que ocurra, es terrible. Dolorosamente terrible. Pierde ahora y después. Ahora, la persona impenitente pierde hasta el sentido de lo que Cristo hace por ella. Jesús hacía los milagros para que se arrepintieran, y no se arrepentían. Pensaban que el objetivo del milagro de sanidad era la salud del enfermo, y solo buscaban la salud. No se arrepentían. Ni cuenta se daban de que Jesús los trataba así para que se arrepintieran y entraran en su Reino. Y después, el Juicio. Les digo, afirmó Jesús, que en el día del Juicio será más tolerable el castigo para Tiro y Sidón, ciudades fenicias adoradoras de Baal, que para ustedes. Ustedes tuvieron oportunidad de arrepentirse, y no se arrepintieron. Tiro y Sidón no se arrepintieron porque no han tenido oportunidad para hacerlo.

Capernaum: Poder de juicio (Mateo 11:23, 24)

Y tú, Capernaum, dice Jesús, ¿acaso serás levantada hasta el cielo? No, hasta el abismo serás abatida. Ahora Mateo destaca otras cualidades de Jesús como Mesías Rey. Tiene poder y conocimiento para hacer el juicio. Capernaum se autoexalta, como Babilonia; considerada, por todos los judíos, como el epítome del mal. Favorecida con la presencia de Jesús y sus discípulos, tuvo la oportunidad de ver más milagros que ninguna otra ciudad de Galilea, pero no quiso retener el beneficio espiritual que le ofrecieron.

Es cierto que Capernaum, como toda Galilea, era una ciudad de población mixta, con presencia abundante de gentiles, pero había muchos judíos. Muchos más que los diez por los cuales Dios hubiera perdonado las ciudades de Sodoma y Gomorra. Jesús sabe que, si se hubieran hecho los

mismos milagros en Sodoma, esa ciudad permanecería hasta ahora. Nadie más sabe esto. Además, nadie más sabe que el juicio será más tolerante con Sodoma que con Capernaum, y lo sabe porque es superior a todos. Es el que había de venir. El Rey.

Jesús posee la revelación y la paz (Mateo 11:25-30)

Mateo incorpora, en su relato, un dicho de Jesús que bien pudo haber sido pronunciado inmediatamente después de lo que acaba de relatar, o no. Pero en Mateo, como hemos dicho, no es tan importante la secuencia temporal, como la secuencia temática. En este dicho de Jesús, aparecen tres asuntos relacionados: la revelación, la posesión de todas las cosas y la paz. Solo el Rey Mesías puede poseerlas.

Posee la revelación (Mateo 11:25, 26)

Te alabo Padre, dijo Jesús. ¿Por qué? Porque la revelación que Jesús trajo fue dada a conocer a los que son como niños, no a los sabios ni a los instruidos. ¿Es porque se trata de una ingenuidad o un conocimiento irracional, o porque esta revelación no posee contenido alguno y los sabios se dan cuenta de ello? No. La cuestión es más profunda. No se trata del conocimiento en sí. La revelación tiene contenido. Las palabras de Jesús no son meras palabras. Su revelación tiene que ver con lo más serio de la vida. Con la vida misma, y todos los que vivan pueden percibirlo, incluyendo los sabios y los instruidos. Tampoco tiene que ver con la capacidad de comprensión de los destinatarios; como si los que son como niños tuvieran mayor capacidad que los sabios y los instruidos.

Tiene que ver con la voluntad de Dios. Sí, Padre, dice Jesús, porque esa fue tu buena voluntad. Es una decisión del Padre. La voluntad del Padre y la de Jesús están juntas en la revelación. Por eso es que los dos poseen la Revelación. El Hijo comunica lo que el Padre revela, y esa revelación va a los que son como niños, no a los sabios ni a los instruidos; porque así lo quiere el Padre. ¿Es esto una decisión injusta del Padre? ¿Es discriminatoria? No. Solo es estratégica. La voluntad del Padre, que así lo determina, es *buena* voluntad. Y, siendo buena, lo determina de ese modo, porque así es más conveniente para todos. Primero, la revelación del Reino llega a los que son como niños y después pasará a todos los demás.

También, en esta estrategia, hay, por parte del Padre, una acción de juicio. A los que saben que saben, los hace responsables. Los deja con lo que saben, para que actúen en armonía con su conocimiento, porque ellos más confían en la tradición erudita de lo que temen a Dios. A los que, como niños, no saben, les enseña. Los sabios no quieren aprender; los que no saben, quieren aprender. Si les revelara las cosas del Reino a los sabios y no las revelara a los que no saben, nadie las aceptaría. Pero, si las revela a los que están dispuestos a aprender, ellos sabrán todo lo del Reino, se harán súbditos de él;

y, por su testimonio, los que no estaban dispuestos a aprender, por respetar más su ciencia que a Dios, tendrán la oportunidad de aceptarlo. Jesús sabe lo que sabe el Padre. Participa de su estrategia. Realiza el mismo juicio. Sabe distinguir entre los que aceptarán y los que rechazarán su Reino. Y es uno con el Padre. Es Dios.

Posee todas las cosas (Mateo 11:27)

Mi Padre, continuó Jesús, me ha entregado todas las cosas. ¿Qué cosas? Las que pertenecen al Reino, a la salvación. No hay otro nombre debajo del cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos (Hech. 4:12). Todos los asuntos de la salvación están exclusivamente en sus manos. Es superior a todos los humanos. Además, hay una relación única entre él y Dios, como la relación de Padre a Hijo. Este lenguaje es tan parecido al lenguaje de Juan, en el cuarto Evangelio, que este versículo pareciera suyo. No lo es. La expresión de Dios, con respecto a David, “Yo seré a él Padre, y él será a mí hijo” (2 Sam. 7:14) ha sido considerada un texto mesiánico y aplicado al prometido Rey que viene, el descendiente de David. Estando en el Antiguo Testamento, estaba a disposición de cualesquiera de los autores del Nuevo Testamento, y Mateo lo usa tres veces (11:27; 24:36; 28:19).

Además de administrar Jesús, en forma exclusiva, los asuntos del Reino y los de la salvación; también es el único que sabe los asuntos del Padre. Nadie conoce al Hijo, agregó Jesús, sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y a quien el Hijo quiera revelarlo (Mat. 11:27). La revelación del Padre está bajo la administración de Jesús gracias a una relación exclusiva que existe entre ellos. Es la relación del conocimiento. Un conocimiento que surge de la experiencia que uno tiene con el otro, del absoluto entendimiento y sometimiento del uno al otro. Único. Nadie más lo tiene, solo ellos dos. Por eso, la buena voluntad del Padre, que revela los asuntos del Reino (Mat. 11:25); y la voluntad del Hijo, que revela los asuntos del Padre, es una y la misma. Jesús tiene la intimidad con Dios que corresponde al que había de venir, al Rey de Israel, que Dios había prometido.

Posee el descanso mesiánico (Mateo 11:28-30)

Vengan a mí, agrega Jesús, todos los que están cansados y agobiados. La multitud entendió enseguida. Los más piadosos sufrían su religión formal como una carga pesada que no les producía alivio, ni consuelo alguno. Los pecadores y los publicanos, despreciados por los más religiosos, habían abandonado toda esperanza. Les pesaban las leyes de los dirigentes, pesaba el costo de los ritos con los impuestos del Templo, pesaban las exigencias siempre crecientes del sistema religioso judío, pesaba la frialdad de las formas religiosas que debían observar meticulosamente, pesaba la relación sospechosa en que vivían. Pesaba la culpa. Nada los libraba de la amargura que deja el pecado en el alma.

Estaban cansados. Agobiados también. Todos. Incluyendo a los seres humanos de todos los tiempos. ¿Cómo ignorar la marca que deja en el alma la falta y la culpa, el pecado, que ocultos se quedan mordiendo la entraña? ¿Cómo ignorar la aflicción que surge en el ánimo triste, después de la desobediencia?

Yo les daré descanso, agregó Jesús. Yo tengo el descanso final. Descanso que abarca la vida, el pecado, las luchas, las sombras, la culpa y el miedo. Yo soy el Mesías. Yo salvo y redimo. Mi yugo no es como el yugo formal que cargan ustedes. Es fácil. No por trivial, o frívolo o fútil, vacío. No porque yo no exija nada. Yo exijo lo mismo. Mi yugo es más fácil por causa de mí. Yo soy apacible y humilde. Yo sé comprenderlos. Yo tengo el perdón y la gracia. Yo vivo el alivio. Conmigo tendrán la bondad y el amor. Tendrán protección y refugio. Tendrán salvación, vida eterna y eterno consuelo. Mi justicia es justicia de ustedes. Mi Reino es el reino de ustedes. Y de ustedes también lo que el Padre me ha dado: revelación y milagros, conocimiento y descanso. Todo. Lo que soy es de ustedes porque soy Salvador, Rey eterno, el que había de venir, soy el Hijo; y el Padre, mi Padre, me ha entregado todas las cosas para repartirlas.

Jesús es el Señor del sábado (Mateo 12:1-14)

La oposición contra Jesús estaba creciendo en Galilea. Mateo ya contó algo de esto, pero se refirió a ella como una asunto de algunos maestros de la ley (9:3), o de los fariseos (9:34) o, usando palabras de Jesús, como una acusación, contra él, de ser Beelzebú (10:25). Ahora expone el tema directamente. No se trata solo de una protesta por causa de milagros. El asunto es más serio: el sábado. Mateo lo cuenta para describir a Jesús como el Señor con poderes hasta sobre el sábado. Dos incidentes en sábado: uno simple, en el sembrado; el otro, en la sinagoga, un milagro. No ocurrieron en secuencia cronológica. Mateo los coloca juntos para aclarar bien el tema y demostrar los poderes de Jesús sobre la Ley y, con esto, sobre todas las cosas.

En el sembrado (Mateo 12:1-8)

Pasaba Jesús por los sembrados, cuenta Mateo, y sus discípulos tenían hambre. Era el tiempo cuando el trigal ya estaba madurando. El rubio, verdoso aún, de las espigas, daba una sensación de abundancia y de belleza en movimiento. El trigo tierno, en las espigas, tenía ya una suave consistencia de cuerpo definido, sin ser duro. Los discípulos pusieron una espiga sobre su mano izquierda y con la otra palma refregaron suavemente sobre ella, para librar los granos de su pequeño cofre vegetal, y los comieron. Repitieron la misma operación, una vez tras otra, mientras seguían a Jesús, sin detenerse. No iban solos. Gente y fariseos, nunca ausentes. ¡Mira! –llaman la atención de Jesús los fariseos–. Tus discípulos están haciendo lo que en sábado no es lícito.

En su formal manera de entender la Ley, interpretaron que ellos co-

sechaban y trillaban el trigo. Dos trabajos prohibidos por el cuarto Mandamiento. Correcto en lo formal. En cuanto a la intención de la Ley, falso. No tomaron en cuenta el hambre de los discípulos. Volvían del trabajo. Largo, agotador. La noche estaba ya cayendo sobre ellos, cuando el cansancio se acumula sobre el cuerpo activo desde la madrugada, antes de verse el sol. No fue posible distraerse un solo instante, ni para comer. Los fariseos no pensaban en los discípulos. Los fariseos jamás pensaban en la gente cuando se trataba de un asunto legal. La Ley era suprema. Los humanos, solo objetos de rígida obediencia y sin afecto.

Jesús, siempre paciente y tolerante, esta vez, coloca un poco de ironía en su respuesta. ¿No han leído, les pregunta, lo que hizo David en aquella ocasión en que él y sus compañeros tuvieron hambre? Ustedes, que todo lo saben, olvidan, o se hacen los olvidadizos, para condenar. David entró en la casa de Dios y tomó, para sí y para sus hombres, el pan sagrado, que solo podían comer los sacerdotes. Ustedes, sin embargo, podrían decir: Eso fue hecho por un hombre que no cumplió la Ley. ¿No han leído en la ley, agregó Jesús, que los sacerdotes, por su trabajo abundante en el Templo, parecieran profanar el sábado, y son sin culpa? ¿Por qué? Porque al ofrecer los sacrificios, no ejecutan el trabajo secular del matadero; realizan un trabajo de servicio a Dios, que ayuda a la salvación del penitente. Y ese es el tipo de trabajo que estos hombres han estado haciendo todo el día. Comen, como David, lo que tienen derecho a comer; y, como los sacerdotes, hacen en sábado lo que la Ley los autoriza. No hay transgresión del sábado.

Además, yo estoy aquí. Más grande que el Templo. Más grande que David. Más grande que el sábado. Dios mismo quiere más la misericordia de ustedes (Ose. 6:6), esa que no están mostrando hacia estos hombres, que los sacrificios hechos por los sacerdotes, en el Templo, y ustedes no los condenan. Misericordia quiere Dios, para todas las personas, especialmente para los inocentes. En cambio, ustedes están condenando a los que no son culpables. Por último, concluyó Jesús, sepan que el Hijo del Hombre es Señor hasta del sábado. Él es el único que puede interpretar su verdadero significado y aclarar su objetivo verdadero. Al absolver de culpa a los discípulos, no abolió el sábado. Solo le dio su verdadero sentido: no fue hecho para esclavizar al ser humano; fue hecho para darle el verdadero reposo de Dios.

En la sinagoga (Mateo 12:9-14)

En otra ocasión, entró en una sinagoga, donde había, entre los adoradores, un hombre que tenía una mano paralizada, seca. Sus enemigos también estaban presentes. Apenas lo vieron, atacaron. ¿Está permitido sanar en sábado?, preguntaron. No estaban tratando de aprender algo. Hasta ese momento, Jesús no había hecho además alguno que mostrara su interés en el milagro. Tampoco el hombre enfermo. La pregunta era pura

provocación. Intención de limitarlo. Deseo de condenarlo.

Jesús recurrió a la Ley. Si la oveja de uno de ustedes cae en un hoyo en sábado, ¿qué hace? La saca, ¿no es cierto? ¡Cuánto más vale un hombre que una oveja! Sepan muy bien: está permitido hacer el bien en sábado. El bien a un animal, sí, por cierto. Mucho más a un ser humano. Pero, hay más: ¿cómo piensan ustedes que, en sábado, no se pueda hacer un bien a alguien, pero hacerle a alguien un mal, como ustedes están pensando contra mí, sea posible en sábado?

Sí, agregó, está permitido hacer bien en sábado; y, para confirmar su señorío sobre el sábado, hizo el milagro. Extiende tu mano, dijo al parálítico, y la mano quedó restablecida. Los fariseos eran malos perdedores. Crearon la disputa, con malas intenciones, y cuando Jesús sanó al hombre y los dejó a ellos, delante de la gente, sin argumentos, salieron de la sinagoga para tramar cómo matar a Jesús. Y era sábado. Ellos eran esclavos ¿del sábado? No, del mal. Jesús estaba libre del mal; solo hacía el bien y era Señor del sábado.

Jesús es el siervo mesiánico de Dios (Mateo 12:15-21)

Mateo prosigue con sus relatos que confirman a Jesús como el Rey que había de venir. Jesús se retiró de aquel lugar, dice, y muchos lo siguieron. Sanó a todos los enfermos y les ordenó que nada dijeran a nadie. Especialmente nada tenían que decir acerca de quién era él. ¿Por qué ese silencio? Porque debía cumplirse la profecía del profeta Isaías, dice Mateo. Una profecía mesiánica que presenta varias características del Mesías (Isa. 42:1-4).

Es el siervo de Dios, amado por él. En él se complace, y coloca su Espíritu sobre él. Él proclamará justicia a las naciones. No disputará, ni gritará, ni hablará con voz irritada por las calles. No completará la quebradura del quebrantado, ni apagará la poca luz que quede en la mecha del entristecido; él hará triunfar la justicia de ellos y en su nombre pondrán todos su esperanza. Todo esto se cumple en Jesús, dice Mateo. No necesita que nadie lo diga a nadie. Es evidente por sí mismo: se ve en su persona, en sus acciones, en sus palabras; en todos sus milagros se ve. Él es el siervo mesiánico, el Rey de Israel. Todo lo que Jesús hace consiste en actos de servicio, que glorifican a Dios y benefician a los seres humanos. Todos nos beneficiamos. Él trae consuelo al triste, ayuda al desvalido, protección al desamparado, salvación a los perdidos.

Jesús puede vencer sus enemigos (Mateo 12:22-37)

Los enemigos de Jesús nunca descansan. ¿Por qué los tiene? Solo hace el bien a todo el mundo. Nadie que venga a él se va vacío. Se va con bendiciones o lleno de ira. No hay neutrales. Hay una clara división de la gente, como un juicio. Los buenos están con él; contra él están los malos. No importa lo que haga, el gran conflicto entre el bien y el mal se hace presente.

Tampoco él pretendió evitarlo. Nadie que esté del lado del bien evitará jamás que el mal lo contradiga o contraataque.

Endemoniado ciego y mudo: ¿Hijo de David o de Beelzebú? (Mateo 12:22-24)

Un día llevaron a Jesús un endemoniado, ciego y mudo. Jesús lo sanó. Mateo lo cuenta como un hecho normal. Si lo llevaron a Jesús, no podría haber ocurrido nada diferente; tenía que ser sanado, y lo fue. Pero, el conflicto entre el bien y el mal apareció inmediatamente, de una manera muy aguda y muy directa. Dos posiciones tan extremas como en los extremos están el mal y el bien. La multitud dijo: ¿No será este el Hijo de David? Los fariseos contradijeron: No, por Beelzebú, príncipe de los demonios, los demonios expulsa. Su nombre, en el Antiguo Testamento, era Baal Zebul, señor exaltado o señor príncipe, pero los israelitas, a manera de burla, lo llamaban Baal Zebub, señor de las moscas (2 Rey. 1:2, 3, 6, 16). Junto con Dagón, era el dios favorito de los filisteos, los enemigos tradicionales de David. ¿Quién era Jesús, el Hijo de David Mesías o el príncipe de los demonios adorado por los más grandes enemigos de Israel? ¿Amigo o enemigo? ¿El más poderoso del universo o el más perverso del abismo?

La respuesta de Jesús, una de las más elaboradas de todo el Evangelio de Mateo, contiene tres tipos de evidencias que definen su posición y sus poderes mesiánicos. La evidencia del reino dividido, que conduce a la afirmación de Jesús: el Reino de Dios ha llegado a ustedes; la evidencia de la blasfemia contra el Espíritu Santo, que conduce al pecado imperdonable; y la evidencia del día del Juicio, que conduce a la condenación en el día del Juicio.

El reino dividido (Mateo 12:25-29)

Todo reino dividido contra sí mismo, comenzó a decir Jesús, será desolado. Quedará como un desierto. Sin estructura, sin organización, sin poder, sin gente. Sin nada. No hay peor destrucción que la autodestrucción. Es absurda. Calamitosa. Esto ocurre también a una ciudad, o a una familia; divididas contra sí mismas, no permanecen. Con Satanás no podría ser diferente. Si Satanás expulsa a Satanás, contra sí mismo actúa. ¿Cómo podría mantenerse en pie su reino? No sería posible. Es más, su reino ya estaría terminado, pero está activo todavía. La prueba de su acción la ofrecen los mismos discípulos de ustedes, que también expulsan demonios. ¿En nombre de quién lo hacen? Ellos saben muy bien que no se puede expulsar demonios con el poder de los demonios; por eso, ellos los juzgarán a ustedes.

En forma opuesta a lo que ustedes dicen, si yo expulso los demonios por el Espíritu de Dios, y no hay otra forma de hacerlo, eso significa que el Reino de Dios ya llegó y sobre ustedes está (12:28). Jesús es el siervo mesiánico de Dios, sobre quien él puso su Espíritu (12:18). Es propio que actúe con su poder. En el Evangelio según San Mateo casi no se usa la

expresión Reino de Dios; siempre se refiere al Reino de los cielos. Pero aquí está en relación con el Espíritu de Dios. Lo mismo ocurre en la parábola de los dos hijos, donde tiene que ver con el Padre (21:31); y en la parábola de los labradores malvados donde se relaciona con el dueño de la viña (21:43). El Reino de los cielos es el Reino de Dios. El Reino de Dios tiene dos esferas de acción: la esfera del poder y la esfera del territorio. Cuando el poder del Reino está activo, ya está presente el Reino. Los fariseos lo vieron. No quisieron aceptarlo; pero eso es la elección que ellos hacen, ejerciendo su libre albedrío. La posición de ellos nada tiene que ver con la realidad del Reino, solo es una expresión de lo que ellos deciden o desean. El Reino de Dios está ahí, y ellos no lo aceptan. Dios respeta la decisión de todos los humanos con respecto a su Reino; pueden rechazarlo si quieren, pero eso no limita sus propias acciones, ni le quitan poder. El que ata al hombre fuerte ya está en acción y tiene poder para hacerlo, dijo Jesús. Satanás nada puede contra él; está atado, tiene que dejarlo actuar y entregarle los seres humanos que considera suyos. Esto da, a todos los creyentes, una seguridad total. No hay riesgo. El poder de Cristo es superior al poder de los demonios; por eso mismo, no necesita el poder de ellos para hacer lo que hace. Ni podría usarlo. El poder de Satanás es el poder del mal; en cambio, el poder de Jesús es el poder del bien. Incompatibles y antagónicos. Nadie puede hacer bien con el poder del mal. Lo que prueba que el bien es real, no aparente; es la vida piadosa de la obediencia a Dios. El maligno jamás obedecerá piadosamente a Dios. Tampoco lo harán sus servidores.

La blasfemia contra el Espíritu Santo (Mateo 12:30-35)

Por eso, Jesús dijo: “El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama” (12:30). Los fariseos –que, al parecer, estaban contra Jesús y contra Satanás, por considerar que los dos eran el mismo poder cuando, en realidad, son dos poderes antagónicos–; declarándose contra Jesús, estaban a favor de Satanás. Jesús dijo a los fariseos, especialmente a sus oyentes de la multitud presente y de la multitud de todos los tiempos, que la neutralidad en relación con él es imposible. Con respecto a un maestro cualquiera o en relación con un líder político, la neutralidad quizá sea posible y aun aconsejable en determinadas ocasiones. Pero, ser neutrales con respecto al bien y al mal, como si uno al mismo tiempo favoreciera a ambos, no es posible. Es un absurdo moral. Una inmoralidad.

No se puede ir a cosechar junto con Jesús y, en lugar de juntar las gavillas, dedicarse a desparramarlas, y todavía pensar que uno está trabajando con él, ayudándolo en su cosecha. Al usar la metáfora de la cosecha, Jesús se identifica con Dios. En el Antiguo Testamento, la cosecha final es un trabajo que se atribuye a Dios (Joel 3:13, 14). Cristo, en las expresiones: “el que no es conmigo” y “el que conmigo no recoge”, une la

actitud interior de la persona que responda a él y sus acciones externas. Las dos tienen que estar incondicionalmente con Jesús. Además, están aquí el gran conflicto entre el bien y el mal, y la misión. No se puede decir: estoy con Cristo en su lucha contra el mal, pero no estoy dispuesto a trabajar en la misión que nos dio. La naturaleza misma del trabajo misionero es una lucha contra el mal, en su máximo grado de participación, después de la opción espiritual por Cristo.

Estar contra Jesús es un pecado. No el peor, porque se puede perdonar. El peor pecado es la blasfemia contra el Espíritu. La blasfemia contra el Espíritu Santo, dijo Jesús, no se perdonará a nadie (12:31). Si alguien, como los fariseos, dijera que el poder con que Jesús obra es poder de Satanás, se le puede perdonar. Pero no se podría perdonar a nadie si dijera que el poder utilizado por el Espíritu pertenece al diablo; es blasfemia contra el Espíritu Santo. No cualquier rechazo del Espíritu es blasfemia. Solo la atribución de su obra al poder del demonio. Mientras este pecado no se cometa, el Espíritu continuará trabajando en favor del pecador; porque sin su obra el arrepentimiento es imposible.

Las personas son como los árboles. Recibimos buenos frutos de los árboles buenos; y de los árboles malos, malos frutos recibimos. Ustedes son malos, ¿cómo podrían decir algo bueno? Todo lo que de mí dicen, tiene que ser malo. Doblemente malo: el contenido de lo que dicen es malo y está mal que digan eso de mí. En cambio los buenos, de la bondad de su corazón hablan el bien. El contenido de lo que dicen es bueno y está muy bien que lo digan. La maldad que ustedes dicen de mí no la dicen porque en mí haya maldad, sino porque ustedes son malos. La discusión es sobre las palabras, pero lo mismo ocurre con los hechos. Todo el mal que hacemos, especialmente si somos cristianos, es contra Cristo. Es como si dijéramos que él no tiene poder para ayudarnos a hacer el bien, cuando en realidad lo tiene y quiere usarlo en nuestro favor. Somos nosotros los que, actuando separados de él, carecemos de poder para realizar el bien. Pero, la gente no ve nuestra falta de poder como una deficiencia nuestra. La ve como una deficiencia de Cristo y dicen: ¿Cómo hace eso siendo una persona cristiana? Nuestros actos malos son siempre un mal testimonio. En cambio, los actos buenos que hacemos, lo mismo que las buenas palabras, son un buen testimonio, que honra a Cristo, contribuye al avance de su causa y aumenta nuestro prestigio de buenos cristianos.

La acusación de los fariseos es falsa. El poder que Jesús usa no puede ser de Beelzebú, porque el príncipe de los demonios no trabaja contra los demonios, sino contra el bien; porque Jesús sólo hace el bien, y los que están contra él representan el mal, que puede conducirlos a la blasfemia contra el Espíritu Santo. En ese caso, no tendrían perdón y estarían expuestos al Juicio final. Expuestos a la condenación en el Juicio.

El día del Juicio (Mateo 12:36,37)

Yo les digo, afirmó Jesús, que en el día del Juicio todos tendrán que dar cuenta de cada palabra ociosa que hayan dicho. En el caso de los fariseos, son palabras contrarias a la obra de Jesús. Palabras que atribuyen la obra de Jesús a la acción del poder demoníaco. ¡Atroz! Lo que digamos sobre Jesús puede absolvernos, en el día del Juicio, o puede condenarnos. Depende de qué palabras sean, a favor o en contra de él. Esto está en armonía con lo que digamos ante los tribunales o los gobernantes. Si nos confesamos discípulos suyos y no negamos su nombre, nos confesará él también delante del Padre, en el Juicio (10:32, 33).

Jesús tiene poder para llevarnos a juicio, y en el día del Juicio necesitaremos de su ayuda, sin la cual seremos condenados. La absolución dependerá de la relación que hayamos tenido con él. Jesús es quien marca la división entre buenos y malos. Él vence el mal y, por eso, los que hacen el mal son condenados. Serán condenados también los que no reciban el evangelio (10:15), los que no se arrepientan (11:21-24) y los que no oigan, con actitud de aceptación, la palabra de Jesús (12:41, 42).

La señal de Jonás: Poder de resurrección (Mateo 12:38-45)

Los dirigentes religiosos aparecieron con una nueva demanda, pero con la misma actitud de rechazo que habían manifestado siempre. Querían una señal que identificara a Jesús. No era posible, porque no creían. Pero Jesús les dio una señal que verían después de su murete. La señal de Jonás.

La demanda del milagro (Mateo 12:38)

Muchos pidieron, a Jesús, que les hiciera un milagro. Cojos, ciegos, sordos, mudos, leprosos, y toda clase de enfermos y parientes de enfermos. Pero, ningún ser humano había pedido un milagro como señal. La señal tiene características de prueba, demostración, comprobación. Solo el demonio, en las tentaciones, le había pedido que se demostrara Hijo de Dios con un milagro. Jesús no necesitaba probar lo que era. Juan, en el cuarto Evangelio, registró que Jesús usó para sí el nombre de Dios: Yo soy. Y eso era todo. Solo necesitaba decir: Yo soy; no tenía por qué probarlo.

En esa ocasión, algunos fariseos y algunos maestros de la Ley le dijeron: “Deseamos ver de ti señal” (12:38). Haz algo que te identifique, algo que diga claramente lo que tú eres. Una señal. Mateo no dice si pusieron eso como condición para creer, pero no era, por cierto, una expresión de fe. No dijeron: Señor, creemos en ti, haz una señal para que nuestra fe se deleite. Y, aunque así hubieran dicho, de todas maneras habría sido una expresión de su incredulidad. Así lo declaró Jesús.

Una generación malvada (Mateo 12:39)

¡Esta generación malvada y adúltera, les respondió Jesús, pide una señal milagrosa! Gente sujeta a sus debilidades y aferrada al mal; gente adúltera, infiel, ajena a toda piedad y siempre dispuesta a la simulación; ¡pide un milagro! Los milagros no se hacen para que los que dudan salgan de su incredulidad. Se hacen, como un servicio a los que creen, para que su necesidad sea atendida y se confirme su fe. Ustedes no verán ahora un milagro. Pero hay un milagro visible para todos, crean o no crean. No está condicionado a la fe de nadie. Es mi propio regalo, iniciativa divina, exclusivamente. Ustedes también lo verán.

La señal de Jonás (Mateo 12:40-42)

Como Jonás, les dijo Jesús, estuvo tres días y tres noche en el vientre del gran pez, también el Hijo del Hombre estará, en las entrañas de la tierra, tres días y tres noches. Jonás predicó a los gentiles de Nínive. No hay registro de que él les haya siquiera contado acerca de su experiencia en el vientre del pez; de cómo estuvo al borde de la muerte y el poder de Dios lo devolvió a la vida, para que les llevara su mensaje. Los llamó al arrepentimiento, y se arrepintieron. ¡Impresionante! Paganos como ellos eran, respondieron tan prontamente y con un arrepentimiento tan profundo. “Los hombres de Nínive, dice el mismo Jonás, creyeron a Dios, proclamaron ayuno y, desde el mayor hasta el más pequeño, se vistieron con ropas ásperas”. Hasta el rey se arrepintió y pidió, por decreto, que todos se convirtieran de sus malos caminos (Jon. 3:5-9).

No querían ser destruidos. Algunos pueden pensar que el arrepentimiento por miedo a los juicios divinos no es buena motivación. Y es verdad; pero, insuficiente como sea, si es por ahí por donde podemos comenzar nuestra experiencia con Dios, es mejor comenzarla con pasos vacilantes, como un niño cuando comienza a caminar, que nunca entrar por la senda del arrepentimiento. Ellos se arrepintieron; y, fuera de toda discusión teológica, es lo único que cuenta. Cuenta tanto, que vale su uso por Jesús como una advertencia para los que, teniendo más evidencia que los ninitos, no se arrepientan.

Tres días y tres noches. Una señal en el tiempo. Dios no ha dado muchas señales en el tiempo. Profecías de tiempo, sí, muchas; pero no señales. La otra señal en el tiempo que Dios dio a su pueblo, la única, además de la señal de Jonás, es el descanso sabático. Una señal de santificación. “En verdad vosotros guardaréis mis días de reposo; porque es señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico” (Éxo. 31:13). Las dos señales en el tiempo atestiguan del poder de Dios: la del sábado, para santificar a sus hijos; y la de Jonás, para resucitar a su Hijo y salvar a los que creen en él. Jesús administraba este poder porque era divino, el Mesías prometido. El Rey de Israel.

Algunos tienen problemas con la manera de contar los tres días y las tres noches. Quieren contarlos como nosotros hacemos hoy la cuenta de los días. Pero, cuando Jesús dijo estas palabras, nada se sabía de nuestra manera de contar; aun usando su preconocimiento, si lo hubiera dicho como nosotros lo decimos hoy, de todas maneras habría estado en discrepancia con alguna época de la historia porque ha habido varias formas de contar el tiempo. Además, los críticos habrían dicho: es un anacronismo; alguien introdujo esto en una fecha reciente. Por lo tanto, esa frase no pertenece al texto original. En los días de Jesús, los días se contaban en forma inclusiva. Es decir, cada porción de un día referido contaba como día entero. Una parte del día sexto de la semana, cuando Jesús fue sepultado, era un día. El sábado era otro día. Y la porción del domingo era el día tercero. En cuanto a mencionar día y noche, era la forma de referirse a un día. Contado así, el Hijo del Hombre estaría tres días en las entrañas de la tierra. Pero, lo importante del relato no es la cuenta de los días, sino el poder de resurrección que manejaba Jesús.

La resurrección de Jesús, después de haber estado en el sepulcro tres días, era la mayor señal de su propia identidad. Más grande que cualquiera de sus milagros. El milagro mayor. Él era Dios. Yo pongo mi vida, y la vuelvo a tomar, dijo. Nadie más puede hacer esto. Los fariseos no creían únicamente por la dureza de sus corazones. No había otra razón. Y, por causa de esa dureza, los paganos los juzgarían en el día del Juicio. Los ninivitas, por un lado, y por el otro, la reina de Sabá. Los ninivitas, por su rápido arrepentimiento. La reina de Sabá, por su fervorosa búsqueda de la sabiduría de Salomón, que provenía de Dios (1 Rey. 10:1-10). En cambio ellos, teniendo a uno más poderoso que Jonás, más sabio y más grande que Salomón, no querían escucharlo, ni querían reconocer su poder. ¡Líbrelos el Señor de ser como uno de ellos! No sea que en el día del Juicio nos pase como a ellos. Mejor que nos ocurra como a los ninivitas y la reina de Sabá, que estarán en el Juicio no para ser juzgados, sino para juzgar a los que no se arrepintieron.

Jesús decide el destino de la generación malvada (Mateo 12:43-45)

Jesús retoma su explicación del pecado contra el Espíritu Santo, que había suspendido para responder al pedido de una señal, hecho por los fariseos y los maestros de la Ley. Cuando un espíritu maligno sale de una persona, dice, porque dejó que el Espíritu Santo trabajara en ella, puede volver. La persona liberada, al sentirse segura, tiende a permanecer en un estado neutral: ni apasionadamente dedicada al mal, ni celosamente consagrada a Dios. Piensa que está bien y lo está, hasta que el espíritu demoníaco que salió de ella, después de vagar por lugares sin gente, cansado de no hacer nada, decide volver. En una persona neutral hasta el espíritu demoníaco se siente bien, como en una casa desocupada, barrida y arreglada. Tan bien, que decide buscar otros siete espíritus

más malvados que él; y todos moran allí. Así es como los que antes eran malvados se tornan más malvados cuando, después de haber creído, se descuidan. Es así como le ocurrirá a esta generación malvada, dijo Jesús. Y mucho más, porque no se han arrepentido.

Los miembros de la familia de Jesús (Mateo 12:46-50)

Frente a todo lo dicho, queda en el aire una pregunta: ¿Quiénes son los súbditos del Reino de los cielos? Mateo no la enuncia, pero la responde contando un incidente relacionado con la familia de Jesús.

La visita de su madre y sus hermanos (Mateo 12:46, 47)

No era frecuente. Es la única vez que Mateo cuenta acerca de una visita de los parientes de Jesús. Para muchos, es una sorpresa descubrir que Jesús tuviera hermanos. Piensan: María era virgen cuando Jesús nació, y no tuvo ningún otro hijo. Es cierto, hasta donde sepamos, no tuvo ningún otro hijo. Pero no era la única manera de tener hermanos. José pudo haber sido un viudo con hijos cuando se casó con María, y ese parece haber sido el caso. Entonces, los hermanos de Jesús que vienen a verlo son hijos de José.

Jesús estaba hablando con la gente, acerca de la revelación, cuando llegaron su madre y sus hermanos. Querían conversar con él, pero no lo interrumpieron. Se quedaron fuera de la reunión, de pie, esperando que terminara. Alguien, no informa Mateo si un discípulo o alguno de los presentes, fue a Jesús y le informó: Tu madre y tus hermanos están fuera y quieren conversar contigo. Lo dijo en voz audible. La multitud también escuchó. Por eso, Jesús respondió también de una manera que todos pudieran oír. Además, él quería utilizar la oportunidad para enseñarles algo que todos necesitaban saber.

Los que hacen la voluntad de mi Padre (Mateo 12:48-50)

Comenzó preguntando: ¿Quién es mi madre, y quiénes, mis hermanos? Por supuesto, todos sabían. La región no era muy grande, las ciudades pequeñas y las aldeas tenía poca gente. Jesús era conocido por todos y todos hablaban de él por todas partes. Sus milagros, sus enseñanzas, su estilo de vida, su manera de ser, sus discípulos, sus amigos, su familia. Todo lo relacionado con él. Como ocurre, hasta hoy, con las celebridades. Sabían quiénes eran. Pero Jesús no hablaba de ellos. Los tomó como un punto de partida para enseñarles algo muy importante, y todos lo entendieron, incluso sus parientes. De lo contrario, su declaración podría haber sido ofensiva. Pero no había ofensa alguna, y nadie se ofendió.

La pregunta estaba relacionada con su familia del Reino. Interesaba a todos. A nosotros también nos interesa. Señalando a sus discípulos, comenta Mateo, dijo: He aquí a mi madre y a mis hermanos. Mi familia. José ya estaba muerto; su madre y sus hermanos eran toda su fami-

lia. Ahora la multitud ya tenía una respuesta acerca de quiénes eran los súbditos del Reino de los cielos. No sabemos si hubo alguna reacción de parte de ellos; al menos, no hubo reacción visible. Pero esa multitud no era apática. No escuchaba como enajenada. Los judíos estaban bien entrenados para escuchar y para evaluar lo que escuchaban. En la sinagoga, lo aprendían cada sábado. Tuvieron que haber pensado que si los discípulos solos eran la familia del Reino, algo no estaba bien en eso. Pero Jesús no les dio tiempo para expresar sus pensamientos, ni para que permanecieran en ellos.

Los que hacen la voluntad de mi Padre que está en los cielos, agregó, son mi madre y mis hermanos. Ustedes también. Y muchos más. Aquí se incluyen a todos los que hayan hecho la voluntad de Dios en los tiempos anteriores a Jesús, y en los siglos venideros hasta la venida física del Reino, en su segunda venida. La clave está aquí. Jesús tiene todos los poderes del Reino, y los comparte con los que hacen la voluntad del Padre.

TERCER GRAN DISCURSO: LAS PARÁBOLAS DEL REINO

Era un día como todos. Jesús salió de la casa de Pedro para encontrarse con la multitud y realizar sus labores de enseñanza. Importantísimas en su estrategia de tres actividades principales: predicar, enseñar y sanar. Como maestro, era lo máximo que ha conocido la humanidad. Enseñaba las verdades espirituales más profundas por medio de las cosas simples, con las cuales la gente se relacionaba en su rutina diaria. Lo desconocido del Reino celestial lo hacía comprensible utilizando cosas conocidas por todos. Los elementos familiares de la naturaleza le servían para explicar las experiencias espirituales menos conocidas. Su forma favorita de enseñanza era contarles una parábola. Una historia real utilizada para explicar un aspecto específico de la verdad. La parábola no es un conglomerado de símbolos en el que cada detalle tiene un significado simbólico, que el oyente debe desentrañar cuidadosamente. No, no hay complicación en ella. Es una historia, muchas veces conocida, que le sirve de atractivo cofre, donde guarda una sola joya valiosa, de la verdad, que entrega con afecto y simpatía. La parábola le servía para ser claro y cristalino como una aurora sin nubes. Le servía también para que las mentes enemigas, opositoras y agresivas no entendieran su enseñanza que, al mismo tiempo, resultaba sin oscuridad para los que estaban deseosos de aceptarla. Cuando contaba alguna parábola con varios símbolos, Jesús los explicaba. Ese día enseñó muchas cosas, pero Mateo solamente registra una colección de parábolas relacionadas con la predicación del evangelio y con el Reino de los cielos.

El ambiente de su enseñanza (Mateo 13:1, 2)

Como en otras oportunidades, eligió la belleza del lago para enseñar. Por eso, a veces se designa a este discurso como el sermón del lago. Se sentó a la orilla, y esperó a que la gente se reuniera. No necesitaba ninguna clase de propaganda que anunciara el lugar, hora, día y tema de su discurso. Solo necesitaba caminar por las calles de Capernaum, u otro lugar, y la gente lo seguía. La noticia se diseminaba como una bendición. Todos dejaban sus tareas normales y apresuradamente se dirigían al lugar hacia donde todos los demás iban. El espectáculo era magnífico. La gente en movimiento, sin violencia ni gritos, con la sencilla alegría de un encuentro de sabor divino. La luz del sol acompañando el movimiento de las aguas transparentes, que se tornaban azules, de un azul paciente y compañero. El zafiro del lago se engastaba en el verde esmeralda de la grama y las plantas que crecían alrededor del lago. Jesús ya no pudo permanecer sentado a la orilla de las

aguas. La gente era mucha y se extendía por la grama con la pacífica calma de un rebaño. Subió sobre una barca. De pie, su silueta esbelta y la forma singular del barco parecían un cuadro de pintura en vivo. Los discípulos iban y venían organizando a la gente, acomodando a los que llegaban casi atrasados, preparando todo lo que era necesario para el éxito total del encuentro. Se acumulaba la gente. Tuvieron que ponerse todos de pie para hacer más espacio y para que todos pudieran acercarse a Jesús. Se sentó en el barco, y comenzó con su enseñanza.

La parábola del sembrador (Mateo 13:3-23)

Al comienzo no parece ser una parábola del Reino. Nada dice del Reino. Pero, en la respuesta que da a los discípulos para explicarla, Jesús les dice: A ustedes se les concede conocer los secretos del Reino de los cielos (13:11). Las demás parábolas hacen referencia al reino de los cielos desde el mismo comienzo.

La parábola (Mateo 13:3-9)

Un sembrador, dijo Jesús, salió a sembrar. Todos habían visto sembradores o habían sembrado ellos mismos. El cuadro vivo estaba delante de sus ojos. Podían ver la hermosa llanura de Genesaret, que se extendía junto al lago. Más allá, las colinas. Sobre sus laderas y sobre la llanura, sembradores echaban las semillas en la tierra blanda; preparada con esperanza por sus manos. Algunos cosechaban ya el fruto de las primeras siembras. Al esparcir la semilla, continuó Jesús, una parte cayó junto al camino, y los pájaros se la comieron. Otra parte cayó en terreno pedregoso, sin mucha tierra. Esa semilla brotó pronto; pero, cuando salió el sol, porque la tierra no era profunda, las plantas se marchitaron, pues no tenían raíces fuertes. Se secaron. Otra parte cayó entre los espinos, que las ahogaron. El resto de las semillas cayó en terreno bueno y produjeron una abundante cosecha que rindió a treinta, sesenta y hasta cien veces lo que se había sembrado.

La pregunta de los discípulos (Mateo 13:10)

La multitud, en silencio, meditaba. Los discípulos se acercaron a Jesús y le preguntaron. ¿Por qué hablas a la gente en parábolas? ¿Por qué? Siempre ¿por qué? La pregunta por las razones. Pareciera que el ser humano fuera el ser de los porqués. Para todo lo que ocurre, para todo lo que hace, para todo lo que dice, para todo lo que le pasa, para lo que hace Dios, tiene siempre la misma pregunta: ¿por qué? Todos queremos saber las razones. Y no está mal que así pensemos, porque Dios nos dio una razón para utilizarla. El problema no está en querer razonar las cosas; ojalá todos los humanos razonáramos mucho más todo lo que hacemos. El problema está en la actitud de jueces que adoptamos. Queremos saber los porqués para determinar si lo que ocurrió está bien

o está mal. Si alguien cometió un error. Si Dios se equivocó. Cuando muere un ser querido, ¿por qué? Nos va mal en los negocios; ¿por qué? Nos enfermamos; ¿por qué? Ocurre un tsunami; ¿por qué? O, si no, vamos un poco más lejos. ¿Por qué a mí? Se me accidenta un hijo en un choque de automóviles; ¿por qué me ocurre a mí? La inferencia es que a los otros no les ocurre, y posiblemente Dios está cometiendo una injusticia. No hay ninguna injusticia, y le ocurre a cualquiera. Por último, de una forma o de otra, todos morimos. ¿Por qué? No es injusticia. Todos pecamos. Consecuencia del pecado es la muerte. Mejor sería que preguntáramos ¿cómo? ¿Cómo podemos resolver esto? Eliminando el pecado. Y el pecado solo se elimina por el arrepentimiento, aceptando la muerte de Cristo por nosotros. ¿Por qué hablas a la gente en parábolas?, dijeron los discípulos.

La respuesta (Mateo 13:11-17)

Porque a ustedes les concedo que conozcan los secretos del Reino de los cielos, respondió Jesús, y a ellos no. ¿Es esto una injusticia? ¿Una discriminación? ¿No han venido, acaso, con todo el interés que se pueda requerir de una persona para entender lo que escuche? Sí, tienen interés. Pero sensibilidad espiritual, no todos tienen. Al que tenga sensibilidad espiritual se le dará más y tendrá en abundancia. Pero, al que no la tenga, hasta lo poco que tiene se le quitará. Ustedes quieren saber, con un deseo genuino. Y todos los que sinceramente busquen entender las enseñanzas de Jesús, las entenderán. Así como Jesús explicó a los discípulos, el Espíritu Santo abrirá el entendimiento de todos los que honestamente quieran aprender, y entenderán.

Hay profetas que hablaron de esta realidad en el pueblo del pasado, y ahora se está repitiendo. Uno es Jeremías. Dice: “Oíd ahora esto, pueblo necio y sin corazón, que tiene ojos y no ve, que tiene oídos y no oye”. No temen a Jehová, tienen corazón falso y rebelde (Jer. 5:21-23). Otro es Ezequiel, que afirma: “Hijo de hombre, tú habitas en medio de casa rebelde, los cuales tienen ojos para ver y no ven, tienen oídos para oír y no oyen, porque son casa rebelde” (Eze. 12:2). La rebeldía y el corazón falso cierran los oídos. Pueden escuchar las palabras, pero les falta la actitud sumisa para obedecerlas; por eso no oyen. Solo el que quisiera hacer su voluntad, conocerá la doctrina.

También se cumple en ellos lo que el profeta Isaías profetizó para el pueblo de su tiempo: “Por mucho que oigan, no entenderán; por mucho que vean, no percibirán. Porque el corazón de este pueblo se ha vuelto insensible; se les han embotado los oídos, y se les han cerrado los ojos. De lo contrario, verían con los ojos, oírían con los oídos, entenderían con el corazón y se convertirían, y yo los sanaría” (Mat. 13:14, 15; Isa. 6:9, 10, NVI). La insensibilidad espiritual es como la ceguera. El ciego no ve, y pierde contacto directo con la realidad física. El insensible no siente, y pierde

contacto directo con la realidad espiritual de lo divino. El que siente las cosas de Dios es un ser humano abierto al Espíritu de Dios. El ser humano reducido solo a sentir las cosas humanas no entiende las cosas del Espíritu de Dios. Le son locura. El modo espiritual de sentir surge de la relación sumisa a Dios, como surge el pensamiento del cerebro.

Ustedes, dijo Jesús a sus discípulos, son dichosos porque ven y oyen. ¿Qué veían? ¿Qué oían? Lo que los profetas anunciaron y no vieron, ni oyeron. Todo lo relacionado con el Mesías: lo que Jesús hacía, lo que decía. Lo que ellos con sus ojos veían, con sus oídos oían y con su obediente actitud espiritual claramente entendían. ¡Cuán gratificante es comprender a Jesús! Amarlo porque nos ama. Sentir su cercanía espiritual como se siente la bondad de un ser amado. Vivir su realidad como se vive la simple realidad del pan, al desayuno. Saber que está presente, y que hambre nunca habrá, porque él es más que el pan, Pan vivo, vida nueva y eterna, sin olvido. ¡Oh, Señor! Nunca quites, de nosotros, tu Santo Espíritu. Si en camino de pecadores entramos y dejamos de verte, y no te oímos, perdona nuestros pasos descarriados y acércanos a ti, con tus afectos. Que tu Espíritu nos haga de nuevo, como ya fuimos; antes del fruto prohibido, antes del llanto, antes del miedo. Que nos haga de nuevo, como un niño, para alcanzar la madurez en tu camino.

La explicación (Mateo 13:18-23)

Escuchen, dijo Jesús a sus discípulos, lo que significa la parábola del sembrador. La explicación es para ellos solos. Después compartirán su nuevo saber con los demás. Se trata del nacimiento del Reino de los cielos. No viene por la acción de ejércitos valientes y aguerridos. No surge por conquististas del poder humano, ni por la fuerza perspicaz de astuta diplomacia. No llega por la habilidad política de líderes sagaces, ni nace por el juego de fuerzas económicas sutiles. Crece sin ruido, como crece la semilla.

A veces, la semilla se pierde: alguien oye la palabra sobre el Reino y no la entiende. Viene el maligno y se la lleva. Semilla sembrada junto al camino que los pájaros comieron. Oyentes distraídos. Absortos en sus propios pensamientos egoístas, cautivados por sus bajas tendencias pecadoras; tienen el alma endurecida y paralizadas están sus facultades espirituales. Duros como la tierra pisoteada por hombres y animales, nada penetra en ellos.

Otros son terreno pedregoso: Reciben la semilla con verdadera alegría, pero les dura poco tiempo. Los problemas personales o la persecución, por causa de la palabra recibida, los desaniman y se apartan de ella. El egoísmo, el amor propio, la religión superficial, la dependencia de sí mismos en lugar de depender de Cristo, la extrema facilidad con que se sienten ofendidos casi por cualquier cosa, la prontitud para seguir sus propias inclinaciones en lugar de seguir las órdenes de Cristo, su falta de relación personal con Jesús y su entrega incompleta al Salvador los hacen cristia-

nos pedregosos, incapaces de comprender que el nuevo nacimiento es su única esperanza y que la verdadera santidad es un íntegro servicio a Dios. Indiviso y total. Inalterable.

Otros aceptan la semilla y crece en ellos, pero los espinos, preocupaciones de la vida y la falsa atracción de las riquezas, ahogan su interés y muere antes del fruto. No dejan atrás sus viejos hábitos, ni su pecaminosa vida anterior. Si son pobres, se llenan de perplejidades y angustias por causa de las privaciones. El trabajo penoso los agota. Los deprime su constante temor de necesidades mayores y menores recursos. ¡Cuánta congoja acumulan en la vida solo por no confiar en Cristo! Por no vivir con él constantemente, por no dejar que el gozo sereno de su protección los reanime. Si son ricos, el temor de perder lo que han acumulado los angustia. Se acongojan por sentir que la gente, cuando los busca, no es por afecto a ellos; solo es interés por su riqueza. Solitarios se sienten y no entienden que el poder de la riqueza nada les resuelve. No comprenden que solo el poder de Cristo, su tierna compañía, puede atender en plenitud sus ansiedades. Y los que pobres no son, ni ricos, la gran masa de seres humanos que agitada recorre las calles de este mundo, dedicados a atender sus intereses, a satisfacer sus necesidades, a buscar la forma de ser ricos, después de haber sentido la alegría del Reino de los cielos, la pierden, porque no encuentran tiempo para estar cerca de Jesús, ni oran con fervor y fe, ni buscan en la Escritura su confianza, ni encuentran en el servicio a Dios sus alegrías. Sufren. Al principio no comprenden por qué. Después ya no les importa, y se van.

Pero, la semilla del Reino nunca se pierde toda. La mayor parte de ella cae en tierra fértil. Oyen la palabra. La entienden. Se rinden totalmente a la firme convicción que el Espíritu Santo coloca en ellos. Confiesan sus pecados. Aceptan sin reservas la gracia del Señor. Sienten regocijo por la ternura y el amor de Dios, que cubre sus pecados con misericordia inigualable. El Espíritu Santo usa su respuesta inicial, y construye con ella una fe potente y duradera. La palabra del Señor se hace una fuerza viva en su experiencia. Es vida para ellos, y la buscan. La respetan con amor. Son obedientes. Su pensamiento es limpio, una oración sin fin en pleno gozo del encuentro, y una fuerza creadora con nuevas experiencias de amor y de servicio. Sirven a Dios con inocente gozo. Su testimonio es un poder que viene del Santo Espíritu. Y crece el Reino. Crece en abundancia: treinta, sesenta, ciento por ciento. Es una fiesta. ¿Qué cosecha no produce alegría? Mucho más la cosecha que hace crecer el Reino de los cielos.

Jesús quería que sus discípulos entendieran esta simple verdad: el Reino los cielos crece sin la pompa de los reinos humanos, con el trabajo paciente que ellos debían hacer como Jesús lo hacía. Todos los creyentes son sembradores. En toda siembra hay riesgos. Los sembradores del tiempo de Jesús vivían en las ciudades amuralladas para proteger-

se de los ladrones que siempre acechaban en las noches. Salían a sembrar durante el día. Era riesgoso. Jesús dejó la protección segura del cielo, para venir a la tierra llena de peligros. La tranquilidad del hogar es siempre una atracción mayor que el duro trabajo de la siembra, con sus riesgos de rechazo, insultos, acusaciones y persecuciones. Pero, sin siembra no hay cosecha. Con la cosecha llega la alegría, la celebración y la abundancia.

Hay mucha ignorancia de la verdad que disipar. Hoy se desconoce la autoridad de la Escritura, y la gente no acepta ni sigue sus doctrinas. Se excusan diciendo que la Biblia es muy oscura, muy difícil de entender. Repiten los argumentos de sus líderes religiosos, que a su vez repiten argumentos de sus profesores. Ellos rechazan porciones de las Escrituras y, ante su propia autoridad, deciden qué parte es verdadera y cuál no tiene aplicación a nuestro tiempo. Inventan argumentos contrarios a su autoridad, solo para anular la autoridad de los preceptos divinos y la Ley de Dios, y sentirse, así, liberados de cumplir sus exigencias. Mientras reducen la autoridad de la Escritura, dan fuerza de ley a sus antiguas tradiciones, prácticas contrarias a la Biblia; pero aceptadas por ellos como si fueran divinas. Otros adoran el cambio y lo creado en nuestro tiempo; como alimento rápido, lo buscan y consumen, pensando que es eso lo que importa y vale. La religión tiene que ser relevante para la comunidad humana de hoy, dicen; si no, no tiene valor alguno. Todos necesitan las verdades del Reino de los cielos, ahora mucho más que en tiempos de Jesús; porque es mayor la ignorancia de la gente y porque está más cerca el tiempo de su llegada física.

Parábola del trigo y la cizaña (Mateo 13:24-30)

Con la parábola del trigo y la cizaña, Jesús relaciona el Reino de los cielos con la iglesia. La iglesia es el lugar donde se juntan miembros buenos como trigo y falsos miembros, la cizaña. Con los miembros falsos ¿qué hacer? ¿Expulsarlos de la iglesia? ¿Dejarlos sin castigo? ¿La disciplina? Veamos.

La parábola (Mateo 13:24-29)

El Reino de los cielos, dijo Jesús, es como un hombre que sembró buena semilla en su campo. Pero él tenía un enemigo. Ustedes saben, de esos enemigos que se vengan sembrando semillas malas, para arruinar la cosecha y colocar al dueño en muchas penurias, pérdidas, y dificultades. Vino de noche y sembró cizaña sobre el trigo. Nadie lo supo. Muy parecidas las dos plantas, brotaron y crecieron sin que nadie lo notara. Pero esta disimulación no podía durar para siempre. Se formó la espiga en el trigo; en la cizaña, no. Parecía todo muy claro. Los siervos informaron el desastre al dueño y preguntaron: ¿Quiere usted que la arranquemos? No, les contestó. Dejen que el trigo y la cizaña crezcan juntos. Si arrancan la cizaña,

ahora que sus raíces están entremezcladas, arrancarán también el trigo. Esperemos hasta la cosecha; entonces, los segadores separarán la cizaña del trigo y, atada en manojos, la quemarán. El trigo, en cambio, lo guardarán en mi granero.

La multitud entendió que había un enemigo malo, que estaba haciendo daño y que el daño no había que remediarlo hasta el momento cuando sus consecuencias fueran lo mínimo posible. ¿Y los discípulos?

Reacción de los discípulos (Mateo 13:30)

Indiferentes, no podían quedar. Nada dijeron, por el momento. Pero, dentro de ellos, estaban inquietos. Entendieron bien que los buenos y los falsos debían estar juntos, pero era una idea intolerable. No sabían que en la incipiente iglesia estaba ya ocurriendo. Judas estaba con ellos. Las espigas no habían brotado aún. Todos eran iguales. Llegaría, sin embargo, el momento cuando todos verían la diferencia. En el caso de Judas, se eliminó a sí mismo. De manera trágica. Pero esto no sería así en todos los casos. Había, en esta parábola, una enseñanza singular que ellos, más que todos los presentes, necesitaban aprender. Y llegarían a saberlo, unos momentos más tarde. Cuando la multitud ya no estuviera con ellos. Entretanto, Jesús siguió enseñando a la multitud.

El grano de mostaza y la levadura (Mateo 13:31-33)

Jesús sabía lo que decían los fariseos. Este maestro insignificante, sin riquezas, sin ejércitos, tan simple y con tan poca gente reconociéndolo como Mesías; de ninguna manera podría conquistar el Imperio Romano y realizar la hazaña de conquistar al mundo para Israel. Volvieron a pensarlo, con más convicción y mayor desdén. Jesús los entendió. Entendió sus pensamientos, las motivaciones que así los hacían pensar y los deseos de sus corazones, tan distintos de los planes del Reino de los cielos. No sabían ellos lo que era el Reino, cuál su naturaleza, ni su forma de crecer.

El grano de mostaza: De lo pequeño a lo grande (Mateo 13:31, 32)

El Reino de los cielos, les dijo Jesús, es como un grano de mostaza. Semilla muy pequeña, la más chica de todas. Pero crece más que todas las hortalizas y se convierte en un árbol. Tan grande, que vienen las aves y anidan en sus ramas. No hay nada igual. El Reino de los cielos no se parece, en nada, a ninguno de los muchos reinos que existen en la tierra. Todos ellos surgieron por la acción del poder de los humanos. Ciertamente, es Dios quien pone y quita reyes; concede, a las naciones, una completa oportunidad de gobernar; y, cuando no cumplen sus designios, deja que otras vengan, y así sucesivamente, hasta el tiempo de su Reino eterno. Pero la naturaleza esencial de todas ellas es siempre humana, y crecen de acuerdo con el tamaño del poder que consiguen formar.

El Reino de los cielos es de Dios. Su naturaleza comparte la naturaleza divina y su crecimiento será un contraste muy grande con la forma de crecer que vemos en los reinos terrenales. Es un reino de humildad. Pequeño. Un principio de vida tan insignificante, en tamaño, como el germen que existe en la minúscula semilla de mostaza. No es el poder de los reinos humanos. Es el poder de la vida. No crece por el poder de la fuerza física, ni aumenta por medio de la guerra. No crece por la furia de la fiera. Aumenta por la mansedumbre del Cordero. El Cordero de Dios, que quita los pecados de la humanidad. Y los que aceptan al Cordero, se integran, sin pompas especiales, a su Reino. Poco a poco crece hasta que la suma humilde de los pocos forma un reino espiritual de grande transcendencia y tiempo eterno.

La naturaleza del Reino de los cielos es vida divina. Su crecimiento: como crece la vida que Dios crea, sostiene y alimenta. Todo sigue un ritmo de pasos diminutos, casi imperceptibles. ¿A qué hora crece el damasco de endulzada fruta que gustamos con placer en la cosecha? ¿Cuándo cuajan los cerezos, convirtiendo su blanca y abundante constelación de flores simples en ardientes drupas de dulzura suave? Las secuoyas gigantes tardan milenios en crecer. Nadie nota el crecimiento de las rosas, y sus flores poco a poco llegan a ser como princesas. Crecen. Todo lo que tiene vida, crece lentamente. No crece el Reino de los cielos como fuegos artificiales, instantáneos y fugaces. Crece como crece la vida que Dios crea, y permanece.

Del mismo modo crece el Reino en el oculto corazón de las personas. Simple y lentamente. Primero es un dicho, una palabra sencilla, el evangelio apenas. La palabra de Jesús dicha por él, leída en la Escritura, repetida con tierna convicción por un creyente. Luego echa raíces en el alma. Conmueve suavemente el sentimiento, hace sensible la entraña endurecida, despierta la dormida voluntad, y una profunda contrición por el pecado inicia la experiencia del arrepentimiento. El Reino de los cielos ha comenzado a crecer, y lentamente hará su obra completa, bajo la fuerza persuasiva del Espíritu Santo. Es un segundo, otros segundos, los minutos. Las horas y los días de la santidad, que crece y crece hasta la vida eterna.

La levadura: crecimiento invisible (Mateo 13:33)

El Reino de los cielos, volvió a decir Jesús, es como la levadura que una mujer escondió en tres medidas de harina, hasta que todo estuvo leudado. Todo el proceso es extraordinario, muy superior a lo normal. No es común el Reino de los cielos, ni ordinario. La medida de harina es muy superior a la cantidad que una mujer usaría para alimentar una familia normal. Treinta y dos litros y medio alcanzarían para producir suficiente pan solo para alimentar unas cien personas. Pero este no es el punto principal de la parábola.

Su enseñanza específica está en la tarea de leudar, o transformar a la per-

sona desde adentro hacia afuera. Casi todos los líderes religiosos de Israel estaban interesados en la parte formal, externa, de la religión. Querían transformar la conducta, sin preocuparse por si la persona misma era transformada o no. No lo era. Su comportamiento era formal, externo, frío, casi siempre hipócrita y sombrío. Su propio sentimiento revelaba unas heridas de escasez y de vacío.

El Reino de los cielos, en cambio, va en dirección opuesta. Transforma el ser interior de la persona y, desde allí, logra una práctica religiosa genuina y una obediencia verdadera. Otorga una suave sensación de plenitud, que se hace más completa cada vez, más plena, más segura. Una especie de nueva visión de la verdad, feliz, cordial. Poseedora de algo tan viviente, que controla los deseos, purifica el pensamiento, dulcifica la disposición, ablanda las actitudes, fraterniza las relaciones y aumenta el horizonte de su vida espiritual. El súbdito del Reino trata a todos como amigos. Unos son amigos íntimos, otros amigos con quienes tendrá que entrar en la muy grata intimidad de dos que sirven juntos al Rey del Reino de los cielos.

La levadura, aquí, no conserva el valor simbólico tradicional que el pueblo conocía. No es un símbolo del pecado. Acostumbrados estaban a eliminar de sus casas, durante la fiesta de Pascua, toda levadura; como símbolo de la eliminación completa del pecado. Pero, en el simbolismo nuevo del Reino de los cielos, representaba el poder de la gracia de Dios. Un poder externo a las personas. La transformación demandada por el Reino, aunque obraba desde adentro, no procedía desde el interior del ser humano. Venía desde afuera. No era por la fuerza de la propia voluntad. Tampoco provenía del interior de la sociedad humana. Aunque la cultura y la educación tengan muchos elementos benéficos y ejerzan una positiva influencia en la formación de una persona, no pueden convertir a un ser humano del pecado a la santidad. Solo se logra con la energía vital, renovadora, de la gracia divina, que viene desde Dios al ser humano. Trabaja de manera invisible. Como la levadura, la gracia trabaja silenciosamente, de manera secreta, sin nunca detenerse hasta que toda la vida esté completamente leudada por el Espíritu de Dios.

Revelación de los misterios por parábolas (Mateo 13:34, 35)

Jesús había dicho, a sus discípulos, que usaba parábolas para que la gente que no quería ver ni oír permaneciese ciega, sin ver las cosas del Reino de los cielos, y sorda, incapacitada para oír lo que, acerca de su Reino, Jesús decía. Se cumplían, de este modo, las profecías (13:10-17). Ahora Mateo completa el cuadro. Jesús también utiliza parábolas para revelar cosas, acerca del Reino de los cielos, que estuvieron ocultas desde la creación del mundo. Ahora son claras para ellos. También esto cumple una profecía: “Abriré en parábolas mi boca; Declararé cosas escondidas desde la fundación del mundo” (Sal. 78:2). Lo importante aquí es el

cumplimiento de las profecías. Todo lo que hace Jesús lo identifica con el Rey del Reino de los cielos. Cumple la voluntad de Dios, expresada desde los tiempos antiguos en las profecías. Para los israelitas las profecías eran muy importantes, y este lenguaje de Mateo pretendía tocar esa cuerda de su formación espiritual.

A nosotros también nos impresiona cómo, en la persona de Jesús, se cumplieron las profecías antiguas y cómo, casi todo lo que ocurrió con él, o lo que él hizo y dijo, estaba escrito. El uso de las parábolas nos resulta precioso, en su familiar sencillez y gran profundidad de contenido. Colocar los grandes misterios del Reino en simples, familiares parábolas es un arte supremo. Revelar lo más oculto de Dios con hechos de la vida diaria, sin sofisticación ni cursilerías, es acercarse al ser humano por el lado más corriente de su vida y por la vía más accesible de su espíritu. Jesús lo hizo todo por amor. No estaba interesado en una obra de arte; quería salvar al ser humano, enseñarle una verdad de salvación y atraerlo hacia sí para llevarlo al Reino de los cielos.

Jesús enseña a sus discípulos (Mateo 13:36-52)

La multitud se había ido. Estaban solos en casa de Pedro, pero la labor del día no había concluido aún. Jesús quería enseñar varias cosas a sus discípulos. Lo hizo en forma de parábolas, específicas para ellos, y muy relacionadas con lo que había estado enseñando a la multitud.

Explica la parábola del trigo y la cizaña (Mateo 13:36-43)

Los discípulos guardaban una inquietud que ya habían comentado entre ellos. Y, acercándose a él, le dijeron: Explícanos la parábola de la cizaña en el campo. Jesús utilizó esta inquietud para iniciar la enseñanza que deseaba transmitirles.

El Sembrador (13:37). El que sembró la buena semilla es el Hijo del Hombre. Estaba claro. La primera vez que usó ese título, acerca de sí mismo, fue cuando al sanar al paralítico de Capernaum declaró tener poder para perdonar pecados (9:6). Se impresionaron mucho, entonces. Ahora les era familiar. El título lo identificaba como el Mesías encarnado (Juan 1:14; Fil. 2:6-8), la única persona humano-divina que unió la raza humana con la Deidad. Símbolo de la promesa divina que ofrecía a los seres humanos la posibilidad de ser hijos e hijas de Dios.

El campo (13:38 p.p.). El campo es el mundo, agregó Jesús. La gente del mundo. Jesús trabajó exclusivamente para los israelitas y dentro de su territorio. Pero su objetivo era la tierra entera, cada habitante de este mundo. Por medio del Espíritu Santo, obra en cada corazón humano; pero el trigo crece y madura en la iglesia, y se guarda allí para el granero del Señor.

La buena semilla y la cizaña (13:38, u.p.). La buena semilla son los hijos del Reino, continuó Jesús. Y la cizaña, los hijos del malo. Los hijos del Reino han nacido de la palabra de Dios, de la verdad, de la persona misma

de Jesús, y han sido convertidos a él por obra del Espíritu Santo. Cuando un pecador se convierte, se torna cristiano, un seguidor de Cristo, un imitador de Jesús, una persona liberada del reino de este mundo, transformada en ciudadana del Reino celestial.

La cizaña está compuesta por cristianos falsos, que han seguido el mismo proceso de conversión de los hijos del Reino, pero solo en las formas. Hijos de los ritos, son personificación de falsos principios, escondrijos de errores y falsos cristianos. Su mente enemiga complica siempre la vida de la iglesia y crea los conflictos que, a menudo, la dividen y reducen sus fuerzas para el servicio y la misión.

El enemigo, la siega y los segadores (13:39-43). El enemigo es el diablo, dijo Jesús. Él es quien introduce en la iglesia a los cristianos falsos. Así intenta destruir el prestigio de la iglesia, y muchas veces lo consigue. Al colocar personas que dicen ser cristianas, pero que ostentan un carácter contrario a la forma de ser del cristiano, logra deshonorar a Dios y pone en peligro la misma salvación de muchas personas. Su obra es llena de maldad y confusión.

La siega es el fin del mundo, siguió diciendo Jesús. No confundir con la siega permanente de la misión cristiana, que a diario está conquistando más personas para el Reino y haciendo así crecer el Reino de los cielos. La siega de la parábola es el juicio del fin del mundo. Cuando el trigo y la cizaña serán definitivamente separados y a cada uno se dará un destino diferente. En la misión, los segadores son los cristianos verdaderos que la cumplen.

En la siega del fin del mundo, los segadores son los ángeles, afirmó Jesús. Ellos juntarán a los escogidos de Dios desde los cuatro vientos de la tierra, para su Reino (24:31). Al mismo tiempo juntarán la cizaña, trigo falso, falsos creyentes, para su destrucción eterna. Hora de juicio y recompensa final. Hora de separación y de castigo. La tentación de separarlos antes de tiempo será siempre una realidad difícil de resolver. Hay, en la iglesia, una tensión entre el trato prudente a la cizaña y la acción disciplinaria al pecador no arrepentido.

La disciplina de la iglesia también es una orden del Señor. Él explicó el procedimiento. Si alguien peca, dijo, ve y repréndelo tú solo. Si no te oyere, ve otra vez a él con uno o dos testigos. Si no los oyere a ellos, dilo a la iglesia; y si no oyere a la iglesia, considéralo gentil y publicano. Lo que ustedes aten en la tierra será atado en el cielo y lo que desaten en la tierra, desatado será en el cielo (Mat. 18:16-18). Ustedes tienen que separar de la iglesia a los que persistan en pecados manifiestos. Pero, cuando no haya pecados manifiestos, aunque los motivos y el carácter pecador sean visibles, no pueden ustedes separarlos por eso. Ustedes no tienen atribución para juzgar el carácter ni los motivos. Ese juicio pertenece a Dios solo, y él lo hará al fin del mundo, con el auxilio de sus ángeles, no con el auxilio de la iglesia. Ustedes pueden cometer muchos errores si intentan esta clase de juicios. Muchos de los que ustedes puedan considerar perdidos

estarán en el Reino de los cielos. Sea porque ustedes juzgaron mal, o porque esas personas, más tarde, se arrepintieron y permitieron que el Espíritu Santo completara su obra en ellos.

Tres parábolas acerca del valor del Reino de los cielos (Mateo 13:44-50)

¿Cuánto vale el Reino de los cielos? ¿Se puede comprar? ¿Qué valores hay que pagar por él? ¿Está accesible a todos? El Reino de los cielos es un regalo, como son regalo Cristo, el evangelio, la salvación y la vida eterna. De todas maneras, hay que comprarlo. Se vende sin dinero y sin precio. No se compra con valores corruptibles como oro o plata. Siendo, como es, un reino espiritual, su valor se mide en esa misma clase de dinero, y es indispensable comprenderlo. Las últimas parábolas del Reino tienen la enseñanza necesaria para saber cómo valorarlo y cómo pagar su precio real, y realmente poseerlo.

El tesoro escondido: El que encuentra sin buscar (13:44). El Reino de los cielos, dijo Jesús, es como un tesoro escondido en un campo. Un hombre lo descubrió. Lleno de alegría, lo enterró de nuevo y fue a vender todo lo que tenía para comprar el campo. No era raro que se encontraran tesoros escondidos en campos abandonados. Había muchos que usaban este recurso para proteger sus riquezas. Peligro constante de ladrones. Naciones vecinas invadían el territorio y se llevaban cuanto objeto de valor pudieran encontrar. Muchos de estos tesoros quedaban abandonados por más de una razón. Olvido del lugar donde fuera enterrado. Cautiverio de sus dueños llevados a lejanos países, sin retorno. Muerte súbita, sin dar la información a nadie.

La gente que escuchó la parábola podía comprender muy bien la realidad de su enseñanza y hasta pudieron identificarse fácilmente en ella. El hombre que encontró el tesoro, era un simple trabajador, como eran casi todos ellos. ¡Qué experiencia! No estaba buscando un tesoro. Simplemente trabajaba en un terreno ajeno, que él había alquilado, para mantener, con mucho esfuerzo, a su familia. De repente, su arado choca con algo oculto al ojo humano. Cava. ¡Es un tesoro! Su mente pasa de una alegría a otra, de una ansiedad a una mayor. Según las costumbres de entonces, el tesoro era del dueño del terreno. No quiere perderlo, pero tampoco quiere una posesión ilegal. Solo había un camino correcto que lo haría dueño legal de ese tesoro. Lo entierra de nuevo. Su corazón no se detiene. Danza de alegría, y la propia perspectiva de tenerlo hace mayor esa alegría ya muy grande. Sale de allí. Se va a cumplir su plan, el único aceptable.

Su familia no entiende; ¿se ha vuelto loco, acaso? Está vendiendo todo lo que tiene para comprar una campo abandonado, que no vale nada. Ellos no saben. No puede decirlo a nadie, porque su plan solo es factible si nadie llega a saber lo que existe en el terreno. Él, sí, sabe lo que hace. No le afecta que los otros lo tilden de loco, ni se ofende. Tiene seguridad absoluta. Lo que hace está bien hecho, y lo seguirá haciendo hasta que todo

esté acabado. La alegría crece y sin cesar se multiplica cuando, finalmente, compra el campo. Ahora es suyo. Su propio campo tiene un tesoro, y el tesoro es suyo.

Dos cosas principales enseña la parábola. *Primera*, el hombre descubre el Reino. No lo andaba buscando. Para muchos, el Reino se les presenta en la vida como un hecho sorpresivo y sorprendente. Sin buscarlo, lo encuentran. Un amigo, un extraño que cree, un folleto entregado por casualidad o intencionalmente, un programa cristiano transmitido por radio o televisión, o un contacto con la Biblia. Especialmente la Escritura ya que, en la parábola, el campo es la Sagrada Escritura. Es en ella donde se encuentra el tesoro del evangelio, y el evangelio trae el Reino de los cielos. No lo busca; pero, cuando lo encuentra, no lo desprecia, ni se excusa. Hace todo lo que puede para poseerlo. *Segunda*, la alegría del que encuentra el evangelio y el Reino. El hombre que encontró el tesoro, lleno de alegría, vendió todas sus posesiones por el Reino. No sintió tristeza alguna por nada de lo que, al venderlo, perdió. Hay aquí una referencia a lo que vale el Reino de los cielos, pero ese es el punto focal de la siguiente parábola.

La perla de gran precio: el que busca el Reino (13:45, 46). En esta parábola, habla Jesús de un comerciante que andaba buscando buenas perlas. No sabe exactamente lo que va a encontrar, pero busca perlas finas. No está interesado en las cosas negativas de la vida, ni lo malo que ocurre en la experiencia humana. Quiere lo mejor. Lo busca con diligencia. Muchas personas buscan lo mejor de la vida humana en las actividades mejores de la experiencia humana: la literatura, la ciencia, el arte, las religiones, la filosofía. Buscan el tesoro del espíritu humano. También entre los oyentes de Jesús había buscadores ansiosos. Cansados por la formalidad de la religión de sus padres, soñaban con algo elevador. Algo espiritual que los colocara en contacto con Dios.

Buscando, encontraron a Jesús, la Perla de gran precio. No pueden dejar de comprarla. Sería una extraña contradicción que, después de buscar lo mejor, al encontrarlo en Cristo, lo despreciaran. Pero ocurre. El ser humano es un ser contradictorio. Muchas veces desprecia lo que más desea en la vida. Conocí a una joven profundamente enamorada de un joven bien apuesto y feliz. De fácil comunicación y mucha simpatía. Soñaba con él. Cada vez que se pensaba a sí misma, en el futuro, no conseguía verse sin él. Él también la quería. Un día él decidió que era tiempo más que apropiado para hablar, con ella, del interés que por ella sentía. Después de un día de muchas actividades juntos, en las que otros jóvenes también participaron, otra integrante del grupo lo buscó para conversar con él. No se demoraron mucho, porque él estaba con prisa. Esa tarde hablaría con ella, pero ella lo vio conversando, y pensó: Es a esta a quien él quiere. Una pena invadió su esperanza y su sueño. Y se fue. Cuando él descubrió que no estaba, fue directo a la casa de ella; porque había puesto en su mente que ese día tendría que declararse. La en-

contró. Conversaron. Lo escuchó en un extraño silencio y después, simplemente, le dijo que no estaba preparada para dar su respuesta. Dame un tiempo, le dijo. Concordó, respetuoso. Sola, en su cuarto, llorando se recriminaba. Si lo quiero, ¿por qué no le dije que sí? Pero, no, se decía: él quiere a la otra, no a mí. No voy a dejar que se burle. Cuando ella me contó la situación, queriendo orientarse y saber cómo hacer si le hablaba otra vez, le dije: si lo quieres, dile que sí. Si tienes dudas acerca de su relación con la otra joven, pregúntale. ¿Y si me miente?, dijo. Aclara las cosas y decide en armonía con lo que tú, en verdad, quieres. No fue la única vez que conversamos al respecto. Le costó mucho hacer lo que más quería. Todo estaba en su mente. Nada tenía él con la otra joven. Y ella, amándolo, casi lo pierde, por causa de ella misma.

Cristo es un regalo de Dios para nosotros. Nada nos cuesta. Pero nos cuesta todo. El hombre vendió todo lo que tenía para comprar la perla de gran precio. No es dinero, no es plata, no es oro. El precio del Reino somos nosotros mismos. Tenemos que entregarnos enteramente a Cristo. Una entrega parcial no es entrega. Talentos, facultades, inteligencia, ideales, debilidades, ambiciones, pecados; todo lo que somos. Sin reserva alguna. Y el Reino vale todo eso y mucho más. El Reino de los cielos vale para nosotros en proporción al tamaño de la entrega de nosotros mismos que hacemos a Cristo. Si solo un poco de nosotros le entregamos, el Reino, para nosotros, vale poco. Pero es mucho lo que vale. Todo lo que somos. Y solo lo compramos entregándonos enteramente a Cristo. Es un precio, es cierto, y es mucho; pero caro, no es. Todos podemos pagarlo.

La red y la liberación en el juicio final (13:47-50). En el tesoro escondido, el Reino, para el que lo encuentra sin buscarlo, vale todo lo que tiene. En la perla de gran precio, para el que lo busca diligentemente sin saber con precisión lo que anda buscando, vale todo lo que él es, su entrega personal a Cristo. En la red está el valor del Reino para los que lo promueven. Vale toda su dedicación; pescan hasta que se llena la red.

La red que se echa en el lago es grande, barredora. No es la pequeña red redonda que una persona sola maneja, normalmente cerca de la orilla. Es la red que se lanza en las aguas profundas, bien adentro del lago o en alta mar. Varios hombres la manejan, arrastrándola para alcanzar los peces en diferentes lugares del lago; juntan muchos peces. No es una pesca individual; es la misión de la iglesia, ejecutada por todos los que están en el barco.

Esta pesca junta toda clase de peces, buenos y malos. Los buenos se guardan y los malos se desechan. De nuevo, como en la parábola del trigo y la cizaña, la verdadera separación se ejecuta en el día del Juicio, al fin de mundo. No hay nueva oportunidad después del día del Juicio. Se termina el tiempo de gracia, y los pecadores que no hayan respondido a los ruegos del evangelio, serán destruidos. Con esta parábola, Jesús previene a sus seguidores contra uno de los peores males que enfrentará la iglesia, en los tiempos futuros. La presencia de malos entre sus

miembros. Mejor que lo sepan de antemano, para que los buenos no se desanimen; y para que la iglesia no cometa errores, en su trato con ellos. La decisión final no se hará por posiciones, sino por carácter. No es el hecho de ser miembro de la iglesia la razón para aceptar que influyan en nosotros las personas; es su carácter. Ningún feligrés debe dejar que los individuos de doble carácter, o de carácter falso, se conviertan en sus mentores. Mucho menos sus modelos de vida o las excusas para justificarse. Solo tienen un modelo: Jesucristo. Él es el modelo de todos y el único que nos justifica.

Conclusión (Mateo 13:51, 52)

Jesús está llegando al final de su enseñanza de ese día, y completando su discurso sobre las parábolas del Reino. Enseñó a la multitud y, al final del día, a sus discípulos, en privado. Concluye haciéndoles una pregunta y contándoles una parábola.

La pregunta: ¿Entienden? (13:51). ¿Han entendido ustedes, preguntó Jesús, todo lo que les he enseñado hoy? ¿Perciben cada detalle de lo que les he dicho? ¿Están ahora en condiciones de distinguir esta enseñanza de otra parecida, pero diferente? ¿Están ustedes de acuerdo conmigo en cuanto a todo lo que les he dicho acerca del Reino de los cielos? ¿O hay algo con lo que no están de acuerdo? Hay cosas que mantengo en secreto; ¿las entienden ustedes? Dos secretos capitales: el secreto mesiánico y el secreto de la pasión. No es fácil entenderlos. Como toda comprensión de las cosas divinas, esto solo podrán entenderlo como un don de Dios. Una revelación del Padre que llega a la mente de ustedes en forma de regalo. No es una elaboración suya. No es que su inteligencia lo descubra. Es un don. Ya les he dicho que las parábolas que enseñé al pueblo tienen un elemento que ellos entienden y les resulta claro como el cristal. Pero hay otro que solo lo he revelado a ustedes. ¿Lo captaron bien? Es decir: ¿captaron el secreto y la razón de su existencia? De aquí en adelante, será cada vez más necesario que ustedes entiendan todas las cosas. ¿Entendieron las que hoy les enseñé?

Sí, fue la simple respuesta de los discípulos. ¿Fue un sí de cortesía o un sí basado en la realidad? ¿Cómo saberlo? En todo caso, a nosotros no nos corresponde juzgar a nadie. Hago la pregunta, solo como una meditación, para pensar en nosotros. ¿Cuánta sinceridad tenemos en nuestras comunicaciones con el Señor? Cuanto más honestos seamos con él, más de su enseñanza comprenderemos. La comprensión de la verdad es un regalo y, como todo regalo, hay que aceptarlo con sincero afecto. La mente agradecida es una ventana abierta por donde el Sol de justicia penetra constantemente y cada vez en mayor cantidad. La mente egoísta, la que siempre se atribuye cada logro intelectual, no pasa de eso: puro conocimiento intelectual, sin la luminosa dimensión espiritual que da valor a todo verdadero conocimiento. Sí, dijeron los discípulos: entendemos, comprendemos, estamos de acuerdo,

discernimos, nos disponemos a enseñarlo, aun a defenderlo, y estamos profundamente agradecidos a Dios por su regalo.

La parábola del padre de familia (13:52)

Ahora ustedes son maestros instruidos acerca del Reino de los cielos. Los escribas de la Ley no lo conocen. Ustedes son como un padre de familia, dijo Jesús; de su tesoro saca cosas nuevas y cosas viejas. No es un avaro que acumula para sí, por el simple placer egoísta de poseer. Comparte. Y, el tesoro de la verdad, diferente de los tesoros materiales, cuanto más se comparte, más aumenta. Compartirlo no resulta una penosa obligación impuesta sobre el creyente docto, instruido por la enseñanza de Cristo y por la grata experiencia con él. No es obligación. Es fruto natural de la alegría. Tan feliz está con la riqueza espiritual, de gracia recibida, que no puede dejar de compartirla. Cuenta cómo vino el Señor a su experiencia, cómo sintió los toques de su amor, cómo la verdad iluminó su mente, cómo la fe lo hizo entender, cómo el Espíritu lo atrajo, cómo entregó al Señor su corazón, su vida entera, cómo vive con Cristo y cómo crece. ¡Qué experiencia! ¡Qué conocimiento extraordinario para compartir!

El tesoro es la Escritura, el Antiguo Testamento y el Nuevo. No hay que descuidar ninguno de los dos, porque ellos se complementan y, al poner sus enseñanzas una junto a la otra, aparece completa la verdad acerca de Jesús. Su obra creadora. Su amor lleno de gracia por los seres humanos cuando entraron en pecado. Su inalterable paciencia con su pueblo en los tiempos antiguos. Su promesa redentora transmitida por los ritos del Santuario y la enseñanza de los profetas. Su humilde encarnación. Su muerte redentora. Su permanente cuidado de los fieles y la iglesia, para que no perdieran la fe en tiempos angustiosos de persecución y martirio. Su presencia constante en la predicación del evangelio a un mundo incrédulo y porfiado. Su próximo retorno y la llegada final del Reino de los cielos, con su propia presencia real, con todos sus redimidos, para siempre.

COMIENZA EL FIN DE LA MISIÓN EN GALILEA

Al comienzo de su ministerio en Galilea, Jesús realiza la primera visita a Nazaret, su tierra, después de que salió de ella para iniciar sus labores públicas (Luc. 4:16-30). Sus conciudadanos lo rechazaron, porque no creyeron en él. El ministerio de Jesús en Galilea se extendió, más o menos, desde la primavera del año 29 d.C. hasta la primavera del año 30.

Jesús visita su tierra: Lugar de la incredulidad (Mateo 13:53-58)

Jesús retorna a su propia tierra. Nazaret. Nuevo rechazo. Nazaret resultó, para Jesús, una tierra de incredulidad. ¡Qué triste! Toda persona tiene un afecto especial por su tierra. El rincón del mundo donde uno nació o se crió desde pequeño, como es el caso de Jesús con Nazaret, es el principal lugar del mundo. Nada hay más bello, ni más atractivo, ni más bueno que nuestra propia tierra. La disfrutamos hasta con el recuerdo. También Jesús tenía sus emociones. Y por eso debió de haber tenido mucho afecto por la ciudad de su niñez, donde vivió los primeros treinta años de su vida. Nazaret era una ciudad no muy pequeña, de quince a veinte mil habitantes, pero no tan grande que eliminara la relación familiar entre sus moradores. Ambiente apropiado para desarrollar un afecto profundo por un lugar.

Es cierto que Natanael dijo a Felipe, cuando le habló de Jesús como el Mesías: ¿puede salir algo bueno de Nazaret? (Juan 1:46); y muchos han utilizado este dicho para construir una mala reputación para la ciudad, pues parece que sus habitantes eran rudos, moralmente incorrectos y muy poco religiosos. Natanael pudo haber estado hablando de que el Mesías de ninguna manera vendría de Nazaret. Todos los judíos conocían bien la profecía de Miqueas, y estaban seguros de que era Belén el lugar de su nacimiento (Miq. 5:2). Si la mala reputación era real, todavía peor fue la reacción que tuvieron con Jesús.

Primero es la duda (Mateo 13:53, 54)

Lo que Jesús hizo. Jesús enseñaba en la sinagoga de Nazaret. La forma del verbo griego indica que lo hizo más de una vez, en este viaje. Además, había estado allí muchas veces, desde su juventud. Conocía a la gente. Sabía qué necesitaban y qué enseñanza debía traerles, en su última visita. Desde allí inició el proceso de conclusión de sus tareas en Galilea. Enseñó con sabiduría y realizó milagros poderosos, aunque no muchos (13:58). La sabiduría era una manifestación del conocimiento de Dios. El poder no era de autoridad, sino de acción. No se trataba de in-

formación que hubiera llegado acerca de milagros hechos en otra parte. Eran milagros ejecutados allí mismo, en Nazaret. Todo esto indica que dedicó algún tiempo a su propia ciudad. Él hizo todo lo que pudo por la gente de su tierra.

La duda de la gente. Las primeras preguntas que la gente se hizo y levantaron en la conversación entre ellos, además de expresar su sorpresa, también manifestaban sus dudas. ¿De dónde, decían, sacó esta sabiduría y tales poderes milagrosos? Sabían sobradamente que Jesús predicaba el Reino de los cielos y proclamaba que había venido de Dios. También estaban bien informados acerca de la predicación de Juan el Bautista y cómo, por medio de las profecías, lo había identificado con el Mesías. Al decir ¿de dónde?, afirmaban: no aceptamos nada de eso. Ni está claro para nosotros que todo este conocimiento y este poder vengan de Dios.

Mateo dice que estaban maravillados o asombrados. No es el maravillarse de la convicción que siente una alegría espiritual aprobadora de lo que escucha o lo que ve. Es el asombro negativo que surge en el espíritu humano cuando duda.

La duda irónica (Mateo 13:55, 56)

La duda irónica se manifiesta cuando un ser humano elimina lo divino de una experiencia espiritual con Jesús. Elimina lo divino porque todo su contexto parece demasiado común. ¿No es acaso hijo del carpintero?, dijeron. No puede ser Hijo de Dios; de Dios no viene. Su padre era el simple carpintero de la ciudad. No lo hemos olvidado. Sabemos su genealogía humana, dicen. ¿Cómo aceptaremos sus pretensiones divinas? Además, sabemos quién es su madre, María, también una mujer común; sus hermanos, Jacobo, José, Simón, Judas; y todas sus hermanas. Incluso viven todas ellas en Nazaret. ¿De dónde, entonces, sacó todas estas cosas? No sabemos. No podemos creer en él. Es demasiado común, todo lo de él está demasiado relacionado con nosotros, los humanos, para que aceptemos algo divino en él.

Ellos no lo dicen, pero la duda siempre ha reducido las experiencias humanas a un ámbito limitado a un aquí y ahora existencial. Nada del más allá, dicen, se encuentra abierto al ser humano. La razón humana es el límite de todo. Lo que va más allá de la razón es dudoso, agregan, y hasta lo racional, a veces, no se puede aceptar como verdadero. Muchos seres humanos viven en el pequeño mundo que captan sus sentidos. Solo es realidad lo que pueden ver, oír, sentir, oler, gustar. Lo que pueden imaginar, lo aceptan como imaginario. De lo imaginario, solo aceptan como realidad lo que imaginan de las demás personas; y de ese modo las juzgan, las condenan y las desprestigian. La duda es muy dañina. Hace del ser humano un dios pequeño, que decide todo, en su pequeño mundo de mucha incertidumbre y poca certeza.

La duda violenta (Mateo 13:57)

Se escandalizaban a causa de él, dice Mateo. Escandalizarse, en el texto original, es un término que describe una duda activa, agresiva, violenta. La violencia va contra el objeto de la duda, si es una persona; en este caso, Jesús. Los que dudan están a un paso de rechazarlo. Y la actividad de la duda se produce en relación con las otras personas. Es una especie de celo misionero del que duda. Trata de inducir a otros a que duden igualmente. Jesús ya no argumenta más. No trata de persuadirlos, ni hace falta; están en un estado anímico y mental de plena resistencia. Todo lo que hace Jesús es traerles a la memoria una experiencia que la nación ya ha vivido, en el pasado, con sus profetas, asemejándose a ellos como Enviado de Dios. En todas partes se honra a un profeta, les dice, menos en su tierra y en su propia casa.

La incredulidad infiel (Mateo 13:58)

Y, por la incredulidad de ellos, concluye Mateo, no hizo allí muchos milagros. La incredulidad de alguien que ha recibido todas las evidencias para creer es infidelidad; y la infidelidad es una traición. Los nazarenos traicionaron, no a Jesús, sino a Dios. Así como Jesús dijo a sus discípulos: el que a vosotros recibe, a mí recibe; y el que a ustedes no recibe, tampoco me recibe a mí; el que no cree en Jesús es infiel a Dios, porque diciéndose servidor de Dios, no lo respeta. Además, la incredulidad de los humanos impide la acción de Jesús en beneficio de ellos mismos. No hay rechazos pequeños; rechazar a Jesús es rechazar al Salvador. Sin Salvador, el pecador no se libra de su pecado; y en el día del Juicio estará sin defensor, por elección propia y para su propia ruina. Rechazar al Rey es quedarse fuera del Reino de los cielos.

Muerte del Bautista: Juramentos equivocados (Mateo 14:1-12)

Herodes Antipas, gobernador de Galilea y Perea, era un gobernante autoritario y despótico. En casi todo seguía el modelo de su padre, Herodes el Grande, pero no poseía su inteligencia, ni su fuerza de voluntad. Su carácter era inferior, su personalidad incierta, su voluntad débil; pero era de fuertes pasiones. La estabilidad de sus promesas dependía de la intensidad de sus pasiones. Un tirano peligroso.

Herodes reconoce el verdadero poder (Mateo 14:1, 2)

Los hombres débiles siempre reconocen el verdadero poder; lo temen. Pero no lo respetan. Dice Mateo que, por aquel tiempo, el tiempo del tercer viaje de Jesús por Galilea, se enteró Herodes de sus obras. Sus informantes fueron los miembros de la corte. Ellos, a su vez, debieron haberlo oído de otras personas. Herodes se asustó. Pensó enseguida que era Juan el Bautista, ya muerto por su tiránica voluntad, muchas veces sujeta a la

manipulación de terceros. Él temía a Juan el Bautista cuando estaba vivo. Reconocía el poder superior que obraba en él. Al escuchar el comentario de sus hombres, les dice: Ese es Juan el Bautista que ha resucitado, por eso tiene poder para realizar milagros.

Reconoció el poder de los dos: Juan el Bautista y Jesús. Desgraciadamente, el mero reconocimiento del verdadero poder con el que actuaban Juan y Jesús no otorgó poder al carácter débil de Herodes. Tendría que haber creído en ellos. Sin superstición, con fe genuina. Si hubiera aceptado a Jesús, aunque su fe no hubiese tenido otra base más que sus milagros, ya habría sido un buen comienzo. Pero no, él no quería renunciar a la acción de sus pasiones.

Las pasiones de un hombre débil (Mateo 14:3-5)

Herodes había arrestado a Juan el Bautista, cuenta Mateo. Lo puso en la cárcel. Una horrible cárcel ubicada en la Fortaleza Negra de Maqueronte, al este del Mar Muerto, en Perea. La fortaleza había sido construida por Herodes el Grande, para proteger la frontera de los merodeadores árabes, que constantemente trataban de invadir su reino. ¿Por qué lo puso en la cárcel? ¿Por motivos de Estado, como dice Josefo? ¿Por asuntos relacionados con la defensa de la frontera? Nada de eso. Por sus pasiones. Por causa de Herodías, dice Mateo. Herodías era la esposa de su tío Herodes Felipe I, hermano de Herodes Antipas. Herodes Antipas le quitó la esposa a su hermano y así Herodías, su propia sobrina, se convirtió en su mujer. Pasiones.

Juan el Bautista constantemente le hacía recordar su pecado. La Ley te prohíbe tenerla por esposa, le decía. Cada vez que lo oía, las pasiones de Herodes entraban en ebullición. Quería matarlo, dice Mateo. Pero la debilidad de su carácter lo frenaba. Tenía miedo, informa Mateo. Miedo a la gente. ¡Paradójico! Un tirano que teme al pueblo. Tal vez sea el temor al pueblo la razón principal por la que los tiranos son siempre despóticos y violentos. Y el pueblo tenía a Juan por un profeta. Es posible que, después de un tiempo de relación con Juan, el mismo Herodes haya concluido que era profeta. Pero, como no lo aceptó, ni siguió sus enseñanzas, lo temía.

El juramento de las pasiones (Mateo 14:6-11)

No tenía por qué prometer nada. Mucho menos jurar. Era el rey. Tenía todo el poder. Con una sola orden, podía controlar cualquier situación que surgiera en el palacio. De paso, en esta ocasión estaba de visita en la Fortaleza Negra. Su destino era enfrentar a Aretas, rey árabe de los nabateos, que en esa zona tenía frontera común con el territorio de Herodes. Aretas era su suegro. Padre de su legítima esposa, de quien se había divorciado. En esta ocasión estaba celebrando su cumpleaños y tenía muchos invitados, los más poderosos de su gobierno. Salomé,

hija de Herodías, entró en la sala donde los invitados comían y bebían. Danzó. Los embotados sentidos de Herodes, por el alcohol y la danza, dieron rienda suelta a sus pasiones. Primero quiso mostrarse grande y poderoso. Pide lo que quieras, le dijo; yo te lo daré. Promesa ilimitada, muy inconveniente para un hombre grande. Después quiso mostrarse generoso y confiable. Juró. El juramento de un rey, y de cualquier persona, tiene que ser serio, si se trata de cosas serias, por supuesto. Pero nada era serio en esa fiesta. Pasiones. Todo era pasional y orgiástico. Banal. Todas las pasiones son así. Siempre conducen a lo peor, lo despreciable; destructor. Destruyen todo, hasta la vida. Dame en una bandeja la cabeza de Juan el Bautista, pidió Salomé, después de consultar con su madre. Terrible demanda del odio. Y, entonces, la sorpresa. El Rey se entristeció, dice Mateo. La tristeza de las pasiones. Uno imagina que sus dones serán gratos, mejores cada vez, cada vez más numerosos, más llenos de alegría, más gustosos y agradables. No es así. Tristeza es lo que traen. Angustia, sinsabor. Una conciencia atormentada. Una experiencia de dolor. Pasiones que controlan la misma voluntad, y el débil se hace fuerte en su flaqueza. Persiste en el error, como si fuera la única manera de conservar una virtud, que ya ha perdido. Entonces pesa el juramento. La opinión de los demás, como una ley de obligación inalterable, exige su obediencia. A causa de sus juramentos y en atención a los invitados, dice Mateo, Herodes, mandó decapitar a Juan. Una tragedia, una injusticia, un crimen. ¡Terrible asesinato! La propia maldad de las pasiones. Llevaron a Salomé, en una bandeja, la cabeza de Juan; y ella la entregó a su madre. No hay nada rescatable en las pasiones. Solo la muerte existe en ellas. Y, antes de la muerte, la miseria humana destroza lo mejor que tiene en la vida, poco a poco, hasta que acaba con la vida misma.

Herodes no debió haber prometido nada a Salomé. Si quería hacerle un regalo, como recompensa, debiera haberlo elegido él mismo; y ella hubiera estado contenta con lo que fuera. Aun habiendo prometido, con toda clase de juramentos, hubiera sido más propio de un rey haberse retractado de ellos. El juramento de las pasiones no tiene valor moral; en sí mismo es inmoral. ¿Por qué reconocer obligación, sentirse responsable, por lo que en sí no es más que una grosera y descuidada irresponsabilidad? Es mejor reconocer un error y terminar con él que seguir acumulando otros mayores, tan solo porque cometimos el primero.

Acciones sin pasiones (Mateo 14:12)

Mateo concluye el relato sobre la muerte de Juan el Bautista diciendo lo que sus discípulos hicieron, después de enterarse de su muerte. Dos cosas:

Primero, llevaron el cuerpo para sepultarlo. No hay gritos, no hay lamentos, no hay acusaciones, no hay protestas contra nadie. No hay preguntas. Nadie dice ¿por qué? Nadie piensa que Dios abandonó a su mensajero. Nadie se lamenta. No hay pasiones. ¿Será que esos discípulos

fueron tan fríos, que no sintieron nada por la trágica muerte de su maestro? Por cierto, sintieron la muerte. La sintieron profundamente; de otro modo no se hubieran molestado en recuperar su cuerpo y darle debida sepultura. Sentimientos, ellos tenían, y fuertes; lo que no tenían eran pasiones. Por eso, hicieron todo con paciencia. Sin desbordes. Sin rencores. Sin ardientes intenciones de venganza. A pesar del dolor, sabían en quién confiar y a él fueron.

En segundo lugar, avisaron a Jesús sobre todo lo ocurrido. Así hacen los que, en lugar de dejarse conducir por las pasiones, actúan por la fe. Van a Jesús. En él encuentran su consuelo, su seguridad, su paz y la completa explicación de todo lo que sufren. Es más, estos discípulos se identificaron tan completamente con Jesús, que integraron todas las labores, hechas por ellos bajo la dirección de Juan, con las labores de Jesús. Los que actúan por la fe, siempre hacen lo mismo. Integran sus propias obras con las obras de Jesús de tal manera que, en nada, actúan separados de él. Las obras de Jesús son las obras de ellos y las obras de ellos solo son hechas en Jesús. La voluntad del creyente se integra de tal modo con la voluntad de Cristo, sin dejar espacio a las pasiones, que ya no existen dos voluntades, sino una. La de Cristo. Por eso, Pablo dirá más tarde: “Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Lo que ahora vivo en el cuerpo; lo vivo por la fe en el Hijo de Dios, quien me amó y dio su vida por mí” (Gál. 2:20, NVI).

Alimenta cinco mil: Compasión (Mateo 14:13-21)

Ahora Mateo nos traslada a un lugar solitario. Jesús se fue allí, en una barca, después de recibir la triste noticia de la muerte de Juan el Bautista. Él solo, dice Mateo. La multitud lo sigue. Luego se unen a él los discípulos. Algo importante en este relato: la compasión de Jesús y la responsabilidad de los discípulos. No hay separación entre Jesús y sus discípulos en las obras de compasión. Actúan juntos. No hay eficiencia en un servicio independiente: los discípulos no tienen los recursos para atender a la multitud y Jesús los usa como sus representantes. Los beneficiados son todos los que están en contacto con ellos: hombres, mujeres y niños.

Compasión de Jesús (Mateo 14:13, 14)

Se acercaba la Pascua. La gente comenzaba a salir de todos los pueblos para el viaje familiar y comunitario hacia Jerusalén. Los que debían pasar por Capernaum, planearon una visita a Jesús, para escuchar sus enseñanzas y recibir el beneficio de la sanidad. Se encontraron con una multitud en movimiento. La gente se dirigía hacia el otro lado del lago. Se habían enterado de que Jesús y sus discípulos estaban en viaje, hacia un lugar solitario, para descansar. Los discípulos acababan de regresar de su viaje misionero, necesitaban descanso y evaluación de sus actividades. Se sumaron a ellos los discípulos de Juan que habían traído, a Jesús, la noticia de su muerte. La multitud no pensó en nada de esto,

ni lo sabía. Solo pensaron en verlo. Fueron al otro lado del lago. Unos a pie, bordeando el lado norte, otros en barco. Cuando Jesús llegó al lugar, ya había una multitud esperando. Desembarcó en un lugar sin gente y subió la colina. Desde allí vio cómo, poco a poco, se juntaron unos cinco mil hombres, muchas mujeres y niños.

El descanso ya no era importante. Lo importante era la gente, sus necesidades, su interés. Y, viéndolos, dice Mateo, Jesús tuvo compasión de ellos. Compasión. Lo que Jesús sintió no era la emoción de lástima que a veces sentimos por las personas que sufren alguna desgracia. Era una profunda disposición de simpatía que conmovió todas sus entrañas y su voluntad para ayudar a la gente, solo porque necesitaban algo. El amor se centra en la persona objeto del amor y da, sin esperar nada en retorno, salvo el afecto. La compasión, como afecto entrañable, procura el bienestar de la persona objeto de la compasión, pero describe a la persona que la siente y produce alegría a Dios (Fil. 2:1, 2). Por eso, Mateo usa el término con pleno sentido mesiánico. En un momento cuando cualquier ser humano protestaría por la interrupción en su descanso y por la invasión de su privacidad, Jesús siente compasión por la multitud, y siente así, tan diferente del resto de los seres humanos, porque él es el Mesías.

No solo Jesús siente compasión, también los cristianos deben sentirla. Cuando cuenta la parábola del samaritano para describir quién es nuestro prójimo, dice que este buen hombre tuvo compasión del herido: le dio los primeros auxilios, lo llevó al mesón, cuidó de él y pagó la cuenta por adelantado (Luc. 10:33-35). De nuevo, en la parábola del hijo pródigo, al describir al padre, cuando el hijo regresa, dice que tuvo compasión de él: corrió hacia su hijo, se echó sobre su cuello, lo besó, le puso un vestido nuevo, un anillo en su dedo, calzados en sus pies, le hizo una fiesta, y todos se regocijaron (Luc. 15:20-24). La compasión es una marca que distingue la vida de los cristianos individuales y la comunidad cristiana en conjunto (Fil. 2:1). La compasión cristiana no es un sentimiento de lástima, triste y abatido. Es afecto que conmueve todas las entrañas y la persona entera. Se manifiesta en un cariño alegre, sin protesta por nada, para atender cualquier necesidad de alguien incapaz de resolverla de otro modo.

Movido por la compasión, Jesús sanó a los que estaban enfermos y predicó el evangelio a todos los presentes, durante todo el día. Y había otra obra que debía hacer, pero esa no la haría solo; porque necesitaba dar una lección de valor práctico a sus amados discípulos recién llegados de su viaje misionero.

Responsabilidad de los discípulos (Mateo 14:15-18)

Hay una responsabilidad que tenían los discípulos de entonces, no muy diferente de la que todos los discípulos de todos los tiempos han tenido. Aparece aquí de dos maneras, como ellos la entendieron y como Jesús la entendía.

Cómo los discípulos entienden su responsabilidad. Ya era tarde. El sol estaba poniéndose en el oeste y nadie había comido en todo el día. Los discípulos entienden que ellos deben preocuparse por la necesidad de la gente. No necesariamente atenderla. Se acercaron a Jesús. Este es un lugar apartado, le dicen, y se hace tarde. Despide a la gente. Hay pueblos cercanos en los que ellos pueden comprar el alimento que necesitan. Están cumpliendo con la responsabilidad que reconocen, no con la que tienen. Ni siquiera se dan cuenta de ella. Si los seres humanos, aunque fueran cristianos, hubiesen quedado en libertad de definir la misión de la iglesia y, por consiguiente, la de ellos también, habrían optado por una misión muy reducida. Limitada solo a lo que sus reducidos recursos naturales pudieran resolver. Ellos podían controlar el horario, organizar las actividades, señalar dónde estaba el alimento, crear las condiciones para que la gente buscara su alimento. Pero darles alimento, no era su responsabilidad. No la entendían así. Hasta el día de hoy, existen cristianos que no quieren dar alimento a los necesitados; para que no acepten el evangelio por los panes y los peces. Como si fuera un error estratégico fundamental atender sus necesidades materiales.

No tienen que irse, les objetó Jesús. Denles ustedes mismos de comer. Ahora está clara, delante de ellos, su tarea. El cumplimiento de la misión no ocurre cuando se organiza su acción, cuando se pide a los dirigentes que tomen los acuerdos apropiados que la favorezcan, cuando se invita a los creyentes a participar en ella, cuando se definen los presupuestos para ejecutarla, cuando se imprimen los materiales que se usarán en ella. Aunque todo esto sea indispensable y haya que hacerlo, la misión se cumple cuando se ofrece la comida a los que la necesitan. Cuando los creyentes cuentan el evangelio a los que no lo han oído. Denles ustedes de comer, les dijo Jesús. No tenemos aquí, le respondieron los discípulos, más que cinco panes y dos pescados. Traiganlos acá, les dijo Jesús. Trabajemos juntos. Traiganme a mí lo que ustedes tienen, y juntos vamos a alimentar a esta multitud. No intenten hacerlo solos. Ustedes ya saben lo que ocurrirá. Pero tampoco menosprecien ni disminuyan lo que yo puedo hacer junto con ustedes y lo que ustedes junto conmigo son capaces de realizar. ¡Vamos! ¡Manos a la obra!

Acción compartida (Mateo 14:19, 20)

Quien da las órdenes es Jesús. Mandó a la gente que se sentara sobre la hierba, dice Mateo. Los discípulos organizaron a la multitud en grupos. Jesús bendijo los panes. No era mucho. Cinco panes y dos pescados es realmente poca cosa. Pero era todo lo que tenían, y esta es la medida de la abundancia. Todo lo que el ser humano tiene más la bendición de Jesús. Para qué más. Lo importante es que estén juntos. No hay misión imposible cuando los creyentes y Jesús trabajan juntos. Luego, dice Mateo, Jesús partió los panes y se los dio a los discípulos. Cuando ellos recibieron los

pedazos, ya estaban multiplicados; porque si así no fuera ¿cómo alcanzarían cinco panecillos, la merienda de un niño pobre, para que cada uno de los doce discípulos recibiera una cantidad suficiente para repartir a la multitud? Todos comieron, dice Mateo, hasta quedar satisfechos. El trabajo fue realizado con eficiencia y plenitud; a plena satisfacción de todos. Ni una queja. ¿Por qué? Los discípulos no estaban solos, sujetos a sus propias limitaciones. Trabajaron unidos al poder de Jesús. Y la limitación humana, cuando se une con el poder divino, lo puede todo. Nada os será imposible, dirá Jesús a sus discípulos, un poco después, cuando les hable de la fe que necesitan para realizar sus labores (Mat. 17:20).

Los beneficiados: hombres, mujeres, niños (Mateo 14:21)

La información estadística de Mateo, con que concluye el relato, nada tiene que ver con el trabajo de los especialistas de nuestro tiempo, que sin duda objetarán la falta de precisión de los datos. Los que comieron, dice, fueron unos cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños. Tampoco tiene nada que ver con nuestras sofisticadas discusiones sobre los derechos de los miembros más débiles de nuestra comunidad humana, entre los cuales están las mujeres y los niños. No digo que esta discusión esté necesariamente mal. Digo que ella no estaba en la mente de Mateo, ni pretende agregar combustible a nuestro fuego, ausente en ese tiempo. Lo único que dice es que en esa reunión participaron hombres, mujeres y niños. Muchos. Y todos fueron igualmente atendidos. Todos recibieron la misma cosa, panes y pescados. Lo que estaba disponible. Tampoco tenemos que pedir a la iglesia que haga distinción entre ellos. Con el objetivo de atenderlos bien, podemos caer en el delito de crear subgrupos en conflicto. Todos tienen que ser atendidos, sin exclusión de nadie, con todo lo que tengamos, bajo la multiplicación milagrosa de Dios.

Jesús camina sobre el lago: Poder para la acción (Mateo 14:22-36)

Cuando el día terminó, tuvieron que buscar otro escenario para la acción redentora que cumplían juntos, Jesús y sus discípulos. Tuvieron que regresar al otro lado del lago, a la región de Genesaret. Allí los esperaba otro trabajo intenso. Necesitarían el poder que proviene de la oración y de la fe.

Poder por la oración (Mateo 14:22-24)

Jesús ordenó a sus discípulos que subieran al barco y se adelantarán a él en el viaje hacia el otro lado. No preguntaron cómo se iría él. ¿Para qué? Él siempre sabía qué hacer y cómo. Mientras ellos se iban, Jesús despidió a la multitud y luego se apartó a un lugar solitario, en la montaña, para orar. Era su hábito. Vivía en constante comunicación con su Padre. Ahí estaba la Fuente de su poder como ser humano. Todos los seres humanos necesitamos vivir unidos a Dios; de lo contrario, nuestra

vida espiritual será inestable, de altibajos. En cambio, la comunión con Dios nos otorga una vida espiritual de crecimiento constante y de alegría permanente en el Señor. Nos produce espontáneo interés en la misión y nos da los recursos espirituales para ejecutarla. Jesús oró desde el anochecer hasta cerca de la madrugada..

El poder de la fe (Mateo 14:25-33)

El viaje de los discípulos fue lento. Tenían viento en contra, y en esas condiciones se necesitaban unas ocho o nueve horas para cruzar las cuatro o cinco millas del lago desde el lugar en el que estaban navegando. Se zarandeaba el barco, y ellos tenían miedo. Ya en la madrugada, se acercó Jesús. No lo reconocieron. Su mente estaba concentrada en el peligro y la dificultad de la navegación. Es fácil que ocurra. Todos lo sabemos. Las preocupaciones, con los problemas de la vida, nos quitan a Jesús de la memoria y vivimos como si él no existiera. Y hasta cuando se presenta a nosotros, no lo reconocemos. Llegó él caminando sobre las aguas y los discípulos, al verlo, pensaron que era un fantasma. Más miedo. Gritaron de miedo, dice Mateo. Angustia. A las dificultades propias de la vida, los humanos siempre les agregamos los problemas que nos crean nuestras supersticiones, o nuestra propia imaginación descontrolada o nuestras creencias espirituales erradas. En lugar de resolverlas con la fe, dejando que Cristo utilice su poder para ayudarnos, las aumentamos con nuestra angustia y nuestra ansiedad. A pesar de todo, Jesús no olvida nuestras necesidades, ni nos abandona a nuestros males. ¡Cálmense!, soy yo, les dijo. No tengan miedo.

Pedro, con su permanente oportunismo religioso, al ver que Jesús caminaba sobre las aguas, quiso sacar ventaja para sí y hacer lo que los otros no harían. Señor, le dice, si eres tú, ordéname que vaya a ti sobre las aguas. Ven, le dijo Jesús. Pero él sabía lo que iba a ocurrir. La intención de sobresalir por encima de los demás no es base suficiente para el milagro. El deseo de ser más que los otros no corresponde a la mente consagrada. Ni produce resultados espirituales permanentes; ni siquiera es útil para aumentar nuestro prestigio a la vista de los otros. Pedro caminó, sí, por un trecho corto. El viento lo asustó. La fe no se desanima con la primera dificultad que aparezca. Al contrario, se confirma, persiste, crece; y, a medida que las dificultades la sometan a prueba, dará una confianza cada vez mayor y más segura. Pero Pedro no tenía fe suficiente. Si la hubiese tenido, es muy probable que no habría pedido lo que pidió. Comenzó a hundirse. ¡Señor, sálvame!, clamó, con pánico. Ahí estaba la mano extendida de Jesús, que nunca se esconde ante el menor pedido de sus seguidores. Sujetándolo, le dijo: ¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste? La fe no duda nunca. Toda vez que dudamos es porque no tenemos fe, o porque nuestra fe es demasiado pequeña. La acción cristiana, cualquiera que sea, siempre requiere fe. Hasta cuando estamos bien

junto a Jesús, la necesitamos. Nada podemos hacer sin fe; porque sin fe es imposible agradar a Dios.

Jesús y Pedro, sostenido por la mano de Jesús, subieron a la barca y se calmó el viento. ¡Qué alivio para Pedro! Ya no tenía los pies sobre las inquietas y peligrosas aguas. ¡Qué tranquilidad para los discípulos! Ya no amenazaba el viento. Al menos una cosa buena hicieron. No olvidaron a Jesús. Lo adoraron, diciendo: Verdaderamente tú eres el Hijo de Dios. Gratitud y reconocimiento. ¡Cuán indispensables son en la vida espiritual! Dios actúa en todas las experiencias nuestras de la vida. ¡Cuánto bien nos hace reconocerlo! ¡Cuánta alegría nos da saber que él es quien controla nuestras tormentas y es él quien disipa las angustias nuestras! Solo el que cree de verdad puede ver la mano de Cristo sobre su propia mano, cuando con él actúa. Y nunca, el que cree, actúa solo. Porque sus obras son hechas siempre con Dios (Juan 3:21).

Las obras de la oración y la fe (Mateo 14:34-36)

Llegaron a Genesaret. Como siempre, la noticia de su viaje a la ciudad se esparció por todos los alrededores. Genesaret era un pueblo pequeño, ubicado en la ribera noroeste del Mar de Galilea; en la región del mismo nombre, no muy extensa. Generosa y ubérrima. Producía nueces, dátiles, higos, uvas, aceitunas en abundancia y por mucho tiempo. Había frutas todo el año. Las higueras y las viñas estaban en plena producción durante diez meses del año. La llamaban el Paraíso de Galilea. La gente comenzó a llegar con sus enfermos. Muchos enfermos. Todos ellos suplicando, cada uno por su propia enfermedad. Déjanos, aunque tan solo sea, tocar el borde de tu manto, le decían. ¡Inmensa fe! Y los que lo tocaban, eran sanados. Todo era perfecto: la exuberancia de la tierra, la confianza de la gente, la hermosura del lago, la belleza de la llanura y las colinas que elevaban hacia el cielo la hermosura de los huertos de producción casi ilimitada. Jesús, en plena labor de agradable enseñanza y sanidades llenas de gozo. La gente y los discípulos sentían el poder y, con plena capacidad, lo disfrutaban sin mezcla de inquietudes, ni dudas, ni angustias, ni dolores. Todo era alegría, gozo perfecto, y una confianza espiritual tan plena y tan segura que hubieran querido continuar así, para siempre, con Cristo como rey de un reino más fuerte y más extenso que el Imperio Romano. Pero siempre surgen problemas.

Tradición y Mandamientos de Dios (Mateo 15:1-20)

¿Qué es más importante, la tradición o el Mandamiento de Dios? Esta pregunta no pareciera ser relevante hoy. Primero, porque se trata de una tradición sobre la pureza ceremonial, sin ningún valor en nuestro tiempo. Segundo, porque la mayoría de los cristianos, al parecer, no están interesados en la obediencia a la Ley, pues consideran que la obediencia no es importante para la salvación. La salvación, afirman acertadamente, es por

fe; no por obras. Problemas de una tradición sobre impureza ceremonial no existen hoy, pero existen otras tradiciones, que pueden producir, y de hecho muchas veces producen, el mismo problema. Cuando la tradición, cualquiera que sea, sin tener nada que ver con la limpieza ceremonial, tiene que ver con la limpieza moral, es relevante hoy y siempre. Y en cuanto a la obediencia a la Ley moral, ¿qué dijo Cristo y cómo nos afecta?

Discusión con los líderes de Jerusalén (Mateo 15:1-9)

Los dirigentes de Jerusalén enviaron una delegación de fariseos y escribas, o maestros de la Ley, para plantear a Jesús un problema específico. Se trataba de la impureza ceremonial en relación con el lavamiento de las manos antes de comer. Muy importante para esos líderes. Se produjo un diálogo con Jesús, quien respondió sus preguntas con ideas bien claras y directas.

¿Por qué quebrantan, tus discípulos, la tradición de los ancianos?, preguntaron. Luego agregaron: ¡Comen sin cumplir el rito de lavarse las manos! La tradición de los ancianos estipulaba que todo judío debía lavarse las manos antes de cada comida, y cada vez que comiera. Escribas y fariseos eran particularmente celosos en la enseñanza de esta tradición. Especialmente los fariseos, que la practicaban fielmente y la exigían de los demás, con mayor celo aún. No comían con alguien que no se lavara las manos, porque una persona tal contaminaba la comida y a los que comieran con ella. Esta falta, decían, era un pecado contra Dios. Tan grande pecado como el adulterio (Rabino Joses). Las tradiciones, en general, eran preceptos para ayudar a la gente en su cumplimiento de la Ley. Pero, llegaron a considerarlos más sagrados que ella. Si algún precepto de la tradición contradijera la Ley, ese precepto tenía prioridad sobre la Ley. Era el caso en cuestión. Si la persona no se purificaba y persistía en su falta, podía ser muerta, sin castigo para el que ejecutara la sentencia. La tradición era más importante que el sexto mandamiento del Decálogo: No matarás. Y ahí estaba el problema: un mandamiento humano tenía más importancia que el divino mandamiento.

La idea de que lo humano tiene prioridad sobre lo divino, traslada la discusión de la purificación ritual a la purificación moral. Y esto es relevante para todos los tiempos, incluso el nuestro. El ataque contra los discípulos era, en realidad, un ataque contra Jesús, contra Dios. Jesús no podía permanecer indiferente a esta contradicción. ¿Y por qué ustedes quebrantan el Mandamiento de Dios, retrucó Jesús, a causa de la tradición? Luego citó un mandamiento del Decálogo, de valor universal, y un mandamiento de Moisés, de valor nacional. Honra a tu padre y a tu madre, dice el quinto Mandamiento (Éxo. 20:12). Y el mandamiento de Moisés: El que maldiga a su padre o a su madre será condenado a muerte (Éxo. 21:17). El cuidado de padre y madre era supremo. Pero ustedes, les dijo Jesús, han invalidado el Mandamiento de Dios enseñando

que un hijo puede quedar exonerado de toda responsabilidad para con ellos, si les dice: *Es Corbán*, es decir, dedico al Templo todo aquello con lo que pudiera ayudarlos. Por supuesto que podía seguir usufructuando de todo ello hasta su muerte. Solo entonces pasaba al templo. Después del voto, darles a los padres cualquier porción de lo dedicado al Templo, era sacrilegio. Una tradición que pretendía superar la Ley moral era más que un problema de purificación; era un problema moral. ¡Hipócritas!, les dijo Jesús. Con razón, el profeta Isaías, acerca de ustedes, profetizó diciendo: “Porque este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí, y su temor de mí no es más que un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado” (Isa. 29:13). La superioridad de las leyes morales de Dios sobre las tradiciones y los mandamientos creados por seres humanos es un asunto de relevancia permanente.

La posición de Cristo sobre la Ley moral quedó muy clara. La defendió con toda la fuerza de argumentación que podía usar ante la delegación que vino de Jerusalén. La defendió de la mayor autoridad que ellos aceptaban, las tradiciones. Las tradiciones eran lo único, entre los judíos, que realmente neutralizaba el Decálogo dado por Dios a Moisés en el monte Sinaí. Jesús puso el Decálogo sobre la tradición. Nada reconocía superior a los Diez Mandamientos.

Respuesta a la multitud (Mateo 15:10, 11)

Dirigiéndose a la multitud, Jesús aclaró aún más la discusión. Escuchen y entiendan, les dijo. No se confundan con la enseñanza de los fariseos y los maestros de Israel. Ellos dicen que, si no se purifican antes de comer, la comida que coman los contaminará. No es así. Lo que realmente los contamina a ustedes es la tradición, que ha salido de la boca de ellos y, usando sus bocas, ustedes también la defienden. Eso que sale de la boca de todos ustedes es lo que contamina al ser humano. De dentro de ustedes sale también el mal pensamiento, la palabra mala, la mala acción. Lo que Dios manda, no contamina. La Ley moral de Dios tiene que ser cumplida, porque ella nos mantiene distantes de toda contaminación moral. No hay contaminación moral en la obediencia a Dios. Por el contrario, la obediencia preserva la moral.

Respuesta a los discípulos (Mateo 15:12-20)

Los escribas y los fariseos reaccionaron contra Jesús, murmurando entre ellos, sin poder hacer nada en público contra él; porque su argumentación había sido muy clara. Los discípulos escucharon sus quejas. Aproximándose a Jesús, le dijeron: ¿Sabes que los fariseos se escandalizaron al oír eso? La respuesta de Jesús incluyó dos argumentos para tranquilizar a los discípulos: la planta y el ciego. No se preocupen por ellos; son plantas que mi Padre no plantó, y el mismo Padre celestial, a su debido

tiempo, las arrancará de raíz. Ellos solo son ciegos, siguió diciendo, y porque están guiando a otros ciegos, todos juntos caerán en un hoyo.

Pedro inmediatamente tomó la palabra y dijo: Explícanos la comparación. ¿Ni ustedes han entendido?, dijo Jesús. Y procedió a explicar todo lo conversado con los fariseos, dándoles el sentido pleno de la purificación y sus implicaciones morales. La comida que entra por la boca, les dijo, va al estómago y del estómago a la letrina. Lavarse o no lavarse las manos es intrascendente en relación con este proceso. Ocurrirá de todas maneras y de la misma forma. Pero, lo que sale de la boca viene del corazón y contamina. ¿Por qué? Muy simple, del corazón vienen malos pensamientos, adulterios, homicidios, robos, falsos testimonios, calumnias. Todo esto salía de la boca de los fariseos. Querían entrapar a Jesús para matarlo. Eso contaminaba la vida de ellos, y a todos los que invitaban a participar con ellos en esta obra criminal, si accedían. Comer sin lavarse las manos era inocente comparado con todo eso.

Ya no discutimos el lavamiento de las manos. Como problema, en el transcurso de la historia, murió solo. No tenía consecuencias, ni valores permanentes. En cambio, la impiedad desobediente a la Ley moral de Dios, que sale del corazón, sigue siendo importante, aun para los que piensen que las obras de la Ley no tienen valor alguno para la salvación de los perdidos. Y es verdad, la salvación es un regalo de Dios por la fe. Pero los principios morales todavía se encuentran en los Diez Mandamientos; y los malos pensamientos, los adulterios, la inmoralidad sexual, los robos, los falsos testimonios y las calumnias, junto con una hueste de otros males que salen del corazón, siguen siendo malos. La salvación es un regalo, y se obtiene por la fe; pero, si una persona continúa realizando todos esos males morales, sin arrepentirse, por ellos se perderá. La ley de las obligaciones rituales, junto con las leyes civiles, dadas para regir la vida de la nación israelita, terminaron. Estaban llenas de símbolos y de enseñanzas acerca del sacrificio de Cristo en la cruz; y, cuando la realidad, presentada por los símbolos, llegó, se acabaron los símbolos. Pero la Ley moral continúa. No puede terminar, porque es el fundamento moral del gobierno eterno de Dios.

Viaje a Tiro y Sidón: Fe de los gentiles (Mateo 15:21-28)

Jesús ya había hecho milagros en favor de gentiles romanos y gentiles gadarenos. Pero todos estaban dentro del territorio de Israel. Cuando envió a los doce en su viaje misionero de instrucción práctica, les ordenó que solo fueran a lugares dentro de la nación israelita. Pero, la misión que estaba fundando y el Reino de los cielos no era solo para ellos. Abarcaría a todo el mundo. En este viaje de descanso, lejos de las multitudes de Israel, que no se aventurarían a seguirlo dentro de territorio gentil, quería darles una lección práctica sobre la universalidad de su tarea. Tenía todavía, en ellos, una dificultad que necesitaba superar. Lo haría de un modo muy

propio de él. Con tacto, avanzando a pasos lentos, en la medida que ellos pudieran entenderlo y aceptarlo.

Necesidad de los gentiles (Mateo 15:21, 22)

Los habitantes de la región eran cananeos, paganos. Antigua raza de idólatras, cuya destrucción había sido determinada cuando los israelitas conquistaron la tierra de Canaán. Por causa de la infidelidad de Israel, Dios preservó la vida de muchos cananeos. Los griegos los llamaban fenicios, a causa de una tintura de color púrpura que vendían. Eran descendientes de Cam, pero asimilaron tan bien la cultura semita, de la cual descendían los judíos, que muchos los confundían con ellos. Pero, los israelitas los odiaban, y no les permitían participar de ninguno de los beneficios espirituales que los judíos, a diario, recibían. También en Tiro y en Sidón había judíos entre los cananeos y allí habían llegado, también, las noticias acerca de Jesús: sus obras de misericordia, sus enseñanzas sobre el Reino de los cielos y su trato compasivo con toda la gente.

Una mujer cananea se acercó a Jesús. No sabemos su nombre; no importa. Ella se convertirá en un símbolo, y la ausencia del nombre hace que su carácter simbólico, representando a todos los gentiles, sea más fuerte. Iba hacia él hablando en voz muy alta, a los gritos. ¡Señor, Hijo de David, ten compasión de mí! Nunca había visto a Jesús, pero no era difícil reconocerlo. Las historias que había oído lo describían en todos sus aspectos, como la gente suele hacer cuando está apasionada por alguien. Su aspecto, su porte, el modo de ser, la forma de caminar, la permanente compañía de los doce discípulos y mucho más. También sabía quién era, no al modo de los fariseos; a la manera de los creyentes. Le dio dos títulos; uno directamente mesiánico: Señor, le dijo. El otro, Hijo de David, lo reconocía como el Mesías Rey que Dios había prometido a David, de su descendencia. Apeló a la compasión de Jesús, esa actitud tan suya, que ayudaba a la gente para sacarla de la situación en que se encontraba y trasladarla a una condición de ciudadanos del Reino de los cielos. Cada vez que trataba a alguien compasivamente, esperaba una respuesta de fe que permitiera el cambio. La mujer cananea ya la tenía. No necesitaba esperar el milagro que pedía. Antes de él, ya aceptaba a Jesús como Rey. Mi hija sufre terriblemente, agregó. Está endemoniada.

Primer paso: armonía con los discípulos (Mateo 15:23, 24)

Jesús hubiera aceptado inmediatamente su fe y hubiera respondido a su súplica en el acto. Pero no era prudente. Los discípulos compartían, con todos los judíos, el mismo prejuicio contra los cananeos. No hubieran entendido, ni aceptado, una acción misericordiosa en favor de ellos. No en ese instante. Jesús lo sabía, y estaba dispuesto a trabajar con ellos para que superaran su discriminadora manera de pensar. No dijo nada. No era un silencio de re-

chazo, y la mujer lo entendió. Siguió detrás del grupo, andando y pidiendo. Los discípulos, en cambio, que evaluaban todo con el rechazo ya establecido en sus ideas, pensaron que la mujer lo incomodaba y que él lo sentía así. Despídela, le suplicaron. Jesús no accedió a su pedido, pero les respondió de una manera que ellos podían interpretar como aceptándolo. No fui enviado, les dijo, sino a las ovejas perdidas del pueblo de Israel. Los judíos eran el primer objetivo de su misión. Pero, con lo que haría por la cananea, estaba a punto de decirles cuál sería el siguiente objetivo: los gentiles.

Diálogo con la cananea: No está bien (Mateo 15:25-27)

Ahora la mujer no aparece acercándose a Jesús mientras gritaba para llamar su atención. Ya lo hizo. Tampoco lo sigue por detrás para indicarle que cree verdaderamente en él. Ya lo hizo. Ahora está delante de él, arrodillada. Suplicando: ¡Señor, ayúdame! No grita. Ya lo hizo. Su quebrantada voz no lleva la desesperación del grito; comunica el sentimiento de la súplica. Tuvo que haber impresionado a los discípulos, pero no lo suficiente para ablandar su dura percepción exclusivista. Sintieron, tal vez, un poco de lástima por ella; pero sentir misericordia como Jesús sentía, todavía no. Por eso, Jesús responde a la mujer de un modo que parece extraño. No está bien, le dice, quitarles el pan a los hijos y echárselo a los perros. Era así como los judíos trataban a los gentiles. Era así como los discípulos pensaban acerca de la cananea, y la cananea lo sabía. Pero no se angustia. Jesús no había terminado el diálogo con ella. Los judíos ni siquiera hubieran conversado. El solo hecho de que Jesús le hablara, para la cananea, representaba una promesa del milagro. Sí, Señor, dice ella, segura de que sus palabras mostrarán la fe que tiene y la humildad de su actitud honesta. Pero, agrega, hasta los perros comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos. Los discípulos saben muy bien cuánto valora Jesús la fe y cuánto aprecia la humildad. Todo el cuadro está, ahora, visible ante sus ojos. La mujer tiene una enorme necesidad, su hija está totalmente controlada por el poder de los demonios y Cristo vino a derrotarlos. La mujer, sin tener obligación religiosa alguna, lo reconoce como su Mesías, como su Rey, como su único Ayudador. Ella cree, es humilde y pide. Suplica, en realidad. No pide como alguien con derecho a recibir; solo apela a la gracia y a la misericordia. Solo a la bondad de Jesús. Solo a su impar compasión y a su infinito amor.

Segundo paso: Cúmplase (Mateo 15:28)

¡Mujer, le dice Jesús, cuán grande es tu fe! Al centurión romano, con una fe parecida, le dijo: Ni en Israel he hallado tanta fe. Los discípulos tuvieron que haber recordado ese incidente, y sus prejuicios contra la cananea, sin duda, se desmoronaron; como se deshicieron aquella vez, ante la fe del centurión. Los discípulos estaban preparados para aceptar el milagro en favor de la mujer, y Jesús dio el segundo paso de su estrategia con

ellos. Dijo a la mujer: Cúmplase lo que quieres. Su hija se sanó en aquel mismo momento. El poder de Satanás fue derrotado también entre los paganos, y la puerta de la misión a los gentiles y a los territorios más allá de las fronteras de Israel estaba abierta.

Milagro en Decápolis: Acción en favor de los gentiles (Mateo 15:29-39)

Los discípulos estaban preparados para una obra mayor entre los gentiles. Jesús retorna por el lado este del lago, hacia Decápolis, zona de gentiles (Mar. 7:31). Tenía allí una obra que completar. Los antecedentes aparecen en el relato de la visita a Gadara (Mat. 8:28-34). Después de sanar a los endemoniados, los habitantes del lugar le pidieron que se fuera de sus territorios. Marcos cuenta que, antes de partir, encomendó a los endemoniados que contaran lo que Jesús les había hecho. Y ellos lo contaron por toda Decápolis (Mar. 5:20). En esta nueva visita al mismo territorio, Jesús actuó, cumpliendo su misión, como lo hubiera hecho en cualquier lugar de Israel.

Enseña como un maestro (Mateo 15:29)

Al llegar al lugar, subió a la montaña y se sentó. Esta era la forma típica de actuar de los rabinos de Israel, cuando ejercían su labor de maestros. Enseñaban sentados en un lugar público. Lo mismo hizo Jesús cuando subió al Monte de las Bienaventuranzas para pronunciar las enseñanzas del famoso Sermón de la Montaña (Mat. 5:1).

Sana a los enfermos (Mateo 15:30, 31)

Junto con la enseñanza, realiza las obras de misericordia que hace en todo lugar adonde va. La ocasión anterior la gente se acercó a él para pedirle que se fuera del lugar. Ahora, una gran multitud viene trayendo toda clase de enfermos: cojos, ciegos, lisiados, mudos y muchos enfermos más. Y Jesús los sanó.

Dos reacciones de la gente: se maravillan con admiración llena de alegría y alaban a Dios. Ya no quieren que se vaya. Estuvieron tres días escuchándolo sin retirarse. Solo se interesan en su enseñanza y se regocijan por causa de los milagros que realiza. Por el testimonio de los ex endemoniados saben quién es. No quieren perder nada de lo que hace. Los milagros son muchos, pero el mayor de los milagros que hizo entre los gentiles está todavía por delante.

Tiene compasión por la gente (Mateo 15:32-34)

Después de los tres días de enseñanza y milagros de sanidad, la gente tenía necesidad de comer. Jesús también era sensible a las necesidades físicas y materiales de la gente. Los había atendido espiritualmente. Había sanado sus enfermedades. No los podía dejar ir debilitados y con hambre. Siento compasión de esta gente, dijo. Hace tres días que están conmigo y

nada tienen para comer. Aquí comienza a modificar la expresión de sus sentimientos y deseos para con ellos. Hasta ahora fueron de simpatía y compasión. Ahora comienza a expresar su voluntad para con ellos. No quiero, dijo, despedirlos sin comer. Ahora dice lo que no quiere. No quiere verlos padecer ningún tipo de necesidades. Esto es real, no solamente con los gentiles de Decápolis; también con todas las gentes de todo el mundo. Hay mucha pobreza y miseria en el mundo, pero no es porque Dios quiera eso para la gente. No lo quiere. Existen como resultado y consecuencia del imperio maligno que el demonio ejerce sobre la tierra. El egoísmo, la explotación, la desidia, la imprevisión, la irresponsabilidad, la insensibilidad y la avaricia son responsables por la escasez y la miseria humanas. Dios no las quiere.

Los discípulos, olvidándose completamente de lo que había ocurrido en Betsaida, donde, con cinco panes y dos pescados, cinco mil hombres, más mujeres y niños; comieron hasta saciarse, dijeron: ¿Dónde podríamos conseguir suficiente pan para toda esta multitud? El lugar era solitario y los pueblos estaban muy distantes; realmente no había dónde comprar nada. Pero, ¿necesitaban, acaso, comprar algo? Jesús era el mismo, sus poderes no habían disminuido y su compasión era igual; el podría hacer otro milagro. El olvido de la duda, sin embargo, es siempre muy realista. Llega siempre al mismo punto: no hay, ni posibilidades tenemos de obtener alguna cosa. ¿Se olvidan, por ventura, que si hubiera un lugar donde comprar no tendrían dinero para hacerlo? No, pero es así; la duda trabaja con una jerarquía de imposibilidades: Primero, la más obvia; después vienen las otras, y siempre hay algo racional que impide el paso hacia el milagro.

Ejerce su poder (Mateo 15:35-39)

Jesús actúa. Muy pocas veces argumenta. ¿Para qué? Siempre su mejor argumento es una acción de poder y de milagro. ¿Cuántos panes tienen?, preguntó. Siete, dijeron ellos, y unos pocos pescaditos. Luego, Jesús mandó, dice Mateo. Una orden de esas que nadie puede omitir, como la orden de un rey. El Rey davídico estaba hablando. Bajo su orden, la gente se sentó en la grama y los discípulos distribuyeron el alimento, que se iba multiplicando en sus propias manos; para que nunca más olviden el poder que Jesús tiene. Poder de comando, poder milagroso, poder para hacer las cosas necesarias de la misión. En ese instante, Jesús dice lo que quiere. Y todos reciben lo que él quiere darles, en abundancia. Sobra. Comieron cuatro mil hombres, dice Mateo, sin contar a las mujeres ni a los niños. Niños, mujeres y hombres, sin discriminación alguna. ¡Ah! Lo más importante, eran gentiles y paganos. Había realizado, Jesús, su misión entre gentiles, de la misma manera que entre judíos. No había diferencia. La salvación y el Reino de los cielos es para todos.

Segundo pedido de señal: La señal de los tiempos (Mateo 16:1-4)

La primera vez que los dirigentes judíos pidieron una señal a Jesús eran escribas y fariseos (12:38). Les dio la señal de Jonás y puso a la nación judía en contraste con los ninivitas que se arrepintieron y con la reina de Sabá, que buscó con vehemencia la sabiduría dada por Dios a Salomón.

Propósito del pedido: Ponerlo a prueba (Mateo 16:1)

Hay algunas diferencias entre el pedido anterior y este. Para poner en ridículo a los oponentes de Jesús, Mateo las informa y reduce el relato a lo mínimo posible.

La primera es que los dirigentes no son escribas y fariseos, sino fariseos y saduceos. Primera vez que Mateo coloca a los fariseos con los saduceos intentando juntos producir dificultades a Jesús. Enemigos ideológicos. Los fariseos eran muy religiosos, hasta el fanatismo, y ardientes defensores de la religión de sus antepasados. Los saduceos favorecían un sincretismo, de la religión judía, con la filosofía griega, ampliamente aceptada por todo el territorio del Imperio Romano, del cual formaba parte el territorio judío. Debido a la influencia del humanismo griego, no creían en la resurrección. Su presencia indica que los fariseos entendieron bien la señal de Jonás dada por Jesús la primera vez. Si va a estar tres días en el seno de la tierra y al tercer día, como Jonás salió del pez, saldrá de la tumba, resucitará. Nada mejor que los saduceos para contrarrestar esta enseñanza.

La segunda diferencia, entre este pedido de señal y el anterior, es que ahora se revela con claridad el propósito que tienen. Para ponerlo a prueba, dice Mateo. Con hostilidad y mala fe, entramparlo. Atraparlo con perversidad y malicia. La actitud de los fariseos y los saduceos es negativa y su objetivo mal intencionado.

Tercera diferencia, ahora no quieren una explicación con palabras; demandan una acción extraordinaria, milagrosa. Le pidieron que les mostrara una señal del cielo, dice Mateo.

Las señales del tiempo (Mateo 16:2, 3a)

Ustedes saben discernir el aspecto del cielo, les respondió Jesús, sin la menor intención de argumentar con ellos. Saben que hará buen tiempo cuando, al atardecer, el cielo está rojizo. Cuando el cielo está nublado y triste en la mañana: amenazador; saben que habrá tormenta. Ustedes saben las señales del tiempo. Pero, ¿cuánto abarca este conocimiento? Si comparan la vida con el tiempo atmosférico, y todo lo que de ella saben se reduce a esto, nada saben. Las fronteras del saber racionalista que está detrás del pedido de ustedes son muy pequeñas. Piden milagro, pero no creen en el milagro; quien busca lo que no cree, nada encuentra. Y eso es la vida para ustedes, un limitado realismo que los arrastra al mismo absurdo de pedir lo que no creen, lo que ustedes piensan que nadie puede hacer, ni existe.

La señal de los tiempos (Mateo 16:3b, 4)

En cambio, nada saben de la señal de los tiempos. La señal de los tiempos no es un milagro. Es la persona misma de Jesús. Él vino en el cumplimiento de los tiempos. Volverá cuando los tiempos se cumplan. No antes, ni después. Él ordena los tiempos. Los puso en orden desde la misma creación. Seis día trabajarás, dijo, y el séptimo día será reposo para Jehová tu Dios; no harás en él obra alguna. Ordenó, así, la vida, la manera de vivir relacionada con Dios, la forma de trabajar y de adorar. La manera de servir a Dios y al ser humano. Por medio del profeta Daniel, marcó la fecha de su ministerio humano y de su muerte (Dan. 9:24-27). Pero ellos no saben. Piensan que el sábado es una obligación para cumplir, como cautivos; que Daniel no dice nada del Mesías. Y si algo dijera, nada tiene que ver con los tiempos del Mesías.

Esta generación malvada y adúltera, concluyó Jesús, busca una señal milagrosa, pero no se le dará más señal que la de Jonás. Apenas la repetición concisa de lo dicho anteriormente. ¿Para qué más? Ellos no creen; para los que no creen no existen los milagros. Entonces, Jesús los dejó y se fue. Él nunca deja a los que creen; de ellos, nunca se va. Al contrario, a sus discípulos, más tarde, cuando esté a punto de irse al cielo, les dirá: les aseguro que yo estaré con ustedes siempre (Mat. 28:20).

La enseñanza de los fariseos (Mateo 16:5-12)

Nuevo viaje hacia el lado este del Jordán, en la costa del Mar de Galilea. No hacia Decápolis, donde alimentó a más de cuatro mil personas, al regreso de Tiro y Sidón; sino hacia Betsaida Julias, un poco al este del punto en el que el Jordán desagua en el Mar de Galilea, cerca del lugar donde había alimentado a más de cinco mil personas.

Eviten la levadura de los fariseos (Mateo 16:5-7)

Cuando hubieron desembarcado, los discípulos se acordaron de un error: no habían llevado pan. Negligencia simple. La mayoría de las personas constantemente cometen simples negligencias. Esta clase de negligencias no llegan a modificar el curso de la vida, pero la incomodan; y la suma de muchas, puede alterarla. La mente de Jesús estaba todavía concentrada en las enseñanzas que fariseos y saduceos habían insinuado en la conversación de Magdala. Tengan cuidado, dijo a sus discípulos, eviten la levadura de los fariseos. Ellos pensaron que se refería al pan que les faltaba, y así lo comentaron entre ellos. Jesús se dio cuenta de esto. Sabía que sus discípulos, en sus más íntimos deseos, hubieran querido que Jesús hiciera la señal del cielo que ellos pedían. Él puede, razonaban, ¿por qué no les otorgó lo que pedían y terminó de una vez por todas con sus dudas? No alcanzaban a percibir la hipocresía de ellos, el juego de la confusión que ejecutaban tan astutamente. No se daban cuenta de que, al

dar espacio a la duda de los saduceos, comenzaban ellos a incorporarla en sus propios pensamientos, y en su conducta.

Poca fe de los discípulos (Mateo 16:8-11)

Hombres de poca fe, agregó Jesús recriminándolos. ¿Cómo se les ocurre que voy a hablarles de no comprar pan de los fariseos o de los saduceos? ¿Acaso necesitan comprar pan? ¿No se acuerdan de los cinco mil que comieron hasta hartarse? ¿Han olvidado ya la abundancia de pan que dimos a los cuatro mil? Entiendan bien, no hablo yo de esa clase de pan. ¿Necesitaban los discípulos entender las palabras de Jesús para tener fe o necesitaban tener fe para entender sus palabras? Las dos cosas. La fe permite entender con una mente espiritual. Sin fe la mente entiende, pero no las cosas espirituales, en su dimensión divina; solo entiende el plano humano de las cosas. Por eso los discípulos quedaron en el plano del pan, la simple realidad de la vida presente y de su negligencia. Para salir de nuestras negligencias, necesitamos fe. Para entrar en el plano divino, necesitamos fe. La persona sin fe no entiende las cosas espirituales; le son locura. Al mismo tiempo, la comprensión espiritual de las palabras de Jesús, como las recibimos en las Sagradas Escrituras, aumenta nuestra fe.

La enseñanza de los fariseos (Mateo 16:12)

Entonces comprendieron, dice Mateo. No es como el entender anterior, que junta la fe con la mente, para que se torne una mente espiritual; capaz de entender la palabra de Jesús. Esta comprensión junta la mente espiritual con la palabra de Jesús. La imagen es de dos que están en conflicto, o en guerra, y se unen para establecer la armonía y la paz. La mente enemiga, que está contra Dios, tiene que volverse amiga. ¿Cómo? Por la fe en Cristo, se hace espiritual; y con la revelación, se convierte en amiga. La mente que está en Cristo, y se sustenta en la Palabra, comprende todo. Tiene la capacidad de discernir entre un maestro que enseña el error y otro que enseña la verdad. Entre los fariseos y Cristo. El discernimiento espiritual, dado por el Espíritu Santo, cuando está presente en los pensamientos, permite aclarar las confusiones. La levadura de los fariseos representa su mala influencia y su enseñanza pervertida. Enseñanza, en el texto original, significa doctrina. ¿Qué pervirtió la doctrina de los fariseos, si esta, originalmente, vino de Dios? Su egoísmo. La glorificación propia era su mayor interés, no la glorificación de Dios. Tenían el corazón lleno de grandes cosas, todas para sí mismos; nada para el prójimo. El amor al yo, era supremo para ellos, no el amor a Dios. Tergiversaban todas las enseñanzas divinas, incluso la Ley de Dios; conformándolas a las prácticas personales, que habían adoptado por sí mismos. El espíritu egoísta arruinaba su mente espiritual y contaminaba la doctrina de Dios, transformándola en su propia doctrina. Lo mismo podría ocurrir con los

discípulos, si seguían alimentando el egoísmo; ya que tenían algunas actitudes iguales o parecidas a la forma de ser de los fariseos.

Hay, en esta conversación de Jesús con los discípulos, un comienzo de distinción entre la nueva comunidad cristiana y la perversión doctrinal de fariseos y saduceos.

La iglesia, comunidad del Reino (Mateo 16:13-17:27)

Jesús llevó a sus discípulos a las cercanías de Cesarea de Filipo, no la Cesarea de la costa mediterránea, a unas 25 millas al norte de la frontera de Galilea. Era una región idólatra, lejos de la influencia de los maestros judíos. Había paganismo por todas partes. Toda clase de dioses paganos, de la región y de todas partes del mundo, a través de los cuales se adoraba a la naturaleza y al ser humano. Cerca de Banías, como ahora se llama, había un templo al dios Pan, de origen griego, pero considerado un dios universal. Había también un templo de mármol blanco, construido por Herodes el Grande en honor del Emperador Augusto, cuando éste le dio estos territorios en el año 20 a.C.

Jesús quería decirles abiertamente que él era el Mesías y hablarles más claramente acerca de la misión universal. No era conveniente hacerlo en Galilea ni en Judea. En esos territorios no conseguían estar solos. La multitud nunca los abandonaba, y los escribas y los fariseos asechaban todo el tiempo, a la expectativa de encontrar algo que pudieran torcer para condenarlo. En cambio, en Cesarea de Filipo nada de esto ocurriría.

¿Quién es el Hijo del Hombre?: Edificación de la iglesia (Mateo 16:13-20)

La gente. Cuando llegaron a la región de Cesarea de Filipo, dice Mateo, Jesús comenzó su enseñanza con una pregunta: ¿Quién dice la gente que es el Hijo del Hombre? Unos dicen que es Juan el Bautista, le respondieron; otros, Elías; otros, Jeremías o alguno de los profetas. Todos ellos habían hecho una obra extraordinaria. Juan, un revolucionario, anunció el comienzo de un nuevo tiempo, la era del Mesías, la época del Reino de los cielos. Elías, un profeta de poder, hizo grandes milagros y convirtió a hombres poderosos. Jeremías, un reformador, predicó la esperanza en tiempos de desastrosa crisis nacional. Cualquiera ser humano se hubiese dado por satisfecho con estas comparaciones. Pero Jesús no era un ser humano común. Ninguno de estos notables del pasado israelita comunicaba lo especial y único que había en Jesús. Él era más que todo eso.

Y ustedes, continuó Jesús, ¿quién dicen que soy yo? (16:15). Cambió la expresión “Hijo del Hombre”, por el pronombre personal: Yo. Todo es bien específico. Ustedes y yo. Este es el punto crucial de la religión cristiana. La doble relación con Cristo: individual y comunitaria. Ustedes, el grupo (Juan 20:23), la nueva comunidad que un poco después llamará iglesia. La pregunta va dirigida a cada uno de ellos en particular, pero

cada uno en el grupo y a través del grupo. El cristianismo no es individualista, ni comunista; no es individuo solo, ni es comunidad sin consideración por los individuos. Las dos cosas juntas. El individuo y el grupo, integrados; pero no confundidos.

Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente, afirmó Pedro con vehemencia y fe. Habló por sí mismo y por el grupo. No podía ser diferente; la pregunta fue dirigida al grupo. Pero el grupo no podría hablar como grupo, hablando todos juntos y a la vez; tenían que hacerlo por medio de uno de sus integrantes. Sin salirse de la intención grupal de la pregunta, Pedro ofreció su declaración voluntaria. No pretendía separarse de los otros, ni quería producir una declaración de fe propia. Pero Jesús reconoció su contribución individual, que no era creación suya, sino de Dios. Pedro sólo era el instrumento. Dichoso eres tú, hijo de Jonás, le dijo Jesús, porque eso no te lo reveló ningún mortal, sino mi Padre que está en los cielos. Los discípulos no se juntaron para deliberar los términos de su respuesta. No se apartó Pedro para, en soledad, meditar lo que diría. La declaración fundamental de la fe cristiana fue una revelación de Dios. Atribuirla a Pedro, para transformarlo en un discípulo superior a los otros, es una argumentación exclusivamente humanista, que olvida la Revelación. El autor de lo que Pedro dijo era Dios; y la transmisión fiel de su revelación, un deber del instrumento humano, que Pedro cumplió con fe plena.

La iglesia. Ya establecida, como roca inamovible, la declaración básica de la fe cristiana, declaración que pertenece a la comunidad entera, Jesús está en condiciones de hablar de su iglesia y de la edificación de ella. La iglesia está relacionada con el reino de la muerte y con el Reino de los cielos. Sobre esta piedra, dijo Cristo, edificaré mi iglesia, y las puertas del reino de la muerte no prevalecerán contra ella (16:18). Mientras la iglesia se mantenga dentro de los límites de la fe en Jesús, como Mesías e Hijo de Dios, estará bajo un poder superior al poder del reino de la muerte; esto es, superior al que domina en el reino de la muerte, Satanás. Jesús es superior al demonio; y la iglesia, por creer en Jesús, está libre de todos sus poderes, incluyendo el de la muerte. La iglesia es el triunfo visible sobre el reino de la muerte. En ella están todos los que han pasado de muerte a vida, de la perdición a la salvación. Jesús continúa hablando a Pedro, siempre como representante de la comunidad entera: Te daré las llaves del Reino de los cielos, le dice. No se trata de dar, como quien da algo una vez y nada más, ni se refiere al tiempo como un momento específico situado en el futuro indefinido. Significa: Comienzo a darte las llaves del Reino, desde ahora hacia el futuro, ininterrumpidamente, todo el tiempo. ¿Qué son las llaves? Las palabras de Jesús, la Revelación de Dios. Esto nunca faltará en la iglesia, a menos que ella apostate de Jesús y se aparte de la Revelación. “Amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro”, dijo Pedro años más tarde, pues habéis renacido, “no de

simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre. [...] Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada" (1 Ped. 1:22-25). El evangelio del Reino de los cielos. La iglesia tiene las llaves que abren el Reino de los cielos para la gente, el evangelio; y los que aceptan el evangelio entran en el Reino de la gracia y en la iglesia. La iglesia es la expresión visible del Reino de la gracia, expresión presente del Reino de los cielos, que a la segunda venida de Cristo se convertirá en el reino de la gloria.

Todo lo que ates en la tierra, concluyó Jesús, será atado en los cielos y todo lo que desates en la tierra será desatado en el cielo (Mat. 16:19). No se trata de poder para definir doctrina. Este poder ya fue explicado por Jesús cuando habló a Pedro sobre la revelación que recibió del Padre. Dios es quien define la doctrina. La iglesia enseña lo que Dios revela. Tampoco se trata de poder para definir disciplina. La iglesia no decide qué pecados perdonar ni qué pecados condenar. Mucho menos definir qué es pecado y qué no es pecado. La iglesia no tiene tales poderes. Dios ya definió el pecado por medio del Decálogo, y por medio de la Revelación, determinó el castigo. La paga del pecado es muerte, más la salvación es vida eterna en Cristo Jesús. Jesús no dio poderes infalibles a la iglesia, ni a Pedro. Tampoco dio a Pedro poderes de gobierno superiores a los demás discípulos. Por lo menos la iglesia primitiva no lo sabía porque a quien concedió funciones administrativas no fue Pedro, sino a Jacobo (Hech. 15:13, 19). Pablo tampoco conocía que Pedro tuviera poderes infalibles; de lo contrario, no hubiera contradicho un error suyo en público (Gál. 2:11, 14). El poder de atar y desatar es la autoridad para administrar la disciplina, según las instrucciones que Jesús dará un poco más tarde, en su discurso sobre las prioridades del Reino. Y debe administrar la disciplina con la presencia de Jesús (Mat. 18:15-20).

Jesús ordenó a los discípulos que a nadie dijeran nada de esto. Lo que les estaba enseñando en esta oportunidad era una cuestión interna de la iglesia. No era conveniente que las discutieran fuera de su círculo. Este es un principio válido para todos los tiempos. Especialmente los asuntos disciplinarios. ¿En qué se benefician los no creyentes sabiendo los contenidos de las discusiones doctrinarias, disciplinarias o administrativas de los creyentes? Lo que ellos necesitan recibir de los creyentes es la Palabra de vida, el evangelio del Reino.

Pedro tienta a Jesús: Los verdaderos discípulos (Mateo 16:21-28)

Luego Jesús entró en otro tema interno de la nueva comunidad. Su muerte. Les habló de la necesidad que tenía de ir a Jerusalén. De los sufrimientos que experimentaría por parte de los líderes religiosos: ancianos, jefes de los sacerdotes, maestros de la Ley. Finalmente lo matarían. Pero al tercer día iba a resucitar. Todo esto era necesario. No tenían que afligirse, porque el objetivo de su venida se alcanzaría así y, con seguridad, resucitaría.

Pedro se confundió. Equivocó su rol. Lo llamó aparte “para reprenderlo” (16:22). El texto puede traducirse: para llamarle la atención por su error. ¡Qué variaciones bruscas en la personalidad de Pedro! ¡Acababa de reconocer a Jesús como el Mesías y como Hijo del Dios viviente, y ahora piensa que hay una falla en su buen juicio! ¡Cómo puede Pedro pensar que su criterio es mejor que el de Jesús! Sin justificar a Pedro, porque justificarlo sería un error muy grande y considerarlo superior a los otros discípulos, que no cometieron esta falta de buen juicio, un error mayor aún; sin justificarlo, hay que decir que esto es muy común entre los seres humanos. Jesús acababa de encomiarlo por la revelación venida del Padre, gracias a la cual supo que Jesús era el Mesías. Se sintió superior a todo el grupo. Como alguien que supiera más que todos ellos. Una especie de líder con poder moral para mostrar el camino a los demás. Nada fuera del sentimiento humano. Tan humano que ha habido, en la historia, personas muy inteligentes, convencidas de la posición superior de Pedro y lo han elevado a la categoría de líder máximo de la iglesia apostólica, aunque no haya tenido ninguna función administrativa y los otros discípulos no le hayan reconocido ningún poder especial, como infalibilidad u otros. Salvo los poderes que Dios otorgó a todos ellos para el cumplimiento de la misión. Pero la iglesia no debía manejarse con los criterios humanos, sino con la sabiduría divina. Jesús lo reprendió con firmeza.

¡Aléjate de mí, Satanás!, le dijo. Quieres hacerme tropezar; no piensas en las cosas de Dios sino en las de los hombres. Cuando el ser humano se ensalza a sí mismo, solo puede estar pensando en las cosas humanas. Y a la actitud de colocar al ser humano en primer lugar, sobre Dios, la llamamos humanismo. Los líderes de la iglesia cristiana verdadera, lo mismo que sus miembros, no pueden ser humanistas; tienen que pensar en las cosas divinas y colocar la autoridad de Dios sobre la autoridad de ellos mismos.

Características del verdadero discípulo. Sobre ese antecedente, Jesús procedió a mostrar algunas características del verdadero discípulo. Si alguno quiere ser mi discípulo, comenzó diciendo (16:24):

Primero, niéguese a sí mismo. No puede ser como Pedro, que intentó ensalzarse a sí mismo. Tiene que someterse totalmente al Padre y al Hijo. No debe elaborar ninguna idea, ni realizar acción alguna que estorbe la misión o la retrase. Mucho menos cambiarla. No puede hacer nada contra la iglesia, porque ella es de divina creación.

Segundo, tome su cruz. La cruz era el símbolo del mayor castigo aplicado a una persona por el poder romano. Tenían que estar dispuestos a sufrirlo. Los discípulos, como todos los judíos de la época, odiaban al Imperio y todavía no habían captado que Jesús, aunque realmente era el Mesías, no lo conquistaría; porque su Reino no era de este mundo, como más tarde dirá a Pilato. Aceptar la cruz era someter sus propias ideas, sus propios deseos, sus propios planes, a Dios.

Tercero, sígame. Seguirlo ¿a dónde? A la muerte que acaba de anunciar-

les. No para morir con él; porque Jesús no vino para arrastrar a sus seguidores a la muerte. Vino para que tengan vida y para que la tengan en abundancia. Debían seguirlo a su muerte para aceptarla como muerte vicaria, en lugar de ellos, y para que ellos quedasen libres de esa muerte. Con la muerte de Cristo, sin embargo, morirán todas sus ambiciones imperiales. Ya no podrán estar pensando en sentarse a su derecha en el Reino; porque el Reino no será como ellos quieren. No es muy diferente con los discípulos de todos los tiempos. La aceptación de la muerte de Jesús significa una transformación completa de nuestra vida en este mundo: antes de aceptarla, centrados en nosotros mismos, solo vivíamos para cumplir nuestros ideales y los proyectos que las circunstancias nos imponían. Después de la Cruz, Jesús es el centro de todo, en nosotros; y lo único que nos interesa es su plan para nosotros; su proyecto de la iglesia, como entidad creada por él y como misión por él encomendada. Vivimos para él, trabajamos para la iglesia y la misión, el centro de todo lo que hacemos es nuestro prójimo y nuestro mayor interés es su eterna salvación.

Cuarto, está dispuesto a perder la vida; porque el que quiera salvar su vida, la perderá. Pero el que pierda su vida por mi causa, la encontrará, dijo Jesús. Abnegación. Disposición a perder la vida por amor. Ausencia total del egoísmo; porque el egoísmo es muerte. Muerte de la persona para el servicio de los demás; y muerte para sí misma, porque el egoísta no entrará en la vida eterna. La muerte eterna no es ninguna buena expectativa para la vida de nadie. ¿De que sirve, dijo Jesús, ganar el mundo entero si se pierde la vida? Por otro lado, aunque el Hijo del Hombre va a la muerte y morirá; no perderá la vida. Porque el Hijo del Hombre volverá en la gloria de su Padre, con todos sus santos ángeles; y entonces recompensará a cada uno según lo que haya hecho. Los que perdieron la vida por causa de mí y del evangelio, resucitarán para vivir eternamente conmigo.

Jesús concluye sus instrucciones anunciándoles que pronto verán al Hijo del Hombre llegando en su Reino. Con la gloria del Reino. Esto ocurrirá seis días después, en el monte de la transfiguración.

La transfiguración: Realidad del Reino (Mateo 17:1-13)

El día, lleno de trabajos como siempre, había sido agotador. Los discípulos estaban listos para una noche de buen descanso, como ocurre a todos los trabajadores cuando llega el fin de la jornada. Pero Jesús invitó a Pedro, Santiago y Juan para que fueran con él a una montaña cercana. La subida aumentó el cansancio de todos. Todos en silencio. Solo preguntas mentales, se hacían los discípulos, sin encontrar respuesta alguna. ¿Adónde vamos? ¿Para qué subimos este monte? ¿Por qué solo nosotros? En un cierto lugar, Jesús se detuvo y les pidió que oraran. Él también lo haría. Los discípulos oraron un poco y se durmieron. Jesús siguió orando un largo tiempo. Su preocupación eran esos tres discípulos que estaban con él. Sabían de su muerte próxima. No quería que se desanimaran cuando

ese momento triste llegara. Rogó a Dios por ellos. Le pidió una manifestación de la gloria que tuvo antes de venir. Que los tres discípulos lo vieran en la gloria de su Reino. Esto les daría seguridad para soportar la prueba y superarla. El Padre le concedió lo que pedía.

Cuando el brillo de la gloria divina se hizo visible en él, los discípulos despertaron. En su rostro humano resplandecía la gloria de su divinidad oculta por la encarnación. Su ropa se volvió blanca como la luz, dice Mateo. No estaba solo. Sus discípulos sintieron una tremenda impresión de asombro y alegría. Moisés y Elías acompañaban a Jesús y conversaban familiarmente con él. Pedro, como siempre, el primero en expresarse. Señor, dice, ¡qué bien que estemos aquí! Si quieres, levantaré tres albergues: uno para ti, otro para Moisés y otro para Elías. ¡Quién no hubiera querido hacer lo mismo! ¡Quedarse con Jesús cuando él está vestido con toda la gloria de su Reino! Mateo no dice por cuánto tiempo quería Pedro quedarse ahí. No era poco; el deseo de construir albergues lo dice. Pero, para siempre no era. Nosotros quizás hubiéramos dicho: para siempre. Nada es más preciso, nada más deseado, nada más querido que su reino. Pero no es por el Reino mismo, es porque el Reino ofrece la oportunidad y da la seguridad de estar junto con Cristo para siempre. Lo más atractivo es su persona misma. Por él vivimos, y nos movemos y somos; por él sufrimos, nos alegramos y existimos; somos lo que somos, por él; por él queremos ser lo que él quiere que seamos; y lo que no quiere que hagamos, nunca queremos hacer, por él; porque fuimos creados por él y para él.

Entonces, la voz del Padre se hizo oír. Clara y distinta como una luz sonora en medio de las sombras que la noche colocaba sobre todos ellos. Este es mi Hijo amado, anunció; estoy muy complacido con él. ¡Escúchenlo! Los discípulos cayeron sobre sus rostros inclinándose sobre la tierra, aterrorizados. No existía la noche. Su propio cansancio, no existía. Solo el poder de Dios. Solo el temor humano. ¿Dónde queda tu orgullo, Pedro, cuando aparece Dios? ¿Dónde, Hijos del trueno, se van las iras cuando es Dios quien habla? ¿Qué somos nosotros cuando el Eterno está presente? Solo un ser humano postrado, con miedo. Miedo, no tengan, les dijo Jesús. ¡Levántense! Cuando alzaron la vista, dice Mateo, no vieron a nadie más que a Jesús. ¡Ayúdanos, Señor; solo queremos verte a ti, siempre!

Descendieron de la montaña, ya olvidados del cansancio. Jesús les encomendó guardar silencio sobre lo que habían visto. No lo cuenten a nadie, les dijo, hasta que el Hijo del Hombre resucite (17:9). Esas palabras, que confirmaban la condición mesiánica de Jesús, provocaron una pregunta en la mente de los discípulos, que aún prestaban atención a los maestros de Israel. ¿Por qué dicen los maestros de la Ley que Elías tiene que venir primero? ¿Cómo vas a morir, si Elías todavía no vino? ¿No habrá un error en tus conceptos? ¿No estarán tus decisiones adelantadas, en eso, a lo anunciado en los profetas? ¡Cuánto cuesta liberarse de

la influencia ejercida por maestros falsos! El problema está en que ellos nunca enseñan solo error. Siempre es una mezcla, y la parte verdadera de su enseñanza hace que hasta el error parezca verdad. Sin duda, les dijo Jesús, Elías viene y restaurará todas las cosas. Pero Elías ya vino, y no lo reconocieron. Hicieron lo que quisieron con él, y de la misma manera harán sufrir al Hijo del Hombre. Ellos entendieron, dice Mateo, que hablaba de Juan el Bautista (17:13).

Sanidad de un endemoniado: Poder del Reino (Mateo 17:14-21)

Descendieron de la montaña. Ya era de día, y un nuevo trabajo los esperaba. Un trabajo relacionado con el poder en la comunidad apostólica y en el Reino de los cielos. Cuando los discípulos salieron en su viaje misionero, Jesús los investió con autoridad para expulsar demonios (10:1), y pudieron hacerlo. En esta oportunidad, no pueden. ¿Por qué? Mateo cuenta la historia, con la explicación de Jesús.

Señor, ten compasión de mi hijo, pidió un hombre, cuando Jesús y sus tres discípulos, Pedro, Santiago y Juan, llegaron a la llanura. Le dan ataques y sufre, agregó. Muchas veces cae en el fuego o en el agua. Lo traje a tus discípulos, y no pudieron sanarlo. Expectativa. La multitud guardó silencio. Los maestros de Israel siempre dijeron que todos sus milagros eran fraudulentos y, mientras los discípulos trataban de expulsar el demonio, sin poder hacerlo, llegaron a pensar que esos maestros tenían razón. Ahora, ni ellos ni el pueblo estaban tan seguros; pero esperaban. Querían ver si la falta de poder de sus discípulos no era una señal de la misma situación en la persona de Jesús. Siempre ocurre que el error de un cristiano, o su falta de fidelidad, se utiliza para dudar de Jesús y para reducir su prestigio. Para los incrédulos, no es el ser humano el que falla; es Cristo. Jesús contempló al grupo humano, incluyendo a los discípulos; nadie tenía fe suficiente, excepto el padre del muchacho.

¡Ah, generación incrédula y perversa!, exclamó Jesús. Acérquenme al muchacho. El demonio hizo su último intento de conservar el control de aquella vida. El muchacho se retorció delante de Jesús, ante los ojos espantados de la gente. Reprendió, Jesús, al demonio; y el demonio, reconociendo su poder, se retiró inmediatamente. Ahí estaba el poder. Lo que los discípulos pudieran o no pudieran, no era una señal de presencia o ausencia de poder en Jesús, sino una muestra de la presencia o ausencia de Jesús en ellos. Una prueba de su fe. Al que cree, todo es posible; pero nada es posible al que no cree.

¿Por qué nosotros no pudimos expulsarlo?, preguntaron, en privado, los discípulos a Jesús. Respondió: Porque ustedes tienen muy poca fe. Y era muy poca, tal vez nada. Si alguien hubiese preguntado a los discípulos si creían en Jesús o no, la respuesta habría sido, sin vacilar: Sí, por supuesto. Respuesta que todos los cristianos repetiríamos con igual vehemencia y con énfasis semejante. Pero la fe no es cuestión de palabras. No todo el

que dice: Yo creo, cree. Para no creer no es necesario decir no creo. El que duda, solo con dudar, no cree. Los discípulos dudaban muchas cosas y muchas cosas querían que fueran diferentes de la manera en que las decía Jesús. Les aseguro, les respondió Jesús, que si tuvieran fe como un grano de mostaza, nada sería imposible para ustedes.

Si tuviéramos una fe viva, aunque fuese tan pequeña como una semilla de mostaza, pronto crecería hasta convertirse en la más grande fe de todos los que creen. Y la gente se refugiaría en ella, como las aves hacen sus nidos en los árboles frondosos. El nido de la duda nunca empolla la fe. La seguridad en Jesús, la completa certeza en él, hacen de un débil pecador, un fuerte cristiano en Cristo. ¿Cómo crece la fe? Ejerciciéndola. El que cree ahora, después creará más. El que ahora confía, confiará mejor. Pero vivimos la fe en un proceso de crecimiento muy lento, por no ejercitarla. Necesitamos vivir una vida de fe y además no descuidar la oración, porque los demonios no salen, dijo Jesús, sino por oración y ayuno.

Jesús anuncia su muerte (Mateo 17:22, 23)

Mateo salta a un momento vivido en Galilea cuando Jesús dijo a sus discípulos: El Hijo del Hombre será entregado en manos enemigas. Lo matarán, pero al tercer día resucitará (17:22). ¿Qué hicieron ellos? ¿Creyeron y se alegraron por la certeza en la resurrección? Se entristecieron mucho, dice Mateo. Solo captaron la muerte. Mentas negativas. No entendían que hasta la muerte de Jesús tenía que ser causa de alegría; porque, para ellos, significaba completa liberación de la duda, y para el resto de la humanidad, liberación completa del pecado. No captaron la resurrección. Perdieron la alegría del mensaje. Todo el mensaje cristiano, hasta la misma experiencia de la muerte, es una luz de regocijo transparente. La tristeza por la fe produce una fe triste, es fe que en realidad no existe. El cristiano no puede sentir dolor ante la muerte, pero entristecerse por ella es incredulidad. Más tarde, el apóstol Pablo dirá a los tesalonicenses: “Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza” (1 Tes. 4:13). La seguridad de la fe en Cristo Jesús produce una religión de regocijo, de tolerancia, de amor, de simpatía. No tiene rencores, ni venganzas, ni acusaciones. Es la bondad de corazón abierto, como el abierto corazón de Jesucristo que recibe al pecador con la misma alegría con que el padre del hijo pródigo recibió a su hijo de regreso, arrepentido. Por eso, la fe es el poder del Reino y el poder de la iglesia, cuando cada uno de nosotros cree y actúa por la fe, para la gloria de Jesucristo.

Impuesto del Templo: Los suyos y los otros (Mateo 17:24-27)

Ahora nos cuenta Mateo una historia que marca la separación clara entre la comunidad antigua y la nueva comunidad, la comunidad del Reino de los cielos, que se encuentra en formación, por la misión de

Jesús. Ocurrió en Capernaum. Los cobradores del impuesto del Templo estaban allí. Una trampa. Todos los miembros de la comunidad religiosa de Israel, mayores de 20 años de edad, debían pagar el impuesto del Templo, vivieran en el territorio israelita o no. Menos los levitas, los sacerdotes, y los profetas por ser directos representantes de Dios, a cuya adoración estaba dedicado el Templo. Era un impuesto religioso, no civil. Voluntario; pero no pagarlo, se interpretaba como una actitud contraria al culto del Templo. Pecado muy grave. Y la trampa contra Jesús estaba en esto: Si no lo pagaba, lo culparían de oposición al culto del Templo, y se desprestigiara ante la gente. Si lo pagaba, tácitamente reconocía él mismo que él no era profeta, ni representaba a Dios directamente, como lo estaban diciendo los que le cobraban el impuesto, y lo decían por el acto mismo de cobrárselo.

Los cobradores del impuesto hablaron con Pedro, no con Jesús. Preferían tender la trampa desde lejos. Una pregunta inocente: ¿Paga tu maestro el impuesto del Templo? Sí, lo paga, respondió apresuradamente. Se dio cuenta de la acusación que deseaban levantar contra Jesús, y se apresuró a protegerlo. Pero Jesús no necesita protección. Dios no necesita la ayuda humana como un socorro. La necesita como una colaboración, como una acción conjunta con él, especialmente en la misión. Pedro se puso así en una dificultad y creó un problema para Jesús. Pero a Jesús no lo limita nada. Como el Padre, puede transformar hasta las más péfidas trampas de Satanás en ocasiones para bendecir a la gente y hacer crecer su Reino. Cuando Pedro entró en la casa, su propia casa tal vez, antes de que él hablara nada, y como sabiéndolo todo, Jesús le preguntó: Tú ¿qué opinas Simón? Los reyes de la tierra ¿cobran tributo a los miembros de su familia o a los otros? A los otros, contestó Pedro. Entonces, los suyos están exentos, dijo Jesús. No le dijo: Yo estoy exento de ese impuesto porque soy profeta. Así, sólo se hubiera eximido a sí mismo, no a los discípulos. Prefirió compararse con un rey, porque él era el Rey del Reino de los cielos. Prefirió incluir también a los miembros de la nueva comunidad cristiana, porque así establecía una clara distinción entre los “suyos” y los “otros”.

Y, en cuanto a la defensa de su origen divino, tenía otra forma de comprobarlo, que al mismo tiempo le serviría de acción diplomática para evitar enfrentamientos innecesarios con sus enemigos y para no dejar mal a Pedro. Lección que los miembros de la nueva comunidad necesitaban aprender, porque les sería útil para siempre, en sus actividades futuras. Vete al lago, dijo a Pedro, y echa el anzuelo. Saca el primer pez, ábrele la boca, y encontrarás una moneda que vale por el impuesto de dos. Entrégasela a ellos por mi impuesto y por el tuyo. El milagro acalló cualquier acusación y terminó con el intento de atraparlo en un error. Divino por el milagro. Superior a todos los seres comunes que pagan el impuesto al Templo, por ser el Mesías Rey a quien se sirve en él. Alguien superior al Templo está aquí.

CUARTO GRAN DISCURSO: PRIORIDADES EN LA IGLESIA

Este discurso abarca todo el capítulo 18. Su contenido está determinado por dos preguntas. La primera hecha por los discípulos y la segunda, derivada de la anterior, por Pedro. El tema de la primera pregunta es la importancia o la jerarquía en la iglesia. El segundo tema es el perdón y la relación que debe existir entre los miembros de la iglesia. El término “iglesia” aparece en el versículo 17. Dos veces, en el resto del capítulo, como expresión hermana, Jesús menciona “el reino de los cielos”. Las prioridades mencionadas en el discurso afectan a los dos en forma equivalente. Constituyen la nueva comunidad en Jesús. El cuarto discurso, dirigido específicamente a los discípulos, ocurre en secuencia con lo que Mateo contó antes. Recordemos, al bajar del monte de la transfiguración sanó a un endemoniado y se dirigieron, de regreso, a Capernaum. En el camino, ya en territorio de Galilea, Jesús les anunció su retorno a Jerusalén (17:22, 23; Luc. 18:31). Ante esta perspectiva, los discípulos pensaron que en Jerusalén anunciaría la inauguración oficial de su reino terrenal, y comenzaron a discutir entre ellos, quién sería el más importante en el Reino. Jesús no dijo nada. Pero, al terminar el incidente sobre el impuesto del Templo, los discípulos abren el tema de la importancia o las jerarquías.

El más importante: ¿Jerarquías en la iglesia? (Mateo 18:1-20)

La cuestión de las jerarquías, muy propia de las instituciones humanas, era un asunto que necesitaba explicación. Es verdad que los discípulos no estaban interesados en el tema como tal, o en una definición acerca de su funcionamiento en la iglesia. Ellos más bien querían saber cuál de ellos sería el más importante en el reino de Cristo, que ellos imaginaban como un reino terrenal.

La pregunta (Mateo 18:1)

¿Quién es el más importante en el Reino de los cielos?, preguntaron (18:1). Ellos no estaban pensando en una jerarquía eclesiástica. Aunque habían oído el anuncio de Jesús, cuando dijo que edificaría su iglesia sobre la declaración de fe de Pedro (16:18), la palabra iglesia no había dejado ningún contenido específico en sus mentes. Su pregunta estaba relacionada con la jerarquía política del Reino. Algo así como quién sería el primer ministro del Reino, o el segundo después de Jesús. El puesto todavía no existía, y ya lo querían. Peor aún, el reino que ellos pensaban, estaba solo en la imaginación de ellos. Dos graves errores aquí: primero,

confundir la iglesia con política; segundo, actuar como si lo que solo existe en la imaginación, de veras existiese en la realidad. Toda vez que estos errores se repiten, producen un daño parecido: la semilla de la confusión solo multiplica su propia realidad en muchas confusiones. Jesús aclaró muy bien las cosas.

La jerarquía de la humildad (Mateo 18:2-4)

La roca donde se funda la iglesia es la Palabra de Dios: Jesucristo como palabra encarnada, la Biblia como palabra escrita. La humildad es el principio básico de las relaciones entre los miembros y las relaciones de los líderes con todos los demás. Jesús llamó a un niño y lo puso en medio de ellos, dice Mateo. Les aseguro, dijo Jesús, que a menos que ustedes cambien y se vuelvan como niños, no entrarán en el Reino de los cielos. No podría haber elegido un ejemplo mejor. Delante de ellos estaba la sencillez sin pretensiones, el olvido de sí mismo y el amor sin intereses de un niño. Modelo visible para el cambio que Jesús estaba pidiendo.

Antes de buscar un puesto en el Reino, tienen que entrar en él. Y, para entrar tienen que cambiar. Este es un cambio de la mente, no como una modificación de ella sino como cuando se cambia una cosa por otra. Tienen que adquirir otra mente: la mente del Reino, como la mente de un niño. No política ni ambiciosa de posiciones. La ambición por el puesto más elevado es un invento de Luzbel; quería ser igual a Dios. Esta ambición introdujo el pecado en el universo, y con él vino el gran conflicto entre el bien y el mal. Costó la muerte de Jesús. No se puede traer el mismo conflicto a la iglesia. Por eso, la mente que se ensalza a sí misma tiene que ser cambiada por una mente humilde, que ensalce a Dios. Humildad es el principio básico, de mayor prioridad, para las relaciones fraternales y para el gobierno de la iglesia. La jerarquía de la humildad no tiene jerarquía de posiciones. Tiene actitudes de servicio. Tiene espíritu de pacificación. Tiene relaciones de afecto. Tiene la grandeza que se mide con la vara divina, no con las ambiciones de los seres humanos pervertidos por el enemigo de Jesús. El que se humille como este niño, dijo Jesús, ese es el mayor en el Reino de los cielos.

El principio de la aceptación (Mateo 18:5)

El que recibe en mi nombre a un niño como este, me recibe a mí, agregó Jesús. Este es el principio de aceptación de las personas, basado en la aceptación de Jesús. Porque aceptamos a Cristo, aceptamos a los demás. Con la alegría y el afecto con que hemos aceptado a Cristo, aceptamos a los demás. Aceptamos a los demás con el mismo amor agradecido con que aceptamos a Cristo. Cristo y nuestro prójimo tienen todo nuestro cariño y nuestra buena voluntad completa. No hay rechazo en el Reino de los cielos, ni en la iglesia; porque Cristo no rechaza a nadie.

El principio de la mente espiritual (Mateo 18:6-9)

A cualquiera que haga tropezar a alguno de los pequeños que creen en mí, continuó Jesús, mejor sería que le colgaran al cuello una piedra de molino y lo hundieran en lo profundo del mar. Hay que tener una mentalidad especial para no escandalizar a nadie; especialmente es necesario cuidarse de escandalizar a los más pequeños en edad, a los menos importantes de la sociedad y de la iglesia.

¿Qué significa no escandalizar? Por supuesto, incluye la capacidad de no producir escándalos. Pero hay mucho más aquí.

Primero. Empecemos por su sentido más elemental; significa no inducir a nadie a cometer pecado. Para esto hay que tener una mente limpia de pecado. La mente maliciosa, pecadora, que maquina el mal y lo origina, como la mente que tenían los antediluvianos (Gén. 6:5), no debe estar en la iglesia. Su influencia es negativa y corruptora. La mente espiritual es pura, cristalina, inclinada siempre hacia el bien. Por eso, nunca induce a nadie a cometer pecado alguno. Una persona con mente espiritual no invita a otra persona para que participe con ella en ningún pecado, sea pequeño o grande, sea de vicios del cuerpo o desvío del corazón. Su influencia es siempre hacia el bien.

Segundo. No escandalizar también significa no inducir a nadie al abandono de la fe. La fe como creencia doctrinal y como capacidad espiritual para creer. Nadie en la iglesia, miembros ni líderes, debe nunca, por palabras o actos, inducir a otros para que dejen de creer o desprecien las doctrinas. Algunos critican a la iglesia, desprestigian las doctrinas, en forma directa o de manera sutil; influyen así en personas de mente más sencilla, para que dejen de creer o rechacen alguna doctrina o todas. No es así la mente de los ciudadanos del Reino de los cielos, miembros de la iglesia. La mente espiritual no tiene dudas, ni las estimula; y, por no tenerlas, no las expresa. Cree. No es autónoma; por lo contrario, está siempre sometida a la Revelación divina y acepta sus contenidos sin rechazar nada. Enseña la doctrina.

Tercero. No escandalizar significa no ofender. Algunos ofenden con facilidad. Usan palabras ofensivas, realizan actos que ofenden, toman decisiones o realizan actos que afectan negativamente las emociones de los demás. La mente espiritual no ofende nunca. Es cristianamente diplomática, cautelosa, considerada, respetuosa y simpática.

Cuarto. No escandalizar significa no producir desconfianza o aborrecimiento contra alguien. La mente espiritual no juzga desfavorablemente a las personas, confía sin ingenuidad, obedece, es justa y nunca desprecia a nadie.

El mundo hace pecar a mucha gente. Esto parece natural, pero ¡ay del mundo por las cosas que hacen pecar a la gente!, dijo Jesús. Y agregó: ¡Ay del que hace pecar a los demás! (18:7). Y no te hagas pecar a ti mismo. Cualquier cosa que tengas en ti que te arrastre hacia el pecado, échala de

ti. Aunque te sea tan querida como una mano, un pie, un ojo; córtala. Es mejor que sin ella entres en el Reino de los cielos que quedarte fuera de él, por conservarla.

El principio de la justa valoración de las personas (Mateo 18:10, 11)

No menosprecien a uno de estos pequeños, afirmó Jesús. Sean justos en la valoración de las personas. No les den menos valor del que realmente tienen. ¿Cuál es el valor real de una persona? Un principio general: Nadie vale menos que el sacrificio de Cristo en la cruz. El hubiera muerto por un solo ser humano. Entonces, no valoremos a nadie por debajo de ese nivel. Jesús dio otro elemento para pedir que nadie sea valorado por debajo de lo que vale. El ángel que sirve a cada persona (Heb. 1:13, 14) ve constantemente a Dios. Dios recibe toda la información sobre cada persona; y si tú menosprecias a alguien, Dios lo sabe. No solo por lo que él sabe en sí mismo, sino también por el servicio de los ángeles. No permitas que un ángel tenga que informar a Dios sobre la necesidad de una ayuda para alguien, por causa tuya. Entonces, no hay que menospreciar a nadie, a causa del valor que Jesús le concede y a causa del valor que le conceden los ángeles. ¿Cómo nosotros, que estamos al servicio de Jesús y trabajamos en armonía con los ángeles, vamos a valorar menos a las personas del valor que ellos les conceden? Imposible. Tiene que haber armonía total entre nosotros y Jesús, como los ángeles están en armonía con él, con respecto a todos los miembros humanos de su Reino. Este principio es vital en toda relación con los miembros, en la iglesia.

Además de este valor básico de toda persona, hay también un valor funcional. ¿Cuánto vale para una función determinada dentro de la iglesia? También en esto tenemos que ser justos. No descalificar a alguien por razones ocultas, de cualquier naturaleza. Debemos cuidarnos mucho del criterio egoísta que dice: Mi amigo sirve para todo; el que no es mi amigo no sirve para nada. O comenzar a disminuir el valor de una persona con respecto a un cargo determinado, porque queremos ese cargo para nosotros.

La oveja perdida: El principio de no perder a nadie (Mateo 18:12-14)

La parábola comienza así: ¿Qué les parece?, preguntó Jesús. Si un hombre tiene 100 ovejas y se le pierde una de ellas, continuó, ¿no dejará las 99 para ir a buscar la que se perdió? Entiendan bien, ahora les hablo de las ovejas que ya están en el redil. Ustedes saben que mi interés principal y el objetivo de mi misión es salvar a todos los seres humanos que están perdidos en el pecado, fuera del redil. Pero también me interesan las que ya están en la iglesia. La prioridad, entre las 100 ovejas, está con la que se perdió. Recuerden que la que se fue no es una oveja pagana, es miembro del redil. Las otras pueden quedar bien protegidas en la iglesia, pero ahora vamos a concentrar el trabajo para recuperar a la que se fue; hasta que la traigamos de vuelta.

Y, cuando la hayamos encontrado, alegrémonos con gran regocijo. Hagamos una fiesta, como hizo fiesta el padre del hijo pródigo. De paso, no se le ocurra a nadie amargarse como el hermano mayor del hijo pródigo. No reclamen nada. Ni pretendan que son tan justos como él creyó serlo; porque él, en realidad, fue injusto, con su hermano y con su padre. No quería fiesta para el hermano; hubiera preferido un buen castigo, o una reprimenda por lo menos. No quería reconocer el bien que su padre hacía; prefirió reclamar que nunca había hecho nada, ni siquiera parecido, para él, en reconocimiento de todo lo bueno que había hecho. Ese espíritu de justificación propia no ayuda a buscar a la oveja perdida. Nunca está dispuesto a hacer todo lo necesario para encontrarla. Por favor, no piensen en castigos; participen del regocijo que hay en el cielo por un pecador que se arrepiente. Ayuden a los 99 justos que están en el redil, sin haberse perdido nunca, para que su religión no se base en la buena conducta de ellos, sino en la gracia redentora de Jesús. Esta produce felicidad; la otra, tristeza; porque nunca es completa. Nuestra buena conducta nunca es buena del todo. Siempre le falta algo. Alegría espiritual le falta. En cambio, a la gracia de Cristo jamás le falta nada, y lo mejor de todo es que todo lo da sin zaherir. La felicidad espiritual viene por esa vía. Demos prioridad al que se apartó, porque Jesús no quiere que se pierda ninguno de los miembros de su iglesia (18:14). Ese mismo deseo de Jesús debe estar en cada creyente.

La disciplina justa para los pecadores (Mateo 18:15-20)

Tengo que aclararles otro asunto. ¿Cómo deben tratar al pecador? Este no es el pecador arrepentido que vuelve solo o ustedes traen de vuelta, después de haberlo buscado con todo su esfuerzo individual y comunitario. Este es el pecador que, sin irse del redil, comete un pecado contra otro miembro de la iglesia o contra toda la comunidad; o contra Dios directamente, pero afecta también a la iglesia. Tres pasos y una autoridad.

Primer paso: uno solo. La persona afectada por la falta cometida debe ir sola. La conversación tiene que ocurrir con un espíritu de humildad, tratando de convencer al pecador de la falta cometida. Es la misma forma en que el Espíritu Santo nos convence de pecado (Juan 16:8). Sin convicción de pecado no hay arrepentimiento verdadero. Por eso, el objetivo de esta conversación personal es que esa convicción se produzca. Nunca surge en un ambiente de acusación. Ni Dios lo hace así. Vengan, aclaremos las cosas, dice el Señor. ¿Son los pecados de ustedes como escarlata? ¿Quedarán blancos como la nieve! ¿Son rojos como el carmesí? ¡Blancos quedarán como la lana! (Isa. 1:18). No hay acusación aquí. Dios conversa con el ser humano y le ofrece una solución. En el acto de hablar sobre el pecado hay una promesa, no hay recriminación. Este tipo de comunicación con un pecador requiere humildad, la humildad de Dios. Y cada miembro del Reino de los cielos tiene que conseguirla de él. En este ambiente, es bien posible que el pecador se arrepienta genuinamente. Si así ocurriera, el gozo espi-

ritual de los dos será inmenso.

Segundo paso: dos o tres testigos. Puede ser que no ocurra. Busque, entonces, uno o dos miembros más, con el mismo espíritu. De nuevo una conversación como la anterior. Influyan para que se produzca la convicción de pecado. Si no se produce, los acompañantes se convertirían en testigos del rechazo y de la persistencia en el pecado. Pero no se apresuren a disciplinarlo. Ofrezcanle una nueva oportunidad a través de la iglesia. Infórmenla de lo ocurrido.

Tercer paso: toda la iglesia. Después de que la iglesia haya recibido el informe tiene que hacer también la comunicación afectuosa con el pecador, tratando de producir en él la convicción de pecado. Si el rechazo persiste y el orgullo pecador no cede a la humildad de la invitación, trátalo como publicano o gentil. Colócalo fuera de la iglesia, como ellos están fuera.

Una autoridad. Luego, Jesús les habla de la autoridad, en la que coloca a la iglesia y a él mismo actuando juntos. Sobre la iglesia, les dice: *Les aseguro* que todo lo que ustedes aten en la tierra, quedará atado en el cielo; y todo lo que desaten en la tierra quedará desatado en el cielo (18:18). ¿Es esta una autoridad despótica o intrínseca, como formando parte del ser de la iglesia, que está en ella siempre, porque Jesús dijo: les aseguro? No parece, por lo que sigue. *Además, les digo*, agregó. Lo que dijo primero, sobre la autoridad de la iglesia, se completa con esto. Cuando ustedes, como iglesia, estén de común acuerdo en algo y lo pidan, se los concederé, como concedo a dos o tres personas que se ponen de acuerdo para pedir algo; porque yo estoy en medio de ellos para ese acuerdo. Está claro. Para que la decisión disciplinaria que la iglesia tome en la tierra quede atada en el cielo, la disciplina de la iglesia y la disciplina de Cristo tienen que ser la misma. Esto se logra cuando hay unidad completa entre los miembros de la iglesia y la voluntad de Jesús, a quien la iglesia invita por medio de la oración. La integración de la iglesia y Cristo, en una sola autoridad, solo se logra por la actividad del Espíritu Santo. Por eso, la aplicación de disciplina en la iglesia tiene que ser una actividad espiritual, regida por los principios divinos. Nunca por procedimientos políticos, o intereses de grupos, o motivaciones egoístas. Entonces, por ser dirigida por el Espíritu Santo y por estar identificada con Cristo, será una autoridad espiritualmente respetable, y hay que respetarla. Esto nos lleva nuevamente a la pregunta inicial de los discípulos: ¿Quién es el más importante en el Reino de los cielos y en la iglesia? La respuesta es, por demás, simple y grandiosa: es Jesús, el Mesías, Rey.

El perdón en el Reino de los cielos y la iglesia (Mateo 18:21-35)

Como Jesús habló de un proceso disciplinario que deja abierta la posibilidad de perdonar y, sin duda, para aclarar esa situación, Pedro hizo la segunda pregunta de las dos que motivan el contenido del discurso pronunciado por Jesús.

Perdón ilimitado (Mateo 18:21, 22)

¿Cuántas veces tengo que perdonar a mi hermano que peca contra mí, hasta siete veces? (18:21). Preguntó y ya sugirió la respuesta. Perdonar siete veces en la vida, a una misma persona, le pareció muy generoso. ¿Por qué siete veces? El texto no lo revela. Pero se dice que los rabinos, interpretando Amós 2:1, decían que se podía perdonar hasta tres veces. Como el texto dice: “Por tres pecados de Moab, y por el cuarto, no revocaré su castigo”, Pedro pudo haber pensado que Jesús sería más generoso que los rabinos. Hay otra alternativa que no está fuera de posibilidades. Pudo Pedro haber basado su sugestión de siete veces en uno de los Proverbios de Salomón, que dice: “Porque siete veces podrá caer el justo, pero otras tantas se levantará” (Prov. 24:16, NVI).

En todo caso, Jesús amplió en mucho la buena voluntad de Pedro. No te digo que hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete, le dijo (18:22). Perdona a tu hermano toda vez que él te pida perdón, indefinidamente, siempre con la misma buena voluntad, y sin llevar la cuenta; no sea que se te ocurra hacerle recordar cuántas veces ya lo has perdonado. Aunque así la pregunta estaba bien respondida, Jesús incorporó en su respuesta una parábola que daría una idea más completa de lo que significaba el perdón. No es solamente la ilimitada cantidad de veces que debemos perdonar; también es importante la calidad del perdón que otorgamos: de todo corazón (18:35). Un perdón restringido, o limitado, sería falso perdón.

Parábola de los dos deudores (Mateo 18:23-35)

Un rey que perdona (18:23-27) El Reino de los cielos, dijo Jesús, y la iglesia, se parecen a un rey que quiso ajustar cuentas con sus siervos. El primer caso era de un siervo que le debía 10.000 talentos. Mucho dinero. Unos 340.000 kilos de plata, suficiente dinero para contratar 10.000 jornaleros durante 20 años. ¿De qué manera un simple siervo paga una deuda tal? No la paga; sin dinero, sin propiedades, sin recursos de ninguna clase, no puede. Imposible. El rey decidió transformar en dinero lo único que tenía: su propia persona, su esposa, sus hijos y los enseres de casa. ¡Véndanlos a todos!, dijo el Rey. ¡Qué dramática descripción de un ser humano cualquiera delante de Dios! ¡Sin nada para pagar una deuda tan grande! El siervo se postró delante del Rey y le rogó misericordia. Tenga paciencia conmigo, le dijo. Sujete dentro de usted, la ira que tiene contra mí. No me castigue. Yo se lo pagaré todo. No pedía perdón de la deuda, solo más tiempo. Pero el tiempo de toda su vida no le alcanzaría para reunir lo suficiente y pagar. El Rey se compadeció del siervo, dice Mateo, le perdonó la deuda y lo dejó en libertad. Uno puede imaginar la alegría y el enorme alivio del siervo. Pero los humanos somos seres muy extraños. No sabemos disfrutar plenamente de lo bueno. El egoísmo siempre nos destruye lo mejor.

Un siervo que exige (18:28-30). Al salir de la casa del perdón, el siervo se encontró con uno de sus compañeros de servidumbre que le debía 100 denarios. Solo el equivalente a 100 días de trabajo de un jornalero. Muy poco, comparado con la deuda que el Rey acaba de perdonarle. Pero estos cien denarios eran suyos, y él no los perdería por nada. La alegría del perdón recibido se le fue. Ahora exige con dureza. Tan duro estaba, que se volvió violento. Tomó por el cuello a su consiervo y comenzó a estrangularlo. ¡Tienes que pagarme todo lo que me debes!, le decía. Su deudor hizo lo mismo que él había hecho antes. Le rogó que le diera más tiempo, y le pagaría todo. Su rígido corazón no escuchó el clamor, y actuó de una manera completamente irracional. No solo por la dureza con que trata a su consiervo, sino también por la solución que encuentra para exigirle el pago. Al ponerlo en la cárcel, lo imposibilita para trabajar y reunir el dinero que le debe. Así no podrá pagar una deuda que, si estuviera libre, con cien días de trabajo, la pagaría sin problemas.

No olvidemos que Jesús, al hablar de este deudor, se refiere a los pecadores que tenemos una deuda muy grande con Dios. ¿Qué hacemos con los otros miembros de iglesia cuando ellos cometen faltas, a lo mejor más pequeñas que las nuestras? ¿No habrá algo de egoísmo en la rigidez de nuestras exigencias? Mejor sería que estuviéramos en el grupo de los demás siervos.

Otros siervos: Se entristecen (18:31). Los otros siervos viendo lo que su compañero de servidumbre hacía, se entristecieron mucho. Primero porque no concordaron con lo que él hacía; y segundo, porque sintieron misericordia del que no recibió perdón. ¿Qué puede hacer un fiel cristiano, cuando ve que uno de sus hermanos es demasiado rígido y duro, en la aplicación de la disciplina a otros hermanos suyos que han pecado? No puede actuar como un superhéroe que sale a vengar víctimas, sea con acciones o palabras. Tampoco puede condenar a la iglesia entera por la dureza de uno, algunos o muchos. Menos aún concienciar a otros para formar un grupo de reacción, como si ellos fueran los santos y el resto de la iglesia, pecadores y apóstatas. Esa solución repite el mal que condena. Vuelve a incorporar la dureza, o paradójicamente la liviandad, en los asuntos disciplinarios de la iglesia. Dureza para los otros, liviandad para los miembros del grupo. Los otros siervos de la parábola no hicieron nada de eso. Solo hicieron lo que podían realmente y lo que ayudaría a resolver el problema. Contaron al Rey todo lo que estaba pasando. Para que él interviniera.

Perdonar de corazón (Mat. 18:32-35). Intervino el Rey. Trató al siervo perdonado como deudor. Ese siervo perdió el perdón del Rey por no haber perdonado a su consiervo. Jesús había enseñado a pedir perdón a Dios diciendo: Perdonanos nuestras deudas, como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores (Mat. 6:12). El perdón que otorgamos es la medida del perdón que recibimos. Si no perdonamos las faltas

de alguien cuando nos ofende, ¿cómo pediremos perdón a Dios cuando lo ofendamos con nuestros pecados?

Concluyó Jesús su discurso diciendo que de la misma forma en que el Rey trató al siervo deudor, nos tratará a nosotros el Padre, a menos que cada uno de nosotros *perdone de corazón* a nuestro hermano. Y, con esta frase, indica que las prioridades del Reino son al mismo tiempo las prioridades en la iglesia; donde la relación fraternal de los miembros, determinada por el perdón genuino, es una prioridad absoluta.

VIAJE DE GALILEA A JERUSALÉN

Fin del ministerio en Galilea. El ministerio de Jesús en Galilea va desde la segunda Pascua, año 29 d.C. hasta el otoño del año 30 d.C. Mateo lo relata desde 4:12 a 19:1. Comenzó a su regreso del viaje para ser bautizado por Juan el Bautista (Mat. 4:12). En esa oportunidad también realizó un ministerio en Judea, del cual Mateo no informa nada. Juan es el único que da cuenta abundante de ese ministerio. Su parte inicial (Juan 1:19-2:12) va desde el otoño del año 27 d.C. hasta la primavera del 28 d.C. y su continuidad (Juan 2:13-5:47) se produce desde la primera Pascua, año 28 d.C. hasta la segunda Pascua, año 29 d.C.

Viaje por el este del Jordán (Mateo 19:1, 2)

El viaje desde Galilea a Jerusalén (19:1-20:34), al fin de su ministerio en Galilea, según Mateo, lo hace por el otro lado del Jordán. Es decir, el lado este. Tiene que atravesar Perea, viajar hacia el sur hasta Jericó, cruzar el Jordán hacia el oeste y subir desde allí a Jerusalén. Perea formaba parte del territorio bajo el gobierno del rey Herodes Antipas y estaba muy densamente poblado. No puede evitar las multitudes, y sanó allí muchos enfermos, dice Mateo (19:2).

Preguntas sobre el divorcio (Mateo 19:3-12)

El divorcio ha sido siempre un asunto muy discutido y mucha gente piensa que se trata de algo relacionado con el derecho natural de las personas y que cada uno tiene todo el derecho de hacer su opción. Esto, como ejercicio del libre albedrío, es correcto. Cada uno puede optar, pero no significa que la opción de cada uno sea correcta moralmente. Lo correcto o lo incorrecto, en el terreno de la moral y en todo lo demás, es una decisión de Dios. Nosotros optamos por el bien o por el mal, pero después de nuestra opción el bien sigue siendo bien y sigue el mal siendo mal. Si optamos por el bien, haremos lo moralmente correcto; es decir, lo que concuerda con la voluntad de Dios. Si optamos por el mal, haremos lo moralmente incorrecto.

Primera pregunta: El divorcio en general (Mateo 19:3-6)

¿Está permitido que un hombre se divorcie de su esposa por cualquier motivo?, preguntaron unos fariseos para entramparlo. Seguro que tenían en mente un matrimonio judío, pero Jesús responde como una cuestión humana, universal. Los lleva a la creación de la pareja humana. Adán y Eva no eran judíos; y, al referirse a ellos, Jesús abarca a todos los humanos, de todas las razas, en todos los tiempos y en el mundo todo. Los creó Dios con la intención de que se casaran y debidamente equi-

pados para el estado del matrimonio. Hombre y mujer los hizo, afirmó Jesús. Continuó con una cita textual del Génesis: “Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne” (Gén. 2:24). Así que, ya no son dos, dijo Jesús, sino uno solo. Por creación, Dios determinó que debían casarse. Por casamiento, los sacó de la tutela de sus padres, para transformarlos en la unidad pretendida por la creación. Dios hizo esto. No los seres humanos. El matrimonio no es un pacto entre un hombre y una mujer. Es la unión de un hombre y una mujer para cumplir lo que Dios proyectó y ordenó a todos los seres humanos. Ellos se eligen, para esa unidad, pero quien produce la unidad es Dios. Lo que Dios unió, dijo Jesús, no lo separe el ser humano. La pregunta fue: ¿Está permitido el divorcio? Respuesta clara: No. Frente a esto, ¿debe el Estado tener o no una ley de divorcio? ¿Sería inmoral el Estado, si la tuviera? No sería inmoral y debiera tenerla. En primer lugar, debe tenerla porque el Estado es de todos, los que hacen el bien y los que no lo hacen. En segundo lugar, la opción moral no es del Estado, sino de los individuos que lo componen. Dios mismo permitió que el antiguo Estado de Israel tuviera una ley de divorcio. Lo malo del Estado sería que obligara el divorcio a personas que se encontraran en situaciones específicas determinadas por la ley. Pero, si la ley existiera en términos de opción por decisiones individuales, no estaría mal. Incluso ayudaría a resolver el problema de los que tengan derecho a casarse de nuevo en un divorcio por inmoralidad sexual de uno de los cónyuges. El trabajo de convencer a las personas para que no se divorcien, u opten por los principios divinos acerca del divorcio, corresponde a la iglesia cristiana. No al Estado.

Segunda pregunta: La autorización de Moisés (Mateo 19:7-9)

Los fariseos sintieron que en lugar de colocar a Jesús en un problema, el problema se había vuelto contra ellos. Ellos aceptaban el divorcio. Por aceptarlo y enseñar que su práctica era lícita se colocaban en oposición a Dios. No pueden aceptarlo. Buscan, entonces, una salida: las leyes que Moisés dio para la nación de Israel. ¿Por qué, entonces, mandó Moisés que un hombre diera, a su esposa, un documento de divorcio y la despidiera?, preguntaron. La salida era perfecta. Así estaba escrito, y ellos se sentían autorizados a enseñarlo de esa manera. Por la obstinación de ustedes, les dijo Jesús. Detrás de esa autorización, en realidad, no está Dios, ni Moisés; los verdaderos causantes de ella son ustedes. No hubo autorización de divorcio desde el principio hasta que ustedes llegaron a la existencia como nación. Pero les digo que sí, hay una excepción por la cual un matrimonio está autorizado a divorciarse: la inmoralidad sexual. Si un hombre se divorcia de su esposa por cualquier causa diferente y se casa con otra, comete adulterio con ella. El caso es igual si la esposa comete adulterio. La excepción, en un divorcio por inmoralidad sexual, se aplica solo al que

no comete adulterio. Ese cónyuge puede casarse de nuevo, sin cometer adulterio. Aunque siempre, si es espiritualmente posible, la reconciliación de la pareja es la mejor solución.

Observación de los discípulos: mejor no casarse (Mateo 19:10-12)

Los discípulos vieron el problema enseguida. El mismo problema que afecta a todo aquel que se divorcia habiendo cometido adulterio. Para no cometer adulterio otra vez con la mujer que se casen, tienen que quedarse sin casar. Es mejor no casarse, dijeron los discípulos. Sería mejor quedarse solteros. Con esta observación revelan su habitual manera judía de pensar. Sin la solución del divorcio, el casamiento es muy riesgoso. ¿Cómo van a soportar un casamiento con alguien a quien ya no quieran más, o que les cree problemas, o que tenga un carácter incompatible con el de ellos? Despedir al cónyuge en esas condiciones los expone a un adulterio, porque quedarse solos no es posible. Pablo también enseña que, en caso de no haber inmoralidad sexual, tienen que quedarse sin casar (1 Cor. 7:10, 11).

No todos pueden entender este asunto, les dijo Jesús (Mat. 19:12). No vayan a enseñar que es mejor no casarse y quedarse soltero; porque no todos soportan esto. Es verdad que algunos pueden porque no tienen capacidad sexual desde su nacimiento, o porque los hicieron eunucos, o por su propia determinación, pues quieren dedicarse enteramente al reino de los cielos. Pero no se puede enseñar a todos; solo los que quieran practicarlo, porque pueden, que lo hagan.

Presentación de niños a Jesús (Mateo 19:13-15)

Jesús siempre tuvo un afecto especial por los niños. Su sencillez sin afectación, su amor sin mezquindades, la forma cristalina de sus relaciones, su forma de actuar sin ambiciones, su franqueza simple y sin formalidades, daban a los niños un lugar especial en la mente de Jesús y también en su predicación.

La presentación (Mateo 19:13)

En esta oportunidad, un grupo de madres, siguiendo la costumbre extensamente practicada por las madres judías, de llevar a sus hijos a los rabinos para que los bendijeran, llevó a sus hijos para que Jesús pusiera sus manos sobre ellos y los bendijera. No sabemos cuántas eran las madres, pero la cantidad no produce diferencia alguna. Los discípulos tenían sus propias ideas en cuanto a lo que era conveniente para Jesús o no. Pensaron en él, no con la abnegación y el amor que cada cristiano tiene que pensar en Jesús; lo hicieron con el mismo egoísmo en el que caían cuando pensaban en sí mismos. Pensaron en lo que era más conveniente para él, superocupado como estaba, con cansancio acumulado desde siempre y sin tiempo para nada; no pensaron en qué era lo mejor para los niños y para las madres que los trajeron. ¡Cuán fácil es desvirtuar la misión! Solo cam-

biar el foco del interés, desde las personas hacia uno mismo. Cuando los cristianos, o sus líderes dan más importancia a lo que es más importante para ellos que para la gente a la que sirven, la misión pierde efectividad o deja de cumplirse del todo. Jesús no permitió eso, ni lo permitirá nunca. Aunque ocurra por algún tiempo, encontrará a las personas que den a la misión su verdadero curso y su foco propio.

La aceptación (Mateo 19:14, 15)

Dejen que los niños vengan a mí, dijo a sus discípulos que reprendían a las madres; no se lo impidan. La tarea de un cristiano no consiste en impedir que los niños o los adultos vayan a Jesús; consiste en atraerlos hacia él. La atracción debe producirse con palabras, con actitudes, con hechos, con la propia manera de ser. Nada del creyente debe rechazar a las personas, nunca. Jesús dio la razón única de la misión: Porque de ellos, y de los que son como ellos, es el Reino de los cielos. Este es el objetivo de la labor misionera en todas sus actividades: que las personas entren en la iglesia y en el Reino de los cielos. Recordemos que estos dos términos, iglesia y Reino de los cielos, en Mateo, sin ser equivalentes, están muy cercanos. Jesús puso las manos sobre ellos y se fue de allí.

Las madres, y también los niños, muchos de ellos ya adolescentes, quedaron con un sentimiento muy grande de haber sido aceptados por Jesús, y con un pensamiento de pertenecer a él, muy claro. Nunca más olvidarían este acto de bondadosa aceptación de Jesús. Las madres entendieron que su trabajo de criar a los hijos en el temor de Dios y educarlos para su servicio es un trabajo que Dios acepta, bendice y ayuda. Este incidente ha ayudado a las madres a través de toda la historia del cristianismo y ha motivado a muchas congregaciones a practicar sistemáticamente la presentación de sus hijos a Dios. No es un rito que Cristo haya establecido en la iglesia, como el bautismo o la Santa Cena; pero es una buena práctica que hace recordar a todos los miembros, y por supuesto al padre y a la madre del niño presentado, acerca del interés de Jesús por los niños y acerca de su deseo de que toda la iglesia trabaje unida en la educación cristiana de ellos.

El joven rico: ¿Qué más me falta? (Mateo 19:16-30)

Cristo siguió su viaje hacia Jerusalén. Está en algún lugar de Perea, no sabemos exactamente dónde; pero sabemos que va hacia el acto final de la misión que lo trajo a este mundo: La Cruz. Morir para pagar la deuda de los pecadores; para que los pecadores arrepentidos se libren de su propia muerte, como castigo por el pecado, y tengan vida eterna. Cuando Jesús y sus discípulos estaban saliendo del incidente con las madres, para seguir su camino; alguien se acercó a Jesús “corriendo” (Mar. 10:17). Era un gobernante joven, influyente y muy rico. Vio la ternura de Jesús con los niños, el afecto y la comprensión que tuvo por las madres.

Se enterneció. Quiso ser su discípulo. Y, como Jesús ya había empezado a retirarse, corrió a él.

¿Qué bien haré?: Entrada en la vida eterna (Mateo 19:16-19)

Se arrodilló delante de él y, sin más formalidades, le preguntó: Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna? Su manera de entender la religión no es original; muchos seres humanos la han tenido, y todavía hoy hay muchos que creen lo mismo. El cielo tengo que ganarlo con lo que hago, pensaba él. Entonces, tengo que hacer el bien. Esto es casi automático. Nadie piensa ganar el cielo haciendo el mal. Sería absurdo. Menos mal que, al menos, esa parte del pensamiento humano es bueno. Pero el concepto total está muy errado. El cielo no se gana. La vida eterna es un regalo. No es por obras, para que nadie se gloríe, dirá Pablo después. Pero Jesús siguió el curso de sus pensamientos para moverlo poco a poco de donde estaba hacia donde Jesús quería llevarlo.

Comenzó por determinar una cosa básica. ¿Puede, un ser humano, ser bueno? La respuesta es no. Y Jesús tomó este tema por la calificación de bueno que el joven hizo de Jesús. Maestro bueno, le dijo. ¿Por que me llamas bueno?, le preguntó Jesús; pero no esperó la respuesta del joven. Quería lograr que él entendiera dos cosas: Primera, que Jesús era divino. Nadie es bueno, le dijo; solo Dios. Si lo reconocía bueno, tendría que reconocerlo divino. Segunda cosa, en la palabra “nadie” están incluidos todos los seres humanos, también el joven rico. El objetivo de la vida espiritual no es ser bueno; la bondad de las acciones o hacer el bien, es un subproducto del objetivo verdadero. Ese subproducto tiene que ver con la obediencia a la Ley. Los Mandamientos sabes, le dijo; y si quieres entrar en la vida, guarda los Mandamientos. La mente acostumbrada a las órdenes específicas, sin ambigüedades, del gobernante, lo indujo a preguntar: ¿Cuáles? No puedo equivocarme en esto. No puedo dejar espacios vacíos que me hagan pensar en una cosa, mientras que Jesús está hablando de otra. Esto le agradó a Jesús. Vio que se trataba de un joven responsable, serio. Le citó mandamientos del Decálogo: No matarás. No adulterarás. No dirás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre. Todos de la segunda tabla de Moisés, que tratan de las relaciones con el prójimo. Agregó el resumen de esta sección de la Ley: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Quería claridad; la tuvo.

Todo esto he guardado desde mi juventud, dijo. Jesús sintió un profundo afecto por él. Ama Jesús la honestidad espiritual de toda persona religiosa. No importa qué porción de la verdad divina conozca, si poca o mucha. Esas son las personas que han crecido y pueden crecer mucho más en Cristo. El cristiano honesto es obediente y está siempre abierto a que Dios le muestre su voluntad, cada vez en plenitud mayor, para seguir obedeciendo. No hay ningún problema con esa obediencia. Cristo la busca en sus seguidores y la aumenta cada día con el poder del Espíritu Santo que actúa en ellos. Y

el joven se mostró todavía más honesto. Con una honestidad que lo hacía plenamente recomendable para la vida eterna.

¿Qué más me falta?: La perfección (Mateo 19:20-22)

¿Qué más me falta?, preguntó. Entendía bien que la obediencia a la Ley no era suficiente. Aunque la desobediencia pierda a una persona, la obediencia no la salva. El obediente necesita algo más. El joven rico lo entendió. Jesús comenzó su respuesta tratando el poco comprendido asunto de la perfección humana. Si quieres ser perfecto, le dijo, está bien. Todos los cristianos honestos entienden que, para entrar en la vida eterna, tienen que ser perfectos, y buscan la perfección. Nada errado en esto. El problema es cómo la entienden y cómo piensan llegar a ella. La mayoría está un paso atrás del joven rico. Creen que llegarán a la perfección cuando cumplan bien cada uno de los Diez Mandamientos y no haya pecado alguno en sus vidas. Sin mácula de mal. Pero la perfección cristiana no es eso. El joven rico lo entendió bien. Había guardado la Ley de ese modo y casi todo el tiempo de su vida. Pero sentía que le faltaba algo. La perfección de las acciones, requerida por Dios, no hace perfecta a una persona.

Marcos registró una parte de la respuesta de Jesús que Mateo no relata: Una cosa te falta, le dijo. Y en Mateo leemos: Si quieres ser perfecto, dijo Jesús al joven rico, y lo dice a cada ser humano de entonces y de siempre, vende lo que tienes, dalo a los pobres porque así tendrás tesoro en el cielo, y ven; sígueme. ¿Qué le falta, a la persona que obedece toda la Ley, para ser perfecta y entrar en la vida eterna? Algunos, leyendo las palabras de Jesús dichas al joven rico, dicen: dos cosas. Entregar sus bienes a los pobres y seguir a Jesús. No es así. Si así fuera, todos los cristianos tendrían que dar todo lo que tienen; quedarían todos pobres. ¿Quién les daría a ellos después? Los nuevos conversos, tal vez, que a su vez se tornarían pobres inmediatamente. Y los recursos para la misión ¿de dónde vendrían? Los que se convirtieran siendo pobres, jamás podrían cumplir el primer requisito. Para ellos, la perfección seguiría siendo incompleta. Pero Jesús dijo: Una cosa te falta. Al que obedece los mandamientos solo le falta una cosa. Es la única cosa que vale por todo. Que completa al obediente, completa al desobediente, hace perfecto al pecador. ¿Cuál? Sígueme. Jesús es quien hace perfecto al imperfecto, incluyendo al que obedece toda la Ley; porque la perfección no es por la obediencia, sino por la fe en Cristo Jesús, quien es el camino por donde el creyente transita, sin apartarse nunca de él. La perfección del creyente es la perfección de Jesús, y así, con él y por medio de él, entra en la vida eterna. El objetivo de la vida espiritual no es ser bueno, es vivir con Jesús. El que vive con Cristo tiene todo lo demás, por añadidura: Es bueno, es obediente, es perfecto y es dueño de la vida eterna, regalo de Dios para él por medio de su Hijo.

Aunque el joven rico entendía que la obediencia no era suficiente, no

entendió bien el siguiente paso. Seguir a Jesús. Las riquezas tienen siempre un poder misterioso que concentra la mente en ellas. Por causa de sus muchas riquezas materiales, no vio la inmensa riqueza espiritual de una vida centrada siempre en Cristo. Desgraciadamente, la ceguera espiritual que impide ver los valores verdaderos de la vida, no viene solo por la atracción de la riqueza. Hay infinidad de otros seudovalores que atrapan la voluntad del ser humano y le impiden seguir a Jesús. A eso se refería él cuando le dijo al joven rico que diera todo a los pobres, como en otra oportunidad dijo: si un ojo te impide entrar en el Reino de los cielos, sácalo de ti. Debemos abandonar cualquier cosa que nos impida seguir a Cristo. El joven rico mantuvo el interés en su impedimento, y se fue triste.

Algunos lo dejan todo y siguen a Cristo con mucha felicidad, con alegría, con regocijo. Otros lo dejan todo, pero conservan su interés en aquello que dejaron, y lo siguen tristes. Adquieren una religión melancólica. Su vida es un quejumbroso peregrinar de mártir jamás conducido a su martirio. Son cristianos que acompañan el cortejo fúnebre de Jesús a su sepulcro. Cuando debieran ir como escoltas de María Magdalena, exultantes y felices; gritando a todo el mundo la alegría de su resurrección.

¿Quién podrá salvarse?: Los ricos en el reino (Mateo 19:23-26)

Es difícil para un rico entrar en el Reino de los cielos, dijo Jesús. La tendencia del rico es confiar en sus riquezas. Hay algo singular en ellas: un poder más grande que el poder de compras que ellas tienen. Trasciende los objetos, invade a las personas; como una fuerza de atracción y de respeto que ilusiona y somete. Una especie de educada soberbia que subyuga al dueño y a los que integran su comparsa. Ego. Un ego solapado y fuerte. Un poder de comando que comanda en todos los tonos de la voz y las acciones. Autosuficiencia. El rico siente que lo puede todo, que todos lo necesitan a él y él no necesita a nadie. Así las cosas, es muy difícil que entre un rico en el Reino. Tan difícil, dijo Cristo, que es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja, que un rico entrar en el Reino de Dios. Algunos han tratado de explicar esta expresión con la anacrónica historia de que, antiguamente, en las ciudades amuralladas, construían una puerta más pequeña dentro de la puerta grande para que entrara la gente atrasada, cuando ya habían cerrado la puerta, al anochecer. Dicen que esa puerta pequeña era llamada ojo de aguja, y hacer entrar un camello por ella era muy difícil. Pero bien pudo Jesús haber hablado de una aguja literal, a fin de describir la imposibilidad en que se encuentra un rico para entrar en el Reino de Dios. Los discípulos se desconcertaron con esta declaración.

¿Quién podrá salvarse?, preguntaron. La respuesta implícita es: nadie. En la sociedad religiosa de Israel, los mejor cotizados, desde el punto de vista de la práctica formal de la religión, eran los ricos. Si ellos no pudieran entrar en el reino, entonces, nadie podría. En la mentalidad de hoy, cuando los religiosos consideran el sufrimiento como una especie de re-

quisito de salvación, los pobres son los que están en mejores condiciones de salvarse. Los ricos, se supone, han sufrido menos, han disfrutado más; tienen menos derecho a la salvación. Pero la salvación no es por derecho propio. Los dos grupos pueden estar bien o igualmente mal; dependiendo de la fe que tengan en Jesús y de la manera obediente o desobediente que vivan esa fe. Para Dios todo es posible, declaró Jesús. Con esto se resuelve la dificultad. La salvación del rico, y de todos los demás, requiere un milagro de Dios. Los que no se resistan al milagro y crean en Jesús, entrarán en el Reino.

¿Qué tendremos?: Los que dejaron todo (Mateo 19:27-30)

Los discípulos no eran ricos; pero, centrados en su propio interés, como casi todos los humanos somos, pensaron casi naturalmente en ellos. Esa reacción ocurre en casi toda conversación de seres humanos. Uno le cuenta a otro sobre una operación que tuvo no hace mucho, y el que escucha le dice: A mí me pasó lo mismo. Uno cuenta sobre una injusticia que le hicieron en el trabajo, y el otro dice: En mi trabajo a mí me hicieron algo muy parecido, y enumera los detalles de la injusticia suya. Se suman los ejemplos casi con cada conversación que ocurre. Nosotros, dijo Pedro, hemos dejado todo para seguirte; ¿qué tendremos? La pregunta está relacionada con el reino de Jesús, cuyo establecimiento esperan ellos que ocurra en su propio tiempo. Pero Jesús respondió todo con relación al reino futuro, para el tiempo cuando se produzca el Juicio, la regeneración, y el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria. Entonces recibirán doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel, y participarán con Cristo en el Juicio de la humanidad. Recibirán cien veces más de lo que dejaron: casa, familiares, o tierras; porque, en el Reino, todos los redimidos serán una sola familia, el mundo entero será la tierra de todos y cada uno tendrá su morada propia (Isa. 65:21). Y heredarán la vida eterna. Dejaron todo, un todo pequeño. Recibirán mucho, un mucho de cantidad ilimitada, sin límite en el tiempo. Todo, para siempre.

Jesús no ha terminado su respuesta a la pregunta de Pedro. Necesita tratar con más detalles lo relacionado con la recompensa que reciben los ministros de la misión, entonces doce, una multitud a través de la historia. Acerca de ellos, Jesús dijo: Muchos primeros serán últimos y los últimos, primeros (19:30). Para aclarar esto les contó una parábola.

Obreros para la viña: Los escogidos (Mateo 20:1-16)

De nuevo, el Reino y la iglesia están muy cerca. El Reino de los cielos, comenzó Jesús, se parece a un padre de familia que salió de madrugada -seis de la mañana- a contratar obreros para su viña. Contrató a un grupo por un salario combinado: un denario por el día era el salario normal de un jornalero. Salió en busca de obreros durante todo el día: a la hora tercera, nueve de la mañana; a la hora sexta, mediodía; a la hora nove-

na, tres de la tarde; y a la hora undécima, cinco de la tarde. La jornada del día terminaba normalmente a la hora duodécima, seis de la tarde en nuestra manera de contar las horas del día. A los cuatro últimos grupos les prometió un salario justo. Cuando terminó el día, comenzando por los últimos y yendo hasta los que contrató al comienzo del día, les pagó lo mismo a todos. Los que trabajaron el día entero, protestaron. Los últimos, dijeron, trabajaron una sola hora y les has pagado lo mismo que a nosotros que hemos soportado la carga de todo el día. No hay injusticia en esto, dijo el dueño de la viña. Les pagué a ustedes lo que combinamos. Si quiero darles lo mismo a los otros, ¿no me está permitido hacer lo que quiero con lo mío?

Quien busca obreros es el Padre (Mateo 20:1-8)

El padre de familia es Dios. No hemos buscado nosotros a Dios; él nos buscó a nosotros. Ninguno de los obreros fue a la casa del padre de familia para buscar trabajo. Era costumbre, en esa época, como en algunos lugares del mundo hoy, que los necesitados de trabajo fueran a un determinado lugar del mercado y allí esperaran para ser contratados. Ellos no determinaban dónde irían a trabajar. Simplemente se ponían a disposición de los que buscaban trabajadores, y estos los buscaban a ellos. El padre de familia fue a contratarlos, aparentemente como todos lo hacían. Pero su forma de proceder era totalmente diferente de los demás. Buscó obreros durante todo el día. Los demás contratistas querían obreros para un servicio que abarcara el día entero. El padre de familia quería obreros que ofrecieran un servicio de corazón entero. No le importaba a qué hora comenzaran. Le importaba que no rechazaran su invitación. Cuando preguntó: ¿Por que están todo el día desocupados?, la respuesta fue: porque nadie nos ha contratado. Ni él. No hubo rechazo en ninguno. A la primera invitación, respondieron positivamente. Cuando Dios llama, esta es la única respuesta aceptable. Puede ser que los que no respondan a la primera invitación, les dé Dios una segunda oportunidad; pero esperar oportunidades futuras es muy riesgoso. Primero, porque pudiera ser que no exista una segunda oportunidad; y segundo, porque si nuestra primera respuesta fue negativa, hay más probabilidades de que en la segunda oportunidad respondamos lo mismo.

Dios es el que llama obreros a su viña. La experiencia con aquellos que no fueron llamados por Dios, no ha sido favorable. Jesús no llamó a Judas. Él se ofreció para ser discípulo, y el resultado no fue positivo. Su servicio fue condicionado permanentemente por su egoísmo, su exaltación propia, sus planes personales, y el final fue desastroso. Hay obreros en la viña del Señor que buscan ser los primeros, creen que merecen ese trato y se ofenden si no ocurre. Se quejan y protestan con facilidad. Critican y murmuran por casi todo lo que ocurre en la iglesia. Ponen condiciones para aceptar la designación de sus trabajos y creen que son

siempre tratados con injusticia. Piensan más en la recompensa que en el servicio. En sus derechos que en la abnegación. No fueron llamados por el Señor como Judas, y si lo hubieran sido, se habrían echado a perder como Saúl.

Quien paga a los obreros es el Padre (Mateo 20:9-15)

Jesús quería enseñar a Pedro y a los demás que no debían trabajar esperando una recompensa. Nosotros lo hemos dejado todo, dijo Pedro; ¿qué recompensa tendremos? Este espíritu centrado en sí mismos no era, ni es, el espíritu que Jesús deseaba ver en sus obreros. El padre de familia no siguió los principios humanos de la remuneración. Los humanos pagan por la cantidad de trabajo realizado o por el tiempo que se dedica a él. A Dios le interesa el espíritu con que se realiza la tarea, la buena disposición, la fidelidad, la entrega completa; y recompensa con justicia. Justo era que pagara un denario a los que un denario prometió. Justo era que pagara un denario a los que prometió lo justo. En realidad, justo es lo que Dios quiera; porque su voluntad es siempre justa. Nadie tiene derecho a protestar por lo que Dios decide. Todo es suyo, y si de lo suyo nos da, bien hace en darnos cuanto quiera. Los que recibieron promesa de un pago justo estaban agradecidos por la oportunidad de trabajar y sorprendidos por la generosidad de la recompensa. Dios no otorgará la recompensa final por las obras; será por gracia. Una gracia abundante y generosa, que abarca y cubre todas nuestras necesidades, incluyendo la redención por medio de Jesús, regalo del Padre y manifestación de su gracia (Juan 1:17). El Padre también nos llamó, por la gracia de Cristo, para vivir su evangelio (Gál. 1:6).

Los escogidos del Padre (Mateo 20:16)

Jesús está concluyendo su respuesta a dos preguntas: una de los discípulos: ¿Quién es el más importante en el Reino de los cielos? (Mat. 18:1). Otra, de Pedro: nosotros lo hemos dejado todo; ¿qué recompensa tendremos? (Mat. 19:27). En el Reino de los cielos, lo mismo que en la iglesia, no existe el principio del que más deja, recibe más. En él, los últimos serán primeros; y los primeros, últimos. Por una razón sencilla: No hay últimos ni primeros. Todos son iguales. Aquí en la tierra, entre ustedes, humanos, los primeros son más importantes que los últimos; por causa de la extraña manera que ustedes tienen de valorar a las personas, comparándolas unas con otras por cuestiones transitorias, como la función que cumplen, el trabajo que hacen, la educación que tienen, la riqueza que poseen. Pero, en el Reino de los cielos y en la iglesia debieran ser iguales; cada uno es valorado en Cristo; por eso son todos iguales. Todos valen el mismo sacrificio de Cristo, precio que pagó por cada uno. Todos viven en Cristo y Cristo vive en cada uno de ellos. Por lo tanto, no importa que aquí sea último; allá será primero. Y el primero de aquí será allá como el último.

No se molesten en seguir discutiendo quién será el primero; eso no tiene valor y es irrelevante para el Reino de los cielos.

Además, muchos son llamados a la salvación, por el evangelio. En realidad, es el plan de Dios que el evangelio llame a todos los seres humanos, no importa en qué lugar de la tierra vivan. Pero no todos serán escogidos, en el sentido de que no todos aceptan. Este significado aparece claro la siguiente vez que Jesús usa esta misma frase, al final de la parábola de las bodas. Muchos fueron invitados, pero los primeros invitados rechazaron. Cuando salió la invitación final, ellos aceptaron, excepto uno que, habiendo acudido a la fiesta, no tenía vestido de bodas. Concluyó Jesús diciendo: muchos son llamados, pero pocos escogidos (Mat. 22:14). El evangelio invita a todos; pocos aceptan. Lo mismo ocurre con la invitación a cumplir oficios ministeriales o de liderazgo en la iglesia. No todos aceptan. ¿Cuántos miembros de iglesia realmente aceptan el llamado a la misión y la ejecutan constantemente en todas sus actividades? Todos son llamados; pocos aceptan. El llamado es de iniciativa divina, la aceptación es respuesta humana. La iniciativa divina no discrimina a nadie; al rechazar el llamado, nos excluimos a nosotros mismos.

Cerca de Jericó: El Hijo del Hombre será entregado (Mateo 20:17-19)

No faltaba mucho para llegar a Jericó (Mar. 10:33, 46). El viaje había sido largo y lento. Tuvo que detenerse muchas veces para atender enfermos, para enseñar a la gente, para responder preguntas de enemigos, de admiradores y de los propios discípulos. Pero nada de esto cansa a Jesús. Ese viaje a Jerusalén lo llevaba a la conclusión de su ministerio y al sacrificio supremo. No podía estar indiferente a eso, ni olvidarlo podía.

También estaba interesado en la reacción de los discípulos ante su muerte y el efecto que produciría en ellos. Los tomó aparte y, de nuevo, les anunció su muerte (20:17-19). Tres elementos en el anuncio: sus connacionales, los gentiles y la resurrección.

La acción de sus connacionales (Mateo 20:17, 18)

En Jerusalén, dijo Jesús, el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas. No dice que Judas lo entregará. Ese anuncio vendrá más tarde, en el aposento alto. Los discípulos no entenderían, en ese momento, ni después. Ni siquiera están preparados para entender lo que les está diciendo sobre su muerte. La conducta posterior de ellos dice claramente que, aunque oyeron las palabras, no comprendieron su contenido. Cuando la mente está controlada por pensamientos fijos y por enseñanzas tradicionales sin base en la revelación, parece muy difícil incorporar una nueva enseñanza, aunque venga directamente de Dios. En las presentes condiciones de pecado, nada pudo ni podrá venir más directamente de Dios que lo dicho por Jesús.

Los más cercanos a Jesús no entendían. Tampoco sus propios connacionales.

cionales. Vivían una terrible dominación extranjera. Los romanos eran opresores muy duros y muy dominantes. Los judíos odiaban la opresión entonces como la han odiado siempre. Pocos pueblos de la tierra han sido tan amantes de la libertad como ellos. Lo aprendieron de Dios. Dios hizo al ser humano para la libertad. Lo proveyó de libre albedrío para que realmente fuese un ser libre, de una libertad total que le diera el derecho de elegir, sin obstrucción de nadie ni nada. Ni siquiera él mismo, en su todopoderosa posición de Dios, interferiría en las decisiones que hiciera el ser humano. Por eso, no aceptaban la dominación romana. Cualquier pueblo, en estas mismas circunstancias, incluyendo los judíos, estrecha lazos de protección de unos con los otros, ante un peligro por la acción del enemigo. Es lo que naturalmente tendrían que haber hecho en torno a Jesús. Pero no lo hicieron. El Hijo del Hombre, dijo Jesús, será entregado al jefe de los sacerdotes y a los maestros de la Ley. Si Jesús hubiera predicado un reino terrenal, lo habrían seguido, aunque murieran todos, como ocurrió unos años más tarde en Masada. Pero, como predicaba un reino espiritual, los líderes van a preferir condenarlo a muerte.

La acción de los gentiles (Mateo 20:19a)

Judas lo entregaría a los líderes religiosos de Israel, y estos, después de condenarlo a muerte, lo entregarían a los gentiles. El rechazo de Jesús por parte de los líderes religiosos israelitas sería un absurdo, peor absurdo sería que lo entregaran a las autoridades romanas. Ocurrirá. Lo entregarán, dijo Jesús, para que los gentiles se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen. Todo el proceso de la crueldad, desde la traición, pasando por el escarnio y la tortura, hasta la muerte. Mateo no cuenta nada sobre la reacción que los discípulos tuvieron. Lucas, que no estaba ahí, supo por ellos mismos que no comprendieron nada, porque esta palabra les era encubierta, dice, y no entendían lo que se les decía (Luc. 18:34). Marcos cuenta que, antes de oír este anuncio, los discípulos caminaban detrás de Jesús y ellos, asombrados, lo seguían con miedo (Mar. 10:32). El miedo, seguramente, no disminuyó después de oír de Jesús lo que oyeron. Aunque no entendieran y quisieran pensar que las palabras estaban en clave y la muerte anunciada, no era muerte literal; la sola idea de la muerte, tiene que haber aumentado su temor.

El peligro de lo que puede hacer el enemigo siempre trae consigo algún grado de preocupación que se traduce en ansiedad y temor. Los gentiles, para los discípulos, eran enemigos. Pero el enemigo real estaba actuando por detrás de las autoridades judías y actuaría utilizando a las autoridades romanas. Enemigo real era el rebelde, que inició su enemistad en los cielos y, siendo el principal ángel del cielo, se transformó en Satanás. Desde el nacimiento de Jesús ha estado tratando de destruirlo. Ahora, anunció Jesús, usará de nuevo el poder extranjero, para matarlo. Pero, aunque conseguirá ejecutar su proyecto asesino, no tendrá éxito. Su falta de éxito co-

menzó en el mismo inicio de su rebelión. Nació en el fracaso porque nació en el mal. El mal no puede triunfar para siempre en el universo bueno de un Dios y redentor.

Resultado real: Resucitará (Mateo 20:19b)

Pero, completó Jesús su anuncio, al tercer día resucitará. Toda la acción destructora del enemigo, ejecutada a través de mis connacionales y a través de los gentiles, aun logrando mi muerte, fracasará. La muerte será incapaz de retenerme. Resucitaré al tercer día. No tengan miedo, no se espanten. El poder que yo tengo como Creador de la vida es superior al poder que puedan mostrar los actores de la muerte. La muerte no tiene poder sobre la vida, la vida vence a la muerte.

Santiago y Juan: Poder de la izquierda y la derecha (Mateo 20:20-28)

Cuando el Hijo del Hombre se siente en el trono de su gloria, acababa de decirles Jesús, ustedes se sentarán también en doce tronos para juzgar las doce tribus de Israel (Mateo 19:28). Esto tomó prioridad en la mente de ellos, y dejó fuera de su comprensión el anuncio de su muerte (Mat. 20:17-19). Si iban a sentarse en doce tronos, bueno sería estar bien cerca de Jesús. ¿Por amor a su intimidad espiritual o por amor al poder que eso pudiera representar?

¿Qué quieres? (Mateo 20:20, 21)

Mateo dice que la madre de los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, con ellos, se acercó a Jesús para hacerle un pedido. Salomé posiblemente hermana de María, la madre de Jesús (Mat. 27:56; Mar. 15:40). Si así fuera, no sería difícil entender la confianza que tenía con Jesús para expresarle su pedido. ¿Qué quieres?, le preguntó Jesús. No es problema acercarse a Jesús cuando uno quiere algo. Él está listo para escuchar y no necesitamos ser sus parientes según la carne; con que seamos sus hijos espirituales ya es más que suficiente. Hasta no siendo sus hijos, porque aún no lo hayamos aceptado plenamente, él nos escucha. Escucha y dialoga con nosotros, aunque nuestros pedidos sean tan extraños como fue el pedido de Salomé. Ordena, le dijo, que en tu reino uno de mis hijos se siente a tu derecha y el otro a tu izquierda.

El significado de sentarse a la derecha y a la izquierda es claro para cualquier judío. David lo expresó muy bien hablando acerca del Mesías, en el Salmo que ha sido llamado el credo de David: “Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. Jehová enviará desde Sion la vara de tu poder” (Sal. 110:1, 2). El Mesías, al sentarse a la diestra de Jehová, comparte con él su posición de gobierno, su dignidad, su prestigio, su honor, su dominio, su poder. El que estuviera a la izquierda, seguía, en todo esto, al de la derecha. Salomé pidió para sus hijos el poder de la derecha y

el poder de la izquierda. Naturalmente, esto nada tiene que ver con el poder de la derecha y el poder de la izquierda de los sistemas políticos existentes en los países de nuestro tiempo. Generalmente son poderes antagonistas y en constante conflicto. ¡Cuán bueno fuera que actuaran como poderes complementarios y trabajaran asociados para atender bien a los dos grupos que componen la sociedad humana: los más favorecidos y los menos favorecidos! Pero hay algo muy errado en el interés del ser humano por el poder. Algo muy cercano al egoísmo. Por eso atrae tanto. Atrae hasta a las madres más sencillas, como la madre de Santiago y Juan.

Ustedes no saben (Mateo 20:22, 23)

Pero no saben lo que desean. No saben lo que están pidiendo, dijo Jesús, a la madre y a sus dos hijos. Dirigiéndose a ellos, preguntó: ¿Pueden acaso beber el trago amargo de la copa que yo voy a beber? ¿Pueden pagar el precio de lo que están pidiendo? Realmente no saben lo que piden, ni saben cuál es el precio que se debe pagar por eso. Pero están dispuestos a pagarlo. Sí, podemos, responden. ¡Qué respuesta más ingenua y al mismo tiempo qué falta de sentido! Debieran haber preguntado primero ¿cuál era el precio? Y, entonces, pensar en la respuesta. Pero todos los seres humanos nos dejamos manejar por nuestros deseos más que por nuestra razón. Casi en todas las cosas. Así le pasó a Sansón.

Hace mucho tiempo, unos 3.080 años, entre 1075 y 1055 a.C., vivió Sansón en Israel. Cuando él nació, hacía 40 años que los israelitas estaban bajo el dominio de los filisteos. El pueblo de Israel sufría y rogaba a Dios que los liberara de esa opresión. Pero no había nadie que pudiera liderarlos en esa empresa. Dios tuvo que preparar un líder desde el vientre de su madre. Lo hizo con un hijo de Manoa y su mujer. Les dio instrucciones específicas acerca de cómo tenían que criarlo y educarlo. Lo hicieron piadosamente y con fidelidad. Cuando Sansón tenía edad para comenzar la tarea de su vida, y para convertirse en el libertador y líder político de la Nación. Llegó a casa con un pedido que, según las costumbres de la época, sus padres debían ejecutar. Estuve en la ciudad de Timnat, dijo. Vi allí a una mujer de los filisteos; quiero que vayan y hagan los arreglos para que sea mi mujer. No se hacía así en Israel. Los jóvenes israelitas no se casaban con extranjeras. Sus padres argumentaron con él para que desistiera. No fue posible. Esta agradó a mis ojos, dijo. Es ella la que yo quiero; me gusta, y tiene que ser ella. Ninguna razón pudo convencerlo. Y, sin saber lo que pedía, sus padres tuvieron que arreglar su casamiento con esa joven. Desde el mismo casamiento, los problemas comenzaron para Sansón. Una seguidilla de actos decididos por sus pasiones lo condujeron de un desastre a otro peor, hasta su muerte en el templo de Dagón, el dios de los filisteos (Juec. 13:1-16:31). Solo por dejarse guiar por sus deseos.

Los deseos casi siempre son una expresión del egoísmo. El egoísmo es ambicioso, irracional, ciego a los demás. No le interesa el bienestar de los otros, solo su propio beneficio. Si es esta la motivación para la búsqueda del poder, el poder será muy mal usado; y las consecuencias del mal uso pueden producir un terrible desastre para todos. ¿Fue esta la clase de motivación que lanzó a Napoleón a conquistar Europa? No sabemos, pero todo terminó en un desastre. ¿Fue el egoísmo la motivación de Hitler? Un desastre peor. La búsqueda del poder, cualquier clase de poder, para la exaltación propia, no es apropiada. Llevará a un mal uso del poder. Y el precio que se pague será terrible.

Ciertamente beberán de mi copa, dijo Jesús a Santiago y Juan, pero sentarse a mi derecha y a mi izquierda no puedo concederlos yo. Eso ya está decidido por mi Padre. Es mejor que no intenten cumplir sus deseos en esto; cumplan las decisiones del Padre.

Los otros se enojaron (Mateo 20:24)

La primera reacción contra la ambición de poder de Santiago y de Juan vino de los otros discípulos, y vino inmediatamente. Mateo destaca que la reacción negativa fue unánime. Los otros diez, dice Mateo, se enojaron contra los dos discípulos, cuando oyeron lo que querían. ¡Sin duda fue por el egoísmo que manifestaron los dos! ¿Ningún egoísmo de ellos? Si alguien les hubiera preguntado: ¿Por qué se enojan?, ninguno habría respondido: Por egoísmo; no puedo permitir que se queden con el mismo lugar o el mismo poder que yo quiero para mí. La respuesta habría sido una santa racionalización. Como todos hacemos hasta hoy. Pedro, a lo mejor, habría dicho: Ellos son demasiado jóvenes para esa función. No están preparados para ella. Les falta experiencia. Judas: No han tenido ningún cargo administrativo, no saben manejar dinero, nunca lo hicieron; ¿cómo van a gobernar un reino? Y no vamos a seguir preguntando a los otros discípulos, pues todos habrían podido tener una racionalización parecida, que los dejara bien a ellos y les abriera la posibilidad de ocupar esos lugares.

Casi siempre la reacción de enojo contra un ambicioso de poder es tan poco noble como innoble es la ambición.

Ustedes saben (Mateo 20:25)

Jesús apela a una realidad imposible de contradecir y da por sentado que los discípulos la conocen. Como ustedes saben, les dice, los gobernantes de las naciones oprimen a sus súbditos y los altos oficiales abusan de su autoridad. Casos que ellos conocen: Herodes el Grande, que ejerció una tiranía casi insoportable para los judíos. Herodes Antipas, su hijo, no hacía menos con los habitantes de Galilea y Perea. El Imperio Romano, férreo, insensible dominador, opresor de pueblos y naciones. Ellos sabían de qué manera esos poderes actuaban sobre ellos oprimién-

dolos siempre y sin consideración.

Pero, entre ustedes, agregó Jesús, no será así. En el gobierno de la iglesia no tiene que haber egoísmo ni opresión. Nada de lo que hacen los gobernantes es aceptable en la iglesia. El fundamento del gobierno en la iglesia es exactamente lo contrario al que tienen los gobernantes de las naciones. Para ustedes, llegar a dirigente no es un triunfo personal, ni es transformarse en el beneficiado número uno.

La grandeza del servicio (Mateo 20:26-28)

La grandeza del Reino de los cielos, y de la iglesia, es la grandeza del siervo. El siervo es alguien que se ocupa de hacer progresar los intereses de otra persona, no los propios. El foco de su importancia describe la actividad que realiza. Su dedicación, su eficiencia, su trabajo incondicional, su fidelidad que nunca falla. No se refiere a la relación que pueda existir entre él y la persona o la causa que sirva; como una relación voluntaria u obligada. El siervo está por encima de ese valor. El que está obligado a hacer algo, puede que lo haga a regañadientes. El voluntario, con reticencia. Pero el siervo no reclama ni se restringe. Ejecuta la obra con eficiencia total. Esta es la grandeza del siervo, servir. Y el que sirve para algo, tiene todas las características y las capacidades que ese servicio demanda. El que quiera hacerse grande entre ustedes, dijo Jesús a sus discípulos, deberá ser el servidor de todos.

Además de destacar la eficiencia en la acción, ser siervo revela una actitud. No es servil, como el esclavo; ni petulante, como un jefe pagano. Es serena, dedicada, e inspira respeto. No exige que lo respeten; el siervo jamás exige nada. Pero es tan serio y confiable, que el respeto hacia él surge de manera espontánea. Como el respeto que se debe tener a los gobernantes cuando se conducen como siervos de Dios (Rom. 13:4), o a los maestros de la religión cuando son sus siervos (1 Cor. 3:5; 1 Tes. 3:2). Los líderes de la iglesia son siervos de Cristo (Col. 1:7; 1 Tim. 4:6), y siervos del evangelio por la gracia de Dios (Efe. 3:7) y por la esperanza que engendra nuestra fe (Col. 1:23). Nada más agradable, en la iglesia, que ser atendido por un siervo de Jesucristo, dedicado al servicio eficiente, por la esperanza del evangelio.

Jesús completa el cuadro de la dedicación con la siguiente frase dirigida a los discípulos: Y el que quiera ser el primero debe ser esclavo de los demás. De la acción servicial, pasa a la sumisión del esclavo. En el siervo está la acción; en el esclavo, la voluntad. No tiene voluntad propia. La voluntad del esclavo está sometida totalmente a la voluntad de su señor. Lo cual no significa que no coloca voluntad en lo que hace. Significa que no coloca su propia voluntad, sino la de su señor. Trabaja con una voluntad superior a la suya y bajo la conducción de esa voluntad superior. ¿De qué modo el líder cristiano somete su voluntad a la voluntad de los demás? Sometiéndola primero a Cristo. Luego, trabajando sobre la base

del consenso. Para esto, nada mejor que un gobierno por comisiones, en el que los miembros de una comisión integran sus voluntades en una voluntad de consenso, dirigidos por el Espíritu Santo. El dirigente esclavo no manipula al grupo. No lo somete a su voluntad por la insistencia, ni la coerción, ni la maniobra. Busca el consenso genuino en la libre discusión, hasta que encuentra una decisión que cada miembro de la comisión pueda considerar su propia decisión. No es fácil. Dicho en forma directa: es difícil. Pero, en la medida que el grupo se acostumbre a trabajar de manera transparente y aprenda a ver la dirección que el Espíritu Santo produce en las ideas, se volverá más fácil encontrar la decisión más aceptable y más plenamente integrada con la voluntad de Dios. Al someterse a la voluntad de Dios, todos los miembros de la comisión actúan como sus esclavos. Y todos, como esclavos de Dios, son número uno en el Reino de los cielos, porque allí no hay últimos; solo primeros.

La medida del servicio, en la eficiencia del siervo y en la sumisión del esclavo, es la muerte de Cristo. Porque el Hijo del Hombre, dijo Jesús, no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos. Eficiente y sumiso hasta la muerte. Así es el que desea ser grande o quiere ser el primero en el Reino de los cielos y en la iglesia.

Salida de Jericó: Dos ciegos con fe (Mateo 20:29-34)

Mateo, a continuación, cuenta lo que ocurrió cuando Jesús, siguiendo su viaje a Jerusalén, salía de Jericó. Nada dice de lo ocurrido a la entrada y dentro de la ciudad. Lucas dice que, cuando estaba por entrar en la ciudad, Bartimeo, el ciego, clamó por ayuda y Jesús le devolvió la vista (Luc. 18:35-43). En la ciudad se encontró con Zaqueo y pasó la noche en su casa (Luc. 19:1-9).

La declaración de fe (Mateo 20:29, 30)

Al día siguiente, de mañana, salía de Jericó con sus discípulos y la multitud iba con él (Mat. 20:29). Ahí se encontró con dos ciegos. Los ciegos, sentados a la orilla del camino, oyeron que Jesús pasaba por allí. Ya habían oído mucho acerca de él. Conocían todo acerca de su compasión y misericordia hacia los necesitados. Conocían las profecías que hablaban de él. La gente del pueblo, cuando tiene una gran noticia, no calla. Cuentan. Más aún, posiblemente habían dicho a estos ciegos: ustedes deberían ir donde él está. Él puede hacer un milagro por ustedes. Quizá sea él la única esperanza de ver que ustedes tienen. Pero el viaje a Galilea, donde Jesús realizaba los milagros que les contaban, era muy largo para ellos. Ahora que él pasaba donde ellos estaban, no podían perder esta oportunidad, quizá la única que tendrían. Gritaron. Su voz, dicha en un tono muy alto y clamoroso, cargada con el sentimiento que un necesitado coloca en ella, como cuando está frente a un peligro y grita: ¡socorro!, superó al ruido de la gente. Todos oyeron la doble declaración de fe de los pobres ciegos, que

también eran ciegos pobres. Pero no pobres en fe.

¡Señor!, dijeron, ¡Hijo de David! Como tú tienes, Señor, todos los poderes y todas las cosas están bajo tu dominio, escúchanos. Es posible que conocieran las promesas sobre el Señor Rey justo cuyo poder dominaría sobre los elementos de la naturaleza, sobre los reyes y las naciones. Y tendría poder para librar “al menesteroso que clamare y al afligido que no tuviere quien le socorra” (Sal. 72:12). Ellos creían que Jesús era ese Señor. Los ciegos creían, además, que Jesús era el Hijo de David. El Mesías. La misión del Mesías era ayudar y salvar. Los ciegos declararon su fe en Jesús como Señor y Mesías. Estaban seguros de que los ayudaría.

Oposición a la fe (Mateo 20:31)

Pero el enemigo siempre tiene sus agentes del desánimo y la incredulidad. La multitud estaba en contra de ellos. Eso indica que la mayor parte de esa gente no andaba con él porque en él creyera. No creían y, porque ellos no creían, obstaculizaban la fe de los ciegos. Por supuesto, impedir la fe es más fácil que creer, y produce una actitud más agresiva. La multitud los reprendía, dice Mateo. Era una reprensión autoritaria, que lleva consigo la intención de controlar. Cállense, les decían. Pero la fe no retrocede. Los ciegos gritaban con más fuerza: ¡Señor, Hijo de David, ten compasión de nosotros!

El pedido de la fe (Mateo 20:32, 33)

Jesús se detuvo. Ante el asombro de la multitud, los llamó. Durante el tiempo que los ciegos necesitaron para aproximarse, nadie dijo nada. Algunos ayudaron guiando a los ciegos hacia donde estaba Jesús. Cuando llegaron, una gran expectativa invadió el ambiente. Silencio. ¿Qué quieren que haga por ustedes?, les preguntó. Al oír las palabras de Jesús, sintieron que su poder estaba listo para actuar. No vacilaron. Señor, dijeron con sencillez pero con mucha seguridad, queremos recibir la vista. Estaban juntos. Juntos habían sufrido la miseria y la pobreza de su ceguera. Ahora querían juntos recibir la misma bendición. Tenían una fe igual y un mismo pedido. Era el verdadero pedido de una fe verdadera.

Resultado de la fe (Mateo 20:34)

Se compadeció de ellos, dice Mateo. De nuevo la compasión del Mesías Rey que Mateo ha destacado a través de toda su historia. Es una de las marcas distintivas del Mesías. El Rey de Israel había estado en acción y este milagro, el último antes de entrar en Jerusalén para su mayor obra de compasión y misericordia, mostraba de nuevo que él era el poderoso Rey esperado. Sin decir nada, Jesús les tocó los ojos. Al instante recuperaron la vista y lo siguieron. Los que creen, siguen a Jesús siempre, lo más cerca de él posible; a todas partes, incluyendo el lugar de mayor peligro, como era Jerusalén en ese instante. Lo siguieron con alegría. La experiencia de

la fe siempre produce regocijo. El gozo de la seguridad en Cristo es insustituible y duradero.

Myron Augsburger repite la historia de una conversación ocurrida en una exposición de arte. Un pintor y un poeta observaban el cuadro sobre la sanidad de un ciego, del maestro francés Nicolás Poussin. ¿Qué te parece lo más notable en este cuadro?, preguntó el pintor al poeta. La excelente figura de Cristo, dijo el poeta, la manera de agrupar a la gente y la expresión de sus rostros. El pintor llamó la atención del poeta a un rincón del cuadro, donde el artista había pintado un bastón de ciego, abandonado en las escaleras de una casa. El ciego se sentaba aquí, le dijo, antes de que Jesús viniera. Pero, cuando oyó que estaba pasando y fue para pedir la recuperación de la vista, estaba tan seguro del milagro que dejó su bastón abandonado.

EL REY EN JERUSALÉN

El Rey llega a Jerusalén. Mateo, hasta ese momento, dedicó la mayor parte de su Evangelio para contar la historia de Jesús en Galilea. El Rey recorrió todo el territorio de Galilea en tres viajes misioneros públicos (Mat. 4:23-25; 9:35; 11:1) y uno secreto (Mat. 17:22, 23; Marcos 9:30-32). Predicó el evangelio del Reino, enseñó el estilo de vida del Reino y sanó a los que padecían toda clase de enfermedades. En la última parte de su evangelio cuenta Mateo el ministerio de Jesús en Judea (21:1-26:56), el juicio (26:57-27:31), la crucifixión (27:32-66), la resurrección (28:1-15), la visita a los discípulos en Galilea y la comisión evangélica (28:16-20).

Llegó a Jerusalén para reclamar su reino. No el reino terrenal que todos los judíos, incluso los dirigentes, le habrían otorgado si lo hubiese pedido y que él no demandó; porque era el mismo reino ofrecido a él por Satanás en la tercera tentación (4:8-10) y porque ese no era su reino. Reclamó su reino espiritual, el Reino de los cielos, el Reino de Dios integrado por todos los que crean en él y le sean fieles hasta la muerte; como él estaba dispuesto a morir por ellos, y lo haría.

Domingo: Entrada triunfal del Rey que viene (Mateo 21:1-11)

Jesús ejecuta, en Jerusalén, la mayor parte de lo que Mateo cuenta acerca de su ministerio en Judea; menos una salida al Monte de los Olivos, donde pronuncia su discurso con las profecías del Reino (24:1-25:46), una salida a Betania, donde María Magdalena lo unge con ungüento muy caro (26:6-13), y otra al Monte de los Olivos, al jardín de Getsemaní, donde fue arrestado (26:30-46). Comienza con una entrada triunfal en la ciudad de David, Jerusalén. Es primavera, año 30 d.C. Comienza la trascendental semana de la pasión.

Betfagé, la casa de los higos verdes (Mateo 21:1)

¡Cuántas cosas pasaron en el viaje de Galilea a Betfagé! ¡Cuántas más ocurrirán desde Betfagé al Gólgota! Una semana, la más importante de la eternidad entera. Es domingo, el primer día. Llegaron a Betfagé, Jesús con toda su comitiva, los doce apóstoles, una cantidad desconocida de incondicionales discípulos, las mujeres que atendían voluntariamente, de su propio peculio, las necesidades de Jesús y los doce, y la multitud de curiosos, admiradores y creyentes. Muchos estaban cansados, otros ansiosos, la mayor parte expectantes: esperaban que Jesús, públicamente, se proclamara Rey. Los discípulos acompañaban el sentimiento de la multitud, con una vaga impresión de que pudiera ocurrir algo diferente. Jesús lo sabía. Sabía cuál era su Reino y el precio que debía pagar por él.

Estaban en la casa de los higos verdes, Betfagé. Un caserío insignificante en la ladera del Monte de los Olivos, cerca de Betania. ¿Por qué Jesús eligió este lugar para el comienzo de su entrada triunfal en Jerusalén? Por su nombre, tal vez. Al día siguiente maldecirá una higuera con apariencia de muchos higos, sin nada. Extraño símbolo de una nación cuyos higos no maduraron, o no los tuvo. ¿O estaba por perder la única oportunidad que tuvo de madurarlos en abundancia? Todas las oportunidades que da Dios son siempre de abundancia. ¿Por qué siempre hay gente sin nada? Si tuvieran fe como una semilla de mostaza, todo lo que pidieran les sería dado. Villorrio de Betfagé. La humildad de la tierra en tus calles sin gente. Soledad de la vida, vida sin nada. Solo tu silencio reseca las flores en verano, congelando los sueños del invierno. Pero ahora, en primavera, con el Rey, las gentes, la memoria, la visión de los profetas, lo más grande de la historia; ¿llenarás tus higos agrios, de dulzura? Solo un poco de fe, solo un poco, Betfagé.

Un burrito de aldea (Mateo 21:2-5)

Vayan a la aldea de enfrente, dijo Jesús a dos de sus discípulos; encontrarán una burra atada, con un burrito. Desátela y tráiganme a los dos. Si alguien preguntare alguna cosa, díganle: el Señor los necesita y los devolverá después. ¿Quiénes eran los dos discípulos? Ninguno de los cuatro evangelistas da sus nombres. ¿Tarea anónima? Una simple bestia de carga, y un trabajo rutinario hecho por hombres sin nombres; lo simple sirve también al Rey, como lo grande. La profecía era lo más grande a su servicio, y el profeta Zacarías, quinientos años antes, había anunciado: “¡Alégrate mucho, hija de Sion!; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna” (Zac. 9:9).

El Rey ya viene (Mateo 21:6-11)

Los dos discípulos hicieron su trabajo exactamente como Jesús les dijo. Trajeron el burrito y pusieron sus mantos sobre él, para que Jesús montara. La multitud observaba. Todos conocían la antigua costumbre de los reyes israelitas cuando entraban en Jerusalén. Llegaban siempre cabalgando sobre un burrito. Jesús se sentó sobre el pollino y la multitud, sin poder contenerse más, comenzó una algazara de triunfo y alegría. El Rey prometido, el Hijo de David, estaba ya en marcha hacia la ciudad de David. ¿Qué otra señal necesitaban? Ya lo tenían todo. ¡Hosanna al Hijo de David!, decían. ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas! El cuadro era maravilloso. Jesús cabalgando en la forma de los antiguos reyes. Su porte real era digno y seguro. Su rostro reflejaba la luz del triunfador, del que sabe de dónde viene y a dónde va, del que nada teme y puede todo. Era el Rey. La multitud, convencida de que la hora de su liberación había llegado, proclamaban al Rey

con alegría y esperanza. Ahora sí, se decían, los ejércitos romanos serán expulsados, Israel será una nación independiente y nosotros seremos libres. Todos le rendían homenaje. La naturaleza, vestida de primavera, y el sol de luz sin frío, ni excesivo calor, brillante, parecían concordar con la alegría pletórica de la gente. Era un gozo infinito. Avanza. Gente y más gente se suman a la multitud entusiasmada. Llegan a las puertas de Jerusalén. Toda la ciudad, llena de peregrinos que han venido a celebrar la Pascuas, corre tras él. Una alegría, perdida ya por el pueblo sufriente y oprimido, volvió a Jerusalén, como en los tiempos de David. Los sacerdotes, preocupados, querían detener la marcha triunfal del nuevo Rey. No pudieron. Nadie sabía que, al fin de la semana, todo este júbilo se transformaría en odio, burla, escarnecimiento y muerte; solo Jesús. Nadie sabía que el Reino no era el reino que querían, era el reino que no querían. El Reino de Dios, que el pueblo ya había desechado hacía mucho tiempo. Jesús vio al pueblo sin fe. Vio la malicia de los sacerdotes, la envidia, las ganas de vengarse y destruirlo. Vio las angustias presentes y futuras de toda la Nación, la destrucción de la Ciudad, la dispersión de la gente. Se entristeció y lloró por todos ellos. ¡Si tan solo hubieran entendido la verdadera naturaleza de su Reino! Pero ellos solo querían un reino de este mundo, no querían el Reino de los cielos. Esa noche, Jesús pasó la noche en Betania. Evidentemente, se había hospedado allí desde el viernes (Mar. 11:1).

Lunes: Reino espiritual y fe (Mateo 21:12, 22)

En este día ocurren dos hechos destacados: las palabras de fe que secan la higuera y la purificación del Templo. Mateo los cuenta en secuencia, pero en orden inverso. La purificación del Templo primero, para seguir, después de la entrada triunfal, con lo grandioso que prueba más contundentemente que Jesús es el Mesías. El incidente de la higuera, después, aunque ocurrió temprano ese día. Con esto comienza Jesús, en Judea, a enfatizar la naturaleza espiritual de su Reino y a definir su poder como el poder de la fe.

Purificación del Templo: Casa de oración (Mateo 21:12-17)

El primer indicio de su Reino espiritual ocurrió en el Templo. El último ocurrirá en el Gólgota. Jesús no quiere un Templo convertido en centro del poder económico y político de la Nación. Quiere una casa de oración. Entró en él, y echó a todos los que vendían y compraban. Volcó las mesas de los cambistas. Tumbó las sillas de los vendedores de palomas. Expulsó a los comerciantes. No soportaba que el Templo se hubiera transformado en un centro comercial. Cuando la religión se vuelve un negocio, ya no le queda nada y su vacío se transfiere a la gente, que vive una religión formal. Solo formas religiosas sin contenido, que en lugar de acercar a los adoradores hacia Dios, los aleja de él. “¿Para qué

me sirve, dice Jehová, la multitud de vuestros sacrificios? Hastiado estoy de holocaustos de carneros y de sebo de animales gordos; no quiero sangre de bueyes, ni de ovejas ni de machos cabríos. ¿Quién demanda esto de vuestras manos, cuando venís a presentaros delante de mí para hollar mis atrios?” (Isa. 1:11, 12). “¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas como en que se obedezca a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros” (1 Sam. 15:22).

Mi casa, casa de oración será llamada, les dijo Jesús, pero ustedes la han convertido en cueva de ladrones. Los comerciantes que trabajaban en el Templo, aparentemente prestaban un servicio necesario a la adoración. Llegaban peregrinos de todas partes del Imperio Romano, que debían ofrecer sacrificios y pagar el sagrado impuesto anual del Templo, medio *shekel* por persona mayor de 20 años, el mismo que los cobradores demandaron de Pedro en Capernaum (Mat. 17:24-27). En el Templo no se aceptaban las monedas romanas, ni griegas; solo la moneda del Templo. Tenían que cambiar. Había extorsión y abuso en abundancia. Se generaban discusiones apasionadas y duras que destruían el espíritu apropiado y la actitud conveniente para la adoración. Los sacerdotes huyeron. Recordaban la vergüenza que sufrieron tres años atrás cuando Jesús, al comienzo de su ministerio público, purificó el Templo la primera vez (Juan 2:13-22). Entonces, pensaron: Nunca más nos dejaremos vencer por el temor ante este hombre, ni le obedeceremos. Pero ahora el terror era mayor y la obediencia más apresurada. Tenía un poder irresistible. Nada podían ante él. En su fuga, vieron cómo la gente llegaba al Templo, más y más gente. Jesús, de nuevo, sanó sus enfermos. Los ciegos veían, los cojos saltaban, hablaban los mudos, los niños cantaban y gritaban: ¡Hosanna al Hijo de David! Los sacerdotes y los escribas, con la ansiedad de lo siguiente que Jesús pudiera hacer, a lo mejor tomar el Reino, indignados le dijeron: ¿No oyes lo que estos están diciendo? Claro que sí, les respondió, ¿nunca han leído ustedes en los Salmos de David: “De la boca de los niños y de los que aun maman, fundaste la fortaleza, a causa de tus enemigos, para hacer callar al enemigo y al vengativo”? (Sal. 8:2).

Todo, en los labios de Jesús, era demasiado claro. Sus oponentes guardaron silencio, y la noche estaba llegando para ellos y para la ciudad. Jesús se fue a pasar la noche en Betania. Así terminó el día lunes, que había comenzado con una parábola en acción: la higuera seca. Mateo la cuenta después de estos incidentes, porque estos tienen mayor importancia para probar que Jesús es el Rey de Israel.

La higuera seca: Una lección de fe (Mateo 21:18-22)

Después de pasar la noche en Betania, sin duda en casa de Lázaro y sus hermanas, volvió, con sus discípulos, a Jerusalén. Van al Templo. Salieron muy de mañana. No desayunaron. En el camino sintieron hambre, pero

pronto vieron una prometedora higuera. Aunque todavía no era pleno tiempo de higos, mediaba la primavera, en algunos lugares las higueras tenían ya sus primeros frutos. Esta aparentaba estar cargada de higos. Pero, era pura apariencia, solo abundancia de hojas; frutos, nada. Símbolo apropiado para describir la hipocresía de una nación o de una persona. La apariencia de piedad no comunica, a nadie, las bondades de la religión. No satisface a los necesitados. No da alimento, ni satisfacción, ni alegría. Solo una promesa de algo que no tiene. Solo el incumplimiento de una promesa vacía.

Por más de mil años había sustentado Dios a la nación israelita. Le había dado la tierra, la organización nacional, las leyes que la destacaban en el mundo político de entonces y de siempre. Le había dado la religión, la más coherente, la más sabia, la más verdadera, la más completa, la mejor de todas las religiones del mundo. Le había dado la mejor cultura, la mejor literatura, la mejor poesía, la maravilla arquitectónica del Templo. Le había dado inteligencia. Le había dado el mejor estilo de vida de toda la humanidad. Le había dado una visión universal y una misión para beneficiar a todas las naciones del mundo. ¿Qué más le faltaba? Solo frutos. Pero, sin ellos no tendría nada. Una higuera llena de hojas, nada más. ¡Nunca más vuelvas a dar fruto!, le dijo Jesús. Y se secó la higuera. Los discípulos no entendieron el mensaje. La hipocresía religiosa los alcanzaba también a ellos y a nosotros. A todos los humanos, de todos los tiempos. No importa quién sea, si es solo religioso de apariencia, o aparenta no creer en nada, como los ateos aparentan, es todo hipocresía. La verdadera religiosidad, la piedad verdadera, da frutos para Jesús, nunca para uno mismo. Pensarse superior, o creerse dueño del juicio para determinar por nosotros solos el valor de todas las cosas, hasta de las cosas divinas, es solo una actitud de higuera sin frutos, que se secará muy pronto. Los discípulos no entendieron. ¿Cómo es que se secó la higuera tan pronto?, preguntaron. En vez de saber cómo llevar fruto, querían saber cómo secar la higuera. Cómo hacer cualquier cosa que los demás no pudieran hacer. No hay mágico poder que pueda, como Midas, transformar todo lo que toque en oro. Jesús los vuelve al reino espiritual. Si tuvieran fe, les dijo, y no dudaran, podrían todo. Pero no lo que ustedes quieran, sino lo que puedan pedir a Dios en oración. Lo que Dios quiera. Tres cosas intervienen: el pedido que hagan, la fe con que pidan, la voluntad de Dios que concede. Si el pedido coincide con la voluntad de Dios, y se pide con fe, él concede la petición. La oración es una conversación con Dios, con el objetivo de integrar nuestra voluntad con la suya. Cuando hay integración de la voluntad humana con la voluntad divina, el ser humano puede pedir lo que quiera, pues siempre querrá lo que Dios quiere; y Dios le concederá todo. Así vivía Jesús. La orden que dio a la higuera no era una orden caprichosa, ni egoísta. Tenía el objeto de enseñar una lección profundamente espiritual, de frutos y de fe, a los discípulos de entonces y a los creyentes de todos los tiempos.

Después de la parábola en acción, hecha con la higuera, Jesús siguió su viaje hacia el Templo, donde ocurrieron los hechos relacionados con la purificación del Templo que ya hemos considerado. En la noche del lunes volvió a Betania para pasar la noche allí.

Martes: Enseñanzas en el Templo (Mateo 21:23-23:39)

El martes fue un día muy ocupado, todo él en el Templo. Mateo no registra milagros en este día. Solo preguntas, respuestas y enseñanzas. Desde el domingo, Jesús ha tomado control del Templo y lo utiliza como la sede de su reino espiritual. Su trono, desde donde conduce los acontecimientos hacia la cruz. La cruz no lo sorprenderá a él; él va hacia ella. Todas las autoridades del Templo están ahí, pero no pueden hacer nada contra él; salvo escucharlo. Y lo escuchan con profunda preocupación, consternados y sorprendidos.

La autoridad de Jesús (Mateo 21:23-46)

Mientras enseñaba, dice Mateo, se acercaron a él los ancianos del pueblo y los principales sacerdotes. El texto original no dice los sacerdotes principales, sino el sumo sacerdote y sus similares. Esa vez, el sumo sacerdote no envió representantes, fue personalmente para interrogar a Jesús y quizás intimidarlo para que se retirara del Templo. No fue solo, sin embargo. Llevó una comitiva de los hombres más importantes de la Nación: ancianos miembros del Sanedrín, sacerdotes y escribas, o eruditos de la Ley.

Preguntas del sumo sacerdote y otros (Mateo 21:23-27). Sus preguntas son pertinentes: ¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿Quién te la dio? Esto significa: la autoridad, aquí en el Templo, soy yo y estos hombres que están conmigo; yo tengo la autoridad de sumo sacerdote. ¿Qué autoridad tienes tú? Yo no te la di, ni el Sanedrín. ¿Quién te autorizó a hacer lo que estás haciendo? El sumo sacerdote no sabe, pero está enfrentando la autoridad divina que él dice representar y colocándose por encima de ella. ¡Qué atrevimiento!

El pueblo escuchaba con profundo respeto. Nunca habían visto a Jesús y al sumo sacerdote frente a frente. Por el curso de la conversación y el tono de las preguntas, imaginaron que este sería el momento en que Jesús demostraría la autoridad que le habían visto usar, superior a los escribas y los fariseos. Pero, la imagen del sumo sacerdote les infundía terror. Ahí estaba, vestido con sus ropas más ricas y caras, cargadas de un prestigio que la tradición y la revelación habían colocado sobre ellas. Relucía la tiara en su cabeza. Su porte era majestuoso, parecía un verdadero príncipe del Templo. Orgulloso y seguro de su autoridad, no dejaba duda de lo que pretendía hacer.

Jesús no tenía nada de eso. Sus ropas de hombre común mostraban las manchas del viaje. Su rostro, un poco pálido, expresaba una pa-

ciencia infinita. No había orgullo en su porte, pero resaltaba en él una dignidad tan divina y una benevolencia tan grande, que contrastaban visiblemente con la suficiencia propia y el rostro airado del sumo sacerdote. Cuando el sumo sacerdote preguntó ¿Con qué autoridad haces estas cosas?, pensaron en las cosas que Jesús había hecho antes de llegar a Jerusalén, de las cuales la mayoría de los presentes había oído muchas historias. Pensaron en las cosas que, en tan corto tiempo, ya había hecho en Jerusalén: la entrada triunfal, la purificación de Templo, los numerosos milagros, sus enseñanzas tan atractivas. Todo les pareció inobjetable. Si fuera por ellos, en lugar de condenarlo por alguna de esas cosas, pedirían mucho más de ellas.

Jesús eligió una forma diferente de respuesta. En lugar de responder directamente, hizo una contrapregunta. El bautismo de Juan, dijo, ¿de dónde era? ¿Del cielo o de los hombres? Si me responden, también yo responderé con qué autoridad hago estas cosas. Ya quedaba planteada una alternativa de respuesta: la autoridad de Jesús solo podía ser del cielo o de los hombres. Elijan ustedes cuál de las dos era la autoridad de Juan. No podían decir de los hombres, porque el pueblo tenía a Juan por profeta. Si decían del cielo, reconocerían que la autoridad de Jesús tenía el mismo origen. Estaban contra la pared. Consultaron entre ellos. El pueblo, ansioso por ver allanado el camino de Jesús hacia el poder, esperaba la respuesta de ellos con inusitado interés. Si decían: del cielo, quería decir que aceptaban la autoridad de Jesús, y él podría proclamarse Rey ahí mismo. No ocurrió así. Dijeron: No sabemos. Tampoco les digo yo, declaró Jesús, con qué autoridad hago estas cosas. Quedaba abierta la posibilidad de que Jesús siguiera enseñando en el Templo, y él no vaciló; sin responder la pregunta, siguió enseñando sobre el mismo tema.

Parábola de los dos hijos: La voluntad del Padre (Mateo 21:28-32). ¿Qué les parece?, preguntó Jesús a la comitiva del sumo sacerdote. Había un hombre que tenía dos hijos. Al primero le dijo: ve hoy a trabajar en la viña. No quiero ir, le contestó; pero después, arrepentido, fue. Ordenó lo mismo al segundo, y este respondió: Sí, señor, yo voy; pero no fue. ¿Cuál de los dos obedeció la voluntad de su padre? El primero, respondieron. Esta vez la respuesta les pareció muy fácil y sin consecuencias. Se equivocaron. El primer hijo representaba a los publicanos, las prostitutas, los pecadores; y el segundo los representaba a ellos. Los publicanos y los pecadores actuaban de manera cínica y no servían al Dios de Israel. Se oponían a la religión y no les importaba la piedad ni la obediencia a Dios. Solo se interesaban en sus deseos personales y sus propios intereses. Pero, cuando vino Juan el Bautista predicando el bautismo del arrepentimiento, fueron a él, se arrepintieron, y él los bautizó. Algunos de los fariseos y de los dirigentes también aceptaron que la predicación de Juan venía del Cielo, y se bautizaron. Pero la mayoría de los líderes lo rechazaron. Profesaban obedecer a Dios, pero no aceptaban a sus enviados y no obedecían los mensajes que

Dios les enviaba a través de ellos.

Así como ocurrió con Juan, la autoridad de Jesús estaba vinculada con la voluntad de Dios. Su autoridad y su voluntad tenían el mismo origen: Dios. Pero los dirigentes no lo aceptaban. Les aseguro, dijo Jesús, que los publicanos y las prostitutas van delante de ustedes hacia el Reino de Dios. Porque ustedes no creyeron en Juan, que les mostraba el camino de la justicia, y después de ver sus efectos no se han arrepentido. La religión formal que tenían, sin arrepentimiento, no valía nada. La seudo obediencia que practicaban, sin andar en la justicia de Cristo, nada valía.

Los labradores malvados: Un nuevo pueblo (Mateo 21:33-46). Escuchen otra parábola, les dijo. Había una vez un hombre que plantó una viña. La cercó, le cavó un lagar, le edificó una torre y la arrendó a unos agricultores. Se fue en un viaje. Cuando llegó el tiempo de la vendimia, envió a sus siervos para recibir la parte que le correspondía. Los agricultores los maltrataron: golpearon a uno, al otro mataron y apedrearon al tercero. La segunda vez envió más siervos que la primera. Les hicieron lo mismo. Entonces, envió a su hijo, pensando que lo respetarían por ser su hijo. Pero, los agricultores se dijeron unos a otros: Este es el heredero. Matémoslo. Así la viña queda para nosotros. Lo arrastraron fuera de la viña y lo mataron. Volviéndose a la multitud, Jesús preguntó: Cuando vuelva el dueño de la viña, ¿qué hará con esos agricultores? Los destruirá sin misericordia, dijeron apresuradamente los sacerdotes y los gobernantes, y arrendará la viña a otros agricultores que le paguen a tiempo.

Apenas terminaron sus palabras, se dieron cuenta del significado de la parábola y de sus propias palabras. Se acordaron de la viña del profeta Isaías. “Ahora cantaré por mi amado el cantar de mi amado a su viña. Tenía mi amado una viña en una ladera fértil. La había cercado y despedregado y plantado de vides escogidas; había edificado en medio de ella una torre, y hecho también en ella un lagar; y esperaba que diera uvas, y dio uvas silvestres. Ahora, pues, vecinos de Jerusalén y varones de Judá, juzgad ahora entre mí y mi viña. ¿Qué más se podía hacer a mi viña, que yo no haya hecho en ella? ¿Cómo, esperando yo que diese uvas, ha dado uvas silvestres? Os mostraré, pues, ahora lo que haré yo a mi viña: Le quitaré su vallado y será consumida; derribaré su cerca, y será hollada. Haré que quede desierta; no será podada ni cavada, y crecerán el cardo y los espinos; y aun a las nubes mandaré que no derramen lluvia sobre ella. Ciertamente la viña de Jehová de los ejércitos es la casa de Israel, y los hombres de Judá planta deliciosa suya. Esperaba juicio, y he aquí vileza; justicia, y he aquí clamor” (Isa. 5:1-7). Vieron que el dueño de la viña era Dios, la viña era la nación judía, el vallado era la Ley de Dios, la torre era el Templo. Como agricultores, debían trabajar para que la viña produjera los frutos de una vida que estuviera en armonía con los grandes privilegios otorgados por Dios. En lugar de servir a Dios, habían maltratado a sus profetas y ahora, en lugar de respetar su

autoridad, complotaban contra la vida de su Hijo. Querían la viña para sí, pero así la perderían para otros agricultores mejores que ellos. Una nueva comunidad con dirigentes nuevos, estaba en formación. Líderes y comunidad que no pondría en duda la autoridad de Jesús. La aceptarían como la piedra angular de toda su estructura.

¿No han leído en las Escrituras, les dijo Jesús: La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo. El Señor ha hecho esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos? (21:42). Un poco más adelante, el Salmo citado por Jesús dice: “¡Bendito el que viene en el nombre de Jehová!” (Sal. 118:26). Nos gozaremos y nos regocijaremos en él, porque es día de salvación. Él es Dios y nos ha dado luz. La nueva comunidad tiene a Jesús como fundamento, no a Pedro, ni a Santiago, ni a Pablo; ni a ninguno de los apóstoles u otro ser humano cualquiera, por destacado que haya sido en la iglesia.

“Por tanto os digo”, afirmó Jesús, “que el Reino de Dios será quitado de vosotros y será dado a gente que produzca los frutos de él” (21:43). ¿Quién le dio la autoridad con que hacía estas cosas? Dios. Por eso, él retiraba la viña de ellos. No era que la viña quedaría sin dirigentes. Los dirigentes se quedaban sin viña. Lo que daba estabilidad a la viña no eran sus líderes, era la piedra desechada por ellos. Y los miembros de la Nación que cayeran sobre ella, serían quebrantados por el arrepentimiento, para componer la nueva comunidad en Cristo Jesús, la iglesia cristiana. Pero la Roca caerá sobre los que no se arrepientan, y los desmenuzará. Jesús utilizó como ilustración un hecho que ocurrió casi mil años antes, cuando estaban edificando el Templo, en los días de Salomón, quien reinó entre 970 y 930 a.C. Llevaron de la cantera todas las piedras, ya labradas, listas para ocupar su lugar en el edificio. Todas calzaban perfectamente y ni un ruido de martillo se escuchó mientras las colocaban. Pero una, enorme y de forma especial, parecía no pertenecer a lugar alguno. Los obreros la descartaron y quedó abandonada, sin uso. Muchas veces les resultó una molestia mientras movían las otras piedras. Pasó el tiempo. El edificio era perfecto en todas partes, pero la piedra angular que habían puesto no resistía el peso; cada tanto se quebraba y tenían que reponerla. Un día se fijaron en esa piedra abandonada que había sufrido las lluvias, las tormentas, la intemperie. Probaron con ella. Cuadraba perfectamente como piedra angular. La colocaron, y se resolvió el problema. El profeta Isaías la usó como un símbolo del Mesías, a quien llamó “piedra para tropezar” y “cimiento estable” (Isa. 8:13-15; 28:16). Para unos, escándalo; fortaleza para otros. El que creyere en ella, dice Pedro, no será confundido; mas para los desobedientes es piedra de tropiezo y roca de escándalo. Jesús es la Roca; y los creyentes, piedras vivas edificadas, como un templo, sobre él. Los que desobedecen, tropiezan en la palabra, pero los obedientes son real sacerdocio para anunciar las virtudes de aquel que los llamó. Todos los creyentes, ahora pueblo de Dios, tienen que participar en la misión

como sacerdotes, no para servir a los otros creyentes, sino para llevar el evangelio a los que no creen (1 Ped. 2:4-8). La nueva comunidad está establecida sobre Cristo, y tiene que producir frutos. Los mismos frutos misioneros que Dios esperaba de Israel. Porque no ha cambiado el pueblo de Dios, siguen siendo los que llevan fruto, siguen siendo los que creen y obedecen, siguen siendo los que ejecutan la misión. Judíos y gentiles integrados en Cristo por la fe en él.

Al oír sus parábolas, dice Mateo, el sumo sacerdote y su comitiva entendieron que hablaba de ellos. Cumpliendo el papel de los agricultores malvados, querían matarlo; pero tenían miedo del pueblo, porque ellos creían que Jesús era profeta. Y lo era; lo probará enseguida.

El banquete de bodas: invitados y escogidos (Mateo 22:1-14)

Jesús volvió a hablarles en parábolas, afirma Mateo (22:1). Significa que les habló “otra vez”. Continuó con el tema y con el estilo de comunicación: por parábolas. Solo que ahora no responde a las palabras que el grupo de líderes hubiera dicho, sino a los pensamientos de destrucción que tenían para Jesús. Ningún mortal podía, ni puede, saber los pensamientos de otra persona; mucho menos de un grupo de expertos dirigentes que, por aprendida estrategia, saben ocultar sus ideas íntimas; para expresarlas solo en el momento más apropiado. Con sorpresa, descubrirán que sus pensamientos no eran secretos para Jesús.

El Reino de los cielos, comenzó diciendo, es semejante a un rey que hizo una fiesta de bodas a su hijo (22:2). Las fiestas de bodas eran comunes en Israel. Ocasiones de mucha alegría y felicidad. La gente común las disfrutaba por una semana entera. Ocurrían normalmente al finalizar la última cosecha de otoño o poco después. Pero el programa de vida de un rey no estaba atado al calendario agrícola. Sus hijos podían casarse en cualquier tiempo. Cuando lo dispusiera el rey. El rey de la parábola preparó un gran banquete para las bodas de su hijo, y esperaba que todos los participantes sintieran la plena felicidad de la ocasión. Pero no sería así. Algunos sufrirían a causa de sus propios deseos y de sus decisiones propias.

Primer grupo de invitados: No quisieron asistir (22:3-7). El rey mandó a sus siervos, contó Jesús, que llamaran a sus invitados. Ya habían recibido la primera invitación; esta es la segunda. La primera invitación, por medio de los siervos del rey, ocurrió cuando Juan el Bautista predicó su mensaje de arrepentimiento y cuando los doce y los setenta, enviados por Jesús, proclamaron el evangelio del Reino, solo al pueblo de Israel. Le dijeron: el Reino de los cielos ya está aquí (10:6, 7; Luc. 10:1). El casamiento representa la unión de la divinidad con la humanidad en la encarnación de Jesús. La invitación es la proclamación del evangelio. La boda de la parábola es la boda mesiánica, y representaba el encuentro del Mesías con su pueblo. Posteriormente, en el Apocalipsis de Juan, este encuentro se describe como

las bodas del Cordero, cuando los invitados se gozan, se alegran, son bienaventurados y glorifican al Señor (Apoc. 19:7-9). Pero la primera invitación, confirmada por los siervos que llamaron a los invitados, no fue aceptada; estos se negaron a asistir al banquete, dijo Jesús.

La segunda invitación ocurre después de la crucifixión de Jesús. El rey envió a otros siervos, continuó Jesús, y les ordenó: “Decid a los invitados que ya he preparado mi comida. He hecho matar mis toros y mis animales engordados, y todo está dispuesto; venid a la boda” (Mat. 22:4). Todavía los enviados de Jesús proclamaban el evangelio solo a la nación israelita; que, según las profecías de Daniel, continuaría siendo la nación peculiar de Dios hasta el fin de la semana de años, que concluiría el año 34 d.C., en la mitad de la cual, año 31 d.C., el Mesías sería crucificado y cesaría el valor simbólico de los sacrificios (Dan. 9:24, 26, 27). Pero ellos no hicieron caso, continuó Jesús, y se fueron, uno a su campo, otros a su negocio; y los demás tomaron a los siervos, los maltrataron y los mataron (Mat. 21:5, 6). Mientras los siervos del Rey anunciaban la resurrección de Jesús y las buenas nuevas del reino para arrepentimiento y remisión de pecados (Hech. 2:22-24, 32, 36, 38), los líderes de Israel desataron una gran persecución (Hech. 8:1), que llevó algunos a la cárcel (Hech. 3:1-3), otros a la muerte (Hech. 7:58) y muchos al exilio (Hech. 11:19). Aunque un numeroso grupo del pueblo y de los dirigentes aceptó a Jesús, en este tiempo, la mayoría lo rechazó de manera despectiva y arrogante.

Al oírlo el rey, continuó diciendo Jesús, se enojó y, enviando sus ejércitos, mató a los homicidas e incendió su ciudad. Algunos comentaristas piensan que esto ocurrió en el año 70 d.C., cuando las tropas romanas, bajo el comando del general Tito, quemaron la Ciudad y el Templo. Ciertamente el juicio predicho aquí vino con la destrucción de Jerusalén y la dispersión de los judíos.

No eran dignos (22:8). La boda estaba preparada, continuó diciendo Jesús, mas los invitados no eran dignos. No tenían el mismo valor que las bodas, ni podían compararse con ellas. Esta comparación no es de grado, como cuando decimos que cien dólares valen más que cincuenta, o cuando decimos que no se compara una alpargata con un zapato. Es una comparación de calidad, como cuando hablamos de un mal ciudadano y decimos que este individuo no se compara con su nación; o como acerca de un cierto ciudadano de un país sudamericano, al hablar de su conducta, decían que era una vergüenza nacional. Los invitados a las bodas eran una vergüenza para las bodas, no pertenecían a ellas; carecían de todo valor para las bodas. ¿Por qué no eran dignos? Primero, porque rechazaron la invitación a las bodas. Segundo, porque ofendieron al Rey que los había invitado. Luego, porque menospreciaron su autoridad. Y, además, porque eran egoístas, autosuficientes, gananciosos, obstinados, violentos y asesinos.

Segundo grupo de invitados: Aceptaron (22:9, 10). Vayan, pues, al cruce

de los caminos -continuó contando Jesús acerca de lo que el rey dijo a sus siervos-, e inviten a las bodas a cuantos encuentren. Esta es la tercera invitación y va dirigida a los gentiles que sí la aceptan inmediatamente. No necesitan que les hagan recordar la invitación; ni segunda invitación necesitan. Entonces, continuó Jesús, salieron los siervos por los caminos y reunieron a todos los que encontraron, buenos y malos, y las bodas se llenaron de invitados. La invitación del evangelio que, al principio era exclusivamente para los judíos, se hizo geográficamente universal y étnicamente general. Ni siquiera se limitó a una clase especial; buenos y malos están igualmente invitados.

Vestido de bodas (22:11-14). Pero, aunque la invitación abarca a todos los seres humanos, la salvación no es universal. Ni automática para todos los que escuchen el evangelio. Ni siquiera para todos los que, con fe, respondan a la invitación; porque hasta los demonios creen y tiemblan, y la fe sin obras es muerta (Sant. 2:19, 20). Hay una preparación indispensable para entrar en las bodas, y el Rey demanda que se cumpla sin falta. Tanto que, antes de empezar la fiesta, entró en la sala de los invitados, para inspeccionar a los que habían aceptado la invitación. Hizo el juicio de todos ellos. No es el juicio universal que hará Dios sobre buenos y malos, es un juicio previo para asegurarse que los que aceptaron la invitación hicieron la debida preparación. ¿En qué consistía esa preparación? En colocarse el vestido de bodas que el Rey exigía y regaló a cada invitado, para la ocasión. Todos estaban bien, excepto uno. ¿Qué pasó amigo, le dijo; cómo entraste aquí sin vestido de bodas? No dijo nada. No tenía excusa. ¡Cómo tenerla, si era un regalo! No era por obras. No podía comprarlo, no podía confeccionarlo, no podía pedirlo prestado de alguien, no podía hacer nada por sí mismo para tenerlo, a menos que lo aceptara del Rey. ¿Por qué era tan importante? Porque no era una cosa. En la parábola, un vestido; pero en la realidad del Juicio investigador de Dios, un carácter. No cualquier carácter; el que sea aceptable para el Rey. El carácter que el mismo Rey construye en la personalidad de cada uno, con su consentimiento y voluntad. Dios nada hace en nosotros si nos oponemos a él; ni, en nosotros ejecuta nada, contra nuestra voluntad. El único carácter aceptable para Dios es equivalente al carácter puro que Adán y Eva tenían antes de pecar. Ese carácter era producto exclusivo de la creación de Dios, como todo lo que Eva y Adán eran, en todos los aspectos de su ser. Nada de lo que eran, en su ser físico-espiritual, había sido obra de sus propias manos o de su iniciativa propia. Todo era obra de Dios. Ese carácter, revestido de la pureza divina, todo obra de Cristo, reconstruido ahora con el consentimiento del ser humano que cree y obedece, y con la entrega total de la voluntad de ese ser humano que obedece y cree, es la única preparación que Dios demanda para aceptar a los invitados que acudan a las bodas del Hijo del Rey. En el fin del tiempo, bodas del Cordero, retorno del Mesías como Rey de reyes y Señor de señores, quien intente

entrar en las bodas sin vestido de bodas será expulsado y no tendrá parte con Cristo en su Reino; pues muchos son llamados y pocos los escogidos (Mat. 22:14), porque son pocos los que aceptan la invitación y pocos son los que se preparan para ella.

Impuesto del César: Lo que es de Dios (Mateo 22:15-22)

A esta altura de la conversación, viendo que ni la autoridad que poseían ni la habilidad de su discurso podían nada contra Jesús, los fariseos se retiraron del Templo. Pero no para descansar de su actividad contra él; para consultar cómo sorprenderlo en alguna palabra, dice Mateo.

Discípulos y herodianos (22:16a). Enviaron tropa fresca para el nuevo ataque: sus propios discípulos junto con un grupo de herodianos. Los herodianos no eran una secta religiosa como los fariseos o los saduceos; eran un partido político judío que apoyaba la dinastía de Herodes. Pero en Israel nada podía existir sin una justificación religiosa; por eso, en lo religioso, los herodianos favorecían la integración del paganismo con el judaísmo, en una suerte de sincretismo político religioso. Apoyaban al Imperio Romano, en tanto este sostuviera la casa de Herodes en el poder. Con los fariseos sostenían las tradiciones de los padres; y con los saduceos, el acercamiento a la cultura griega. Los fariseos nunca se aliaban con los herodianos, a menos que corrieran riesgo los altos intereses de la Nación. Por lo visto, así consideraron que era la situación con las actividades de Jesús. Los enviaron porque serían excelentes delatores para un posible juicio de Jesús que los fariseos, con los saduceos, líderes de la Nación, ya estaban tramando.

Camuflaje con la verdad (22:16b-17). La oposición ha sido siempre dura, y más dura se torna a medida que la verdad se presenta con mayor claridad. Por eso esta nueva delegación trata de camuflar su trampa con la verdad. Maestro, dicen a Jesús, como aceptándolo, para que baje la guardia y puedan entramparlo; sabemos que eres amante de la verdad -nuevo camuflaje-, que en verdad enseñas el camino de Dios y no te dejas influir por nadie; porque no te fijas en las apariencias. Necesitamos una opinión tuya; ¿está permitido que un judío pague el impuesto a César o no? La felina aproximación de estos maquinadores superaba por lejos la forma de preguntar que habían usado todos sus enemigos anteriores. Si Jesús apoyaba los impuestos, destruiría su prestigio mesiánico; si desafiaba los impuestos, se tornaría odioso a las autoridades romanas, pues lo considerarían a favor de los revolucionarios, que operaban en Israel desde siempre, pero muy violentamente desde hacía un par de décadas.

Las monedas de la hipocresía (22:18). Realmente no era una opinión sobre impuestos o dinero lo que buscaban. Su empresa era religiosa, pero usaban dos monedas falsas: malas intenciones e hipocresía. Jesús conoció sus malas intenciones y denunció su hipocresía. ¡Hipócritas!, les dijo. ¿Por qué me tienden trampas? No hay buena religión con ma-

las intenciones, ni espiritualidad apropiada con hipocresía. Tampoco hay fidelidad a Dios con mala política, ni hay patriotismo verdadero con religión falsa. Pero a ellos no les importaba ninguna de las dos cosas. Lo único que querían era encontrar algo con lo cual pudieran despreciar a Jesús y condenarlo.

La moneda de la realidad (22:19-21). Muéstrenme la moneda para el impuesto, dijo Jesús. Los judíos solo podían emitir unas monedas de cobre de poco valor, con exclusiva circulación local. No tenían valor alguno para el Imperio Romano. Pero, la moneda del impuesto era una moneda de plata que, junto con las monedas de oro, solo eran acuñadas por el Imperio. El denario de plata que posiblemente le entregaron, tenía por un lado la imagen de Tiberio y las palabras: Tiberio Cesar, hijo del divino Augusto; y en el otro hacía referencia al sumo sacerdote de la religión romana. Pagana por los dos lados. Pero no tenían otra alternativa; los judíos tenían que usarla en el impuesto, porque solo se podía pagar con esas monedas. Jesús no necesitó mirarla; la conocía; y sabía también el odio que su circulación despertaba entre los judíos. Pero esa era la realidad inevitable de la vida comercial israelita. Usarla no significaba aceptación de los contenidos impresos en ella, sino aceptación del valor monetario que representaba. No había mal moral en su uso, ni bien moral en su rechazo. Solo se trataba de una cuestión relacionada con la economía y los valores monetarios convencionales del Imperio. Aunque no les gustara, convivían con esta situación.

¿De quién son esta imagen y su inscripción?, preguntó Jesús. Del César, respondieron. Entonces, siguió Jesús, den al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. El conflicto que la primera pregunta había planteado entre Dios y el César estaba resuelto a plena satisfacción de todos. La adoración debía ser para Dios solo. Las inscripciones en la moneda del César no tenían que interferir para nada en la dedicación de todos ellos a Dios. También está resuelto, aquí, todo conflicto cultural que pueda existir en el ambiente en el que vivan los cristianos. En ningún lugar son mayoría. No pueden imponer sus valores a la comunidad entera. Ellos tienen que evaluarlos: convivir con los que no contradigan sus creencias y evitar los que estén en clara contradicción con la voluntad de Dios. Sin hipocresía, exentos de sincretismo, sin alienación, sin mentalidad de gueto. Actuando siempre como verdaderos testigos del Reino de los cielos, sin nunca renegar contra la presente realidad material, como si ellos fueran superiores a todos los seres humanos o jueces de la conducta, buena o mala, de ellos. El juez es Dios. Él solo. Nosotros, solamente sus servidores, sus testigos en la misión, para gloria suya y para beneficio de los demás seres humanos, nuestros prójimos.

Los discípulos de los fariseos y los herodianos quedaron asombrados de la sabiduría revelada por Jesús, y se fueron sin otros comentarios.

Preguntas de los líderes religiosos (Mateo 22:23-46)

Mateo presenta ahora las preguntas que saduceos y fariseos hicieron a Jesús. Ninguna de ellas con el propósito de aprender. Querían ponerlo en dificultades y demostrar que ellos sabían más y que el conocimiento de ellos era mejor. Además, deseaban encontrar, en él, alguna falta grave que les permitiera acusarlo delante del Sanedrín; para que este cuerpo lo encontrara culpable y lo condenara a muerte.

Saduceos: casamiento y resurrección (Mateo 22:23-33). Ese mismo día, los saduceos tomaron su turno. Tradicionales enemigos de los fariseos, rechazaban las tradiciones que ellos defendían. Ostentosamente profesaban creer en las Escrituras como normas de fe y conducta, pero no todas; la selección que hacían los revelaba como lo que realmente eran: escépticos y materialistas. No aceptaban, por ejemplo, las enseñanzas bíblicas acerca de los ángeles, la resurrección, la vida futura; por lo tanto, para ellos no hay juicio, ni recompensas ni castigos. Creían en Dios como un ser superior al ser humano, pero sin ejercer ninguna acción rectora sobre él. Lo creó agente moral libre, y luego lo abandonó a sí mismo para que, con sus propias facultades naturales, rigiera su vida y los acontecimientos históricos del mundo. Rechazaban cualquier posibilidad de una acción del Espíritu Santo en la vida humana. Pero eran apasionados defensores de la importancia de su origen en Abraham y adherían fanáticamente a las demandas de la Ley. Eran ricos, de mucha influencia en las clases gobernantes, en realidad, ellos eran los gobernantes. El sumo sacerdote se elegía, casi siempre, de entre ellos. Pero eran menos numerosos que los fariseos y tenían relativamente poco dominio sobre el pueblo común. Vivían para sí mismos. Como los fariseos, rechazaban las enseñanzas de Jesús.

Maestro, dijeron a Jesús. Querían hacerle una pregunta. Pero primero la ambientaron para dar la impresión de que estaba basada en las Escrituras y que su intención era sana. Moisés enseñó que si un hombre muere sin tener hijos, continuaron, su hermano tiene que casarse con la viuda para que el muerto tenga descendencia. Ocurrió entre nosotros que uno de siete hermanos se casó y murió sin tener hijos; el segundo se casó con la viuda y murió; y sucedió lo mismo con los siete hermanos. Después murió también la mujer. En la resurrección, ¿esposa de cuál de ellos será? Puede ser que haya existido un caso tal en la época de ellos, pero lo más probable es que extrajeran el ejemplo de la antigua literatura hebrea no canónica. En el libro de Tobías, historia de Tobías durante el cautiverio de Israel en Asiria, se menciona el caso de Sara, hija de Ragüel, que en forma sucesiva tuvo siete maridos, y un demonio llamado Asmodeo les fue quitando la vida a todos, luego que cada uno de ellos tuvo su primera relación sexual con su esposa (Tob. 3:7, 8). Solo que el libro de Tobías no relaciona el caso con la resurrección, sino con un problema cultural que, en aquella época y más tarde también, existió

en muchos pueblos. La idea de que una mujer viuda de tantos maridos, de algún modo, era culpable y, por eso mismo, peligrosa.

Ustedes están equivocados, les respondió Jesús. Han sido desviados de la verdad. Por dos razones muy importantes.

Primera, no conocen lo que dicen las Escrituras sobre este asunto. Lo que creen saber no lo obtuvieron por un contacto personal y directo con la Escritura. Otros se lo enseñaron así, y ustedes lo han aceptado sin ver lo que la Escritura dice. Los indujeron a salirse de la verdad, y ustedes tienen como verdad ese desvío. La verdad no es lo que ustedes piensen que es verdad, es lo que la Escritura dice. Los saduceos pensaban que no podía haber resurrección, porque, si existiera, las personas tendrían que volver a la vida exactamente como la dejaron: los esposos volverían a unirse, existirían las mismas fragilidades y pasiones, y todo seguiría como antes de la muerte, perpetuándose una calidad de vida inaceptable.

La *segunda* razón es que ustedes no conocen el poder de Dios. No han tenido ninguna experiencia personal con el poder de Dios. ¿De qué les vale pensar cómo serán las cosas en la resurrección si ustedes no tienen idea de lo que el poder de Dios puede hacer? Sería peor aún si ustedes pensaran, como de hecho piensan, que Dios no se interesa en el ser humano y tampoco hará nada por él después de que muera.

Voy a enseñarles *dos asuntos clave* que ustedes deben entender.

Primero, en la resurrección los seres humanos serán como los ángeles del cielo. No como los ángeles caídos; ahora los humanos se parecen mucho a estos y siguen sus orientaciones, hasta los que no creen en ángeles. En realidad, solo niegan la existencia de los ángeles cuando se trata de los ángeles buenos, los del cielo. Pero, tratándose de ángeles malos, presentes en los endemoniados, por ejemplo, no niegan en absoluto su realidad. Más bien, creen en su existencia, hasta el punto de haber acusado al Hijo del Hombre de hacer sus milagros por el poder de ellos. La mayoría de los judíos que escuchaban a Jesús creían en los ángeles. Sus maestros enseñaban que los ángeles no comen, ni beben y, como no mueren, a menos que Dios los destruya, no necesitan procrearse. Como los ángeles, los seres humanos no se casarán, continuó Jesús, ni serán dados en casamiento. Cuando Dios creó a los seres humanos, y les dio la orden de procrearse, les colocó un límite. Fructifiquen y multiplíquense: llenen la tierra, les dijo (Gén. 1:28). Cuando la tierra estuviera llena, no habría más razón para multiplicarse. Cuando se produzca la resurrección, los redimidos serán una cantidad suficiente para cumplir el plan divino en cuanto a la población de la tierra. Además, resucitarán transformados por el poder de Dios (Fil. 2:20, 21).

Segundo asunto que ustedes deben saber bien: la resurrección existe. ¿No han leído lo que Dios les dijo: Yo soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob?, les preguntó Jesús. Y concluyó: Él no es Dios de muertos, sino de vivos. Les prometió la vida eterna y, por medio de la resurrección, cumplirá

su promesa, a ellos personalmente y a sus descendientes que, como ellos, creyeron en la promesa. Y los saduceos se enorgullecían por ser descendientes de Abraham y por creer las promesas de Dios, como él las creía.

Fariseos: El gran mandamiento (Mateo 22:34-40). Con la derrota de los saduceos cualquiera hubiese desistido de seguir tendiendo trampas a Jesús. No los fariseos. Buscaron un escriba sabio y lo persuadieron para que le tendiera una trampa de una manera diferente. Esta vez con la Ley. Si caía en ella, su error sería más grande que el error buscado por los saduceos con su pregunta sobre la resurrección. La razón era simple: en cuanto a la resurrección había controversia entre ellos mismos. Pero en cuanto a la Ley, la aceptación era unánime.

Maestro, dijo el escriba, ¿cuál es el Mandamiento más importante de la Ley? Uno de los métodos que los escribas, o especialistas de la Ley, usaban con sus discípulos y aun entre ellos mismos, para prepararlos mejor, era someterlos a preguntas difíciles. Y esta era una pregunta de especialistas, que los escribas se habían hecho entre sí, más de una vez. Al hacerla ahora, no estaban movidos por el espíritu docente, ni pretendían que Jesús aprendiera algo sobre la Ley. La mala intención era evidente. Jesús no había estudiado con ninguno de ellos. En su concepto, él no era especialista; por lo tanto, no sabría la respuesta. Usarían su ignorancia para desprestigiarlo; y si su respuesta iba, de algún modo, contra la Ley, podrían tener una razón para acusarlo ante el Sanedrín. Se equivocaron de nuevo. Jesús no necesitó pensar mucho. Conocía las Escrituras, y se limitó a citarlas. Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser y con toda tu mente, les dijo. Este es el primero y el más grande de todos los Mandamientos. Citó Jesús una parte del texto bíblico más conocido por los judíos de entonces y de todos los tiempos (Deut. 6:4-9). Lo llaman Shemá, palabra hebrea que significa escuchar. Es casi una confesión de fe judía. “Oye, Israel: Jehová, nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas” (Deut. 6:4, 5).

El segundo se parece a este, agregó Jesús: Ama a tu prójimo como a ti mismo. La cita corresponde a Levítico 19:18. Algunos rabinos consideraban que este era el Mandamiento mayor. Filón un judío que vivió en Alejandría, Egipto, entre los años 20 a.C. y 50 d.C., por medio del cual conocemos el pensamiento religioso y filosófico judío de la época de Jesús, dice que algunos, por amar la piedad, se han dedicado enteramente al servicio de Dios. Mientras que otros, por amor a sus prójimos humanos, se han dedicado totalmente al servicio del prójimo y la sociedad. A los primeros los llama “amantes de Dios” y a los últimos, “hombres filantrópicos”. Los dos grupos, dice, tienen solamente la mitad de la perfección. Los perfectos tienen un equilibrio de amor a Dios y amor al prójimo. Los que no aman a Dios ni al prójimo, sigue diciendo, han cambiado su naturaleza humana por la naturaleza de las bestias salvajes. También habla

de las dos tablas de la Ley; la primera presenta los más sagrados deberes hacia la Deidad, y la segunda trata de las obligaciones hacia el prójimo ("Decálogo", 106-110, *Obras completas de Filón de Alejandría* [Buenos Aires: Acervo Cultural/Editores, 1976], t. iv, p. 173). Pero, en ningún momento se refiere al más grande Mandamiento de la Ley.

Al unir, Jesús, los dos Mandamientos, para elaborar la respuesta a la pregunta por el Mandamiento más grande de la Ley, emitió un concepto nuevo y muy importante para la vida cristiana que Pablo retomará más tarde al decir: así que, el cumplimiento de la Ley es el amor (Rom. 13:10). Jesús enseñó que la Ley no está hecha de mandamientos aislados que operen uno separado de los otros. La Ley es un conjunto que debe practicarse en su totalidad. El amor imparcial hacia el prójimo solo puede existir si existe el amor a Dios, y no puede quebrantarse ningún Mandamiento sin violar el principio del amor. Tampoco existe el amor en la persona que viola cualquiera de los Mandamientos. De estos dos Mandamientos, amor a Dios y al prójimo, concluyó Jesús, dependen toda la Ley y los profetas. Expresión que, para los judíos, incluía los Diez Mandamientos, el Pentateuco y el resto de la Escritura. Marcos informa que el escriba de la pregunta por el Mandamiento mayor quedó tan profundamente impresionado al ver la sabiduría de la respuesta, que exclamó: ¡Bien, Maestro, verdad has dicho!

Jesús pregunta a los fariseos: ¿De quién es hijo el Cristo? (Mateo 22:41-46). Jesús todavía tenía unas preguntas que hacer. No con la mala intención de tender una trampa para nadie, sino con el objetivo de enseñar a los fariseos y a la multitud algo bien específico acerca del Mesías. Dirigiéndose a los fariseos, preguntó: ¿Qué piensan ustedes acerca del Cristo? ¿de quién es hijo? Muchos lo habían llamado Hijo de David: la gente, la mujer siro-fenicia, los ciegos de Jericó, la multitud que lo acompañó en su entrada triunfal, los niños en el Templo; pero, ¿reconocían ellos su divinidad? Los fariseos, no; pues en coro dijeron: De David. Con la pregunta que les hizo, Jesús quería enseñarles que el Hijo de David era divino. La manera de hacerlo fue sencilla, muy directa y muy clara. Entonces, dijo Jesús, si es hijo de David, ¿cómo David, bajo la inspiración del Espíritu Santo, lo llama Señor, reconociéndolo superior a él?

David declaró: "Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies" (Sal. 110:1). Si el Mesías será entronizado a la derecha de Dios, como el ungido Rey eterno, tiene que ser mucho más que un mero descendiente de David y muy superior a él. La conclusión es obvia: tiene que ser divino. Pero Jesús no pronuncia estas palabras; deja todo en el título "Señor", para no darles motivo a un juicio inmediato. Todavía faltan algunos días para eso. Solo es martes; su muerte tiene que ocurrir en la fiesta de la Pascua, al fin de la semana.

Pero todos entendieron. Nadie pudo responderle ni una sola palabra, dice Mateo, y desde ese día ninguno se atrevía a hacerle más preguntas.

Jesús acusa a fariseos y escribas (Mateo 23:1-39)

Último día en el Templo. Su enseñanza como Rey espiritual, que comenzó con la entrada triunfal en Jerusalén, está llegando a su fin. Se dirige a la gente y a sus discípulos. Concentra ahora sus enseñanzas aclarando los errores de escribas y fariseos que contribuyen al desvío de la Nación.

Errores de enseñanza (23:2-7). En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y los fariseos, dijo Jesús. Se atribuían una autoridad divina, semejante a la de Moisés, y hasta es posible que hayan tenido en las sinagogas un sillón especial, como una cátedra, desde donde enseñaban. Se han encontrado tales bancos en las ruinas de algunas sinagogas antiguas, por ejemplo la sinagoga de Hamat. Pero lo importante aquí es la enseñanza que transmitían. Jesús aclara algunos asuntos de su enseñanza que se convirtieron en errores muy serios.

Primer error. Basados en la idea de que ellos eran semejantes a Moisés, ejercían una despótica autoridad espiritual. Exigían al pueblo obediencia absoluta. Y el pueblo estaba convencido de que ellos eran la autoridad que tenía derecho a decidir todo lo relacionado con la religión. No dudaban de ellos en absoluto. A causa de esto, la gente común no practicaba una religión de relación espiritual con Dios, sino de obediencia a los muchos mandamientos creados por sus maestros espirituales, establecidos más bien sobre la base de las tradiciones de los padres que sobre la revelación de la Escritura. La mayor parte de esas tradiciones no eran un problema doctrinario, como tal. El problema surgía cuando los fariseos reemplazaban la revelación bíblica por sus enseñanzas, y ellas se convertían en doctrina obligatoria.

Segundo error. No practicaban lo que enseñaban. Esto, para Jesús, era un error muy serio. Hagan lo que les digan, dijo Jesús al pueblo y a los discípulos, pero no hagan lo que hacen; porque no practican lo que predicán. El dirigente espiritual tiene el deber moral de hacer lo que predica. Es un deber ante Dios. Lo comparten igualmente todos los creyentes, porque ellos deben cumplir la misión de enseñar el evangelio a los que no lo conocen; son sus maestros, y el maestro del evangelio no puede ser igual que un escriba de la Ley. Tiene que ser superior. Esa superioridad no es de rango o importancia comunitaria. Es de vivencia. El creyente tiene que creer lo que enseña; y lo que enseña, tiene que vivirlo.

Tercer error. Creaban cargas muy pesadas. En el proceso de sustitución de la enseñanza bíblica por la tradición de los padres, acababan creando doctrinas nuevas, contrarias a la Escritura. Muchas de ellas eran reglamentos que pretendían ayudar a la gente en su comprensión y cumplimiento de la enseñanza divina. Pero, en la realidad, hacían muy difícil la práctica de la religión y la piedad. Atan cargas pesadas sobre los demás, dijo Jesús, pero ellos mismos no están dispuestos a mover un dedo para levantarlas.

Cuarto error, la ostentación religiosa. Todo lo hacen, dijo Jesús, para

que la gente los vea. Era una piedad que no afectaba el interior de las personas, solo servía para que los demás pensaran que eran piadosos. Hipocresía. No sé si existe una palabra que signifique hipocresía intencional; creo que no, pero debería existir, para decirlo con precisión. La hipocresía intencional es peor que la hipocresía no planeada, espontánea, que surge como una especie de autoprotección religiosa, para que los demás no piensen mal de uno. La hipocresía espontánea es espiritualmente dañina, claro que sí; pero la hipocresía intencional, planeada, que se vive como un estilo de vida, es como los crímenes con premeditación y alevosía, peores que los crímenes por accidente. Esa era la hipocresía de los escribas y los fariseos. Eliminarla de la vida cuesta mucho más que eliminar la hipocresía espontánea; pero hay que eliminar las dos. Digo hay que, porque no era una falta solo de los antiguos escribas y fariseos. Ha estado presente en la conducta humana de todos los tiempos; afecta a religiosos y no religiosos. Porque la hipocresía es un tipo de doble juego moral; uno acepta y describe lo correcto de una forma y, cuando llega la ocasión de vivirlo, no lo hace. Pero sí, espera que los demás vivan cada aspecto de la moral aceptada.

¿Qué hacían los escribas y los fariseos para que los vieran? Utilizaban las expresiones metafóricas o las prácticas simbólicas del Antiguo Testamento, con las que se describía la dedicación a Dios, y las transformaban en uso literal. Moisés, por orden de Dios, les había mandado colocar unos flecos en sus ropas para que se acordaran de los Mandamientos y los obedecieran (Núm. 15:37-41). Ellos escribían los preceptos de la Escritura en tiras de pergaminos o filacterias, y se los ataban, de formas llamativas, en la cabeza y en las muñecas. Llamaban la atención y, con esa piedad, impresionaban al pueblo; pero la Ley no llegaba a la mente de ellos, mucho menos a su corazón. Además, para que la gente los viera, los escribas y los fariseos amaban los primeros asientos en las fiestas, las primeras sillas en las sinagogas, los lugares visibles de las plazas, y les gustaba que los llamaran rabí.

Recomendación a los discípulos (23:8-12). Basado en los errores de fariseos y escribas de la Ley, Jesús dio algunas recomendaciones a los discípulos, en primer lugar, y por extensión a la gente que escuchaba en ese momento.

Primera recomendación, sobre el uso de títulos honoríficos. No permitan que a ustedes los llamen maestros, dijo Jesús; porque tienen un solo maestro y todos ustedes son hermanos. Dos objetivos que Jesús tiene con esta recomendación: Primero, destruir la vanidad. El problema de la vanidad está en su juego de las apariencias. Todas las personas tratan de mostrar que valen más de lo que realmente valen. Muy a menudo uno muestra, como propios, ciertos valores personales que la gente aprecia mucho, pero que en realidad uno no tiene. Vanidad. La vanidad también actúa de otro modo; uno le da mucho valor a aspectos de la personalidad que en realidad valen poco. La apariencia personal, por ejemplo, que,

sin carecer de importancia, uno le da importancia capital sobre todo lo demás. Vanidad. La vanidad viene de vano, vacío. Es una ficción de la fantasía personal. Como una pompa de jabón. Cuando circula por el aire se ve preciosa, la luz externa le da unos brillos fantásticos, atractivos y bonitos, pero dentro no tiene nada. En un instante, ¡plaf!, revienta; desaparece. Se convirtió en lo que era. Nada. Es cierto que los títulos honoríficos o académicos no son pompas de jabón. Representan un esfuerzo, mucho trabajo, cualidades de carácter sin las cuales su obtención sería imposible. Además, tienen un tremendo valor social y laboral. Hay ciertos trabajos que sin el título académico correspondiente sería imposible conseguirlos. La vanidad no está en el título como tal, pero puede estar en la manera en que se usa. Por ejemplo, usarlo para mostrarse superior a todas las demás personas con quienes uno se relaciona. Esa actitud es el vacío, lo que no vale nada. Solo apariencia. No olviden que tienen un solo maestro, dijo Jesús y todos ustedes son hermanos. El hermano sin un título de abogado, o médico o profesor puede tener cualidades espirituales muy superiores a todos los títulos que uno ostente. A veces, el empleado de un profesional, en la iglesia, es un anciano, dirigente de la congregación donde su empleador es miembro y donde también hay otros miembros con títulos académicos importantes. Por eso, usar los títulos para mostrarse superior es nada más que vanidad. El segundo objetivo que Jesús tuvo con su recomendación acerca del uso de títulos de honor era destruir la idea de que un ser humano pueda ejercer dominio sobre las conciencias y la fe de los demás. No hay maestro, ni rabí, ni reverendo, ni reverendísimo, ni padre, ni pastor, ni obispo, ni Papa que tenga el poder de dominar la conciencia de nadie, ni de la persona más insignificante del planeta. Todos ustedes son hermanos, dijo Jesús. Y no llamen a nadie “padre” o “rabí”, porque ustedes tienen un solo Padre, y él está en el cielo. Ni permitan que los llamen “maestro” porque tienen un solo Maestro, el Cristo. El más importante entre ustedes será siervo de los demás.

Segunda recomendación, sobre la exaltación propia. El que a sí mismo se enaltece, dijo Jesús, será humillado, y el que se humilla, será enaltecido (23:12). La verdadera grandeza no se mide por las acciones de exaltación propia, sino por el valor moral de las personas. La grandeza está en el carácter, y el carácter de grandeza verdadera está en la persona que vive para el bienestar de sus semejantes. Así vivió Jesús. Sirvió sin condiciones a todos, incluyendo a sus enemigos, por quienes, en el momento más extremo de sus acciones malvadas contra él, rogó al Padre diciendo: Perdónalos, porque no saben lo que hacen.

Errores de misión (23:13-15). Desde este momento en adelante, Jesús cambia de audiencia; ya no se dirige a los discípulos y a la multitud, como hizo hasta este momento de sus últimas enseñanzas en el Templo; se dirige a los fariseos y a los escribas de la Ley. El escriba era un erudito

en la ley de Moisés y en Sagrada Escritura. Profesor de teología judía. Intérprete de las Escrituras, que ayudaba a definir el significado de sus contenidos en la vida religiosa privada y la oficial, y en las decisiones del Sanedrín, o Consejo de Gobierno Judío. Comienza aquí una serie de ocho ayes pronunciados por Jesús contra los escribas y los fariseos. ¡Ay! es una interjección que expresa desazón extrema, por faltas graves; y reclama un juicio proporcional a la falta cometida. Los tres primeros ayes están relacionados con las faltas que escribas y fariseos cometieron contra la misión de Israel.

El primer ¡ay! indica que, en lugar de cumplir la misión, actuaron contra ella. Tenían que abrir las puertas del Reino de los cielos para que toda la humanidad entrara en él. Pero hicieron lo contrario. Cerraron el Reino de los cielos a los demás, les dijo Jesús; no entran ustedes, ni dejan entrar a los que intentan hacerlo (23:13). Dios comenzó a explicar la misión de este pueblo desde los tiempos de Abraham. Le dijo que debía llevar la bendición de Dios a todas las naciones de la tierra (Gén. 12:1-3; 18:23-33). Esta misión pasó al pueblo elegido de Dios, y todos los pueblos que se relacionaran con Israel debían recibir la bendición hasta el tiempo del Mesías; cuando todos los pueblos recibirían la bendición en su plenitud (Isa. 19:25). Pero Israel encerró la bendición para ellos mismos y no la compartieron con el resto del mundo, para quienes, al anunciarles la bondad de Dios, serían sacerdotes y gente santa (Éxo. 19:5, 6; 1 Ped. 2:9). No fueron santos para ellos, ni cuando los atraían a su religión.

En los ayes segundo y tercero, Jesús los condena por no haber cumplido la misión interna, en beneficio del pueblo de Israel; ni la misión externa, en beneficio de los gentiles.

Por causa de la misión, los fariseos y los escribas tendrían que haber sido una bendición para cada miembro del pueblo de Dios; en lugar de eso, fueron una maldición. Usaron la religión como pretexto para explotar hasta a los más desamparados. ¡Ay de ustedes, escribas y fariseos hipócritas!, les dijo Jesús, porque devoran las casas de las viudas, y como pretexto hacen muchas y largas oraciones (Mat. 23:14). En Israel no se podía enajenar la propiedad inmueble, era una propiedad familiar que debía pasar de una generación a la otra; pero, con la excusa de que la donaban al Templo, se apoderaban de sus propiedades, que terminaban beneficiando a los dirigentes personalmente. La misión no se cumple con egoísmo y avaricia, sino con servicio y abnegación.

Los gentiles tampoco se beneficiaron con la bendición de Israel. En la época de Jesús, los judíos de la diáspora eran bastante activos en su proselitismo; y cuando los gentiles aceptaban el judaísmo, los obligaban a cumplir todas las leyes judías, como si ese hubiera sido el objetivo de la misión divina que tenían. La escuela del Rabí Hillel (c. 20 a.C.), mucho más favorable a los gentiles que la escuela del Rabí Shammai, tenía una máxima que decía: "Ama las criaturas y condúcelas a la Torah".

¡Ay de ustedes, maestros de la Ley y fariseos hipócritas!, les dijo Jesús. Recorren mar y tierra para ganar un prosélito, y cuando lo han logrado, lo hacen dos veces más hijos de la muerte (*gehenna*) que ustedes (23:15). Hay traducciones de la Biblia que dicen: “dos veces más merecedores del infierno” que ustedes. Ocurre que el texto original tiene la palabra *gehenna*, y los traductores hacen una interpretación de ella en armonía con el concepto que ellos tengan acerca del estado de los muertos, y la traducen “infierno”, pero la Biblia no enseña el concepto de infierno que ellos tienen. La *gehenna* era un lugar, fuera de la ciudad de Jerusalén, donde, según la tradición rabínica, quemaban los desperdicios y a veces también cadáveres, especialmente de personas que no poseían un sepulcro donde los sepultaran. Estaba en el Valle de Hinom, donde antiguamente los adoradores de Moloc realizaban los sacrificios de criaturas para apaciguar la ira de este dios. Jeremías anunció que Dios castigaría a los infieles de Israel, haciéndolos quemar en ese lugar, y los que el fuego no consumiera, serían consumidos por las aves de rapiña (Jer. 7:32-35). No se trataba de un fuego que estuviera quemando eternamente, sino de un fuego que, lo que quemaba, quedaba destruido para siempre. Jesús comparó a los que caían en este fuego con paja (Mat. 3:12). ¿Cuánto dura en el fuego la paja, cuando cae en él? La expresión “fuego eterno” describe la eficiencia del fuego, no la durabilidad de las personas que son colocadas en él. El fuego que castigará a los impenitentes y purificará la tierra, al final del milenio, será de esta clase, y solo existe en ese tiempo y por un tiempo solo, hasta que todo esté destruido (Apoc. 20:9). Los escribas y los fariseos, al hacer a sus discípulos dos veces más hijos del castigo del sepulcro, que ellos, en vez de lograr su salvación, como era el propósito de la misión divina, los condenaban a la muerte y al castigo final de los incrédulos.

Errores de conducción (23:16-28). Ahora vienen los ayes cuatro al siete. En casi todos ellos, Jesús repite la expresión: “guías ciegos”. La palabra guía puede significar profesor que enseña la verdad a los que no la conocen o líder que conduce a una comunidad. En el caso de los fariseos y los escribas, por desempeñar ellos las dos funciones, se aplicaría en las dos formas. Pero, como el primer ¡ay! está relacionado con la enseñanza, este grupo de ayes tiene que referirse principalmente al liderazgo general, sin excluir la enseñanza; ya que, de cualquier manera, ella era parte de la conducción que, como líderes, ejercían en la Nación.

El primer error de conducción era su falta de buen juicio. No tenían buen criterio, porque la base de él era falsa. Jesús usa la práctica del juramento para hacer claro este concepto. Juraban por el oro del Templo y pensaban que, como base de juramento, era más importante que el Templo. ¡Insensatos y ciegos!, les dijo Jesús. ¿Cuál es mayor, el oro o el Templo, que santifica al oro? La respuesta parece obvia para la mente espiritual; tenía que ser el Templo. Allí estaba la base de todo lo sagrado en la práctica total

de la religión judía. Incluso venían una vez por año los judíos de la diáspora para cumplir sus deberes religiosos. Pero el interés de los líderes no estaba en el aspecto espiritual del Templo; estaba en la parte material relacionada con él. Por eso, para ellos, el oro del Templo era más importante que el mismo Templo. Tenían un criterio materialista. Cuando los líderes de una nación pierden el criterio espiritual y solo se dejan llevar por un criterio materialista en la conducción del pueblo, su liderazgo se vuelve estrecho, limitado y corrupto. Si esto les ocurre a los líderes religiosos, el desastre, para el pueblo, es mayor.

Y el otro ejemplo sobre el juramento es la ofrenda. Decían los líderes de la nación que al jurar por la ofrenda que estaba sobre el altar, el juramento obligaba más que si la persona jurara por el altar donde se presentaba la ofrenda. ¡Necios y ciegos!, le dijo Jesús. ¿Cuál es mayor, la ofrenda o el altar que santifica la ofrenda? Realmente, un cordero puesto sobre el fuego del altar era una ofrenda; puesto sobre el fuego, en otro lugar, era un asado, nada más. ¡Cuán ridículo sería decir: te juro por mi asado! De nuevo la alteración de los valores; la ofrenda era lo que el ser humano presentaba a Dios, el altar era un símbolo de la muerte de Jesús, lo que Dios ofrece al ser humano. ¿Qué vale más, lo humano o lo divino? Cuando los líderes consideran que lo humano es más valioso que lo divino, no solo se han tornado humanistas; también han trastocado la escala de valores que rige todos los aspectos de la vida. Con esta filosofía, el líder solo se siente obligado ante sí mismo. Su voluntad, y nada más, determina la corrección o la incorrección de sus actos. Y, como cada ser humano piensa que todo lo que hace está bien, mal están los que critiquen o condenen sus acciones. Esta elevación de la voluntad propia al pináculo de los valores puede fácilmente arrastrar a un líder hacia el totalitarismo.

Si un dirigente decide todo sobre un criterio determinado por los valores materiales por encima de los valores espirituales, y por la importancia mayor de lo humano sobre lo divino, el desastre, para ellos y especialmente para el pueblo que dirigen, está a la puerta. Este desastre social también ocurre en las personas individuales, cuando ellas siguen el mismo falso criterio que Jesús condenó en la vida de los escribas y los fariseos. El desastre personal puede no tener las consecuencias terribles que la falta de buen juicio de sus dirigentes tiene para la comunidad entera, pero puede tener consecuencias eternas para la persona exenta de buen criterio y para las pocas personas que estén bajo su influencia.

El segundo error de conducción era el descuido de lo más importante. En este caso, Jesús utilizó tres prácticas religiosas, demandadas por Dios mismo: el diezmo, la Ley y el consumo de animales limpios. Acerca del diezmo, Dios dijo: “Y el diezmo de la tierra, así de la simiente de la tierra como del fruto de los árboles, es de Jehová: es cosa dedicada a Jehová” (Lev. 27:30). El texto original dice: es cosa santa a Jehová. Ya estaba en práctica mucho

antes de Moisés. Alrededor del año 2100 a.C., más de 600 años antes de Moisés, al volver Abram de la batalla contra los reyes que tomaron cautivo a su sobrino Lot, cuando este vivía en las ciudades de la llanura, donde estaban Sodoma y Gomorra, se encontró con Melquisedec, sacerdote del Dios Altísimo, quien lo bendijo. Y Abram le entregó los diezmos de todo el botín que había conquistado en la batalla (Gén. 14:20).

Jacob estaba en viaje desde Beerseba, sur de Palestina, cerca del desierto del Negev, donde vivía con su padre Isaac, hacia Harán, al noroeste de Mesopotamia. Un largo viaje, alrededor de mil kilómetros; le llevaría más o menos un mes. Por orden de su padre y de su madre, iba para buscar una esposa entre los familiares de su madre que vivían en esa ciudad. En realidad, estaba huyendo de la ira de su hermano Esaú, que había prometido matarlo porque él se apoderó de su primogenitura y todo lo que la acompañaba. Al atardecer del segundo día, acampó en las cercanías de una ciudad llamada Luz. No entró en la ciudad por temor de los cananeos que vivían en ella. Sintió la soledad, la distancia de su hogar, especialmente la razón del viaje. Su pecado contra Esaú le resultó tan claro que, entristecido, confesó a Dios y suplicó su protección en el viaje. Pidió a Dios que, de alguna manera, le mostrara su perdón. Esa noche, en visión, le mostró Dios una escalera que unía el cielo a la tierra y ángeles de Dios subían y bajaban por ella hacia el lugar en el que él estaba. No lo abandonó Dios. Como nunca abandona Dios a nadie que confiese sus pecados a él. No importa lo que haya hecho. Cuando despertó, hizo voto diciendo: Jehová será mi Dios; esta piedra que he puesto por señal será casa de Dios, y de todo lo que me dieres, el diezmo apartaré para ti (Gén. 28:22). Ocurrió en torno al año 1900 a.C., unos 480 años antes de las leyes de Moisés. Dios requirió el diezmo desde siempre; quería que el ser humano tuviera una forma concreta de manifestar su reconocimiento de que Dios es el dueño de todo, y nosotros, solo administradores suyos.

El error de los fariseos no estaba en devolver los diezmos. Estaba en olvidar lo más importante: la Ley moral. ¡Ay de ustedes, maestros de la Ley y fariseos!, les dijo. Diezman sus especias como la menta, el anís y el comino. Pero han olvidado los asuntos más importantes de la Ley: la justicia, la misericordia y la fidelidad. Esto era necesario hacer sin dejar aquello. Tenían que diezmarlo todo, y también tenían que obedecer la Ley. No se olvidaron del diezmo, porque la fidelidad del pueblo en esto beneficiaba materialmente a los que recibían los diezmos. Y, como ellos no se preocupaban por los beneficios espirituales, se olvidaron de la justicia, la misericordia y la fidelidad a la Ley.

¡Guías ciegos, siguió Jesús, que cuelan el mosquito y se tragan el camello! (Mat. 23:24). Los judíos no podían comer nada inmundo. Dios estaba interesado en el bienestar espiritual y en la salud física de su pueblo. Le había dado una serie de leyes sanitarias para evitar los contagios de enfermedades y asegurarles una buena salud. También estas leyes habían

sido pervertidas por los líderes. Antes de beber el agua tenían que colarla, haciéndola pasar por un paño, para que no tuviera ningún insecto inmundo. No fuera que, sin darse cuenta, quedaran inmundos o contagiosos. El camello era el más grande entre los animales inmundos, y al decirles Jesús que no se tragaban un mosquito, pero sí un camello, condenaba su fanatismo y su hipocresía en relación con la observancia de las leyes de la salud. De nuevo, dando importancia solo a lo menos importante y olvidándose de lo más importante.

El tercer error de conducción es la deshonestidad. En la apariencia externa mostraban una rigurosidad extrema. Todos los judíos lavaban muy bien los vasos y los platos antes de usarlos. Los fariseos eran más rigurosos que nadie. Al hablar del interior del vaso y del plato, ya no habla de platos ni de vasos, porque los fariseos los lavaban muy bien; los usa como símbolos para referirse al interior de las personas. Ahí la situación era muy diferente. ¡Ay de ustedes, escribas y fariseos hipócritas!, les dijo; limpian el exterior del vaso y del plato, pero por dentro ustedes están llenos de robo y de desenfreno. Eran líderes deshonestos y sin autocontrol. Cuando el líder roba y da rienda suelta a sus pasiones, el pueblo sufre. La nación se descontrola y la inseguridad se apodera de todos. El resultado es la pobreza. Hasta el poderoso Imperio Romano se desmoronó por la corrupción, la destrucción de la familia y la falta de autocontrol de sus líderes. La deshonestidad fue también uno de los elementos que desmoronó el poder del Imperio Soviético. Suman y siguen las naciones que han acumulado sufrimiento y pobreza por la deshonestidad de sus dirigentes.

El cuarto error de conducción es la injusticia. Para hablar de ella, Jesús utiliza los sepulcros como ilustración. Tanto los muertos como los sepulcros eran agentes contagiosos. Nadie debía tocarlos. Si alguien los tocaba, tenía que someterse a un proceso de purificación que duraba siete días; y si no se purificaba, era eliminado de la congregación (Núm. 19:11-22). Esta práctica era muy rigurosa en la época de la fiesta de Pascua. Cada año, un mes antes de la fiesta, había que blanquear los sepulcros, para que todos pudieran purificarse debidamente, antes de que llegara la fiesta. Jesús les dijo; ustedes son como esos sepulcros, muy blancos por fuera, pero dentro están llenos de huesos de muertos. Lo blanco de los sepulcros, de la metáfora, era la apariencia de justicia que mostraban; y los huesos de muertos eran la hipocresía y la maldad que realmente tenían. Parecían justos, con esa justicia que, se supone, surge de una relación correcta con Dios, pues en esa relación la persona adquiere una actitud justa hacia todas las personas, sin causar a nadie ningún maltrato, ni siquiera un trato desagradable; justicia que abarcaba la letra y el espíritu de la Ley. Pero no eran así. Ustedes, les dijo Jesús, por fuera dan la impresión de ser justos, pero por dentro están llenos de hipocresía y maldad. Tienen la maldad que actúa contra la Ley; la injusticia formal, que es la

injusticia más primitiva. Y tienen también la injusticia espiritual de la hipocresía, que es la más engañosa y sutil. Los dirigentes injustos sumen, al pueblo, en toda clase de engaños y desengaños. Por eso, cuando los justos gobiernan, se alegra el pueblo; cuando gobiernan los injustos, el pueblo gime (Prov. 29:2).

Errores de tradición (23:29-36). La lucha entre el bien y el mal, presente en todas las actividades humanas, también invade las tradiciones de los pueblos. Todos los pueblos tienen sus tradiciones; unas son buenas, y otras son tradiciones que surgen del error y el mal está en ellas. Pasan de una generación a otra, conservando la identidad de la nación o introduciendo semillas de transformación. En Israel había tradiciones excelentes, atesoradas por las mejores personas de todas las generaciones. Ellas conforman el cuerpo ideológico y la cosmovisión de la milenaria cultura judeocristiana occidental. Además, hay que destacar la tremenda influencia que han tenido en el cristianismo, y todavía tienen, los escritos del Antiguo Testamento, que ellos recibieron por inspiración divina, es cierto. Y, por eso, más que judíos, sus escritos pertenecen a la humanidad. Pero todos sus escritores fueron israelitas. Lo mismo que todos los escritores del Nuevo Testamento, menos Lucas. Sus buenas tradiciones han sido muchas y la influencia de ellas, muy abarcadora. Pocos pueblos pueden competir con Israel en esto, si es que hay alguno; porque hay pueblos, como los griegos y los romanos, que ejercieron y ejercen una gran influencia en la cultura occidental. Pero, en cuanto a religión, sin decir que no la tengan, es menor.

Desgraciadamente, el Israel contemporáneo a Jesús tenía sus malas tradiciones, por las cuales Jesús condenó a los escribas y los fariseos, porque ellos eran sus principales defensores y los mayores responsables por la supervivencia del mal que había en ellas. La condenación de Jesús está en el octavo ay, el último. Los errores de los escribas y los fariseos, en relación con las tradiciones, que Jesús señaló, son los siguientes.

Primer error de tradición, complicidad con el mal del pasado. ¡Ay de ustedes, escribas y fariseos hipócritas!, les dijo Jesús. Edifican los sepulcros de los profetas y adornan los monumentos de los justos asesinados por los padres de ustedes, y dicen: Si hubiéramos vivido en sus días no habríamos sido cómplices de ellos en estos crímenes (23:29, 30). Seguro que habrían sido sus cómplices. Al reconocerse hijos de ellos, ya están diciendo que habrían actuado junto con ellos. Han pasado ya muchas generaciones desde el momento en que se cometieron esos crímenes, ustedes bien podrían separarse de ellos diciendo: Nada tenemos que ver con sus actos, ni hijos somos de ellos; nosotros somos hijos de nuestro Padre celestial, de quien ellos se separaron, cuando destruyeron a sus profetas. Estamos dispuestos a aceptar sus enviados del presente. Pero no estaban dispuestos. En lugar de aceptar a Jesús, preferían hacerse cómplices con el pasado, pues ya estaban planeando matarlo. Todos los

gobernantes de las naciones debieran conocer su historia, para evitar los errores cometidos por los antepasados. Pero en ninguna parte se enseña la historia de esa manera. Al pasar el conocimiento histórico nacional a la nueva generación, el énfasis está en las glorias de la Nación. Lo que tratan de hacer es engrandecer el patriotismo; no les importa la sabiduría. En estos últimos tiempos, a las glorias nacionales se agregan elementos ideológicos de ciertos grupos que componen la población. Todo lo que se cuenta del pasado es una complicidad ideológica con esos grupos, y los historiadores cuentan lo que su grupo ideológico hizo. Naturalmente, todo perfecto. Sin la menor intención de señalar los errores cometidos, para superarlos.

Esto que se hace con la historia y la tradición nacional, es lo que también las personas individuales hacen en relación con su propia historia personal. Solo piensan y cuentan sus glorias, y todo lo que hicieron está bien. Son escasas las personas que analizan su pasado con sabiduría, para no volver a repetir los errores ya cometidos. Lo mismo ocurre con instituciones, como la iglesia. El estudio del pasado, nacional, institucional, personal, no debiera ser una crítica, ni siquiera una autocrítica, en el sentido de la búsqueda de los culpables. Realmente, el conocimiento de las personas que hicieron el mal tiene poco valor para el progreso; lo que importa es saber cuál fue el mal cometido, para evitarlo. La búsqueda de los culpables crea conflictos, enfrentamientos, venganzas; frena el progreso, porque se basa en el egoísmo. Nada del egoísmo es útil para el bien.

En una comunidad religiosa, el egoísmo es peor. Es la base de la defensa irracional de los errores cometidos por aquellos con quienes nos identificamos y a quienes defendemos. El progreso espiritual se vuelve imposible. También ocurre así con las personas que constantemente recuerdan su pasado, no para enfrentar sus errores, sino para actualizar su culpabilidad. El sentido de culpabilidad repetido es grotescamente egoísta. Hay que sentir la culpa, por un pecado, solo una vez. Buscar inmediatamente la solución del mal, en el perdón de Cristo, y nunca más volver a esa falta, ni como recuerdo de ella ni como su repetición.

Segundo error de tradición, aumento de los males cometidos por sus antepasados. Es un grave error volver a hacer, en el presente, los males cometidos por los antepasados; pero, peor aún es si estos se aumentan. ¡Completen ustedes la medida del mal comenzado por sus padres!, les dijo Jesús (Mat. 23:32). Sepan ustedes que Dios tiene una medida para su tolerancia; cuando ustedes la completen, y están a punto de hacerlo, vendrá el rechazo. Además, deben saber que, al completar el mal de sus padres, ustedes harán un mal mucho mayor que el de ellos. Ellos mataron a los profetas; ustedes están por matar al Hijo de Dios. ¡Háganlo! Es un mal por el cual vendrán muchos bienes; pero sin mérito alguno para los que lo hagan. Solo culpa. El mérito pertenecerá al Hijo de Dios, que se deja matar, no por impotencia, sino por elección propia. Él da su vida

por los pecadores, por todos ellos; incluso por ustedes y por los que personalmente actuarán en su muerte. Porque él no quiere la muerte del pecador; él quiere que viva. Mejor les sería no seguir con la tradición de sus padres, porque esta es una mala tradición, la tradición del mal. Pero, ya que prefieren este camino, recórranlo hasta el final. Pero, ¡ay de ustedes! por llevar las tradiciones de sus padres hasta sus últimas y fatales consecuencias.

Tercer error de tradición, repetición de los mismos males en el futuro. Desgraciadamente, no pueden escapar de la condenación que les espera. Aunque actúen con la astucia de las serpientes o con la cautela de las víboras, no escaparán. Cuando les envíe profetas, sabios y escribas, en el futuro, ustedes volverán a hacer lo mismo. Repetirán los mismos crímenes. A unos azotarán, a otros crucificarán y a otros matarán. No lo harán solo en el campo abierto o en los lugares públicos; lo harán hasta en los lugares del culto sagrado. No se controlarán a ustedes mismos ni en las sinagogas. Además, harán una persecución sistemática, de ciudad en ciudad, sin respetar lugar alguno, sin perdonar a nadie. Arrastrando lo peor de sus tradiciones hacia el futuro, ustedes conducirán esta nación hacia su ruina. Y la generación de ustedes que haga estas cosas, no todas las generaciones que vendrán en el futuro, será culpable de toda la sangre justa que se haya derramado desde Abel, el primer ciudadano muerto por razones religiosas, hasta Zacarías, el último mártir del Antiguo Testamento hebreo. El último libro del Antiguo Testamento hebreo era el Segundo libro de Crónicas. En él se cuenta el apedreamiento del sumo sacerdote Zacarías, hijo o nieto de Joiada, en el atrio del Templo, por orden del rey Joás (835-796 a.C.); porque amonestaba al pueblo a causa de su desobediencia a la Ley y le anunciaba que Dios, por esa razón, los abandonaría (2 Crón. 24:20-22).

Consecuencias de los errores cometidos por todos (23:37-39). Ya ha dicho cuáles serán los castigos sobre la generación que, después de la muerte de Jesús, persiga a sus enviados; ahora anuncia los castigos sobre Jerusalén y el Templo, vuestra casa; y con ellos, las personas.

El Templo quedará desierto, perderá sus funciones y sus servicios quedarán sin adoradores. Los castigos sobre el Templo y las personas no ocurren como resultado de una decisión arbitraria de Dios. Son consecuencias de su propia elección. ¡Cuántas veces, dijo Jesús a Jerusalén, quise juntar a tus hijos como la gallina junta a sus polluelos debajo de sus alas, pero no quisieron.

El pueblo de Israel se quedará sin Jesús. No volverán ustedes a verme, les dije, hasta el día cuando digan: ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! Esto significa: en la segunda venida de Jesús, cuando todo ojo lo verá, incluyendo a los que lo crucificaron (Apoc. 1:7).

Era el martes en la tarde. Hora de retirarse definitivamente del

Templo. Ante el silencio de los fariseos y los dirigentes, Jesús reunió sus discípulos e inició la retirada. No salió derrotado, ni huyendo. Había terminado su obra allí. El conflicto con los dirigentes lo puso, ante el pueblo, en el pináculo de los vencedores. Las tradiciones, las filosofías, las vanidades humanas, el juego de las apariencias; todo lo que el egoísmo produce para aumentar la propia grandeza, y el vacío, se convirtieron en pompas de jabón ante las claras verdades que él expuso. Era un triunfador. Pero Israel, como nación, había decidido separarse de él y de todo lo que él representara. Y la salida de Jesús de ese Templo maravilloso convertía a la casa de Dios en la casa del silencio. Sin ningún significado. Sola. Desierta.

QUINTO GRAN DISCURSO: PROFECÍAS Y PARÁBOLAS DEL REINO

Los discípulos caminaban con él, ensimismados, silenciosos, tristes. Resonaba en su mente la frase de Jesús: He aquí vuestra casa será dejada desierta. Temor. No puede ser, pensaban. Destruído. El magnífico Templo, la joya de Dios, el centro del orgullo nacional, lo que el pueblo más amaba, ¿en ruinas? No es posible, volvían a decirse. Pero un sordo temor, de algo muy grave, rondaba por su mente como un presagio de muerte, sin consuelo. No se animaban a preguntar y al mismo tiempo querían que Jesús aclarara sus palabras. ¿Cómo hacerlo?

¡Qué edificio! (Mateo 24:1, 2)

Se acercaron a él. Seguían en silencio, buscando las palabras para no decir de más, para no expresarse mal, para no dar a entender que ellos también pensaban como el resto. Disimulando un poco, solo se atrevieron a llamar la atención de Jesús al edificio. Su belleza y fortaleza eran visibles. Las blancas piedras de mármol puro, de enorme tamaño, perfectamente colocadas; y el oro que adornaba el edificio con el brillo del sol y la riqueza: todo era un himno de hermosura y armonía. ¡Qué edificio!

Todo esto, dijo Jesús, como leyendo sus mentes, será destruido. No quedará piedra sobre piedra que no sea derribada. De nuevo el silencio. El viaje hacia el monte de los Olivos parecía un doloroso cortejo fúnebre, por causa del Templo. Nadie decía nada. Todavía pensaban: No es posible. Todavía querían lo imposible. Todavía soñaban en un milagro. De alguna manera Dios hará lo que hizo muchas veces en el rico pasado nacional, conjeturaban. Pero hubo también momentos de juicios en los que Dios dejó que la Nación sufriera por la dureza de sus corazones. ¿No será este uno de ellos? Y entonces, ¿qué será de nosotros todos? ¿Sería el fin de todos nosotros! ¡El fin del mundo!

La pregunta del desastre (Mateo 24:3)

Llegaron al monte de los Olivos. Solos. La multitud ya no estaba con ellos. Los dirigentes, escondidos en los lugares de deliberaciones del Templo, complotaban. Nadie más, ellos solos. Como hizo muchas veces cuando se disponía a enseñar a la gente, Jesús se sentó. Uno a uno, los últimos llegaron. Todos los discípulos alrededor de él, se armaron de valor y preguntaron. ¿Cuándo sucederán estas cosas y cuál será la señal de tu venida y del fin del mundo? No podían, ni querían dudar de la palabra dicha por Jesús. No volverían un paso atrás preguntando: ¿Será de verdad destruido el Templo? Mejor preguntar ¿cuándo? Pero igual dejaron traslu-

cir lo que habían estado pensando todo el viaje, y asociaron la destrucción del Templo con el fin del mundo, el día del Juicio y la destrucción de todo lo que existe sobre la tierra (Mat. 13:39, 40, 49; 28:20; Heb. 9:26). ¿No te parece, Maestro, que no puede suceder antes? Estamos de acuerdo, será destruido, pero tiene que ser al fin del mundo, pues, de cualquier manera, entonces todo será destruido. Nos interesa la señal, pues eventos tan grandes, como la destrucción del Templo y del mundo, no pueden venir sin un anuncio muy especial de parte de Dios.

Jesús tuvo compasión de ellos, como la había tenido siempre con la gente cuando estaba confundida. Reunió los dos eventos en su respuesta. Pero los colocó en correcta perspectiva. Enumeró las señales, en secuencia, aunque no exclusivamente cronológica; porque algunas se repiten. Dio consejos específicos acerca de la destrucción de Jerusalén y para el tiempo del fin. Y puso en evidencia la soberanía y la voluntad de Dios como única fuerza determinante de todo lo que deberá ocurrir antes y en el mismo fin.

Señales desde su muerte hasta el sitio de Jerusalén (Mateo 24:4-20)

Jesús comenzó a responder, dice Mateo. Su respuesta tiene varias secciones que reflejan la alternancia de las profecías relacionadas con el fin del tiempo y las que anuncian la destrucción de Jerusalén. Hay una secuencia desde la destrucción de Jerusalén hasta el fin del mundo, y la primera sirve de tipo para la segunda. Algunas señales sobre la destrucción de Jerusalén se repiten para el fin del mundo.

Nadie os engañe (Mateo 24:4)

Miren que nadie los engañe, comenzó Jesús. El término que se traduce por engañar significa desviar de la verdad, conducir al error, descarriar, mentir. Jesús repite este consejo cuatro veces en su discurso (24:4, 5, 11, 24). ¿Por qué? Porque el engaño será una característica sobresaliente en los días que preceden a los dos acontecimientos: destrucción de Jerusalén y fin del mundo. A lo mejor constituye una de las causas por la cuales Dios determina poner fin a la historia humana, como la conocemos, e intervenir personal y directamente en ella. También Pablo, en los documentos cristianos más antiguos, escritos cerca del año 51 d.C., habla de estas cosas “en palabra del Señor” (1 Tes. 4:15-5:8) y anuncia el máximo engaño de los últimos tiempos, diciendo: “Nadie os engañe en ninguna manera; pues no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios” (2 Tes. 2:3, 4).

Engaños, guerras y desastres (Mateo 24:5-8)

Vendrán muchos en mi nombre, dijo Jesús, y dirán: Yo soy el Cristo, y engañarán a muchos. El período desde la ascensión de Cristo hasta el año

70 d.C., cuando los romanos destruyeron la ciudad de Jerusalén, fue un tiempo de muchas manifestaciones religiosas: profetas, mesías, aparentes milagros, y grandes conflictos entre las diferentes sectas que componían la sociedad judía. Se cumplieron literalmente las palabras del profeta Miqueas: “Oíd ahora esto, jefes de la casa de Jacob, y capitanes de la casa de Israel, que abomináis el juicio, y pervertís todo el derecho; que edificáis a Sion con sangre, y a Jerusalén con injusticia. Sus jefes juzgan por cohecho, y sus sacerdotes enseñan por precio, y sus profetas adivinan por dinero; y se apoyan en Jehová, diciendo: ¿No está Jehová entre nosotros? No vendrá mal sobre nosotros” (Miq. 3:9-11). Ustedes oirán de guerras y rumores de guerra, había anunciado Jesús. Y los oían. También les dijo que no se alarmaran, porque todavía no era el fin, todavía no caerían en manos romanas. Se levantará nación contra nación y reino contra reino, les dijo. Habrá hambres y terremotos. Todo esto solo será principio de dolores. Pero el pueblo no creía en Jesús; prefería colocar su confianza en falsas promesas de profetas falsos.

El autor Henry Hart Milan escribió un libro titulado *La historia de los judíos*, primera edición de 1830, con varias ediciones posteriores. En los libros 13 al 16, cuenta lo ocurrido en Jerusalén los días previos a su destrucción. Los dirigentes contrataban falsos profetas para anunciar al pueblo que Dios no permitiría la destrucción de la ciudad por manos romanas. Aun en el momento en el que estaba sitiada por el ejército romano, el pueblo estaba seguro de que el Todopoderoso intervendría para vencer las tropas extranjeras. Aparecieron muchas señales que anunciaban el desastre y la condenación. Una luz extraña brillaba sobre el Templo a medianoche. A la puesta del sol, dice Tácito, el historiador romano, sobre las nubes aparecían unas visiones de ejércitos contrarios que combatían. Ruidos misteriosos, de noche, aterrorizaban a los sacerdotes que servían en el Templo. Flavio Josefo, un judío testigo de la guerra, actuó como mediador entre judíos y romanos y fue historiador de ella, en su libro *Guerras de los judíos*. Temblaba la tierra, informa. Voces gritaban: ¡Salgamos de aquí! Durante siete años, un hombre llamado Jesús hijo de Ananías recorrió las calles de la ciudad anunciando los desastres que vendrían. Voz del oriente, decía, voz del occidente, voz de los cuatro vientos, voz contra Jerusalén y contra el Templo, voz contra el esposo y la esposa, voz contra todo el pueblo. Lo encarcelaron, lo azotaron; ni una queja. Albinus, el gobernador, lo consideró un maníaco y lo dejó en libertad. Solo respondía: ¡Ay de Jerusalén! ¡Ay de sus moradores! Sus presagios solo quedaron en silencio cuando una piedra lanzada por los romanos cayó sobre él. Murió en el sitio de la ciudad cuya destrucción había anunciado.

Mucha maldad y persecución (Mateo 24:9-14)

Entonces, dijo Jesús, ustedes serán perseguidos y muertos. Los odian por causa de mi nombre. Muchos se apartarán de la fe, se traiciona-

rán entre sí, se odiarán. Muchos falsos profetas engañarán a muchos. Habrá tanta maldad, que el amor de muchos se enfriará, pero el que se mantenga hasta el fin, será salvo. Poco después de la ascensión de Jesús, los odios del pueblo y de los líderes de la Nación contra los seguidores de Jesús se tornaron persecutorios. Hubo padres y madres que traicionaron a sus hijos, denunciándolos ante el tribunal; hijos que traicionaron a sus padres. Amigos que entregaron sus amigos para ser condenados. Perseguidores que derramaron sangre inocente, como el caso de Esteban y Santiago. La maldad se extendía por todo el Imperio. La ambición y la lucha por el poder hacían que se mataran unos a otros. Los emperadores no morían por muerte natural; eran asesinados por sus sucesores. Los cristianos, perseguidos por todas partes, daban testimonio y predicaban el evangelio. Muchos de los que veían sus sufrimientos, se convertían. Pero, al mismo tiempo, falsos profetas hacían su nefasta obra de engaño. Algunos, dice Josefo, ofreciéndoles seguridad, atraieron la gente hacia lugares desiertos o a las soledades de las montañas. Estas señales volverían a repetirse en el futuro.

La señal para huir de Jerusalén (Mateo 24:15-18)

Cuando vean, en el Lugar Santo, la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel, dijo Jesús, los que estén en Judea huyan a los montes, el que esté en la azotea no descienda a casa para tomar nada y el que esté en el campo no vuelva a la ciudad para tomar su capa.

El profeta Daniel había anunciado que, a la mitad de la última semana de años, de las setenta semanas, o cuatrocientos noventa años, se quitaría la vida al Mesías. Luego restaría media semana, o tres años y medio, para que el evangelio fuera predicado exclusivamente a Israel, período que debía terminar en el año 34 d.C. “Después”, dice Daniel, “con la muchedumbre de las abominaciones, vendrá el desolador, hasta que venga la consumación y lo que está determinado se derrame sobre el desolador” (Dan. 9:27). Al hablar Jesús de la abominación desoladora, se refiere a esta profecía: la guerra de los romanos contra Jerusalén (años 66 a 70 d.C.), que, al destruir el Templo, introdujo la abominación pagana, desolando el lugar sagrado para siempre.

El primer intento romano para tomar Jerusalén lo hizo el general Cestio Galo. Sitió la ciudad en el año 66 d.C. Por razones desconocidas, cuando la ciudad estaba a punto de caer, dice Josefo, retiró su ejército y los soldados judíos los persiguieron. En ese momento, la salida de la ciudad quedó totalmente sin control, y los cristianos aprovecharon la oportunidad para huir. El historiador Eusebio de Cesarea informa que se fueron a la ciudad de Pella, en Perea, al lado este del Jordán.

Cuando se reanudó el sitio bajo el mando del General Tito, en la primavera del año 70 d.C., volvieron las atrocidades de la guerra. Hambre, odio, rencores, traiciones, sufrimientos, pasiones desatadas; toda suerte

de humanas desgracias y demoníacas fuerzas en acción. Josefo informa el caso de María, hija de Eleazar, una mujer rica que vivía en Perea. El sitio la atrapó en Jerusalén. Sufrió el hambre de una manera tan desastrosa, que asó la mitad de su bebé de pecho y se lo comió. Por causa del hambre, muchas personas salieron de la ciudad buscando algo para comer. Fueron tomados prisioneros y crucificados enfrente de la ciudad, para atemorizar a sus habitantes y forzarlos a rendirse. Por causa del odio que sentían por ellos, los soldados romanos los crucificaban en extrañas y variadas posiciones. Tomaron 97 mil prisioneros. No conseguían suficientes cruces para los cuerpos, ni suficiente espacio donde poner las cruces. Durante el sitio, un millón de judíos murieron. En agosto, Tito ordenó a los soldados que no destruyeran el Templo. En vano. El odio de los soldados era demasiado grande para contenerlos. Un soldado lanzó una tea encendida, y la madera de cedro del Templo ardió instantáneamente. Además, la codicia por el oro que veían y los enormes tesoros que imaginaban guardados en el Templo los impulsó a destruirlo todo. Los líderes judíos abandonaron las torres y huyeron. En el otoño, el emperador Vespasiano, padre de Tito, ordenó la destrucción total de la ciudad. Solo debían conservar dos torres: Mariamne y Fasael Hípico, para que la gente, en el futuro, conociera la tremenda fortaleza de las defensas que se habían rendido al poder romano. Además, debía conservarse una sección de la muralla que rodeaba la ciudad, en el oeste, para seguridad de la guarnición de los soldados romanos que quedarían en ella. El resto de la ciudad debía ser convertida en un campo arado. Y así ocurrió. No quedará piedra sobre piedra, había dicho Jesús. Se cumplió literalmente. Eran los juicios de Dios. Cuando entró Tito en la ciudad, según cuenta Josefo, al ver las fortalezas, las torres inexpugnables que tenía, las piedras enormes, la perfección de sus uniones, la solidez de su masa total, su peso y su altura, exclamó: “En verdad, Dios ha estado con nosotros en esta guerra. Fue él quien hizo caer a los judíos. ¿Qué fuerza humana o poder de máquinas podría destruir estas fortalezas?” Sobre las ruinas de Jerusalén los romanos construyeron una nueva ciudad. Los judíos quedaron dispersos y el Templo se acabó. El último intento judío de controlar su tierra ocurrió con la revuelta de Barkokeba, durante los años 132 a 135 d.C. Fracasó. Desde entonces, hasta el moderno Estado de Israel, la tierra de los judíos estuvo bajo el control de los gentiles y la abominación asoladora desoló el país de la religión judía.

Consejo para los cristianos (Mateo 24:19, 20)

Oren para que su huida no sea en invierno ni en sábado, les dijo Jesús. No se refería a los discípulos solos; incluía a todos los cristianos. Solo un consejo: orar. No podrían salir antes de la llegada de las tropas romanas. Primero, porque vendrían rápidamente; y segundo, porque las mismas autoridades de la ciudad no permitirían la salida de gran-

des grupos, por temor a la traición y al desánimo interno que tal salida pudiera producir. Solo podían orar. Y orar por dos pedidos específicos relacionados con el invierno y con el sábado. Que no fuera en invierno, porque la huida sería más complicada y muy penosa. Que no fuera en sábado, porque los trabajos de la huida quebrantarían el cuarto Mandamiento de la Ley de Dios, el cual ordena santificar el sábado. Cuarenta años después, el sábado seguiría siendo tan sagrado para los cristianos como lo había sido para todos los fieles hijos de Dios desde siempre. Esto significa que Jesús no tenía la menor intención de modificar la santidad del sábado, y que su observancia continuaría siendo requerida, por Dios, de los cristianos, en el futuro; como fue requerida de todos los fieles y de los judíos, en el pasado.

Señales desde la destrucción de Jerusalén hasta la Segunda Venida (Mateo 24:21, 22)

La mirada de Jesús penetró más allá del fin de Jerusalén y la nación judía. También vio lo que ocurriría desde allí hasta el fin del mundo. Describió ese lapso como un tiempo de tribulación y de engaño.

Una gran tribulación (Mateo 24:21)

Habrà una gran tribulación, dijo, como no ha habido desde el principio del mundo, ni jamás habrá. Vio los casi trescientos años de persecución de la Roma pagana que vendrían y la extensa persecución, de mil doscientos sesenta años, por parte de la Roma papal, predicha por el profeta Daniel. Esta última se inició el año 538 d.C., cuando comenzó la supremacía papal en Roma, y terminó en 1798 d.C., cuando el poder papal fue suspendido, a causa de la prisión del Papa, ejecutada por el General Berthier de Francia (Dan. 7:8, 24, 25; 12:7).

Esos días serán acortados (Mateo 24:22)

Pero esta persecución terminó antes de 1798. Por causa de los escogidos, dijo Jesús, esos días serán acortados (Mat. 24:22). Por eso, las señales astronómicas que siguen comenzaron a ocurrir antes de 1798.

Señales del fin (Mateo 24:23-35)

A esta altura de su discurso, Jesús está listo para entrar de lleno en los acontecimientos del fin. Es decir, el tiempo que precede a su retorno al mundo por segunda vez. El primer asunto que presenta está relacionado con las falsificaciones de su segunda venida, para engañar a los escogidos. Luego pasa a las señales que pueden ser identificadas con fechas específicas. Y termina esta sección con la parábola de la higuera, que describe la cercanía del fin.

Intento de engañar a los escogidos (Mateo 24:23-28)

Entonces, dijo Jesús, si alguno os dice: “Mirad, aquí está el Cristo”, o “Mirad, allí está”, no lo creáis, porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si es posible, aun a los escogidos. Ya os lo he dicho antes. Así que, si os dicen: “Mirad, está en el desierto”, no salgáis; o “Mirad, está en los aposentos”, no lo creáis, porque igual que el relámpago sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre. Dondequiera que esté el cuerpo muerto, allí se juntarán las águilas (ver 24:23-28).

Como ocurrió antes del fin de Jerusalén, ocurrirá también antes del fin del mundo. Volverán a levantarse falsos profetas y falsos cristos. ¿En qué consistirá su engaño? En falsificar la segunda venida de Cristo, diciendo que apareció en distintos lugares, que lo han visto en el desierto, en los aposentos. También los falsos profetas, antes del fin de Jerusalén, llamaban a la gente al desierto o a las montañas, donde les mostrarían las señales de Dios. Todas las veces que surge alguna expectación por la venida de Cristo, surgen predicadores llamando al pueblo hacia algún lugar apartado, porque allí hay mayor seguridad. En la época de Jerusalén tenía algún sentido. Pero, en el último tiempo, cuando la venida de Jesús traerá consigo la destrucción de todas las cosas, ¿qué objetivo tiene irse a lugares apartados de la población para recibirlo? En cualquier lugar ocurrirá lo mismo, porque la venida de Cristo afectará a la tierra entera y a todas las personas; a unas para destrucción, a otras para salvación.

¿Cuál es el objetivo de los falsos profetas? Engañar a los escogidos. ¿Quiénes son los escogidos? En la parábola de los obreros de la viña, eran los que confiaron en la justicia del dueño de la viña, Dios, a quienes él pagó, de acuerdo a su generosa buena voluntad (Mat. 20:7, 15, 16). En la parábola de la fiesta de las bodas del hijo del Rey, eran los dignos, por aceptar la invitación, que vistieron el vestido regalado por el Rey, la justicia de Cristo en su carácter (Mat. 22:8, 12, 14). En la época de las grandes persecuciones contra los cristianos, eran los que fueron perseguidos y perseveraron por la fe en Cristo (Mat. 24:21, 22). Cuando Jesús regrese por segunda vez, los que serán juntados por los ángeles, para que estén siempre con el Señor (Mat. 24:31).

La segunda venida de Cristo no ocurrirá en algún lugar secreto. Será visible para todos los seres humanos. Como el relámpago que se muestra del oriente hasta el occidente. Y todo ojo lo verá, dice Juan, incluyendo los que lo condenaron a muerte y lo llevaron a la cruz (Apoc. 1:7). Los que lo condenaron volverán a la vida, en una resurrección especial, un poco antes de la segunda venida de Cristo. También resucitarán en esa oportunidad los que creyeron y predicaron su venida, en el tiempo del fin (Dan. 12:2).

Esta señal ha estado en plena actividad en nuestro tiempo, especial-

mente durante los años previos al comienzo del tercer milenio de la Era Cristiana; y continuará en el futuro. El espiritismo realiza una extraña contribución al cumplimiento de esta profecía. Su relación con las fuerzas de las tinieblas es ampliamente conocida y, sin embargo, se involucra en actividades que muestran a Cristo, como si no hubiera ningún antagonismo entre ellos. Pero las fuerzas del mal, por naturaleza, son contrarias a las fuerzas espirituales del bien. Realizan esta aparente integración solo para confundir.

Señales con fechas (Mateo 24:29-31)

Con las siguientes señales, Jesús fijó los tiempos. No dio la fecha de su venida, pero indicó los tiempos de su cercanía. En todas las señales anteriores al fin de Jerusalén, decía: pero aún no es el fin, y lo digo para que no se turben (24:6); o todo esto es solo principio de dolores, y lo digo para que no tropiecen (24:8, 9). Pero a esta altura de su discurso, dice: ahora es el fin.

Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, dijo Jesús, o después de la gran tribulación; cuando terminen las persecuciones de los mil doscientos sesenta años, lo que equivale a decir después de 1798, vendrán las siguientes señales. Debemos recordar que este período se acortó para que los escogidos no fueran totalmente eliminados. Por eso, tenemos que encontrar el comienzo del cumplimiento de estas señales un poco antes de 1798. “Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas” (24:29). Cuatro señales astronómicas. Y es muy importante que sean astronómicas, porque los hechos en este campo son de una precisión absoluta. ¿Hay hechos de esta naturaleza que coincidan con la fecha de 1798, un poco antes, un poco después? La respuesta es positiva. En los registros astronómicos existe un fenómeno llamado el “día oscuro”; ocurrió el 19 de mayo de 1780. Precisamente la primera de las cuatro señales astronómicas tenía que oscurecer el sol. La segunda, relacionada con la luna, ocurrió esa misma noche, cuando la luna salió en plenitud, pero sin alumbrar; parecía roja como sangre. La tercera señal, relacionada con las estrellas, fue un fenómeno extraordinario ocurrido el 13 de noviembre de 1833, cuando ocurrió la mayor lluvia de estrellas fugaces de toda la historia. El cuarto fenómeno, las potencias de los cielos serán conmovidas, está todavía por cumplirse en el futuro, posiblemente al ocurrir la séptima plaga que Juan describe de la siguiente manera: El séptimo ángel derramó su copa por el aire. Y salió una gran voz del Santuario del cielo, desde el trono, que decía: “¡Ya está hecho!” Entonces hubo relámpagos, voces, truenos y un gran temblor de tierra, un terremoto tan grande, cual no lo hubo jamás desde que los hombres existen sobre la tierra. La gran ciudad se dividió en tres partes y las ciudades de las naciones cayeron.

La gran Babilonia vino en memoria delante de Dios, para darle el cáliz del vino del ardor de su ira. Toda isla huyó y los montes ya no fueron hallados. (Ver Apoc. 16:18-20.)

Entonces, la señal del Hijo del Hombre aparecerá en el cielo, siguió diciendo Jesús, y se angustiarán todas las razas de la tierra. Verán al Hijo del Hombre venir sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria. Y al sonido de la gran trompeta mandará a sus ángeles, y reunirán a los elegidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro. La señal que distingue la venida de Cristo, de todas las falsificaciones, es la nube de gloria que lo acompaña, porque no vendrá solo. Pues “cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones” (Mat. 25:31).

Parábola de la higuera: cercanía del fin (Mateo 24:32-35)

De la higuera aprendan la parábola, dijo Jesús. Cuando se ponen tiernas sus ramas y brotan sus hojas, ustedes saben que el verano está cerca. Así también, cuando vean estas cosas sepan que el tiempo está muy cerca, a las puertas. ¿Cuáles cosas? Las señales de tiempo, especialmente la última señal de tiempo que ocurrirá cuando caiga la séptima plaga. Cuando eso ocurra, la segunda venida de Cristo está a las puertas, y la generación que vea la séptima plaga verá también el regreso de Cristo a la tierra. Esto, sin duda, se cumplirá. El cielo y la tierra pasarán, dijo Jesús, pero mis palabras no pasarán jamás.

Día y hora nadie sabe: Velen, oren y trabajen (Mateo 24:36-51)

Solo resta un punto clave en relación con las señales: la fecha de la segunda venida de Cristo. ¿Es posible saberla?

Nadie sabe (Mateo 24:36, 37)

Pero, dijo Jesús, en cuanto al día y la hora, nadie sabe. Ni siquiera los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino mi Padre solo. Ya ha dicho suficiente sobre el tiempo. Nos trajo, en una serie de sucesos, por toda la historia de la humanidad, desde sus días hasta la séptima plaga, dando detalles de acontecimientos que la historia ha ido registrando con precisión asombrosa. Nos dio fechas concretas con las señales astronómicas, dejándonos con ellas a las mismas puertas de la segunda venida de Cristo. Solo falta la precisión de la fecha de su venida. Pero eso no fue revelado. No tenemos que especular acerca de ella. Lo único correcto es mantener la expectación. Vendrá en cualquier momento después de la séptima plaga. La determinación de la fecha está bajo el exclusivo control del Padre. Es un misterio de Dios.

Como los días de Noé (Mateo 24:38-41)

La venida del Hijo del Hombre, dijo Jesús, será como en los días de Noé. ¿Qué caracterizó los días de Noé y volverá a repetirse en el tiempo del fin?

Primero, no supieron lo que ocurriría. No es que la venida del diluvio, como idea, haya estado fuera de la mente de ellos. Entró. Pero no les importó. Los ciento veinte años de predicación, por parte de Noé, fueron para ellos como algo extraño, exótico, ajeno a su vida. Siguieron con su rutina, comiendo, bebiendo, casándose y burlándose de Noé por sus excentricidades.

Segundo, su imaginación estaba entretenida creando nuevas formas de practicar el mal. Vio Jehová, dice Moisés, que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos de su corazón era continuamente solo el mal (Gén. 6:5).

Tercero, sus pasiones violentas mantenían una guerrilla permanente contra los poderes establecidos. La tierra se corrompió delante de Dios, dice Moisés, y estaba llena de violencia. Y más adelante confirma: “Dijo, pues, Dios a Noé: He decidido el fin de todo ser, porque la tierra está llena de violencia a causa de ellos; y he aquí que yo los destruiré con la tierra” (Gén. 6:11, 13). La palabra violencia puede traducirse: actividad guerrillera.

Ocupados en su rutina, su mente constantemente atrapada por el mal y su violencia guerrillera permanentemente activa, los mantenía desinteresados respecto del diluvio. Y no supieron nada de lo que sucedería, dijo Jesús, hasta que vino el diluvio y los llevó a todos. Así será en la venida del Hijo del Hombre. Las mujeres y los hombres, interesados en sus asuntos diarios, serán divididos en dos grupos, los que serán llevados por el Señor y los que serán dejados para la destrucción de los incrédulos. No hay nada secreto en esta separación. Será a la segunda venida gloriosa de Cristo, cuando todos verán todas las cosas.

Velen, como el padre de familia (Mateo 24:42-44)

Como no saben a qué hora vendrá el Señor de ustedes, dijo Jesús, velen, manténganse despiertos. No se entreguen a la confusión del mundo. No busquen los placeres, ni se insensibilicen con la rutina, ni se dejen atrapar por las mismas ambiciones de la gente. Ustedes tienen asuntos mucho más importantes que esos. Tienen que desarrollar su carácter. Establecer una forma espiritual de vida que los haga fuertes para enfrentar las angustias del fin. Tienen que cuidar a la iglesia como el padre de familia cuida su casa. Porque si él supiera a qué hora el ladrón va a venir a robar las cosas de su familia, no dormiría. Quedaría velando y cuidando a su familia. Ustedes tienen que estar preparados para la venida del Hijo del Hombre. Con la misma preparación que tuvieron los que se pusieron el traje de bodas, en las bodas del hijo del Rey.

Los dos siervos: trabajen (Mateo 24:45-51)

Además, tienen que trabajar como el siervo prudente a quien su señor dejó encargado de sus consiervos. Tienen que darles la comida apropiada a su tiempo. Como ocurrió antes del fin de Jerusalén, ahora, antes de que venga el fin del mundo, tienen que predicar el evangelio al mundo entero. Ellos lo lograron. Pablo dice que en su tiempo el evangelio se predicó en toda la creación que está debajo del cielo (Col. 1:23). También hay que hacerlo en el fin. El evangelio eterno tiene que ser predicado a todos los habitantes de la tierra entera, a toda nación tribu lengua y pueblo (Apoc. 14:6). “Y será predicado este evangelio del reino, dijo Jesús, en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin” (Mat. 24:14). Es privilegio de los cristianos vivir “esperando y apresurando” la venida del Señor (2 Ped. 3:12). ¿Cómo? Predicando el evangelio. “Mediante la proclamación del evangelio al mundo, está a nuestro alcance apresurar la venida de nuestro Señor. No solo hemos de esperar la venida del día de Dios, sino también apresurarla” (Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 587). Si los encuentra el Señor cumpliendo con su deber, como siervos fieles y prudentes, los pondrá a cargo de todos sus bienes.

Pero, continuó diciendo Jesús, ¿qué sucederá si el siervo malo dice en su corazón: Mi señor tarda en venir? Es el siervo malo quien dice: Está atrasado. Ha postergado su venida. Tengo tiempo para divertirme y hacerme importante. Y comienza a oprimir a sus consiervos y a beber con los borrachos. ¡Pobre hombre! No sabe lo que está haciendo. Si solo hubiera prestado atención al anuncio del Señor cuando dijo que el día y la hora nadie sabe, sabría que no puede estar atrasado porque no señaló día, ni hora para su regreso. Sabría que tiene que velar, estar despierto, preparándose para recibirlo y trabajando para alimentar al mundo con el evangelio. En lugar de oprimir a sus compañeros de espera, los estaría alimentando espiritualmente y protegiéndolos del mal. Será terrible para él, porque el Señor volverá el día que menos lo espere y a la hora menos pensada. Y, en lugar de ponerlo sobre sus bienes, como el Señor hará con el siervo fiel y prudente, lo castigará y le impondrá la condena que corresponde a los hipócritas y a los infieles.

Las parábolas del Reino (Mateo 25:1-46)

La última parte del discurso sobre las profecías y las parábolas del Reino contiene tres parábolas dedicadas a explicar la debida preparación para la segunda venida de Cristo y la entrada en el Reino de los cielos, en su etapa de reino real.

Las diez vírgenes: El Espíritu Santo (Mateo 25:1-13)

El Reino de los cielos, dijo Jesús, será como diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron a recibir al novio. No era un cuadro inventado. Los

discípulos habían visto esta escena muchas veces. Ocurría todos los años después de la última cosecha de otoño. Las bodas eran una ocasión de alegría, y todo debía contribuir para que esta fuera completa. Los preparativos eran rigurosos y la ceremonia era tan importante para la comunidad entera, que toda otra actividad se suspendía, hasta la predicación del rabino. Si un rabino estuviera predicando, hacía un paréntesis para salir a desear plena felicidad a los contrayentes, y luego continuaba con la predicación. La procesión nupcial comenzaba en la casa del novio y se dirigía a la casa del padre de la novia, para buscarla y llevarla a la casa del novio, donde se realizaba la fiesta.

Todas las diez vírgenes son creyentes en la venida del novio (25:1). Fueron todas invitadas y todas aceptaron la invitación. Ninguna faltó, ninguna llegó atrasada, todas llegaron con sus lámparas encendidas. La alegría de la boda era igual en todas ellas. Se reunieron cerca de la casa de la novia, respondiendo a la invitación, y disfrutaban toda la distinción que les conferían sus vestimentas blancas. Eran especiales. Nadie sufre cuando, estando en una fiesta, sabe que es un invitado especial. Por el contrario, la alegría, siendo común a todos, es mucho mayor para esas personas. La parábola no está destinada a los incrédulos ni a los paganos. No pretende convertirlos ni condenarlos. Simplemente, no habla acerca de ellos. Todo su contenido está dirigido a los que creen. A los que esperan a Jesús y todos, al parecer, están listos para recibirlos. La parábola presenta un cuadro vivo de la iglesia y de la experiencia que vivirá justo antes de la segunda venida de Cristo. Durante la espera, todos parecen iguales. Las diferencias no están en la superficie. No están en la formalidad externa. No están en la práctica religiosa de cada día. Están en algo más profundo, invisible al ojo humano; pero plenamente visible al ojo divino.

La diferencia invisible: el Espíritu Santo (25:2-9). Cinco de ellas eran prudentes, dijo Jesús; y cinco, insensatas. Las prudentes son sabias. Tienen un modo de pensar serio en cuanto a las cosas de la vida común, y muy espiritual en cuanto a las que están relacionadas con Dios. No son descuidadas; por el contrario, actúan con previsión en todo. No les faltan las cosas materiales, y las espirituales son siempre abundantes en ellas. La prudencia de estas vírgenes es como una suma de las características de Marta y de María. Hacen todo bien y su vida espiritual es rica. Las insensatas tienen una manera de pensar medio irresponsable, medio seria. Unas veces hacen todo bien, otras no tan bien. Nunca mal del todo. Les gusta aventurar con los límites. A veces van tan cerca del mal como la conservación de la apariencia de bien se los permita. No son malas, ni buenas; pero parecen buenas. No son espirituales, ni indiferentes; pero parecen espirituales. Nunca se las encuentra en compañía de los malvados, pero les gustaría andar con ellos. Les agrada estar con las prudentes: disfrutar de su alegría, participar de sus honras, compartir las mismas expectativas del futuro, y hasta caer en sus mismas debilidades; pero no

son iguales. Las prudentes sabían que para tener una lámpara encendida constantemente es necesario tener aceite disponible siempre; e hicieron la provisión. Las insensatas pueden saber lo mismo, pero no les importa. Aunque llevaron lámparas encendidas, experimentando bien lo que dice David: “Lámpara es a mis pies tu palabra y lumbrera a mi camino” (Sal. 119:105), no llevaron aceite consigo. Las prudentes estaban preparadas; las insensatas, no.

El aceite es un símbolo del Espíritu Santo (Zac. 4:1-14). Sin el Espíritu, nada de lo que hacemos tiene valor. Alguien puede estudiar constantemente la Escritura, pero si no da lugar al Espíritu para que ilumine su contenido, no la comprenderá nunca. No es con inteligencia, sino con el Espíritu. Alguien puede tener una teoría de la verdad, pero si no permite que el Espíritu la transforme en vivencia diaria, de nada le sirve. No es con conocimiento, sino con el Espíritu. Alguien puede buscar la santidad realizando todas las formas aceptables de la piedad, pero si no permite que el Espíritu santifique su corazón, nada alcanza. No es con realizaciones personales, sino con el Espíritu. Alguien puede tratar de obedecer a Dios con todas sus fuerzas, pero si no deja que el Espíritu realice sus acciones en él, nada consigue. No es con esfuerzo personal, sino con el Espíritu. El estudio de la Biblia es indispensable; el conocimiento de la verdad, imprescindible; la santidad es esencial; la obediencia, insoslayable; pero todo esto solo se logra de manera genuina y aceptable para Dios por medio del Espíritu. El utiliza nuestra dedicación al estudio, nuestra inteligencia, nuestro conocimiento, nuestras realizaciones, nuestro esfuerzo personal y nuestra voluntad, para realizar su obra. Nada de esto está de más; todo es necesario y tiene valor. Pero, sin la acción del Espíritu, sus resultados serían solo un espejismo. El Espíritu da autenticidad y espiritualidad plena a la religiosidad cristiana que experimente una persona.

El novio no vino a la hora que las vírgenes esperaban. La hora de su venida no la decidían las vírgenes; el novio la decidía. Si hubiera venido al tiempo de ellas, cuando ellas querían, al momento que ellas habían previsto; todo habría salido bien para todas. ¿Por qué no vino cuando era conveniente para todas ellas? Porque la religión no es una cuestión de conveniencia, sino de autenticidad, de fe, de obediencia a la voluntad de Dios; es servicio a Dios, no es conveniencia personal. La religión cristiana no es una fórmula para someter a Dios al servicio de los seres humanos. Es un modo de unir al ser humano con Dios, sin apariencias ni falsificaciones. Verdadera. Si Dios se adaptara a la voluntad humana, la relación de los cristianos con él sería caprichosa, interesada, mezquina y falsa; porque así somos los seres humanos. No se trata de que Dios sea como nosotros somos, sino que nosotros seamos como Dios es.

Cuando el clamor, que anunciaba la venida del novio, las despertó, apareció la realidad de cada una. Todas habían entrado en la crisis del

sueño que apagó las lámparas. Algunos dicen que las lámparas eran como antorchas: un palo con un trapo empapado de aceite en la punta que, al encenderla, alumbraba por unos quince minutos. Se habían dormido hasta la medianoche. La hora solo indica la intensidad de las tinieblas. La crisis de la medianoche, sin luz en la mayor oscuridad, no se resolvería sin aceite; y solo las que tuvieran aceite la resolverían. Si el Espíritu Santo es indispensable para las circunstancias normales de la vida, cuánto más en el momento de crisis. Ese momento no fue ninguna dificultad para las vírgenes prudentes. Con rapidez arreglaron sus lámparas y se aprestaron para entrar en la procesión del novio.

Dennos un poco de su aceite, dijeron las insensatas a las prudentes, porque nuestras lámparas se han apagado (25:8). Las insensatas querían resolver la crisis con el aceite de las prudentes. No pudieron. Cuando se trata de un problema de carácter, no se puede resolver con el carácter de otro. Uno lo tiene o no lo tiene. No se puede pedir prestado. No se puede comprar. No se puede improvisar. Hay veces en que una persona puede beneficiarse con la fe de otra, pero la fe es intransferible. El amor de una persona puede ayudar, y muchas veces ayuda, a otra que no tenga amor, pero el amor no se transfiere. Cada persona ama con el amor que tiene, no con el amor de otra. Cada persona cree con la fe que tiene, no con la fe de otra. Cada persona tiene su propio carácter, no puede tener el de otra persona. Y el buen carácter que se necesita para recibir al novio solo se construye con la ayuda del Espíritu Santo. Hay muchas personas que dependen demasiado del prójimo, para todas las cosas de la fe. No estudian la Escritura, pero se basan en lo que conocen las personas que estudian. Son impacientes y se irritan con facilidad, pero esperan que los demás les tengan paciencia en todos sus errores. Son egoístas y critican a todo el mundo, pero esperan que los demás sean tolerantes y no las critiquen nunca. Ofenden con facilidad y se consideran cristianas sinceras, pero que nadie las ofenda jamás. Lo peor es que se dan por ofendidas hasta cuando nadie las ofende. Esto, que parece difícil de resolver, tiene una solución fácil y tan efectiva como la solución que las prudentes tuvieron. Ni siquiera es necesario angustiarse o preocuparse. Solo tener el Espíritu Santo, y con él vienen todos los dones o favores que la Deidad posee.

No, respondieron las prudentes, porque si les damos nuestro aceite no alcanzará para ustedes ni para nosotras. Ese grupo tenía que alumbrar el camino del novio; si no lo hiciera, cometería una muy grande ofensa contra el novio. No podían hacer eso. Vayan ustedes a los que venden aceite mientras nosotras aquí aseguramos la atención del novio.

No hubo tiempo, no estaban preparadas (25:10-12). Cuando iban a comprar el aceite, llegó el novio y las vírgenes prudentes entraron con él al banquete. Las otras intentaron entrar después. La puerta estaba cerrada. Con angustia, clamaron: ¡Señor! ¡Señor! Ábrenos. No os conozco,

les respondió. Con esta escena, Jesús traslada a sus discípulos a las escenas del Juicio final, y ellos, sin duda, recordaron lo que les había dicho, acerca de ese día, cuando pronunció el Sermón del Monte: “No todo el que me dice: ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí. ¡Apartaos de mí, hacedores de maldad! (Mat. 7:21-23). Con la segunda venida de Cristo viene también el día del Juicio. Lo que será fiesta, alegría, regocijo, felicidad plena para unos, será angustia y desesperación para otros. Los que no tenían al Espíritu Santo en su corazón, aunque, en la apariencia, hayan actuado bien, en realidad ofendieron al Señor y no pueden entrar en su Reino.

¿Para qué contó Jesús esta parábola? Él mismo lo dijo: Estén despiertos, porque no saben el día ni la hora en que el Hijo del Hombre vendrá.

Los talentos: Fidelidad (Mateo 25:14-30)

El Reino de los cielos, dijo Jesús, será también como un hombre que se fue de viaje y, llamando a sus siervos, antes de partir, les encargó sus bienes. Tenía 8 talentos de oro. Mucho dinero. Cada talento equivalía a 34 kilos de plata. Suficiente para pagar a un trabajador durante 20 años de trabajo. Los 8 talentos eran 272 kilos de plata, que representaban el salario de una persona durante 160 años.

La responsabilidad era clara: Administrar los bienes (25:14, 15). Les encargó los talentos para que los administraran y los entregó a sus siervos conforme a la capacidad de cada uno. A uno le entregó cinco, a otro dos y al tercero uno. Da la impresión de que el tercero recibió poco, y alguien podría pensar que no era muy inteligente. Pero un talento no era poco. Alcanzaba para pagar el trabajo de un hombre durante veinte años. Veinte años de salario siempre ha sido mucho dinero. Administrar esa cantidad requiere inteligencia. Todos los siervos eran inteligentes. La diferencia entre ellos no estaba en la inteligencia. Sí, es cierto, uno era más inteligente que el otro, pero a ninguno le faltaba inteligencia. El que recibió un talento tenía menos capacidad que el que recibió dos; y este, menos que el siervo de los tres talentos; pero los tres eran capaces. A veces se dice que en la iglesia hay gente de muy poca capacidad, pero no hay que confundirse. Los que tengan menos inteligencia que otros, de todas maneras son inteligentes. Los que entienden de inteligencia dicen que los más inteligentes usan solo un diez por ciento de la que tienen. Uno puede imaginar cuánta inteligencia desperdiciada existe entre los seres humanos.

Administrar los bienes del Señor es una tarea muy especial. Está relacionada con la misión, ya que ella es la mayor obra de Dios aquí en la tierra. Los talentos son los dones que el Espíritu Santo otorga a las perso-

nas para que cumplan la misión. Los dones no son cantidades fijas; son cantidades en aumento continuo, y el aumento depende del uso que cada uno haga de ellos.

El uso de los talentos (25:16-18). Los dos primeros siervos, el que recibió cinco y el que recibió dos talentos, realizaron un trabajo igualmente excelente. Duplicaron lo recibido. Es decir que duplicaron la capacidad de producción recibida originalmente. Esto es lo grandioso del servicio a Cristo en su misión: la capacidad para realizarla está siempre en aumento. Y aumenta porque depende de los dones del Espíritu Santo. Nadie es más generoso que él. Cuando los discípulos, el día de Pentecostés, necesitaron más talentos de los que poseían, recibieron todo lo que necesitaban, hasta el don de lenguas, y la misión no se detuvo en los límites de sus capacidades. Siguió avanzando con las capacidades del Espíritu Santo, que él generosamente otorgó a los discípulos. Pero nadie recibe aumento de capacidades si no usa las que tiene. Tampoco recibe aumento si no se coloca en circunstancias de necesidad superior a los dones que ya posee. Si una persona cristiana, después de haber identificado sus dones, solo se dedica a trabajos que puedan hacerse con esos dones, nunca descubrirá los poderes ilimitados del Espíritu. De otro modo, si constantemente acepta desafíos misioneros superiores a lo que naturalmente puede hacer, será testigo permanente de lo que el Espíritu puede hacer con un ser humano totalmente consagrado a Dios.

La diferencia está en la fidelidad (25:19-23). Después de mucho tiempo, regresó el Señor. No hay precisión en el tiempo. Fue simplemente mucho. El factor tiempo es secundario, lo importante es que el Señor regresó y vino para arreglar cuentas. De nuevo la referencia a la segunda venida de Cristo con el Juicio. No arregla cuentas con extraños. La separación entre unos y otros en la Segunda Venida ocurre entre los creyentes. Los incrédulos serán juzgados al fin del milenio. En el ajuste de cuentas no hay mucha complicación. Los siervos que recibieron cinco y dos talentos trajeron lo que habían ganado: el doble, y recibieron la misma aprobación: Bien buen siervo y fiel, sobre poco has sido fiel; sobre mucho te pondré. Entra en el gozo de tu Señor. El punto destacado en esta aprobación es la fidelidad, repetida dos veces, y en segundo lugar el hecho de ser siervos buenos. Bueno en el sentido de inherentemente bueno. No solo externamente bueno; también bueno por dentro. Fiel, o siempre confiable, no falla. Estas son las características aprobadas por Dios para un siervo suyo, para un creyente que coloca en primer lugar la tarea de Dios y se ocupa en cumplir la misión de proclamar el evangelio para ayudar en la salvación de los perdidos. La fidelidad a la misión prepara a los creyentes para la segunda venida de Cristo.

Condenado por malo y negligente (25:24-30). El tercer siervo no hizo nada. Señor, le dijo, ya sabía que usted es un hombre duro, que cosecha donde no ha sembrado y recoge donde no ha esparcido. Así que, tuve miedo, y

escondí su dinero en la tierra. Aquí está, tome lo que es suyo. En lugar de trabajar, se dedicó a discutir la personalidad de su Señor. Su injusticia, su capacidad de conocer, su carácter, su forma de actuar, su ética, su exigencia, su intransigencia, su falta de comprensión, su mezquindad y su maltrato. Estaba equivocado. Su señor no era así; así era él. Pero el Señor no discute con él ni lo corrige. Dios no necesita defenderse delante de nuestra manera absurda de razonar acerca de él. Además, dejó que el miedo controlara sus acciones. ¡Una tragedia! El miedo real o ficticio, como en este caso, nunca produce nada bueno. Sólo dudas, inacción, autoconmiseración, disculpas, desidia y maldad. Siervo malo y negligente, le dijo su señor, sabías que siego donde no sembré y recojo donde no esparcí. Debías haber dado mi dinero a los banqueros, para que yo recibiera lo que es mío con los intereses. Quítenle el talento, entréguenlo al que tiene diez y échelo en las tinieblas de afuera.

Fue condenado por malo y negligente. Malo en el sentido de pecaminoso, culpable, indigno. Negligente no como alguien que hace las cosas mal hechas o las deja a medio hacer. Negligente en el sentido de perezoso, problemático, creador de conflictos, pendenciero. Los siervos malos y negligentes con respecto a los bienes de Dios, que incluye todo lo que Dios ha colocado en manos de los cristianos, serán condenados en el día del Juicio. ¿Cómo librarse de esta condenación? Produciendo con los talentos que el Señor dio a cada uno, sin enterrar ninguno. En el uso de los talentos y los dones se producen las multiplicaciones del Espíritu Santo, que incluyen la salvación.

La ovejas y los cabritos: Servicio (Mateo 25:31-46)

Jesús contó las dos parábolas anteriores, la diez vírgenes y los talentos, bajo el concepto del Reino de los cielos que aparece al comienzo de la primera parábola (25:1). Aunque la frase: "El Reino de los cielos será semejante a..." no aparece al comienzo de la parábola de los talentos, en el texto original, por el modo de iniciarla se sobreentiende que está referida a ella. La tercera parábola, las ovejas y los cabritos, es ambientada de manera diferente, aunque en relación con el mismo tema.

La segunda venida de Cristo y el Juicio (25:31-33). Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, dijo Jesús, con todos sus ángeles, se sentará sobre su trono de gloria. Ya había dicho anteriormente que esta es la señal que identifica su venida y evita la confusión propuesta por los falsos cristos, cuya venida solo puede ser vista en privado. Viene en gloria, en compañía de los ángeles; y, además, todas las naciones se reunirán junto a él. ¿Para qué? Para que él separe a los seres humanos en dos grupos, como separa el pastor las ovejas de los cabritos. Así introduce el símil de las ovejas y los cabritos que, de ahí en adelante y hasta el fin de la parábola, le servirá de eje central para su enseñanza sobre el Juicio, en relación con su segunda venida.

Entonces separará los unos de los otros como aparta el pastor las ovejas de los cabritos, dijo Jesús. Antes formaban un solo grupo, una especie de comunidad sin que se pudieran distinguir las diferencias. Daba la impresión de que ovejas y cabritos pertenecían todos al mismo dueño. En la segunda venida de Cristo, la apariencia de un dueño solo, se elimina. Aparece la realidad de que, en ese grupo, los cabritos pertenecen a un dueño y las ovejas a otro. El grupo humano queda desintegrado. Desaparece la manera de existencia, como comunidad, que habían tenido hasta entonces. Hay una profunda y radical transformación de la humanidad. La sociedad plural deja de existir. Ya no están juntas la diversidad de ideas, ni la diversidad de conductas, ni la diversidad de gobiernos. Se ha producido la separación más radical que alguien pudiera imaginar. En realidad, nadie puede imaginarla, y si imaginarla fuera posible, nadie podría ejecutarla. Para que esta clase de separación fuera posible, el líder que la realizara tendría que conservar una parte y destruir la otra. Pero, en una sociedad plural, ¿cuál de los muchos grupos existentes conservar y cuáles eliminar? No tendría el conocimiento necesario para hacer la elección, ni el poder para eliminar a los demás, que de todas maneras serían mayoría. Por otro lado, ¿quién tiene el prestigio moral para hacerlo? ¿Quién está moralmente limpio para no ser acusado de genocidio? Nadie. No hay ser humano alguno en condiciones de realizar la separación del Juicio. Solo Dios. Por eso, nadie, nunca, debiera erigirse en juez moral de los demás. Puede haber jueces legales; pero jueces morales, imposible. La paradoja humana, en este aspecto, es muy grande. Los jueces morales son muchos más que los jueces legales. Casi cada ser humano se cree con derecho a juzgar la conducta moral de los demás, y juzga hasta sus más íntimas intenciones. Nadie tiene la sabiduría necesaria, ni tiene la integridad moral que se necesitan. Se pueden juzgar actos visiblemente incorrectos, y se pueden condenar acciones cuya forma externamente visible sea evidentemente mala. Pero los casos que parecen ser de mala conducta que no pueden definirse sin una comprensión de las intenciones, hay que dejarlos todos para el juicio de Dios. En esos casos, hasta la conversación de amigos, o enemigos, acerca de ellos, es un error. La separación radical entre buenos y malos la hará Dios en el día del Juicio final. Y pondrá las ovejas a la derecha y los cabritos a la izquierda, agregó Jesús.

Juicio de los que están a su derecha (25:34-40). Vengan ustedes, benditos del Padre, dice el Rey a los que están a su derecha; reciban su herencia: el Reino preparado para ustedes desde la creación del mundo. Aquí está la referencia al Reino que no apareció al comienzo de la parábola. Esto indica que la segunda venida de Cristo es el momento cuando se entrega el Reino a los benditos del Padre. No se trata de un reino inventado por Jesús durante su ministerio terrenal. Ni es una salida elegante para su

aparente fracaso en el establecimiento de un reino terrenal, por ocasión de su primera venida. Estaba planeado así desde la creación del mundo. Cuando los miembros de la Deidad planearon la creación de la tierra y todo lo que hay en ella, con los seres humanos para administrarla, ya sabían lo que ocurriría con Luzbel: su rebelión; la adhesión a su revuelta, de los ángeles que lo siguieron; la caída, en el pecado, de Adán y Eva; y las consecuencias del pecado en el mundo. Sabían todo. Por eso, también planificaron la manera de salvar a los humanos que optaran por el bien, el juicio de todos y el establecimiento del Reino para los creyentes en Cristo Jesús.

¿Por qué estos reciben el Reino? La respuesta es compleja, incluye muchas cosas. Pero, cuando Jesús usaba parábolas para explicar algo, generalmente se concentraba en una verdad específica que, con la parábola, iluminaba de manera especial. Ese punto aquí es el servicio. Y lo explica. Porque tuve hambre, y ustedes me dieron de comer. Tuve sed, y me dieron de beber. Fui forastero, y me recibieron en sus casas. Necesité ropas, y me vistieron. Estuve enfermo, y me atendieron. Fui puesto en la cárcel, y me visitaron. Son todas obras de servicio. ¿Quiere decir que haciendo estas obras de servicio puedo ganar el Reino? No, no es así. Quiere decir que si no las haces, lo pierdes. Esto aparece claro en la respuesta que los de la derecha dieron a la explicación anterior. No se dieron ni cuenta de que lo habían hecho para Cristo. Lo hicieron simplemente por amor. No para ganar el Reino. Un cristiano integrado totalmente con la persona de Cristo hace el bien sin pretender nada. Como Cristo lo hacía, solo para hacer el bien a alguien y ayudarlo a salvarse. El servicio solo es servicio genuino cuando uno lo hace como lo hacía Jesús, simplemente para ayudar. Señor, contestaron los justos, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, o sediento y te dimos de beber, o forastero y te hospedamos, o necesitado de ropa y te vestimos, o enfermo, o en la cárcel y te visitamos? Sepan, les dijo el Rey, que todo lo que hicieron en favor de los necesitados, aun al más insignificante de ellos, a mí lo hicieron; porque ellos son mis hermanos.

¿Quiénes son los necesitados? ¿Los pobres o los enviados de Jesús para ejecutar la misión? Hay evidencias, en San Mateo, de que Jesús estaba interesado en que sus enviados, los ministros del evangelio, fueran debidamente atendidos y de que, al atenderlos a ellos, a Jesús atendían (Mat. 10:14, 15). Pero no puede reducirse a ellos. El contexto de esta escena de juicio es universal. Tiene que abarcar a toda clase de seres humanos, en todos los aspectos de su vida.

Juicio de los que están a su izquierda (25:41-45). Aclarada la situación de los justos, se vuelve a los de su izquierda y les dice: Apártense de mí, malditos de mi Padre. Ustedes irán al fuego que destruye para siempre, preparado para el diablo y sus ángeles. ¿Por qué? Porque no son justos. Hicieron exactamente lo contrario de lo que los justos hicieron. Encontraron a mu-

chos hambrientos, sedientos, forasteros, desnudos, enfermos, prisioneros; y nada hicieron por ellos. ¡Qué pena! Ni cuenta se dieron de que al no hacerlo por ellos, tampoco lo hacían por el Rey, y que el Rey un día los iba a castigar por eso. Si hubiesen sabido que habría un castigo tan grande para los que no hicieran obras de servicio, las habrían hecho. Pero, si hubieran hecho obras de servicio para librarse del castigo, no se habrían librado tampoco. La razón es muy sencilla, no habrían actuado para ayudar a los demás sino para ayudarse a ellos mismos. Egoísmo. El egoísmo no recomienda a nadie para el Reino de los cielos. Lo excluye. Solo los que son como Jesús entrarán en su Reino. Nadie más. Y son como Jesús todos los que por fe lo aceptan en sus vivencias.

Castigo eterno y vida eterna (25:46). Los que son como ellos quieran ser, contrario a lo que Cristo quiere que sean, irán al castigo eterno. Y los que son justos como justo es Jesús, irán a la vida eterna. El castigo es muerte para siempre, como la recompensa es vida para siempre. El que merezca el castigo, en el día del Juicio, entrará en la muerte sin ninguna posibilidad de volver a la vida. ¿Cuándo ocurrirá la aplicación final del castigo? Al final del milenio, cuando cada uno comparezca ante el tribunal de Dios y los injustos, que resucitan para enfrentar este juicio, juntamente con la muerte y el sepulcro, sean definitivamente destruidos en el lago de fuego. “Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda” (Apoc. 20:13, 14).

La preparación, según las tres parábolas

Las tres parábolas mencionan la entrada en el Reino y el Juicio. Entran los que estén preparados. Según las diez vírgenes están preparados los que tienen al Espíritu Santo, y con él tienen todos los dones de la Deidad. Según la parábola de los talentos, están preparados los buenos y fieles siervos. Los que siendo buenos en su interior y en lo que hacen exteriormente, realizan, con eficiencia, una obra misionera confiable. Según la parábola de las ovejas y los cabritos, están preparados para la segunda venida de Jesús los que han hecho obras de servicio semejantes a las obras de servicio que Jesús hizo cuando estuvo en la tierra. Los tres elementos fundamentales para la preparación del cristiano: el Espíritu Santo controlando su vida entera, su fidelidad en la misión y su abnegado servicio cristiano al prójimo, lo describen como una persona preparada para el Reino de los cielos, lista para salvarse de la condenación del Juicio y preparada para entrar en la vida eterna.

FIN DE LA ENSEÑANZA PÚBLICA DEL REY EN JUDEA

Cuando Jesús terminó su quinto gran discurso y todas las enseñanzas que Mateo consignó en los capítulos 22 al 25, comienza el fin de su enseñanza pública en Judea, que concluye con el arresto en el Jardín de Getsemaní (Mat. 26:1-56). Es día miércoles, según el cómputo judaico, martes de noche en el nuestro.

Traición: el precio del Rey (Mateo 26:1-16)

¿Cuánto vale el Mesías Rey? Parece muy extraño que este pensamiento pudiera haber entrado en la discusión después de aquella secuencia de enseñanzas tan llenas de verdadera revelación divina. ¿No le alcanzó la abundante atmósfera divina con su riqueza espiritual inagotable, presentada por Jesús, para que esa gente entrara en ella? ¿Tenía que permanecer en la utilitaria y miserable actitud que los humanos siempre tienen? El mismo error que se repite siempre. En vez de llevarse la mayor ventaja para sí, que siempre los humanos quieren, se llevan la menor; pero, al contarlos a los amigos, se ufanan de haber conseguido el pez más grande que se pueda imaginar. La mayor ventaja que podía obtener de Jesús era la vida eterna, y todavía es así; pero Judas prefiere las treinta monedas que, al final, ni apego siente por ellas. Las devuelve. Y, en lugar de participar en la transacción de Jesús, Judas entregó la vida de Jesús para conseguir la muerte. Su propia muerte. Sin ninguna posibilidad de recibir la vida que Jesús estaba regalando a todos.

Complot de los dirigentes (Mateo 26:1-5)

Bien saben ustedes, dijo Jesús a sus discípulos, que solo faltan dos días para la Pascua. Con esta fiesta, los judíos celebraban su milagrosa liberación de Egipto. Mucho tiempo había ya pasado desde aquel grandioso día. Entraron en Egipto en los días de José. Su historia fue un milagro verdadero de la protección de Dios, a él y a toda su familia. Llevado a Egipto como esclavo, debido a la maldad de sus propios hermanos que, por envidia, lo vendieron a los mercaderes madianitas, llegó a un lugar extraño, de costumbres paganas, donde todo le resultaba adverso. Pero Dios estaba con él. Dios lo llevó a la casa de Potifar, no para que fuera tentado, sino porque confiaba en él y bien sabía que no caería en la tentación. Dios lo llevó a la cárcel, no para castigarlo, sino para librarlo de la muerte que le correspondía por el delito del que injustamente fue acusado. Dios le dio la eficiencia y la actitud de servicio que mostró en favor del jefe de la cárcel. Dios lo puso en relación con el

panadero y el copero del Rey, que estaban prisioneros por sus propias faltas. Dios le dio la capacidad de interpretar los sueños que ellos tuvieron, y el copero volvió a servir al Faraón, aunque olvidó su promesa de hablar al monarca en su favor. Dios le dio los sueños a Faraón y puso en él la necesidad de buscar, de alguna manera, su interpretación. Dios hizo recordar al copero su promesa, y habló bien de él a Faraón. Dios lo llevó a Faraón como intérprete de sus sueños y lo puso en la corte de Faraón como el segundo más poderoso del reino. Llegó el tiempo del hambre, que afectó también a su familia. Y, por milagro, Dios hizo que el Faraón recibiera a todos los miembros de su familia, en su territorio: les dio alimento, una tierra buena donde instalarse y todo lo que les hiciera falta. Fueron tiempos muy buenos para ellos. Hasta la muerte de José. Después vino un faraón que no conocía a José, y comenzaron sus tribulaciones. Esclavitud. Castigos. Sufrimientos. Siglos de dolor. El pueblo de la promesa ya ni siquiera recordaba las promesas de Dios. Pero Dios no olvida. Preparó a Moisés con la paciencia de su amor inalterable. Cuarenta años en Egipto: lo hizo un líder fuerte, determinado, eficiente y aguerrido. Cuarenta años en el desierto: lo hizo un líder manso, espiritual, perseverante y comprensivo. Lo mandó de vuelta a Egipto para liberar a su pueblo. Nuevo milagro. Muchos milagros. Las plagas y el poder de Dios. La muerte de todos los primogénitos de Egipto y la muerte del cordero en casa de cada israelita proveyó la sangre de la liberación. La marca de sangre en el dintel de las casas era la expresión de su fe para el milagro. Sus primogénitos no murieron. Y el pueblo salió de Egipto. Libre. Entonces nació la fiesta de la Pascua y la muerte del cordero se transformó en un símbolo de la muerte del Mesías. Por su muerte, todos podrían vivir. Judíos, no judíos, todos los que tuvieran fe. La Pascua se convirtió en la fiesta mayor de la Nación. La más importante fiesta nacional. La fiesta del Mesías.

Dos días más, y la parte simbólica de la gran fiesta acabaría. La realidad sustituiría al símbolo. El Mesías ocuparía su lugar como cordero. Por eso, Jesús, más claro que nunca, les dijo: El Hijo del Hombre será entregado para que lo crucifiquen. ¡Solo dos días! Los eruditos se han embarcado sobre un mar de argumentos buscando determinar qué día de la última semana era este. Parece, sin embargo, que era el martes por la noche en nuestra manera de contar los días; comienzos del miércoles para los judíos de aquella época. Contaban los días desde una puesta de sol hasta la otra. Un día era toda una noche más toda la parte iluminada que la seguía.

Los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo, reunidos en el palacio del sumo sacerdote Caifás, planearon cómo arrestar a Jesús para matarlo. Tenían el problema de la fiesta. No podía ser en la Pascua. Era ilegal. El pueblo podía amotinarse. Además, todo ese proceso podía contaminarlos e impedirles su participación en la fiesta. Impensable. Una sola alternativa, no había más. Tenía que ser antes de la Pascua. Es

posible que en ese momento Judas se haya reunido, por primera vez, con ellos para planear la entrega de Jesús.

Betania: Precio de su unguimiento (Mateo 26:6-13)

Mateo coloca, a continuación en su relato, el complot de los dirigentes y la cena en casa de Simón; por su estilo de agrupar asuntos del mismo tema. Pero parece que la cena ocurrió el sábado anterior, en la noche (Juan 12:1, 2, 12, 13). Simón el leproso, en su casa de Betania, realizó una fiesta para honrar a Jesús, en agradecimiento porque Jesús lo curó de la lepra (Luc. 7:36-40). Parece que, después del milagro, abiertamente se declaró discípulo de Jesús; sin embargo, no estaba completamente convencido de que fuera el Mesías. No es extraño que algunas personas pasen por un proceso de conversión que va por etapas, especialmente personas ricas, como era el caso de Simón. Invitó a Lázaro y a su familia. Aunque para él fuera una situación un poco embarazosa, pues parece que él habría sido quien indujo a María Magdalena en el pecado. Pero no podía ignorar a Lázaro, el discípulo más notable de Jesús que había en Betania, especialmente después de su resurrección.

María ungió a Jesús con un perfume muy caro (Juan 12:1-3). Se lo derramó en la cabeza y los pies. Judas inició una reacción contra ella a la que se sumaron todos los discípulos. ¿Para qué este desperdicio?, dijeron. Judas dijo que podría haberse vendido por trescientos denarios y haberlos dado a los pobres. Un año de salario. ¿Quién valía más para ellos? ¿Jesús o los pobres? Los pobres tal vez. O, en el caso de Judas, ¿él mismo? Juan dice que a él no le importaban los pobres. Le interesaba que el dinero fuera a la bolsa común. Como él la administraba, podía tomar dinero para sí, porque era ladrón. Los pobres eran un pretexto. Mala tradición. Muchos cristianos, desde entonces, han ensalzado el valor de los pobres sobre todo otro valor. Si fuera por genuino deseo de servirlos, estaría bien. Pero, cuán a menudo se trata solo de una manera de dignificar otros objetivos ocultos, casi siempre muy egoístas. Jesús no desechó el interés por los pobres: a los pobres siempre los tendrán con ustedes, les dijo. Hagan siempre esta obra. Solo que en este momento hay una prioridad sobre todas las demás, y esta mujer la ha respetado. Al derramar el perfume sobre mi cuerpo, lo prepara para mi sepultura. La prioridad es el sacrificio verdadero. El sacrificio de Cristo en la cruz. El sacrificio que Cristo espera de toda persona cristiana, el que lleva adelante la misión.

Traición de Judas: Treinta monedas (Mateo 26:14-16)

Judas se sintió reprendido. Todos los egoístas son personas muy sensibles. Se ofenden fácilmente y guardan su rencor dentro de sí, como la respuesta justa de su propia dignidad que se defiende. Algunos explotan y se quejan; se sienten maltratados y lo dicen con violencia cargada de amargura. Otros, callados, esperan el momento de su “justa” venganza.

Judas ya venía con este dolor desde hacía más o menos un año. Cuando Jesús pronunció el sermón del pan de vida y muchos lo abandonaron, Judas dejó entrar dentro de sí las fuerzas destructoras del maligno, y decidió separarse de él (Juan 6:70, 71). Ahora pensó que había llegado el momento para hacerlo, y fue a hablar con los dirigentes de la Nación para negociar el precio de la entrega. Treinta monedas de plata. Poco. Solo el valor de un esclavo (Éxo. 21:32). El precio exacto del Mesías, predicho por el profeta (Zac. 11:12). El precio de la traición. Muchos, en la historia del cristianismo, han vendido a Jesús por este precio: la traición sola, sin las treinta monedas. Pero este no es el precio del Mesías. El vale lo contrario a la traición: lealtad, fidelidad, servicio, entrega a él de todo cuanto uno es y tiene. En realidad, no se compra ni se vende. Judas pensó que lo vendía; no lo vendió. Fue una venta ficticia, que terminó en la pérdida total del vendedor. Una quiebra. Tampoco se puede comprar con nada. Es un regalo. Y el único precio del regalo es el amor. Por amor se regala, y se reciben regalos por amor. Porque de tal manera amó Dios al mundo, que regaló a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en él no se pierda, mas tenga vida eterna (Juan 3:16).

Santa cena: Significado de la muerte del Rey. Día jueves (Mateo 26:17-30)

Era el jueves, un día antes del sacrificio pascual, que debía ocurrir el 14 de Nisán. De acuerdo con la nomenclatura original, al día siguiente comenzaba la Fiesta de los Panes sin Levadura. Pero, en los días de Jesús indistintamente llamaban Pascua, o Fiesta de los Panes sin Levadura, a las dos fiestas. Según los registros astronómicos, en el año 30 d.C., o año decimosexto de Tiberio César, el 14 de Nisán cayó en día viernes. El jueves 13 de Nisán fue el día de la preparación para la Pascua. Dicho así parece todo muy sencillo y muy claro. Pero la determinación de estas fechas es, en realidad, bastante complicada. Juan menciona una cena pascual el viernes en la noche y los sinópticos el jueves en la noche. ¿Hay contradicción entre ellos? Algunos eruditos dicen sí; otros, no. Hay muchas cosas relacionadas con la celebración de la Pascua, en esa época, que ignoramos completamente. Por eso, la exacta precisión de lo que ocurre parece muy esquiva para nosotros. Dogmatizar al respecto sería un error. En todo caso, parece que en el año de la crucifixión se celebraron dos cenas pascuales. Una al comenzar la noche del 14 de Nisán, nuestro jueves de noche en aquel año, y otra al comenzar la noche del 15 de Nisán, nuestro viernes de noche, en el año de la crucifixión. La primera practicada por los conservadores y la segunda por los liberales, que se habrían desentendido, con los conservadores, en algunos aspectos no identificados, posiblemente la necesidad de crucificar a Jesús antes de la Pascua. Así, se habrían creado las condiciones para que Jesús fuera realmente crucificado a la hora del sacrificio del cordero pascual, el viernes de tarde, como sucedió.

Se ha levantado otro problema: el cordero para la Pascua de Jesús, ¿dónde lo consiguieron? Todos los corderos que se comían en la cena pascual eran sacrificados en el Templo. En esa época, unos doscientos mil corderos. Hay dos posibilidades: Una, donde lo hayan conseguido los otros conservadores que ese año comieron la Pascua el jueves de noche. Dos, en la cena de Jesús no se menciona la presencia de carne. Solo pan sin levadura y vino sin fermentar. Jesús era el Cordero pascual; él estaba ahí, no había necesidad de otro cordero. Lo que sí era necesario ocurriría al día siguiente. Jesús sería muerto a la hora del sacrificio pascual. Él era el cordero pascual de ese año y de siempre. Una vez que Jesús fuera crucificado, ese viernes, en adelante, nunca más se necesitaría el sacrificio de un cordero.

Pascua: Misión del Rey (Mateo 26:17-19)

¿Dónde quieres que hagamos los preparativos para que comas la Pascua?, le preguntaron los discípulos. Para ellos era claro. Ese jueves era el día de la preparación para la Pascua. Mateo dice que les dio indicaciones acerca de una casa, en Jerusalén, donde, luego de hablar con su dueño, debían hacer los preparativos. Tenía que ser dentro de los muros de la ciudad. Además, les dio un mensaje para el dueño de la casa. Decía: Mi tiempo está cerca, dice el Maestro. Voy a celebrar la Pascua en tu casa, con mis discípulos. Posiblemente era un discípulo de Jesús o él estaba apelando a la costumbre de los judíos en la Pascua: todas las casas tenían que estar abiertas para que los peregrinos celebraran la cena pascual. Finalmente, su tiempo estaba cerca. Hasta ese momento había dicho siempre: Aún no es mi tiempo. Mi hora no ha llegado. Pero ya estaban a un día de la cruz, ciertamente muy cerca en el tiempo.

Cuando se reunieron para comer la cena, ya sentados en la mesa, Jesús dirige la conversación hacia dos asuntos muy importantes: la identificación del traidor y el significado de su misión.

El entregador (Mateo 26:20-25)

Sepan bien, les dijo, que uno de ustedes me traicionará. Todos se impresionaron. Nadie culpó a nadie. Sería una acusación demasiado grave contra alguien y exponerse a un error inmenso. Cada uno preguntó: ¿Soy yo Señor? Preferían que Jesús identificara al traidor. Y lo hizo.

Los cuatro evangelios mencionan cinco declaraciones de Jesús sobre la traición. Primera: “No estáis limpios todos” (Juan 13:11), dicha durante el lavamiento de los pies. La traición es una impureza espiritual que el lavamiento de los pies no elimina. Segunda: “El que come pan conmigo, levantó contra mí su calcañar”, pronunciada cuando los discípulos volvieron a ocupar sus lugares en la mesa (Juan 13:18). La traición destruye la más íntima relación que pueda existir con Cristo y con los demás. Tercera: “Uno de vosotros me va a entregar”, dicha momentos después (Mat. 26:21). La

traición nunca es una acción por la mitad; siempre va hasta las últimas consecuencias del rechazo. Cuarta: “El que mete la mano conmigo en el plato, ése me va a entregar”, dicha en algún momento de la cena (Mateo 26:23). La traición nunca es honesta; es siempre disimuladora, traicionera y falsa. De veras, el Hijo del Hombre va a la muerte, pero ¡ay! de aquel que lo traiciona. Mejor hubiera sido para él no haber nacido. Y entonces llega el turno a Judas: ¿Acaso seré yo Rabí? Quinta: “Tú lo has dicho”, respondió Jesús. Ya estaban al final de la Cena del Señor. Estas palabras impulsaron a Judas hacia su ya planeada traición, y se fue del aposento.

Cuando estaban comiendo la cena pascual, Jesús instituyó la Santa Cena con el objetivo de explicar, a sus discípulos de entonces y de siempre, el significado de su misión en esta tierra y cuál era el verdadero sentido de su muerte. Sentido que ellos no entendieron en ese momento, pero después de la resurrección todo se volvió muy claro para ellos. En lugar de ofrecer la tradicional explicación sobre la Pascua que el padre de familia debía exponer en este instante de la cena, explicó el nuevo significado de los símbolos. Tomó pan sin levadura de la Pascua y lo dio a sus discípulos diciendo: Tomen y coman, esto representa mi cuerpo. Mi cuerpo es verdadera comida. No lo pueden comer literalmente, porque comida literal tampoco es. Solo pueden comerlo espiritualmente. Yo lo entregaré en la cruz para que, cuando esté quebrantado, y acepten, por la fe, mi sacrificio, ustedes tengan vida. Y la tengan para siempre. La liberación que les traigo ahora es mayor que la liberación de Egipto. Ahora los libero del pecado. La Pascua de entonces era solo un símbolo que anunciaba mi muerte en el futuro. La realidad de Egipto, transformada en promesa para el tiempo que vivimos ahora. La Santa Cena, como una nueva Pascua, es un recuerdo de mi muerte y la promesa de mi retorno y de la vida eterna.

El nuevo pacto en su sangre (Mateo 26:26-30)

Después tomó la copa con vino sin fermentar, no había fermento en nada durante la Pascua y la fiesta de los panes sin levadura, y les dijo: beban de ella todos. Esto es mi sangre del nuevo pacto, derramada por muchos para perdón de los pecados. Es claro que no beberán mi sangre literal, lo digo en sentido espiritual; porque solo así mis palabras son espíritu y son vida. Solo pueden beberla ustedes si tienen fe. Sin fe, lo que beben es solo jugo de la vid. Nada más. Vida no reciben. Pero, si creen, cuando beban el vino del Nuevo Pacto, ese vino se vuelve simbólico de mi sangre. Deja de ser un simple vino, y llega a ser un símbolo. No se transforma en sangre; se convierte en símbolo de mi sangre. Y, por la fe, reciben ustedes la realidad simbolizada por el vino. Esa realidad tampoco es mi sangre literal; no vayan a pensar ustedes que recibirán sangre de mi cuerpo; recibirán la vida que mi cuerpo y mi sangre comprarán para ustedes. Y la vida que yo les daré permanece para siempre. Este símbolo tendrá valor, todos

los días que ustedes lo practiquen, hasta que otra vez lo bebamos juntos en el Reino de mi Padre. Después de cantar el himno, salieron para el Monte de los Olivos.

Culminación del ministerio público (Mateo 26:31-46)

En el camino, Jesús les dio muchas instrucciones. Mateo solo cuenta el anuncio del escándalo de los discípulos, que incluye la negación de Pedro. Juan, sin embargo, registró el contenido de su enseñanza en lo que se ha dado en llamar: “Discursos de despedida” (Juan 13:31-17:26). Luego Mateo agrega la experiencia del Getsemaní, con la cual concluye sus enseñanzas en Judea.

El escándalo de los discípulos (Mateo 26:31-35)

¿Por qué se escandaliza la gente? ¿Por que se van de Jesús? Todos ustedes se escandalizarán de mí esta noche, les dijo Jesús. Porque está escrito: heriré al pastor y se dispersarán todas las ovejas del rebaño. Las ovejas se quedan sin líder, solas. No saben cómo actuar sin él. Pero, no es por causa del líder que su ausencia les resulta tan grave. Es por causa de ellas mismas. Son ellas las que no saben orientarse, no saben seguir orientaciones recibidas de antemano. Los discípulos escucharon la palabra de Jesús, pero no la entendieron. Su falta de comprensión no estaba en alguna falla de la explicación. Estaba en la mente de ellos. Su interés estaba en otra cosa. Querían el Reino, pero lo querían para dominar toda la tierra, para ser personas importantes en él, para ser grandes con la grandeza humana que en todos los reinos se estimula. Así, frente a la angustia del peligro, frente al riesgo de ir a prisión, frente a la realidad de ser considerados poca cosa, frente a la desgracia de entrar en el desprecio de la gente, huir parece lo mejor. Se van de Jesús. ¿Para qué? Para esconderse. Para no ser nadie. ¡Qué paradoja! Antes solo querían ser los primeros en importancia y poder; ahora prefieren que nadie sepa nada sobre ellos. Ser nadie. No correr riesgo alguno. Pero la vida no es así. Riesgo existe en todo lo que hacemos, y hasta no hacer nada es muy riesgoso.

Pero no se aflijan, les dijo Jesús, después de que yo resucite, iré a Galilea para encontrarme de nuevo con ustedes. Comenzaremos todo de nuevo. Pedro, impetuoso como siempre, le dice: Aunque todos te abandonen, yo jamás te dejaré. Me negarás tres veces, le respondió Jesús. Y ocurrirá esta misma noche, antes de que el gallo cante. Jamás te negaré, le responde, aunque tenga que morir. Promesas. Prometer no cuesta nada, cumplir es lo difícil. Pedro no tendrá poder espiritual para cumplir. Pero la falta de valor, en una ocasión, no es el fin de todo. Jesús también puede restaurar a los incumplidores, y lo hace con la misma comprensión y simpatía con que hace todas las cosas.

Decisión final: Hágase tu voluntad (Mateo 26:36-46)

Se detuvieron en el Jardín de Getsemaní, al pie del Monte de los Olivos. La tradición dice que pertenecía a María, la madre de Juan Marcos, lo mismo que el aposento en el que celebraron la Santa Cena. Si así fuera, se entendería la libertad de uso que Jesús tenía en ambos lugares. Mateo registra seis dichos de Jesús en Getsemaní y menciona uno más sin repetir las palabras, solo diciendo: y se retiró a orar por tercera vez, diciendo lo mismo (26:44). En cuatro de ellos se dirige a los discípulos y los otros tres son oraciones por medio de las cuales habla con Dios.

Primer dicho. No en todos los dichos habló a todos los discípulos, pero el *primero* lo dirigió a todos ellos. A esta altura eran once. Judas ya no estaba con ellos, estaba con los dirigentes que querían la muerte de Jesús. Apenas llegaron al Getsemaní les dijo: “Sentaos aquí, entre tanto que voy allí y oro” (26:36). Se aproxima la hora de su decisión final. Pero está calmo, en pleno control de sí mismo y de las circunstancias. Todavía más interesado en el bienestar de sus discípulos que en su propia situación.

El segundo dicho lo dirige a Pedro, Santiago y Juan, a quienes invita a que lo acompañen a un lugar más retirado. Está triste, y lo cuenta: “Mi alma está muy triste, les dice, hasta la muerte; quedaos aquí, y velad conmigo” (26:38). Todavía no ha conversado con Dios. Su tristeza es profunda, pero no descontrolada. Afecta a lo más íntimo de su corazón, pero solo se revela si él quiere contarla. Jesús no se descontrola en lamentos pasionales, ni en violentas manifestaciones de angustia. Nada de eso ven los miembros del grupo más íntimo de sus discípulos, ni los otros. A estos tres les cuenta lo que sufre, y por eso lo saben. Jesús administra espiritualmente su dolor. ¡Qué modelo!

¡Triste hasta la muerte! Ya está casi muerto de tristeza. ¿Puede alguien morir de tristeza? De amargura muere cualquiera; también de angustia y de pena, de aflicción y sinsabores. Todos ellos son padecimientos emocionales que pueden controlar la personalidad entera y causar su destrucción. Sus daños psicológicos invaden también el cuerpo; y, cuando ocurre, pueden desarrollarse en él una variedad de enfermedades mortales. Pero Jesús no tenía ninguno de ellos. Además, sabía administrar su tristeza tan bien, que solo se tornaba visible cuando él quería. Parece que la salud emocional es más sólida cuando la voluntad no ha perdido el control de las emociones. Si estas invadieran la voluntad, y las emociones controlaran las decisiones, un descontrol enfermizo se apoderaría de la persona total, y el curso hacia la muerte sería más rápido y más evidente.

El interés de Jesús por los discípulos, por medio de este dicho, da un paso más profundo que el anterior. Del bienestar físico de ellos pasó a su bienestar espiritual. No solo les dijo: ¡Siéntense! ¡Velen!, les dijo. Estén despiertos. Participen conmigo. Involúcrense en lo que yo estoy haciendo.

No se desconecten de mi obra. No se duerman cuando yo más los necesito. Estén junto a mí en este momento de crisis.

El tercer dicho es una oración. La misma oración que repitió tres veces esa noche. “Padre mío”, dijo, “*si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú*” (26:39). Este es el dicho de lo posible. *Si es posible*, dijo. Padre, dijo Jesús, si delante de ti, esto es posible. Si está en armonía con tu voluntad que todo lo puede; porque, si pudiéndolo todo esto no es posible, entonces hacerlo sería un enfrentamiento agresivo contra tu voluntad: no quiero ni intentarlo. Lo posible para un cristiano no es lo que es posible en determinadas circunstancias. Las circunstancias son muy cambiantes y no sirven como patrones determinantes de la conducta humana. Tampoco las leyes deben determinar lo que es moralmente posible para un cristiano. Hay muchas leyes que permiten ciertas conductas a causa de la pluralidad de las persuasiones que existen en la nación, pero no porque sean moralmente buenas para todos. Solo son legalmente buenas: permitidas. Por ejemplo, la ley del divorcio lo permite, pero el hecho de que sea legal no implica que sea correcto. Una persona religiosa, católica por ejemplo, no tiene que divorciarse simplemente porque la ley lo autoriza. Debe ser fiel a su religión en esa materia. Y todos los cristianos tienen que aceptar la voluntad de Dios como determinante de lo que, para ellos, es posible. Eso fue lo que Jesús hizo en Getsemaní. Haré, dijo, lo que es posible para ti. Si para ti es posible que pase de mí este vaso, puede pasar. Pero hágase conforme a tu voluntad.

El cuarto dicho es una lección práctica sobre la tentación y cómo evitarla. Comenzó dirigiéndose a Pedro: *¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora?*, le dijo. Él había estado orando durante una hora y ellos durmiendo. Por eso no estaban todavía preparados para enfrentar lo que en pocos momentos más comenzaría a ocurrir. ¿Puede ser esta la misma causa que mantiene dormidos a tantos cristianos, sin participar activamente con Cristo en su obra? Sin oración no hay integración profunda con Cristo. Esa integración que amalgama nuestra personalidad con la personalidad de Cristo, y que integra su obra en las obras nuestras de un modo tan íntimo, que las dos obras se convierten en una sola, con un solo interés: la obra de Cristo.

Completando su dicho, agregó: “Velad y orad para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil” (26:41). Ahora les habla de la tentación. No la define. La crisis no es momento para aprender la teoría de la vida cristiana. Eso uno tiene que haberlo aprendido antes. La crisis es el momento de la acción. Importa saber el cómo y aplicarlo. ¿Cómo evitar la tentación? Hay que velar y orar. Es lo que Jesús está haciendo; ellos no. Jesús está despierto y conversando con Dios, por horas. Ellos, por horas, duermen y no oran. ¿Por qué? Porque han permitido que su cuerpo controle a su espíritu. En ese

caso, aunque el espíritu sea fuerte, ha perdido su fuerza y actúa con la debilidad del cuerpo. Si el espíritu controlara al cuerpo, este perdería su debilidad, porque el espíritu es fuerte. ¿Cómo se logra el control espiritual del cuerpo? Por medio del Espíritu Santo. Pablo lo dice plenamente: “Lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (Rom. 8:3, 4).

El quinto dicho es la segunda oración. “Padre mío”, dijo, “*si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad*” (26:42). Este es el dicho de lo que no es posible, de lo que no se puede hacer porque no está en armonía con la voluntad de Dios. Dejar de tomar la copa era un acto contrario a lo que el Padre quería que Jesús hiciera. No debía hacerlo. Tenía que ir a la cruz. Morir en ella. Completar su misión hasta las últimas consecuencias. Su decisión ya estaba tomada, no podía alterarse. Alterarla no era posible, porque la voluntad de Dios es permanente, inalterable. “El mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre. (1 Juan 2:17). Así fue para Jesús, y para cada cristiano es así. Quien quiera permanecer para siempre, quien quiera la vida eterna, tiene que hacer su voluntad.

Después de esta segunda oración, volvió adonde estaban sus tres discípulos y los encontró todavía durmiendo. Ya no los despertó. Se retiró a orar por tercera vez. Mateo dice que repitió lo mismo de la segunda oración.

El sexto dicho es la tercera oración. “Padre mío”, dijo, “*si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad*” (26:42). Este es el dicho de la voluntad espiritual. No digo solo voluntad. Nadie, con voluntad sola, o propia, puede tomar la decisión que tomó Jesús. El sometimiento de la voluntad propia a la divina voluntad tiene que ser una obra del Espíritu Santo o no es posible. Por eso, cualquier persona cristiana que desee hacer la voluntad de Dios, tiene que permitir la obra del Espíritu Santo en su mente; para que la transforme en una nueva persona. Por eso, David decía: “Enséñame a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios; tu buen espíritu me guíe a tierra de rectitud” (Sal. 143:10). Cuando hacemos su voluntad, reconocemos que él es nuestro Dios, y no hay otro Dios como él: recto y sabio, que ama al pecador y lo salva; porque su voluntad es para salvación y vida eterna. Una persona que adora a Dios así, cumpliendo su voluntad, es feliz. “El hacer tu voluntad, Dios mío”, decía David, “me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón” (Sal. 40:8).

El séptimo dicho ocurre cuando ya ha vuelto a los doce y les anuncia lo que viene. “¡Dormid ya, y descansad! He aquí, ha llegado la hora, y el Hijo del Hombre es entregado en manos de pecadores. ¡Levantaos,

vamos!; ved, se acerca el que me entrega” (26:45, 46). Este es el dicho de la valentía espiritual. Jesús había tomado su decisión en armonía con Dios, y ahora estaba dispuesto a enfrentar lo que viniera. Cuando un cristiano toma una decisión en plena armonía con el plan de Dios y su voluntad, no tiene nada que temer. No importa lo que le ocurra. Una crisis, una angustia, una traición, una entrega, hasta la muerte, no importa. El cristiano que tiene valentía espiritual lo enfrenta todo. Es cierto que los discípulos no estaban plenamente preparados para lo que venía, ni siquiera lo entendían; pero tenían que enfrentarlo. Y Jesús los invitó a que lo enfrentaran junto con él. ¡Levántense!, les dijo. ¡Vamos! Si avanzamos con Jesús, aunque no estemos preparados para lo que venga, él nos dará la debida preparación en el camino. Avancemos siempre con fe, la fe en él, asida de su poder; encontrará el camino y el valor para cumplir sus planes. Cuando llega la hora de la crisis, hay que enfrentarla; preparado o no.

EL JUICIO DEL REY

Comienza la crisis redentora. De aquí en adelante hasta la cruz, ninguno de sus antiguos seguidores ve nada positivo. Solo un desastre que nadie hubiera querido. Pero Jesús sabe muy bien lo que está ocurriendo. No hay desastre. Hay redención. La mayor crisis del cristianismo es una crisis redentora y, desde ese momento en adelante, todas las crisis que los cristianos enfrenten, individualmente o como iglesia, tendrán el mismo objetivo: dar testimonio. Cumplir la misión. Anunciar el evangelio por palabra y por acción. Mateo relata el juicio de Jesús con el claro objetivo de probar que en realidad es el Rey (Mat. 26:47-27:31).

Arresto del Rey (Mateo 26:47-56)

Lo buscaron como se busca un guerrillero o un bandido (26:55). Ese es el sentido del término usando en el original. Jesús no dirigió ninguna insurrección. No asaltó a nadie. A nadie robó nada, nunca. Jamás cometió el menor de los pecados. Pero, los que fueron a buscarlo eran todos mandados o traidores. Esa clase de gente no necesita pensar. Solo tienen que hacer lo que les mandan. Nada más. Es la llamada obediencia debida. ¿Son moralmente responsables de sus actos o los responsables morales son los que los mandan? Los dos. Nadie puede declararse moralmente irresponsable por lo que hace. La orden superior los obliga, es cierto. Pero existe un elemento simple que uno Superior a todos los superiores colocó en cada ser humano. Se llama libre albedrío. Cada uno es libre para decidir sus propias acciones. Cuando una persona hace algo, quiere decir que previamente lo decidió así. Si no estuviera de acuerdo con la orden de un superior, puede rechazarla. No es fácil. Tiene que pasar por encima de un entrenamiento que pesa muy fuerte y estar dispuesto a enfrentar consecuencias, muchas veces, terribles. Pero el libre albedrío existe, y tiene que decidir. En realidad, una persona decide hasta cuando no decide. En ese caso, la decisión consiste en no decidir por sí misma y dejar que otra persona decida por ella. Ahí la responsabilidad es compartida. La turba que fue a prender a Jesús y los que dieron la orden de prenderlo estaban en esa situación. La responsabilidad por esa injusticia era compartida.

La señal de la traición (Mateo 26:47-50)

La turba estaba armada con espadas y palos. ¡Ridículo! ¡Prender al Rey del universo con ese tipo de armas! Otra ironía: Los líderes religiosos de la Nación habían enviado la guardia del Templo para arrestar

al mejor hombre de la Nación. Tendrían que haberla enviado para protegerlo en su retiro espiritual. Estaba solo, sólo con once de sus doce discípulos, pues el otro era traidor, y la noche podría ser un momento peligroso para él. Enemigos de la Nación, soldados romanos, otros dominadores del Imperio, bandidos comunes; podrían hacerle daño. Esto era tan terrible como cuando profesos cristianos actúan contra Cristo, en la persona de sus seguidores; sean de su misma fe religiosa o de otra; de su misma iglesia o de otra.

Otra ironía: Judas había convenido con los guardias del Templo que él identificaría a Jesús con un beso. ¿Necesitaban que alguien les dijera quién era Jesús? ¿No lo habían visto en el Templo esa misma semana? Además, ¿quién podría confundirlo en cualquier grupo? ¡Un beso! El texto original dice: un beso de profundo sentimiento emocional. Ocurre que Judas pensaba: Si lo entrego, le hago un favor. Lo obligo a hacer lo que tiene que hacer. Soy su amigo, y lo pondré en las circunstancias que lo forzarán a actuar como Rey, a tomar el comando, a anunciar oficialmente el establecimiento de su reino. ¿Sabía o no sabía lo que estaba haciendo? Eso: sabía y no sabía. Confusión. Estaba metido en la misma confusión que el diablo inventa para cada ser humano que desea arrastrar hacia la perdición. Cada uno que escucha al demonio tiene una pequeña Babilonia dentro de sí. Con ella se suma a la gran Babilonia que usa el diablo para arrastrar a la sociedad entera. Era lo que estaba haciendo con Israel, en ese momento.

La mayor ironía está en las palabras que Jesús dirige a Judas: Amigo, le dijo. ¿A qué vienes? (26:50). No se registra respuesta de Judas. ¿Qué puede responder un traidor cuando se desnuda su traición? Solo silencio y remordimiento. La señal externa de la traición fue un beso. Pero el beso no solo identificó a Jesús, también reveló la verdadera identidad de Judas: era traidor. La señal interna de un traidor es su remordimiento. Tan fuerte era en Judas, que más tarde fue y se ahorcó.

El poder verdadero: La voluntad de Dios (Mateo 26:51-56)

Los guardias del Templo prendieron a Jesús. Uno de sus discípulos no pudo soportarlo. Sacó una espada, e hirió al siervo del sumo sacerdote. Comenzó por el que estaba más próximo al que dio la orden de arresto. No pretendía parar ahí, por cierto. Pero Jesús lo detuvo. El verdadero poder no está en las armas. Ni en ninguna manifestación de fuerzas al estilo humano. Jesús usó el verdadero poder divino en dos formas: un milagro, restauró la oreja del siervo; y dejó que la profecía se cumpliera. Le dijo: Yo puedo acudir a mi Padre, y él enviaría doce legiones de ángeles. Pero, ¿cómo crees que se cumplirían las Escrituras? Según ellas, tiene que suceder así. Y así sucedió.

Mateo dice que, entonces, todos los discípulos lo abandonaron y huyeron. Se dieron cuenta de que no haría nada para protegerse, y concluyeron

que tampoco haría nada para protegerlos a ellos. ¡Sálvese quien pueda!, pensaron. Ellos nada podían. Solo podían huir, y huyeron.

El Sanedrín juzga al Hijo de Dios (Mateo 26:57-68)

Quedó solo y a merced de las injusticias del Sanedrín. Lo llevaron ante Caifás. Con él estaban los dirigentes de la Nación. Pedro siguió al grupo desde lejos. No quería que lo vieran, pero quería ver en qué terminaría todo aquello. Entró en el patio del sumo sacerdote y, disimuladamente, se sentó con los guardias. Camuflado entre ellos, era difícil que alguien lo incomodara. No sabía que, en el gran conflicto entre el bien y el mal, es mejor huir que camuflarse. Lo aprenderá un poco más adelante, y su aprendizaje será profundamente doloroso.

Testigos falsos: No responde (Mateo 26:57-62)

El Sanedrín estaba reunido, y comenzaron a buscar testigos falsos para condenarlo. Generalmente esta tarea suele ser fácil. Un poco de dinero, y la debida instrucción para que la prueba sea clara, es todo lo que se necesita. Los candidatos no faltan. Pero, esta vez no fue fácil. No podían encontrar la prueba contundente que lo condenara. Vinieron dos testigos y testificaron contra él informando que Jesús había dicho: Puedo destruir el Templo de Dios y reconstruirlo en tres días. Jesús no dijo nada. El sumo sacerdote insistía. Jesús callaba. Extraño enfrentamiento. El máximo dirigente religioso de la Nación actuando contra Jesús. Además, actuaba quebrantando los principios básicos de la leyes judías sobre los procesos judiciales. Todos revelaban una hostilidad demasiado grande para realizar un juicio justo.

Hijo de Dios, Hijo del Hombre, Mesías (Mateo 26:63-68)

El sumo sacerdote y el Sanedrín quebrantaron varios reglamentos, entre ellos los siguientes: (1) Los jueces tenían que realizar todo el proceso durante la parte clara del día, nunca de noche. (2) Ningún juicio podía realizarse en la víspera del sábado o de una fiesta religiosa. (3) Tenía que pasar por lo menos un día entre el juicio y el dictado de la sentencia. (4) El Sanedrín no debía reunirse en el palacio del sumo sacerdote. (5) No podía aceptarse falsos testigos, y si un falso testigo se presentara en un caso de pena capital, estaba sujeto a la pena de muerte. (6) No se podía aceptar ninguna evidencia de un testigo cuyo testimonio fuera incoherente.

El sumo sacerdote sabía que, con los testigos falsos, estaban actuando de manera ilegal. Por eso, intentó otro tipo de acusación: blasfemia. Te ordeno en el nombre de Dios, dijo a Jesús, que digas si eres el Cristo, el Hijo de Dios. De eso se trataba. Todo el problema de ellos estaba ahí. No lo aceptaban como Mesías. El Mesías que ellos esperaban, que habían construido con sus enseñanzas desviadas de las Escrituras, era diferente

de Jesús. El Mesías, en la personalidad de Jesús, era pacífico, bondadoso, misericordioso, y describía el Reino de los cielos como un reino espiritual, para personas espirituales que abandonaran el pecado. No pretendía destruir al Imperio Romano, ni quería un reino humano universal. En su concepto, no podía ser el Mesías.

La respuesta de Jesús fue calmada, sin ostentación, sencilla, al punto, completa: “Tú lo has dicho; y además os digo, que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo” (26:64). ¡Ha blasfemado!, se apresuró a decir el sumo sacerdote; olvidándose, en su ansiedad por condenarlo, que no podía pronunciar sentencia inmediatamente. Tenía que esperar 48 horas, en el caso de que la sentencia fuera justa. Pero, como era injusta, ¿qué diferencia produciría el tiempo? Además, la consigna era condenarlo antes de la fiesta de la Pascua. Y se rasgó los vestidos, cosa que tampoco podía hacer, nunca. Sometió la acusación a la decisión del Sanedrín, inmediatamente. También ilegal. Merece la muerte, sentenciaron los miembros del tribunal. Y comenzaron a ultrajarlo, a castigarlo y a burlarse de él. Nada de eso era legal. A ver, Cristo, le dijeron, ¡adivina quién te pegó! Y Mateo usa el juicio que lo condena para proclamarlo Mesías. Primero usa las palabras del sumo sacerdote, cuando preguntó: ¿Eres el Cristo? Luego, las de Jesús cuando responde: Tú lo has dicho. Y agregó, además, que el Hijo del Hombre se sentaría a la diestra del Todopoderoso y volvería en las nubes de los cielos. Finalmente, las del Sanedrín cuando le dicen: Cristo, adivina. No necesitaba adivinar, y no lo hizo: Él lo sabía todo.

Negación-traición y arrepentimiento (Mateo 26:69-27:10)

Mateo reúne dos relatos sobre el mismo tema: Traición. Los discípulos no están libres de esta tentación. Cuando alguien cercano a Jesús pasa por una crisis de comprensión o de persecución, puede entrar en la traición y la apostasía. Mateo cuenta lo que pasó con Pedro y lo que le ocurrió a Judas. Dos delitos parecidos, con resultado final diferente. Uno se arrepiente, el otro se ahorca. ¿Por qué uno siguió el camino del arrepentimiento y el otro no?

La negaciones de la cobardía (Mateo 26:69-75)

Pedro negó a su Maestro tres veces. Había prometido no hacerlo, pero lo hizo. Ocurrió de la siguiente manera.

Primera negación: Negar la relación con Jesús. Se encontraba Pedro en el patio en el que estaban los guardias y los siervos. Seguro de no ser incomodado por nadie, seguía el desarrollo del juicio; cuando de repente, una criada se acercó a él y le dijo: Tú también estabas con Jesús de Galilea. Pedro, que no esperaba hablar con nadie, se sorprendió. La sorpresa le quitó el control de sí mismo y, casi sin pensar, solo por protegerse, le respondió: No sé de qué

estás hablando. Si yo no sé, tú tampoco. No puedes tú saber más acerca de mí que yo mismo. Además, yo no tengo ninguna relación contigo: no te conozco, no me conoces; nada sabes de mí. Lo que dices no tiene sentido alguno. Lo dijo con apresuramiento, pero seguro. Ante una persona segura de lo que dice, las otras vacilan. La mujer guardó silencio.

Pedro había escapado de la acusación y del posible peligro que su asociación con Jesús pudiera traerle. No sabía qué; pero, por las dudas, era mejor no identificarse con él. Es una tentación común. Casi todos los cristianos hemos pasado por ella y hemos tomado el mismo camino que siguió Pedro: Ocultar nuestra vivencia con Jesús.

Segunda negación: Negar la persona de Jesús. Pedro sintió que el lugar en el que estaba no era seguro. Se fue a la puerta. Junto a la puerta de salida, se sintió más seguro. No sabía que el riesgo era el mismo. No dependía del lugar en el que estuviera esa noche, sino del lugar donde había estado durante los últimos tres años. Él no podía borrar eso de su vida, aunque quisiera. Otra criada, menos discreta que la anterior, al verlo dijo a todos los que estaban allí: Este hombre estaba con Jesús de Nazaret. La mujer no se refirió a un simple estar uno al lado del otro como cuando uno está en medio de una multitud o en un lugar público y hay otras personas alrededor. Se refirió a un estar con otro por compañía y amistad: Tú eres amigo de él. Lo que para un cristiano debiera ser la mayor alabanza de la vida, para Pedro se convirtió en un peligro. Ni conozco a ese hombre, dijo. ¿Cómo voy a tener amistad con él? Seguro, es normal. Nadie es amigo de un desconocido. Pero, no es normal tratar a un amigo como si fuera desconocido. Pedro hizo algo peor aún. Juró que no lo conocía. Esta vez, su intento de establecer una separación entre él y Jesús fue más grande. Pedro, ¿por qué? ¿Qué ganas tú con ignorarlo diciendo que no lo conoces, cuando en realidad tú lo conoces muy bien? ¿Será que verdaderamente quieres expulsarlo de tu vida? Yo sé que no. Y lo sé bien porque no estoy en medio de los hechos presentes, como estabas tú, en ese instante. Yo estoy en tu futuro. Sé lo que ocurrió después. Pero sigue ocurriendo lo mismo, y a muchos de nosotros nos ocurre en nuestro presente, sin que nada sepamos del futuro desenlace. Y tu experiencia, Pedro, resulta muy útil para nosotros. No quisiéramos negarlo nunca, pero ¿quién puede decir: yo nunca te negaré, Señor? Tú lo dijiste, y no te valió de nada, aparentemente. Lo negaste igual. Por otro lado, me pregunto: ¿No será que había algo de verdad en tus palabras, cuando dijiste: Juro que no lo conozco? ¿Sabes por qué lo digo? Porque, en realidad, había muchas cosas de Jesús que solo conocías en forma muy parcial. Hasta ese instante todavía pensabas que él era un rey al estilo de los reyes humanos. Todavía no captabas la dimensión espiritual de su Reino. Todavía esperabas, contra toda esperanza, que él tomara el reino de Israel. Ahí sí, tú dirías que lo conocías, que eras su amigo, que habías estado con él y que te había tratado con más intimidad que a casi

todos los demás discípulos. ¿Por qué dijiste que no lo conocías? ¿Por la honestidad de aceptar que aún había muchas cosas de él que tú no conocías o conocías muy mal? No creo. Tú habías comenzado a transitar el sendero de la traición, y la traición nunca es honesta. ¿Miedo, Pedro? Es posible. Dejar de conocerlo o tratarlo como extraño por miedo a la gente es muy terrible. De solo pensarlo, me asusta. Pero mi miedo es otra clase de miedo. Miedo a la separación. No quisiera ni sentirme separado de él. Mucho menos estarlo. Pero, Pedro, ¿verdad que hablar es fácil? Hacerlo es otra cosa, ¿no es cierto?

Tercera negación: Negar a la iglesia. Al oír a la mujer, los que estaban allí se acercaron a Pedro y le dijeron: Seguro, tú eres uno de ellos. Hasta en la forma de hablar que tienes, se te nota. Tu acento es galileo. Además, no blasfemas, ni dices malas palabras, no insultas a nadie, no recriminas. Es cierto que contradijiste a la mujer, pero no había ninguna ofensa en tus palabras. No la agraviaste, ni la condenaste. Tú hablas como uno de sus discípulos; eres uno de ellos. Pedro, entonces, descendió al nivel de sus acusadores. Comenzó a decir maldiciones y a actuar como ellos, para que no pensarán que pertenecía a la iglesia de Cristo. Juró que no lo conocía. Pero, las malas palabras que dijo eran solo parches sucios en su boca limpia. No eran de ahí. Pedro era un producto no acabado todavía, pero era ya un producto de las manos divinas. Como todos los cristianos somos. Y “el que comenzó en vosotros la buena obra”, dice Pablo, “la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Fil. 1:6).

El arrepentimiento. En el momento cuando Pedro, por tercera vez, dijo: “No conozco a ese hombre”, el gallo cantó. Lucas dice que Jesús lo miró y Pedro, acordándose de lo que le había dicho hacía tan poco tiempo, sintió un profundo y genuino arrepentimiento. Saliendo de allí, lloró amargamente.

Arrepentimiento de una traición (Mateo 27:1-10)

El final de Judas fue muy diferente. Ya había amanecido el viernes, cuando Judas se enteró de que el Sanedrín había condenado a Jesús y, siguiendo la costumbre, lo habían enviado a Pilato para que la hiciera oficial.

Sintió remordimiento. No se arrepintió. El arrepentimiento es un cambio de las decisiones mal tomadas, que afecta las acciones; de ahí en adelante son rectas. En cambio, el remordimiento solo afecta a las emociones. No hay cambio de conducta; esta sigue en la misma dirección del mal ya iniciado. Solo hay angustia por las consecuencias que pudieran venir. Judas sintió que su plan de forzar a Jesús hacia la toma del Reino había fracasado. Se dio cuenta de que, en realidad, lo matarían. Y la culpa era toda suya. Fue a los jefes de los sacerdotes a devolverles las treinta monedas. Quizás esperando que ellos deshicieran el negocio que habían hecho con él. Pero ellos ya habían alcanzado su propósito. No volverían atrás solo porque él estaba emocionalmente destruido.

Cuando Judas les dijo: “He entregado sangre inocente”, le respondieron: ¿Qué nos importa a nosotros? ¡Allá tú! Esto sumió a Judas en una depresión culpable muy profunda. Arrojó el dinero en el Santuario. Fue, y se ahorcó. Quedó colgando de un árbol junto al camino, y después los perros dieron cuenta de él.

El monumento de la culpa: Un cementerio. El cinismo manifestado por los sacerdotes en su conversación con Judas sobre el inocente, se convirtió en legalismo al tratar las treinta monedas de Judas. No quisieron colocarlas en el arca de las ofrendas porque, siendo precio de sangre, contaminaría el tesoro del Templo. Resolvieron usarlas en una obra de caridad pública. Pero no podía ser algo que beneficiara a los judíos, pues ellos acabarían contaminándose; y, como sacerdotes, no podían promover ninguna impureza legal, para nadie. Sin querer, hicieron un monumento de muerte para la culpa. Compraron el Campo del Alfarero e hicieron un cementerio para sepultar a los extranjeros. Cambió de nombre. Campo de Sangre resultó más apropiado para la sabiduría popular que, muchas veces, con ironía, perpetúa ciertos nombres, contrarios a los poderosos. Mateo dice que de esta manera se cumplió lo dicho por el profeta Jeremías: “Tomaron las treinta piezas de plata, precio del apreciado, según precio puesto por los hijos de Israel; y las dieron para el campo del alfarero, como me ordenó el Señor” (Mat. 27:9, 10).

¿Por qué Pedro siguió el camino del arrepentimiento y Judas no? Pedro había cometido errores, pero poco a poco había estado creciendo en Cristo. No había rechazado al Espíritu Santo, y él todavía trabajaba en Pedro. Lo condujo al arrepentimiento, como otro paso en esa tendencia de crecimiento en Cristo. Judas había elegido un camino contrario; poco a poco había desarrollado una tendencia hacia el rechazo de Jesús. Se había concentrado en sí mismo, había visto todas las cosas con sus propias pasiones y justificaba todo el mal que hacía como si fuera una contribución a la causa de Jesús como él la imaginaba. Había rechazado al Espíritu Santo, y él ya no podía guiarlo hacia el arrepentimiento. Solo con su culpa, no tuvo otra escapatoria; cayó en la autocondenación, y se ahorcó.

Juicio ante Pilato. Día viernes (Mateo 27:11-31)

Jesús fue llevado ante Pilato, para que él lo escuchara y dictara la sentencia de muerte. Los dirigentes de Israel actuaban como *delatores* o acusadores, su tribunal no tenía atribuciones para dictar una sentencia con pena capital. Pero Pilato, en el relato de Mateo, casi no escucha a Jesús. Solo una corta frase. Jesús aparece como una figura tan majestuosa, que los verdaderos procesados son Pilato y el pueblo.

¿Eres tú el Rey? (Mateo 27:11-14)

Mateo registra dos preguntas que Pilato hizo a Jesús. En ellas aparece su clara intención de producir una decisión política, en lugar de una deci-

sión justa. Era lo que las autoridades judías deseaban.

A Pilato no le importaba mucho la vida o la muerte de un prisionero. Se interesaba más en su propia tranquilidad, alterada ese día demasiado temprano por la llegada de los líderes judíos con su preso, y la imagen de su gobierno. De carácter débil y vacilante, le gustaba camuflar sus debilidades con decisiones apresuradas y expeditivas. Muy a menudo injustas. Eso era lo que quería hacer esa mañana. Pero, al ver al preso sintió una especie de impacto positivo. Nunca había visto a un hombre semejante, sin huellas de crimen alguno en su semblante. Con una mirada serena y tranquila. Todo su porte tan noble, que reflejaba la majestad digna de un rey. Quedó como encandilado por una potente luz que penetró en sus ojos no habituados a ver el bien.

¿Eres tú el Rey de los judíos?, preguntó. En el ambiente frío del tribunal, su primera pregunta, debido a la vacilación natural de su carácter acentuada por la sorpresa, resonó casi como un reconocimiento. Como si hubiera dicho: ¡Eres tú el Rey de los judíos! Las autoridades judías se alarmaron. No querían un interrogatorio. No tenían pruebas. Si Pilato preguntaba demasiado, descubriría sus maquinaciones, y quién sabe qué sentencia dictaría. Guardaron un asustado silencio, esperando que la respuesta de Jesús les permitiera aumentar sus acusaciones de sedición contra Roma y conseguir que lo condenara por delito de *lesa majestad*: Crucifixión.

Tú lo has dicho, respondió Jesús. Fue todo lo que dijo en el proceso entero. Era una pregunta sobre su mesianismo, y la respondió positivamente. Solo respondió este tipo de preguntas en todos los interrogatorios a los que fue sometido ante Caifás, Pilato y Herodes. Su respuesta sin complicaciones ni ansiedades, como quien afirma una verdad tan evidente que nadie puede dudarla, se impuso en la mente de Pilato como una realidad incuestionable. Los dirigentes judíos lo notaron y, desordenadamente, aumentaron sus acusaciones: sedición, blasfemia, usurpación del título de rey. Jesús no dijo nada. El silencio ante cualquier calumnia fue su mejor respuesta, y la sigue siendo. ¿Por qué la gente se defiende tanto cuando la calumnian? ¿Será porque escuchan alguna verdad que intentan esconder? Si fuera verdad lo que se dice, más tarde o más temprano saldrá a la luz. Nada se gana al ocultarlo. Si verdad no fuera, la mentira también se descubre, muchas veces, más claramente que la verdad. En un caso o el otro, el silencio es la mejor respuesta.

Pilato no lo podía creer. ¿No oyes lo que dicen contra ti?, le preguntó. Jesús no dijo nada. Y Pilato iba de asombro en asombro. No sabía qué hacer. Condenarlo, ¿por qué? ¿Cuál era el delito que lo condenaba? Había personas condenándolo, pero, en un juicio, eso no es suficiente. Tiene que haber una falta, un crimen que la ley condene. Aquí no está, pensaba Pilato. ¿Qué hago? De repente, se le ocurrió una idea y la puso en práctica inmediatamente. Dejaría la decisión en manos del pueblo.

¿Jesús Barrabás o Jesús el Cristo? (Mateo 27:15-23)

Cada año, en la fiesta de Pascua, acostumbraba soltar un preso, el que la gente quisiera. Generalmente se trataba de presos por crímenes políticos, que siempre estaban acompañados de otros crímenes contra la autoridad romana o contra las personas que apoyaban el Imperio. En ese momento tenían un preso famoso. Se llamaba Jesús Barrabás. Estaba sentenciado a muerte. Su delito: haberse proclamado Mesías con poder suficiente para controlar el mundo y establecer un nuevo orden que lo arreglara. Había reunido un grupo de secuaces, que lo siguieron ciegamente en su sedición contra el gobierno romano. En realidad, era un bandido que utilizaba los sentimientos religiosos del pueblo para ejecutar sus fechorías. Esta es la solución, volvió a pensar Pilato. Les daré a elegir entre Jesús el Mesías y Jesús Barrabás.

En esas vacilaciones estaba, cuando entró en el tribunal un mensajero con una carta de su esposa. Era el resultado de un sueño que ella tuvo. Vio a un ángel del cielo conversando con Jesús, y luego ese ángel la visitó a ella. “La esposa de Pilato no era judía, pero mientras miraba a Jesús en su sueño no tuvo duda alguna acerca de su carácter o su misión. Sabía que era el Príncipe de Dios. Lo vio juzgado en el tribunal. Vio las manos estrechamente ligadas, como las manos de un criminal. Vio a Herodes y a sus soldados realizando su impía obra. Oyó a los sacerdotes y los príncipes, llenos de envidia y malicia, acusándolo furiosamente. Oyó las palabras: ‘Nosotros tenemos ley, y según nuestra ley debe morir’. Vio a Pilato entregar a Jesús para ser azotado, después de haber declarado: ‘Yo no hallo en él ningún crimen’. Oyó la condena pronunciada por Pilato, y lo vio entregar a Cristo a sus homicidas. Vio la Cruz levantada en el Calvario. Vio la tierra envuelta en tinieblas y oyó el misterioso clamor: ‘Consumado es’. Pero, otra escena aún se ofreció a su mirada. Vio a Cristo sentado sobre la gran nube blanca, mientras toda la tierra oscilaba en el espacio y sus homicidas huían de la presencia de su gloria. Con un grito de horror se despertó, y enseguida escribió a Pilato unas palabras de advertencia” (Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes*, pp. 680, 681).

“No tengas nada que ver con ese justo; porque hoy he sufrido mucho en sueños por causa de él” (Mat. 27:19), leyó Pilato. Los sacerdotes y los dirigentes del pueblo siguieron enardeciendo la población. Pilato se vio obligado a preguntar al pueblo: ¿A cuál de los dos quieren que les suelte, a Cristo o a Barrabás? A Barrabás, gritó la multitud. No había duda. Preferían los reinos de este mundo. Y ¿qué voy hacer con Jesús el Cristo?, preguntó Pilato. La multitud dijo: ¡Crucifícalo! ¿Por qué crimen?, volvió a preguntar, ya angustiado por el curso terrible que tomaban los acontecimientos. ¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!, seguía gritando la multitud descontrolada.

Lo entregó para ser crucificado (Mateo 27:24-26)

Comenzó a formarse un tumulto, y esto preocupó más a Pilato que el juicio mismo. No podía permitir que, como resultado de su propia acción, se formara una revuelta allí mismo, en el palacio del tribunal. Si una noticia de esa naturaleza llegara a Roma, tendría consecuencias políticas muy graves para él. Volvió a la decisión política. Pidió agua, y se lavó las manos. No le sirvió de nada. Estaba ensuciando sus manos con la sangre del Justo, el verdadero Rey del universo, y el agua no lava esa mancha. Lo peor era que él sabía el crimen que estaba cometiendo. ¡Soy inocente de la sangre de este justo!, sentenció. Al dictar sentencia sobre él mismo, declaró que en realidad el reo no era Jesús, sino él. Solo que se atribuyó una prerrogativa de juez sobre sí mismo, que no tenía. Quien determina la inocencia o la culpabilidad de cada ser humano es Cristo, y Pilato estaba a punto de entregar al Juez de toda la tierra. El pueblo hizo lo mismo, usurpó la atribución de juzgarse a sí mismo. Solo que no se declaró inocente. Se declaró superior. ¡Que su sangre caiga sobre nosotros y nuestros hijos!, dijeron. Toda aquella multitud de judíos pagará su crimen en el tribunal de Dios. Se creyeron superiores al Mesías, superiores al Rey. Sabemos lo que estamos haciendo, parecían decir, y nada nos pasará. Su muerte no es injusticia alguna, y nosotros así lo determinamos. Suena familiar, muy cercano a cada persona humana. El juicio emitido por nosotros es correcto porque lo emitimos nosotros. Podemos condenar a cualquiera, y está bien. Pero el bien no está con nosotros, los humanos. En nosotros mora el mal, y a menos que entreguemos nuestro criterio a la conducción del Espíritu Santo, no podemos salir de él.

Pilato soltó a Jesús Barrabás y mandó a los soldados que azotaran a Jesús el Mesías. Fueron despiadados. Después lo entregó para que lo crucificaran. Nunca dictó la sentencia. Lo más cerca que estuvo de dictar sentencia sobre él fue cuando dijo: Ningún delito hallo en este hombre (Luc. 23:4). En verdad, delito no tenía ninguno, y era el Rey.

LA CRUCIFIXIÓN DEL REY

La crucifixión no fue un castigo. Jesús no fue condenado por los romanos, y alguien sin delito no puede recibir castigo. Pero hubo algo tácito, una voluntad invisible que, sin violar el libre albedrío de nadie, porque ellos querían hacer los que hicieron, actuó libremente y manejó las decisiones de todos los que participaron en la crucifixión. Era la voluntad de quien no emitía palabras pero transmitía poder. No lo arrastraron a la cruz, él fue a ella para cumplir la misión que lo trajo al mundo. No lo mataron, dio su vida en rescate por muchos. Mateo relata estos acontecimientos de manera directa y con la mayor economía de palabras, solo las que necesita para probar que crucificaron al Mesías Rey (Mat. 27:32-66).

La crucifixión (Mateo 27:27-44)

En tres episodios, Mateo relata los eventos relacionados con la crucifixión. Uno ocurre en el pretorio: la burla de los soldados. El otro en el Gólgota, donde lo crucificaron. Y el tercero cuando ya estaba crucificado: Nuevas burlas e insultos de los soldados y de la gente.

La burla de los soldados (Mateo 27:27-31)

La gente de poder pequeño suele ser dura, intransigente y cruel. No siempre, pero muy a menudo sí lo es. Los soldados llevaron a Cristo al pretorio. Tenían autorización de Pilato para azotarlo. ¿Por qué no divertirse un poco?, pensaron. Y reunieron a toda la tropa. Lo rodearon. Jesús en el medio. Y comenzaron su fiesta. Primero lo desnudaron. No sé con qué intención. Tal vez solo para colocarle el manto escarlata que echaron sobre sus hombros. Pero no creo. Si solo querían eso, bien podrían haberle colocado ese manto sobre las ropas que tenía puestas. No era suficiente. Desnudo era un espectáculo de mayor ridículo. Su cuerpo sin nada y la ruda burla de soldados romanos acostumbrados a las actitudes más grotescas de la familia humana; era supremamente repulsivo. Su falta de consideración por los demás era conocida en todo el Imperio. La gente los temía, y con razón. Querían burlarse de Jesús, y usarían todos sus recursos para que la burla fuera superlativa. Después de colocar el manto real sobre su cuerpo, le pusieron una corona de espinas que trenzaron allí mismo. Una caña cualquiera les sirvió de cetro para el grotesco disfraz real que estaban construyendo. La pusieron en su mano derecha. Estaba listo. El Rey, en atuendo completo, estaba delante de ellos, y ellos se declararon sus súbditos. Se arrodillaban delante de él. ¡Salve, Rey de los judíos!, le decían. Lo ignoraban, pero estaban diciendo la verdad. Si

hubiesen sabido que era realmente el Rey, en vez de burlarse, habrían sentido un pánico mayor que el que hubieran sentido jamás en todas sus crueles batallas. Pero ahí estaban, dichosos en su ignorancia, crueles en su pequeño poder, atroces en su deleite. Lo escupían. Lo golpeaban. Se burlaban de él. Y él callaba. ¿Cómo no se dieron cuenta de que ese silencio era el misterio de lo desconocido, de lo más grandioso que todas las grandezas conocidas por ellos, de lo sublime, lo divino? Cuando saciaron el siempre hambriento apetito de su crueldad y su agresión, lo vistieron de nuevo con ropas propias y se fueron con él hacia el “Lugar de la Calavera”.

Lo crucificaron (Mateo 27:32-38)

No se sabe bien el camino que siguieron. No importa. Sabemos bien lo que ocurrió. Junto a la crueldad humana hay siempre un poco de bondad. En el camino encontraron a un hombre simple llamado Simón. Un extranjero de Cirene, ciudad de Libia, en África. ¿Qué hacía en Jerusalén? Posiblemente era un peregrino judío que estaba allí para la fiesta de la Pascua. Había una importante sinagoga en Cirene. Los soldados lo obligaron a llevar la cruz de Jesús, que él sin resistirse cargó. Evidentemente después se convirtió, porque sus hijos, Alejandro y Rufo, se volvieron importantes para la iglesia cristiana (Mar. 15:21). Cuando llegaron al Gólgota, le dieron una bebida, mezcla de vino (no vinagre) con hiel, para nublar sus sentidos y así aliviar sus sufrimientos. Pero Jesús estaba en una misión para la cual necesitaba todos sus sentidos en pleno funcionamiento. Tampoco vino para no sufrir; el sufrimiento por los pecadores era parte de la misión, y debía cumplirla hasta la muerte. No la tomó. También por esto había una profecía mesiánica. Decía: “Me pusieron además hiel por comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre” (Sal. 69:21). Cuando hubo rechazado la entrega del control de su voluntad, lo crucificaron. Controlaba todas sus facultades. Él podría haber evitado la crucifixión si hubiese querido. Pero lo que quería era la salvación de los seres humanos, y todo lo que hacía tenía ese objetivo. Estaba allí como verdadero sustituto de los pecadores, en un ambiente de pecadores y bajo el escarnio de los pecadores. Nada hizo contra ninguno de ellos, por ellos dio su cuerpo y su sangre; su vida dio por ellos.

Roma testificó que Jesús era el Rey. Primero los soldados se repartieron sus vestidos y sortearon su manto, echando suerte entre ellos, sin darse cuenta de que cumplieron así las Escrituras que decían: “Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes” (Sal. 22:18). Segundo, colocaron un letrero sobre su cabeza que explicaba la causa de su crucifixión: Este es Jesús, decía, el Rey de los judíos. Tercero, crucificaron dos bandidos con él; uno a la derecha, el otro a la izquierda. Como si fuera el jefe de una banda, lo colocaron en el centro. Y era el jefe, solo que no de bandidos, sino del Reino de los cielos y de todos

los reinos. Rey de reyes y Señor de señores. Isaías, hablando del Mesías, había profetizado que cuando derramara su vida hasta la muerte, sería “contado con los pecadores” (Isa. 53:12). Al colocar a los dos bandidos a su lado, identificaron a Jesús con el Mesías.

Injurias, burlas e insultos (Mateo 27:39-44)

Luego Mateo presenta el desfile de la humanidad pecadora, en su macabra marcha de críticas y burlas, de bajas pasiones y rencores, de intrigas e injurias, de insultos y desprecios, de recriminaciones y absurdas condenaciones, como si todo lo mejor que pudieran hacer a los demás fuera exponer sus propias ruindades y miserias.

Los que pasaban por el camino, representando a todos los hombres y mujeres comunes de toda la sociedad humana, meneando la cabeza, blasfemaban contra él. ¡Sálvate a ti mismo!, le decían. Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz. ¡Y eran todos ellos personas religiosas, ciudadanos de Israel, miembros del pueblo de Dios! ¿Cómo no podían tener un poco de respeto por una persona en sufrimiento? No digo afecto espiritual, que de paso debiera existir en toda persona religiosa, de cualquier credo, mucho más en miembros formales del pueblo de Dios; me refiero solo al afecto natural de un ser humano por otro cuando lo ve sufriendo. No lo tenían. ¡Cuánto necesitamos de Jesús: su amor, su compasión, su fuerza y su poder espiritual para salvarnos!

Los jefes de los sacerdotes, con los maestros de la Ley y los ancianos gobernantes, representando a todos los líderes del mundo, religiosos y políticos, se burlaban de él, lo ridiculizaban. Como muchas veces los gobernantes piensan que el pensamiento religioso es un modo de pensar inferior, ridículo y sin utilidad para los hombres de gobierno, hasta llegan, algunos, a pensar que los hombres religiosos, cristianos honestos y sinceros, no sirven para las tareas de gobierno. Piensan que solo son útiles, para dirigir al pueblo, los librepensadores, los liberales que no aceptan el control de su mente por nada establecido; los hombres y las mujeres de mente secularizada y humanista, que solo sirven a la necesidad humana de aquí y ahora. Hasta algunos dirigentes religiosos llegan a pensar del mismo modo cuando buscan personas para el liderazgo de las iglesias. Tienen que ser personas de mente abierta al diálogo y al sincretismo, piensan, que coloquen al ser humano en el centro de sus decisiones, que vivan para la sociedad humana y siempre hagan espacio a la mayor pluralidad, ideológica y doctrinal, posible. De hecho, piensan, deben tener una mente libre de todo dogmatismo doctrinal y moral; hay que adaptarlo todo a las circunstancias presentes y al medio humanocultural que nos rodea. Ser demasiado religioso en este tiempo, piensan, es inapropiado y ridículo.

Salvó a otros, siguieron diciendo los líderes, pero no puede salvarse a sí mismo. ¡Y es el Rey de Israel! Que baje ahora de la cruz, y creemos en

él. A pesar de su cinismo, sin querer lo proclamaban Rey; porque, si ellos no hablaran, hasta las piedras podrían hacerlo. Él confía en Dios, seguían diciendo; pues, que lo libre Dios ahora. ¿No dijo acaso: Yo soy el Hijo de Dios? Con esta forma de hablar de Dios, no solo se burlaban de Jesús, también ponían en ridículo al Todopoderoso Dios del universo. ¡Y ellos se decían líderes religiosos del pueblo de Dios!

También estaban allí los dos bandidos. ¡Ojalá hubiera solo dos bandidos en el mundo! ¡También ellos lo insultaban! Y ¿por qué no?, dirían ellos. ¿Acaso no lo hacen los que son mucho mejores que nosotros? Si los buenos de nuestra sociedad se burlan de la religión, o son indiferentes a ella; si los más religiosos toman la religión livianamente; si los mismos que se llaman cristianos ponen en ridículo el cristianismo con el estilo de vida que llevan, deben tener algo de razón. Y, con esa razón, de la sinrazón, estamos también nosotros. Después de todo, ser bandido activo o pasivamente bandidos que ocultan sus fechorías, pero no dejan de hacerlas, da lo mismo. ¿No es así?

La humanidad entera estaba allí para burlarse. El lugar que de verdad les pertenecía era la cruz. Allí debíamos haber estado todos los pecadores humanos de todos los tiempos, pero no para burlarnos de nada; para pagar, con la muerte, todos nuestros pecados. Pero, aun muriendo, no habríamos podido pagar por ellos; esa muerte solo habría sido nuestro merecido castigo. Y, en ese caso, al morir por nuestros pecados no volveríamos a la vida nunca más. Habría sido el fin de todo y de todos; porque todos somos pecadores. Jesús estaba en la cruz ocupando el lugar de todos los pecadores, incluso de los burladores que hablaban contra él aquel día de enemigos. Se dejó crucificar para morir por ellos, para perdonarles todos sus pecados, incluso la burla, para salvarlos; y con ellos a todos nosotros, los pecadores modernos, sofisticados y soberbios; que hasta llegamos a pensar que el pecado no existe. Puede que exista en la sociedad, dicen algunos, pero no en los individuos. Los individuos solo son víctimas del pecado social, que se puede eliminar cambiando las reglas de juego y dando libertad a cada uno para que viva en armonía con sus propias reglas. Nada saben. El pecado es rebelión personal contra Dios, y todos somos rebeldes. Su mismo concepto de pecado lo prueba. Traspasamos la culpa a la sociedad, pero esa transferencia no libra a nadie del pecado, solo confirma que existe. La única forma de librarnos de él es transferirlo a Cristo; él sí, lo asimiló como propio y fue a la cruz con él.

La muerte del Rey (Mateo 27:45-66)

Luego Mateo cuenta cómo fue la muerte del Rey. ¿Podían matarlo? No, nadie lo mató. Él estuvo en el control de todo durante todo el proceso del juicio, durante el viaje hacia el Calvario, y durante la crucifixión misma. Solo se hizo lo que él permitió; y cuando llegó la hora de su muerte, no

murió por la cruz, ni por la lanza, ni por el sufrimiento; murió porque él entregó su espíritu.

Entregó su espíritu (Mateo 27:45-50)

Se oscureció la tierra. Desde el mediodía hasta la media tarde hubo tinieblas. Un poder superior al sol estaba allí; no era el poder de las tinieblas. Era el poder que, cuando manda, hasta el mal y las tinieblas obedecen. Eclipse, no era. Los cálculos astronómicos atestiguan su inexistencia; además, acababa de haber luna llena. Era una oscuridad sobrenatural, producida por el dedo de Dios. Su poder estaba allí. Con él estaba también el interés de todos los ángeles, de todos los seres existentes en el cielo y en el universo entero. La provisión por el pecado, que estaba ocurriendo en la Cruz, afectó a los seres humanos y al gobierno universal de Dios, en el mismo grado que la rebelión maligna de Luzbel, cuando introdujo el pecado en el universo perfecto de Dios; pero de un modo opuesto. Luzbel introdujo el pecado y la culpa; Cristo, por medio de su muerte en la cruz, proveyó la manera de eliminar la culpa y el pecado.

¿Por qué me has dejado solo? Como a las tres de la tarde, Jesús, con voz potente, exclamó: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has dejado solo? No pregunta para saber algo que no sepa. No expresa su dolor para recriminar a Dios por haberse desentendido de él. Lo dice para que se cumpla la profecía (Sal. 22:1) y para que todos, entonces y siempre, sepan que también había cumplido la profecía de Isaías. Había anunciado que debía pisar el lagar solo y solo salpicarse con la sangre que salva a los redimidos (Isa. 63:3, 4). Los burladores aún estaban allí y estarán siempre cerca. Está llamando a Elías, dijeron. Pero, en medio de los burladores suele haber gente de buena voluntad. No todo es ruin. Todavía hay seres humanos con misericordia en sus entrañas. Uno que estaba allí interpretó su exclamación como una forma de expresar su dolor, y buscó una esponja con vinagre, para ayudarlo a sobrellevar el sufrimiento. Los demás interfirieron en su buena acción. ¡Déjalo!, le dijeron, a ver si viene Elías a salvarlo. No era salvación para sí lo que Jesús quería; quería salvación para todos los demás. Y, para asegurarla definitivamente, repitió su exclamación, con voz muy alta, y entregó su espíritu.

Había muerto. Aparentemente, la mayor victoria de Satanás; en realidad, su mayor derrota. Victoria hubiese sido lograr que Jesús pecara. Nunca pecó. Se mantuvo en conexión permanente con el Padre. Nunca un acto independiente. Nunca un pensamiento rebelde. Nunca una actitud contraria a los planes redentores de la Deidad. Siempre actuó junto con ellos. Solamente quedó solo en el momento de entregar su vida por los pecadores. ¿Por qué? Porque si ese acto no hubiese sido completamente voluntario, tratar a Jesús como pecador, dejándolo morir, sin que hubiera pecado nunca, solo para beneficiar a los que siempre habían pecado, habría sido una injusticia. Pero, como fue un acto completamente

voluntario de Jesús, su muerte, en lugar de ser una injusticia, sería un regalo de amor para todos los que, por fe en Cristo, lo aceptarían.

Este era el Hijo de Dios (Mateo 27:51-56)

Las consecuencias de su muerte comenzaron a producirse inmediatamente. Afectaron al pasado, al presente y al futuro de la raza humana.

Efectos en el presente y el pasado. En el Santuario, el sacerdote estaba listo para realizar el sacrificio de la tarde. Ocurría invariablemente cada día a las tres de la tarde. Eran las tres. Jesús entregó el espíritu. El sacrificio diario verdadero, y esta vez el verdadero Cordero pascual había muerto en el Calvario. Ya no era necesario sacrificar ningún cordero simbólico. En el Templo, el velo, que separaba el Lugar Santo del Lugar Santísimo, se rasgó en dos, de arriba abajo. Se creó una conmoción. Jamás nadie, desde la construcción del Tabernáculo, en el desierto, y luego a través de todos los años de adoración en el Templo, hasta ese momento, jamás nadie había visto el Lugar Santísimo, salvo el sumo sacerdote, y él solo una vez por año, cuando entraba allí en el Día de la Expiación anual. Nadie había siquiera intentado mirarlo. Si alguien lo hubiera hecho, su muerte habría sido segura. Instantánea. En ese momento quedó visible, y no murió nadie. ¡Asombro! Estaban todos espantados. El sacerdote, listo para sacrificar el cordero, quedó paralizado; y el cordero se escapó. No hubo sacrificio. El presente del Templo sufrió la mayor transformación de toda su historia, y nadie pudo evitarla. Esto afectó su pasado también. Había llegado a su fin no solo como tiempo, que siempre ocurre así cuando el presente llega; había llegado a su fin como contenido histórico. El Templo ya no serviría más como elemento para definir la verdadera identidad nacional en Dios. Israel ya no era más ni su pueblo predilecto y único, ni su instrumento misional para anunciar la salvación al mundo. Ese rol pasó a un pueblo sin nacionalidad, universal, formado por ciudadanos de todas las naciones; pasó a la iglesia. Y el pasado de Israel, que -al incorporarse los seres humanos a la fe de los israelitas- debía tornarse pasado histórico de toda la humanidad, quedó como pasado de Israel solo. Quedó escrito, como dice el apóstol Pablo, para nuestra enseñanza, es verdad. Pero el Templo no sería más el elemento unificador del pasado cristiano, ni el símbolo de su nueva identidad. El pasado de la iglesia cristiana se explica por medio de la Cruz, y por medio de la Cruz se entiende su presente y su futuro. Lo mismo ocurre con la vida de cada cristiano en forma personal. La Cruz no solo transforma el tiempo de su historia; transforma su persona misma y todo lo que haya ocurrido, esté ocurriendo y ocurrirá con ella.

Efectos en el presente y el futuro. El evento que transforma la vida humana de manera más radical y profunda es la resurrección. Cuando Jesús murió, hubo un anticipo de la resurrección final de los justos. Se abrieron los sepulcros, dice Mateo, y muchos santos que habían muerto

resucitaron. Efecto presente: salieron de los sepulcros. Pero Mateo no se queda ahí; avanza un paso hacia el futuro, hacia dos días después, domingo de resurrección. Efecto futuro: Después de la resurrección de Jesús, agrega, entraron en la Ciudad Santa y aparecieron a muchos (Mat. 27:52, 53). Así, el efecto personal de la resurrección se transformó en un efecto comunitario. Las personas que vieron a esos santos, recibieron el testimonio más poderoso, del poder de la Cruz, que pudiera ser ofrecido a alguien. El futuro estaba alterado para siempre. La resurrección no era solo una promesa para cumplirse en el futuro; la Cruz había hecho que fuera una realidad ya presente. Presente y futuro estaban juntos en Cristo Jesús, disponibles para cada ser humano, como efecto inmediato de la muerte del Señor. El Reino de los cielos había llegado.

Efectos sobre la vida de los incrédulos. Cuando el centurión romano y los que con él custodiaban a Jesús vieron el terremoto y todo lo sucedido, quedaron aterrados, dice Mateo, y exclamaron: ¡Verdaderamente este era el Hijo de Dios! ¿Convicción por pánico? ¡No hay problema! También los santos, ante la presencia de Dios, sintieron lo mismo. Moisés lo confesó después de su experiencia en el monte Sinaí. ¡Ay de mí, que soy muerto!, dijo otro santo, pues siendo pecador mis ojos han visto al Santo de Israel. Y ¿quién de nosotros no sentiría lo mismo si viera la acción sobrenatural de los poderes divinos actuando sin ninguna limitación? Hasta los duros, encallecidos, insensibles soldados que poco antes habían estado torturándolo y burlándose de él, recibieron los efectos de su muerte. Jesús, para ellos, ya no era más el rey de la parodia que, solo unas pocas horas antes, ellos mismos construyeron. Al ver su muerte y todo lo ocurrido, estaban seguros de que era el Hijo de Dios. ¡Qué transformación! Ellos eran solo las primicias de todos los gentiles que, desde ese día en adelante, llegarían a la misma conclusión. ¡Y hemos sido muchos!

Efectos sobre los fieles que siguen a Jesús de lejos. Mateo dice que había unas mujeres “mirando de lejos” (27:55). ¿Miedo? Seguramente. Pero no era un grupo de mujeres comunes. Entre ellas estaban María Magdalena, María la madre de Jacobo y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo. Todas mujeres que había estado al servicio de Jesús, atendiendo sus necesidades diarias y las necesidades de los discípulos; financiando esos gastos con recursos de ellas mismas. Hay dos aspectos en la conducta de estas mujeres. No debíamos omitir ninguno de ellos. Primero, a pesar de las circunstancias peligrosas, ellas estaban allí. Bien podrían haber quedado en casa. Los riesgos eran demasiado grandes y, aunque solo estuvieran mirando de lejos, podrían ser identificadas como fue identificado Pedro en el palacio del sumo sacerdote. Segundo, aunque estaban presentes, estaban camufladas entre la multitud. Presentes, pero de lejos. No hay que despreciar a los cristianos que estén presentes en la iglesia, pero de lejos. Pueden tener sus razones válidas. Pero no es una posición confortable, ni segura. Es mejor el compromiso riesgoso con Cristo y

mucho mejor estar cerca de él todo el tiempo. Las mujeres lo entendieron así, y un rato más tarde, lo mismo que el siguiente día, aunque el peligro no había pasado y los soldados estaban también en el sepulcro, fueron allá para atender a Jesús y servirlo como siempre.

Sepultura del Rey (Mateo 26:57-66)

Mateo continúa su historia contando lo que ocurrió con Jesús al sepultarlo. Tres son los actores principales: José de Arimatea, Pilato, y un grupo de dirigentes judíos integrado por los jefes de los sacerdotes y los fariseos. Tanto José como los dirigentes se acercan a pedirle algo en relación con Jesús. El pedido de ellos describe su posición con respecto a Jesús.

José de Arimatea manifiesta públicamente su fe en Jesús. José era un hombre muy rico, bueno y justo, miembro del Sanedrín y un discípulo secreto de Jesús. No había querido manifestar su fe públicamente, por temor de los judíos (Juan 19:38), pero la condenación de Jesús confirmó su fe en él. Estaba listo para tomar una posición definitiva y manifestarla públicamente. Y lo hizo. Fue a Pilato, dice Mateo, y le pidió el cuerpo de Jesús para sepultarlo. Pilato se lo concedió y ordenó que se lo entregaran. José expresó su afecto por Jesús realizando parte de los trabajos de sepultura él mismo. Lo descolgó de la cruz, ayudado por Nicodemo, que Mateo no menciona, lo envolvió en una sábana limpia y lo puso en un sepulcro nuevo que había cavado en la roca para sí mismo. Luego, mandó a sus siervos que hicieran rodar la puerta de roca y se fue. María Magdalena, dice Mateo, y la otra María quedaron sentadas frente al sepulcro. Desde ese día, José de Arimatea fue un activo discípulo de Jesús. Sirvió en el campo misionero y existieron tradiciones que informaron que Felipe, en el año 63 d.C., junto con otros once discípulos, lo envió de las Galias a Bretaña.

Los dirigentes judíos confirman su incredulidad. Sepultaron a Jesús el día viernes, poco antes de la puesta del sol. Era el día de preparación para el sábado. Al día siguiente, después de la preparación, dice Mateo, los jefes de los sacerdotes y los fariseos se presentaron ante Pilato con un extraño pedido. Aunque a esta altura nada era extraño para ellos. Ni siquiera el hecho de hacer este pedido en sábado, cosa totalmente prohibida por su propia ley. Durante los dos días anteriores habían transgredido tantas leyes, que una más no les importaba. Toda su preocupación consistía en acallar a Jesús, para siempre. Su pedido era que Pilato pusiera una guardia de soldados, en el sepulcro de Jesús, para evitar que sus discípulos robaran el cuerpo y luego dijeran que había resucitado. Ese engañador, le dijeron, cuando aún vivía, dijo: A los tres días resucitaré. Algunos piensan que ellos no podrían saber que Jesús había dicho tales palabras, pero ellos habían oído bien claramente cuando le pidieron una señal que probara su condición de Mesías y él dijo que solo les daba la señal de Jonás. Para evitar la resurrección, que-

rían el sello romano en el sepulcro y una guardia de soldados. Pilato los concedió. Aunque estaba enojado con ellos, sin ninguna disposición de atender sus pedidos, se los concedió para librarse de sus importunidades e insistencias, que ya lo tenían hartos. Pusieron otra piedra en el sepulcro, lo sellaron y dejaron a la guardia custodiando el sepulcro. Nada de eso sirvió para lograr el objetivo que ellos tenían. Solo sirvió para revelar su determinación de rechazo, de incredulidad y de obstinada persistencia en su desvío.

RESURRECCIÓN DEL REY Y GRAN COMISIÓN

¡Resucitó! La noticia fue electrizadora y transformadora. La Cruz produjo un cambio radical en la vida de cada persona del planeta Tierra. Ya no está bajo el domino de Satanás. El reino de las tinieblas había perdido la batalla, y la fase espiritual del Reino de los cielos ya estaba instalada en el mundo. La resurrección produjo un cambio similar en la naciente iglesia cristiana. El núcleo inicial, la *koinonía* de los doce apóstoles y discípulos de Jesús, salió de su primitivo estado de identidad difusa y entró en una experiencia de clara identidad en Cristo. Lo que el Templo había sido para el judaísmo llegó a ser Cristo para la iglesia cristiana. Esto quedó claro en la conciencia de la iglesia después de la resurrección. ¿Cómo se produjo? Por la realidad de ver al Cristo resucitado, por la experiencia de oír sus instrucciones posteriores a la Cruz y por la gran comisión que entregó, a la iglesia, el programa de su identidad: la misión de llevar el evangelio de Cristo al mundo entero. La comunidad apostólica se convirtió en una iglesia misionera cuyo ser entero se definía, y se define, por Cristo y la misión. Mateo lo cuenta de un modo sucinto y muy claro (Mat. 28:1-28).

Resurrección: Día domingo (Mateo 28:1-10)

Ocurrió el domingo de mañana. Jesús murió poco antes de la puesta del sol del sábado, a la hora del sacrificio de la tarde. Las 3 p.m., en nuestra manera de contar el tiempo de cada día. El sábado permaneció en la tumba. Como en la creación descansó el séptimo día de toda la obra que había creado y hecho (Gén. 2:2), en la redención descansó de la obra misional que había terminado en la Cruz, dando vida eterna a todos los que en él creyeran. Una nueva creación, de consecuencias eternas.

Los que tuvieron miedo (Mateo 28:1-4)

Ya sin miedo, muy de mañana, al amanecer, María Magdalena y la otra María, posiblemente la madre de Jacobo y de José (Mar. 15:47; 16:1), fueron al sepulcro para ver si estaba todo en orden. Lucas dice que fueron para colocar las especias aromáticas en el cuerpo de Jesús (Luc. 24:1). Estas mismas mujeres que, por temor, habían estado mirando de lejos cuando Jesús fue crucificado, ya no tienen miedo. Lo único que les importa es Jesús. Solo tienen miedo las personas a quienes les importan ellas mismas. Las que, olvidándose de sí mismas, solo les importa Jesús y las demás personas, nunca sienten miedo. El miedo es una especie de autoprotección frente a un peligro real o imaginario. La mayor parte de las veces, imaginario. Especialmente cuando se trata

de un miedo enfermizo o culpable. Las mujeres no sentían eso. Solo les importaba Jesús. Por eso, ellas fueron las primeras en anunciar al Cristo resucitado. Ocurre que los miedosos no pueden cumplir la misión. Por eso, Pablo dice que los discípulos anunciaban el evangelio *en paresía* (con denuedo), sin miedo ni consideración al riesgo personal que pudieran correr por anunciarlo.

Un ángel quitó la piedra del sepulcro. Cuando descendió desde el cielo al sepulcro, hubo un gran terremoto, pero el terremoto no removió la piedra. Lo que más usa Dios, para hacer su obra, son las fuerzas naturales que operan inadvertidamente. De manera silenciosa, como hacer brotar la semilla, dar el crecimiento a las plantas, producir los frutos y los granos que sirven de alimento a los seres vivos del planeta. Algunas veces de manera espectacular, casi cataclísmica, para mostrar su poder e impresionar a los seres humanos con alguna gran lección de su poder; como ocurrió en el Monte Sinaí cuando escribió las tablas de la Ley que luego entregó a Moisés, y por medio de él a toda la humanidad. Pero esa vez, en el sepulcro, el terremoto solo anunció la llegada del ángel. Hay ocasiones en las que Dios quiere hacer su obra en forma más personal, colocando un toque propio en esa obra. Eso fue lo que hizo el domingo de mañana. El mismo ángel del Señor quitó la piedra. La puso a un lado y se sentó sobre ella. Vestido de blanco inmaculado, se mostraba luminoso y brillante como un relámpago.

Los "valientes" soldados romanos sintieron miedo. La visión de ángeles era un espectáculo desconocido para ellos. Pero conocían muy bien el uso del poder. Sabían cómo temblaba la gente cuando un ejército romano entraba en acción. Sabían cómo ellos mismos temblaban cuando el poder del César se ponía en acción cerca de ellos. Al sentir el terremoto y ver la fuerza del ángel del Señor removiendo la piedra del sepulcro, se pusieron a temblar y cayeron como muertos. ¡Soldados romanos desmayados! Un espectáculo digno de una sabrosa ironía. Pero era realidad, la misma realidad que viviría cualquier ser humano culpable ante el poder y la presencia de lo celestial. Su culpa era muy clara. Los soldados que estuvieron en el Gólgota tuvieron que haber contado su experiencia con los episodios finales de la crucifixión. La oscuridad, el terremoto y las fuerzas naturales desatadas, protestando con poder contra todos los malvados. Ellos lo sabían. Inocentes no eran. Y, al ver al ángel, inmediatamente imaginaron el castigo que bien se merecían. Esa era su costumbre. Castigaban a los culpables, siempre, con castigos mucho mayores que el tamaño de la culpa que tuvieran. Y el Hijo de Dios, más poderoso que todos ellos y más fuerte que el Imperio, ¿no los castigaría mucho más de lo que ellos castigarían una falta como la que ellos mismos habían cometido? La conciencia personal de culpa es un juez muy severo. No tiene la misericordia que Dios tiene. Solo castiga. Siempre con un castigo exagerado. Es como una venganza nuestra contra nosotros mismos, que

no detiene su acción hasta que nos destruye. Solo la misericordia de Dios puede salvarnos, y nos salva. De lo contrario, cada pecador, impulsado por su propio sentido de culpa, sería un asesino de sí mismo. Fue por esa misma misericordia divina que los soldados romanos se desmayaron solamente. Tendrían que haber muerto. Pero, no estaba Cristo aquí, después de la resurrección, para vengarse. Resucitó para probar que en él hay vida, y es vida lo que trae a los humanos, especialmente a los crean en su muerte. Fue su muerte la que abrió los oscuros dominios del mal, en el sepulcro, para que los condenados a morir recibieran vida eterna, por la fe.

El regocijo de la resurrección (Mateo 28:5-10)

No tengan miedo, dijo el ángel a las mujeres cuando estas vieron lo que había ocurrido. Sé que ustedes buscan a Jesús, pero aquí no está. Ha resucitado, como lo dijo a ustedes anticipadamente. Vengan y vean. Luego vayan a sus discípulos y díganles que ha resucitado y espera encontrarse con ellos en Galilea. Hasta ese momento, solo sentían el asombro de la nueva realidad. Pero, al salir de la tumba fue solo gozo. Regocijo supremo. Una alegría tan intensa, que colocó en su cuerpo una energía nueva, una fuerza real que se hizo prisa. Corrieron para dar la noticia a los discípulos. Uno esperaría que esa carrera no se detuviera hasta llegar a su destino y entregar la buena nueva sin demora. Pero había algo mejor. Más seguro que el ángel. Más evidente que el sepulcro vacío. El propio Jesús salió a su encuentro y las detuvo, no para cambiar la orden o el mensaje del ángel, ni para demorar su cumplimiento; para hacer más evidente y más real su contenido. Las saludó. Ellas, al verlo, se arrojaron a sus pies; los abrazaron. Y, con infinita devoción, con regocijo infinito, lo adoraron.

No tengan miedo, dijo Jesús. Segunda vez. El ángel les había dicho lo mismo. Ahora, sin embargo, era más íntimo. Jesús estaba allí, transmitiéndoles valor en forma personal. Eliminando sus culpas, superando sus remordimientos; dándoles la suave y segura confianza espiritual, tan necesaria, indispensable, para dar el testimonio. Ellas serían sus primeros testigos y era indispensable, para testificar convincentemente, que tuvieran una vivencia de la mayor intimidad con Jesucristo. Él la proveyó, como provee a las personas cristianas todo lo que les falta para ser cristianas verdaderas y eficientes testigos. Miedo, nunca más. Solo el valor de la experiencia. Solo la fuerza del mensaje. Solo el poder espiritual que viene del Espíritu Santo y la alegría feliz del evangelio. Jesucristo solo.

Repitió el mensaje: Vayan a decir a mis hermanos que se dirijan a Galilea. Nos encontraremos allí, les dijo. Una cita del Señor que ya les había marcado aun antes de la Cruz (Mat. 26:32). Con esta confirmación, era segura. No tenían que vacilar pensando que la Cruz hubiera alterado alguna cosa dicha por Jesús antes de ella. Todo era seguro. Revelación de Dios, tan firme

como su propia palabra; tan eterna como él mismo. Lo que enseñó Jesús, el evangelio del Reino, era enseñanza para siempre. El evangelio no era más una promesa, como en los tiempos del Antiguo Testamento. A la promesa se agregaba el mensaje de Jesús, su propia vida, su muerte en la cruz y la resurrección de los muertos. Todos los elementos de la antigua promesa transformados en realidad. Desde entonces, el evangelio es la propia persona de Jesús. Los discípulos tenían que encontrarse con él en Galilea.

El informe de los guardias romanos (Mateo 28:11-15)

La experiencia de los guardias fue extraordinaria, pero la administraron mal. Eso ocurre siempre con la gente que trabaja con sus decisiones sin someter su voluntad a la dirección del Espíritu Santo. Mateo cuenta lo que hicieron ellos para aceptar el origen de la leyenda judía sobre el robo del cuerpo de Jesús, que habrían realizado los discípulos; el sábado de noche para nosotros, la noche del domingo según el cómputo judío.

Todo lo ocurrido (Mateo 28:11)

Mientras las mujeres iban de camino hacia el aposento alto, en casa de María, la madre de Juan Marcos, para dar a los discípulos el mensaje de Jesús, algunos de los soldados romanos volvieron a la ciudad. Tenían un problema muy serio. No habían cumplido la misión que recibieron. Tenían que cuidar el sepulcro, hasta el tercer día y evitar que, durante ese tiempo, el cuerpo de Jesús desapareciera. Si no cumplían con su deber, tendrían el mismo castigo que correspondía a un soldado encargado de cuidar un prisionero, si se le escapaba: pena de muerte. El cuerpo de Jesús no había sido robado por los discípulos. Ellos sabían lo que había ocurrido, pero de todos modos Jesús ya no estaba en el sepulcro.

No llevaron el informe directamente a sus superiores; fueron a los jefes de los sacerdotes y les informaron “todo lo que había sucedido”. Los eventos que ellos habían vivido esa mañana. La llegada del ángel, el terremoto, la remoción de la piedra, la resurrección de Jesús, el estado inconsciente en que quedaron. Cometieron un grave error. Desde el punto de vista humano, tal vez no; porque recibieron una fuerte suma de dinero y la promesa de protección si hubiera algún problema para ellos. Pero, desde el punto de vista de los hechos reales y de su responsabilidad delante de Dios, fue un error muy grave. Se colocaron a merced de la perversa imaginación de los sacerdotes, que estaban determinados a ocultar todo lo que coincidiera con las predicciones de Jesús.

El informe falso (Mateo 28:12-15)

Inmediatamente se reunieron los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo, para decidir lo que harían. Inventaron un plan falso, con dos elementos moralmente cuestionables: Soborno y mentira.

El soborno ha sido un recurso muy utilizado por los seres humanos.

Con él compran la buena voluntad y hasta la misma voluntad de una persona. Las cantidades que se pagan varían de acuerdo con la importancia del asunto en juego o el grado de dificultad que ofrezca la persona para venderse. En este caso intervino una cantidad muy grande, muchas monedas de plata, dice el texto. La persuasión del dinero, para algunas personas, es más poderosa que la persuasión de la razón y los hechos. Los soldados aceptaron. No sé lo que habrán pensado sobre esos líderes religiosos que resolvían un asunto religioso con dinero. Tampoco esto es un caso único. El dinero sigue teniendo mucho poder en los asuntos religiosos del cristianismo. El problema no es tanto qué piensa la gente sobre esto, aunque en sí sea un pésimo testimonio; es, más bien, ¿qué piensa Dios? Todo el dinero del Templo, que manejaban los sacerdotes, se suponía que era propiedad sagrada de Dios, y Dios no coloca su dinero al servicio del engaño. Tuvo que haberle desagradado mucho. Pero su desagrado fue todavía mayor con la historia engañosa que inventaron.

La leyenda del robo de su cuerpo fue una mentira sucia. Digan que sus discípulos vinieron de noche, mientras ustedes dormían, y se robaron el cuerpo, les dijeron. ¡Qué poca imaginación para mentir! Si hubieran estado durmiendo ¿cómo podrían haber identificado a los discípulos? Lo más que podrían decir era que alguien vino y lo robó; dejando abierta la investigación sobre quiénes eran los ladrones. Pero los líderes no querían investigación alguna. Ni siquiera buscaron el castigo de los ladrones. La violación de tumbas, en ese tiempo, era un delito muy grave; que se castigaba con la pena de muerte. Inventaron la historia y después actuaron sin creer en ella. Al menos, en eso fueron coherentes. ¿Cómo podían creer en su propia mentira? ¡Imposible! Si ese cuento hubiera sido cierto, los dirigentes religiosos habrían sido los primeros en buscar el cuerpo, hasta encontrarlo; porque así podrían haber mostrado la prueba más contundente del engaño y, castigando a los discípulos con la pena de muerte, habrían puesto fin a las actividades de sus enemigos. No fue así. Sabían que la búsqueda del cuerpo y la investigación del caso solo podría traer a la luz su propio engaño. Por otro lado, los discípulos, que aseveraban la resurrección de su Maestro, si hubieran estado mintiendo, ¿cómo iban a estar dispuestos a morir por él sabiendo que todo era mentira? ¡Imposible!

Circuló la leyenda de los líderes, y muchos la creyeron. Hasta en nuestro tiempo hay gente que cree en ella. En algunos casos, se trata de teólogos profesionales, con todos los estudios de esta disciplina, con gran reconocimiento de sus pares; que enseñan dudas e intentan probar que la resurrección nunca ocurrió. Y están seguros de su enseñanza. ¿Cómo no van a estar seguros, si parten de una premisa que los obliga a llegar a esa conclusión? No aceptan que Jesús haya sido divino-humano. Para ellos, él solo era un ser humano, mayor que los otros hombres fundadores

de grandes religiones, como Mahoma, o Confucio o Buda, aunque lo que Buda fundó no sea propiamente una religión. Mayor que ellos, sí, pero humano. ¿Cómo iba a resucitar si era solo un hombre?

Pero era Dios encarnado, y resucitó. Pues, si Cristo no resucitó, dice Pablo, es vana nuestra esperanza y nuestra fe, vacía es nuestra predicación y aun nuestra creencia es vacía. Peor aún, nosotros somos falsos testigos y los más dignos de lástima de todos los seres humanos. Pero Cristo resucitó de los muertos, agrega triunfalmente, primicia de los que murieron es hecho, y en él todos serán vivificados (1 Cor. 15:14-19). En otra parte, acerca de Cristo, escribió: fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de los muertos (Rom. 1:4). Y los que creemos lo sabemos, no por haber creído en un cuento, sino porque, dejando a un lado la leyenda, hemos experimentado el poder de la Cruz y el poder de su resurrección, que nos dio vida; porque, aunque estábamos muertos en nuestros pecados y delitos, nos ha hecho nuevas criaturas para gloria suya.

Visita a Galilea y la Gran Comisión (Mateo 28:16-20)

Hemos llegado al final del Evangelio de Mateo. Eligió terminar su historia en Galilea. Como él focaliza las actividades que Jesús realizó en esa región del país, es propio que termine su relato allí. Consigna un hecho histórico de adoración y dudas, y la Gran Comisión, base programática de la identidad misional que la iglesia cristiana tiene desde entonces.

Hecho histórico: Adoración y dudas (Mateo 28:16, 17)

Los once discípulos fueron a Galilea, dice Mateo, a la montaña que Jesús les había indicado. Tres veces les había dado la orden de encontrarlo allí. *Primera vez*, en la noche del jueves, según nuestro cómputo, cuando, en camino al Getsemaní, les informó que todos ellos se escandalizarían esa noche y Pedro lo negaría tres veces; los citó para encontrarse en Galilea. La cita para ese encuentro era un modo de decirles: aunque todos ustedes van a traicionarme esta noche, después de que se arrepientan, vengan a encontrarse conmigo en Galilea. Después de mi resurrección yo iré delante de ustedes (Mat. 26:32). *Segunda vez*, cuando el ángel, que abrió la tumba de Jesús, ordenó a María Magdalena y la otra María que fueran a los discípulos para darles la noticia de la resurrección. También debían decirles: Él va delante de ustedes a Galilea. Allí lo verán (28:7). La cita estaba confirmada. *Tercera vez*, cuando María Magdalena y la otra María estaban yendo para dar a los discípulos el mensaje del ángel, Jesús se encontró con ellas en el camino y repitió el mismo mensaje: Digan a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán. Tres veces les dijo Jesús: todavía estoy con ustedes.

Obedecieron. Fueron a Galilea. Nada es más agradable a Dios que la obediencia. La obediencia revela aceptación, buena voluntad, compañía,

confianza, intimidad, deseo de agradar. Cuando Saúl desobedeció la orden de Dios con el pretexto de guardar los mejores animales de Agag, rey de Amalec, para ofrecérselos en sacrificio, por medio del profeta Samuel le dijo: ¿Acaso se complace Jehová tanto en los holocaustos y sacrificios como en la obediencia a las palabras de Jehová? Mejor es obedecer que sacrificar; prestar atención mejor es que la grasa de los carneros. (Ver 1 Sam. 15:22.) A esta altura de los hechos, Dios ya no requería sacrificios de animales; su valor había terminado cuando Jesús murió en la cruz. Pero seguía requiriendo la obediencia.

La historia sigue: Unos lo adoraron, otros dudaron. Ya está visto: ni la obediencia sola es suficiente. Los once habían obedecido la orden de ir a Galilea. Allí estaban. Pero, cuando vieron a Jesús, unos, al verlo, movidos por una fe tan espontánea como genuina, lo adoraron. Discípulos desde el interior hasta la piel, desde el sentimiento hasta las acciones, desde el deseo hasta la voluntad. Discípulos enteros. Algunos dudaron. Estaba allí, delante de ellos. ¡Resucitado! Visible, palpable, conversable, vivo. ¿Qué más querían? Siempre habrá gente que dude, aun entre los cristianos, hasta dentro del cuerpo de dirigentes. ¿No eran estos los que iban a dirigir la iglesia después de la ascensión? La duda ¿por qué? Por la mezcla de egoísmo que, unos más, otros menos, todos colocamos en nuestro servicio a Dios. Los que, por rendirse totalmente al Espíritu Santo, se libran del egoísmo, creen con fe genuina y ya no dudan. Solo alaban a Dios por todo. Y terminan con la historia de sus vacilaciones, para empezar la nueva vida sin los vaivenes de la incredulidad.

Hagan discípulos de todas las naciones (Mateo 28:18-20)

Jesús se acercó entonces a ellos, dice Mateo, y les dio la Gran Comisión. Una misión para cumplir. Era una cuestión de identidad, para la iglesia. Su identidad, desde ese momento en adelante, estaba definida por dos componentes: Cristo y la misión. ¿Qué serían ellos desde ese momento? Cristianos y misioneros. Es cierto que todavía nadie pensaba en la designación de “cristiano”; vendría posteriormente, cuando en Antioquía comenzarían a llamar cristianos a los seguidores de Cristo (Hech. 11:26). Pero ellos son sus seguidores, y la persona de Jesús ya comenzó a definirlos. Y la misión los define, porque sin misión la iglesia no existe.

Una base de poder. La misión no podrá ir muy lejos sin poder. “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra”, les dijo Jesús. Tengo toda la autoridad necesaria. Incluye poder de decisión, habilidad para ejecutar, capacidad para actuar en un conjunto ordenado de personas. Lo incluye todo. Este poder es para mí la base de la misión que les ordeno, y será para ustedes la base de su ejecución y cumplimiento. No estamos entrando en una aventura, ni a la ventura iremos por el mundo sin saber lo que queremos. Mi poder actúa en el cielo y en la tierra. De hoy en adelante, ustedes son mis socios, mis aliados, mis colaboradores mis

asociados en la misión, y juntos triunfaremos.

Ustedes, la iglesia, son mis comisionados. Todo el grupo. En la misión no hay héroes independientes, ni personas que se manden solas. Todos ustedes tienen la misma comisión, y tienen que actuar en forma conjunta. La misión es la visión del todo, para todos en la iglesia, como un todo. La iglesia es el cuerpo vivo de la misión. Todos los creyentes forman parte de la iglesia, y la iglesia tiene que trabajar en la misión con todos los creyentes. Sin olvidar ninguno.

Una orden. Hagan discípulos, les dijo. No tienen alternativa; esto es una orden. Ustedes son mis discípulos porque han aceptado que yo dirija la vida de ustedes y se han decidido a estar siempre conmigo. De aquí en adelante, ustedes tienen que hacer otros discípulos míos, igual que ustedes son mis discípulos. Serán pues, discípulos míos todos los que me acepten, crean en mí, me sigan, confíen en mí, me obedezcan y trabajen en la misión para hacer nuevos discípulos; incluyendo hombres y mujeres. Esto es, todos mis seguidores (Hech. 6:1, 7; 9:19; 11:26). Los discípulos comenzaron a ser llamados cristianos en Antioquía (Hech. 11:26), y desde entonces, todos los cristianos tienen que ser discípulos. Con el tiempo se ha olvidado esta ecuación, y ahora hay cristianos que no se consideran discípulos, porque piensan que los discípulos, en tiempos de Jesús, eran los líderes de la iglesia. Pero, en realidad, discípulos eran todos los que creían en él. Así tiene que ser hoy; todos los que creen en Jesús, cada uno de los miembros de la iglesia, tiene que ser un discípulo; y un discípulo tiene que discipular. Es cierto que las funciones directivas de la iglesia no son para todos, pero para todos es la misión. Es en este sentido misional que Pedro definió el sacerdocio de todos los creyentes. Dijo: “Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, *para que anunciéis* las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Ped. 2:9). No dice que son real sacerdocio para ser pastores, sino para divulgar, para publicar, para proclamar el evangelio, y el sentido del texto original es que se proclame por todas partes.

Un objetivo con visión del todo. Hagan discípulos de todas las naciones, les dijo Jesús (28:19). No se trata de tener un blanco anual de bautismos. Aunque sea de muchos cientos o de muchos miles, será siempre demasiado pequeño. El objetivo de Jesús abarcaba y abarca a todas las naciones. Este objetivo incluye dos elementos: uno geográfico y otro demográfico. Los cristianos tienen que llevar el evangelio a todos los territorios de todas las naciones, y tienen que enseñarlo a cada persona que viva en esas naciones. Los planes de evangelización de la iglesia tienen que incluir siempre el todo. Una iglesia local debe planear cada año cómo llevar el evangelio a todo el territorio bajo su jurisdicción y cómo alcanzar a todos los habitantes de ese territorio. El pastor de esa iglesia tiene que considerarse pastor de cada persona que vive en su territorio; y cada

miembro de su iglesia, un misionero para el territorio que se le asigne alrededor de su hogar. Del mismo modo deben planear los distintos niveles de la organización de la iglesia. Siempre con la visión del todo. Si el todo quedara fuera de la planificación misional, jamás se alcanzaría el objetivo que Jesús le dio a la misión de la iglesia cristiana. Y es solo así como podrán cumplirse las palabras de Jesús, en su discurso sobre las señales del fin, cuando dijo: “Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin” (Mat. 24:14). Siempre el todo. Y, cuando la iglesia pida a Dios el todo y trabaje por él, se lo dará.

Un método. El método está dado, en la Gran Comisión, por los tres gerundios que aparecen en ella: Yendo, bautizando, enseñando.

Primero: en la traducción castellana, el verbo ir aparece como imperativo. Pero en el griego es un gerundio. El imperativo está en la frase: ¡Haced discípulos! El gerundio de ir no significa: Id, o vayan. Significa *yendo* de un lugar a otro. Entonces un elemento del método evangélico para cumplir la misión es ir de una casa a otra casa, de una ciudad a otra ciudad, de un país a otro, de un continente, a otro continente hasta cubrir el mundo entero. La misión no puede detenerse en ningún lugar ni pasar por alto lugar alguno, por muy difícil que fuera disciplinar en él.

Yendo, como método para disciplinar, significa que los discípulos tienen que estar en un movimiento disciplinador y evangelizador permanente, yendo de un lugar a otro hasta abarcar el mundo entero.

Segundo, Jesús dijo: hagan discípulos *bautizándolos* en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Si el bautismo cristiano fuera solo en el nombre del Padre y del Espíritu Santo, estaría en armonía con el judaísmo; porque, en el cristianismo, los dos son considerados divinos. Pero la inclusión del Hijo, en el mismo nivel de ellos, hace de Jesús un ser divino y coloca al cristianismo un paso adelante del judaísmo. Mateo ha dicho claramente que Jesús es el Mesías Rey, un ser divino, Dios con nosotros (1:23). En las últimas palabras del Evangelio, dejará registrada otra característica divina de Jesús: su omnipresencia. Estoy con vosotros siempre, dijo Jesús a sus discípulos. Como la referencia al bautismo viene antes de la referencia a la enseñanza, piensan algunos, se puede bautizar primero y enseñar después. Tal idea es completamente ajena a la Gran Comisión. Jesús no revela la menor intención de establecer una secuencia de lo que debe hacerse para cumplir la misión. Además, la idea de enseñanza ya está presente en el concepto de ir de un lugar a otro, que aparece antes del bautismo, porque este movimiento implica la entrega de algo en cada lugar. Ese algo es el evangelio, Jesús. No es una persona física lo que se entrega en los lugares visitados. Es una enseñanza sobre su persona, la misma revelación que él hizo de sí mismo, por palabras y acciones. El objetivo no es bautizar a las personas, sino hacerlas discípulas.

El bautismo es un método para discipular, porque la persona que acepta a Jesús se convierte en discípulo por medio del bautismo y porque otras personas, al presenciar su testimonio bautismal, se sentirán atraídas hacia Jesús.

Tercero, Jesús dijo: Hagan discípulos *enseñándoles* a obedecer todo lo que les he mandado a ustedes. Esta es una enseñanza intencional y con objetivo. Su objetivo no es conocimiento; es guardar. Y guardar es la forma más personal y más íntima de obedecer. Hay que enseñar a obedecer todo lo que Jesús mandó a los discípulos. Es decir, repetir lo mismo que Jesús hizo con sus discípulos, al hacer nuevos discípulos para él. Jesús quería tener, en todos los tiempos, la misma calidad de discípulos que él había discipulado. La misma entrega sin reservas, la misma obediencia incondicional, la misma rectitud de vida, la misma fidelidad, el mismo celo misionero que había pedido de ellos, lo quería en todos.

Enseñando todas las cosas significa hacer nuevos discípulos, pero iguales a los discípulos antiguos. Por eso, enseñar todo lo que Jesús mandó a los primeros discípulos era y sigue siendo indispensable.

Una promesa. Jesús dijo: Les aseguro que estaré con ustedes siempre. Jesús es Dios; como Dios, omnipresente y eterno. Por eso, puede estar dondequiera que haya un discípulo, todo el tiempo. Su presencia garantiza el éxito de la misión y da seguridad a los discípulos. Pueden trabajar sin miedo, sin las ansiedades de la incertidumbre, con la absoluta confianza de quien sabe que el resultado final será exitoso. Algunos dicen que esto es triunfalismo, y el triunfalismo, dicen, es un grave error. Es posible que el triunfalismo tenga un poco de confianza excesiva en las propias obras y desconozca un poco la presencia de los defectos humanos, que nunca faltan. Pero la seguridad en el éxito final no es triunfalismo. Solo es fe. La fe que, no dudando nada, se aferra a la promesa y la hace propia. La fe que, por creerlo todo, ve todo hacerse realidad; porque fiel es el Señor que prometió. Aunque la misión no sea fácil, y muy difícil sea su objetivo -porque hacer discípulos es siempre complicado y entrar en cada nación alcanzando a cada persona parece un imposible-, con la presencia de Jesús, la iglesia cumplirá lo que él mandó.

Un tiempo de duración. La Gran Comisión tiene un tiempo de duración. Va desde el momento en que Jesús ordenó la misión en Galilea "hasta el fin del mundo". Cada minuto de ese período es tiempo de acción misionera. Parece un tiempo largo, pero la mayor parte de él se ha ido ya. El tiempo del fin es corto. Ahora es todo urgente. Hasta el demonio sabe que le queda poco tiempo, y anda como león rugiente buscando a quien devorar. Él devora. Cristo salva. La tarea de salvar es la misión cristiana, y los cristianos ahora tienen prisa porque el fin ya se aproxima y llega. Será predicado este evangelio del Reino, por testimonio a todas las gentes; entonces vendrá el fin. Y he aquí yo estoy con vosotros, dijo el Rey omnipresente, todos los días hasta el fin del mundo. AMÉN.